



AMANDA CLARK

LA
MUJER DEL
ENTERRADOR

Un thriller romántico que no te dejará
descansar en paz - Un mundo de libros

La mujer del enterrador
© 2019 Esther Pascual Porta
Todos los derechos reservados.

Gracias por descargar este libro electrónico. El copyright es propiedad exclusiva del autor y por lo tanto no se permite su reproducción, copiado ni distribución ya sea con fines comerciales o sin ánimos de lucro. Si disfrutaste este libro, por favor invita a tus amigos a descargar su propia copia. Gracias por tu apoyo.

La mujer del enterrador

Amanda Clark

IR A...

La mujer del enterrador

Prólogo

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

Epílogo

Prólogo

1 de agosto de 1988

En Lagarza nunca pasaba nada. Era un pueblo pequeño y aburrido. Aquel agosto estaba haciendo un calor insólito y a mediodía parecía un auténtico poblado fantasma. Nadie era tan osado como para salir a la calle en las horas de sol intenso. A las tres de la tarde tan solo rompían el silencio las chicharras y el rechinar de las ruedas de las bicicletas de un grupo de cuatro niños. Dos eran algo mayores, quizá llegaran a los once o doce años, mientras que los otros dos debían de rondar los ocho. Probablemente se tratara de sus hermanos menores. Pedaleaban con alegría por las calles vacías, disfrutando de aquel verano que se les antojaba interminable. Sus bicicletas de colores se dirigieron hacia el pequeño bosque que se encontraba junto al cementerio. Ninguno de ellos se atrevería a reconocer jamás que aquel lugar les ponía los pelos de punta y, a pesar del miedo, solían aventurarse entre los árboles a menudo. Era su manera de demostrar que no eran tan niños. Nadie sabía en realidad lo que se escondía en aquel bosque y las leyendas que circulaban sobre él eran innumerables. Sin embargo, en Lagarza nunca pasaba nada. O eso era lo que ellos se repetían cada vez que se adentraban en la espesura.

—¿Creéis que hay fantasmas? —preguntó el más pequeño de todos, mirando de reojo el cementerio con el que colindaba el bosque. Los demás lo miraron con una sonrisa burlona en la cara.

—Claro que no, Daniel —contestó con seguridad el que debía de ser su hermano mayor—. No digas tonterías.

El pequeño se sintió estúpido y bajó la mirada avergonzado. Los niños reemprendieron su marcha y Daniel pedaleó tras ellos con esfuerzo. Sus piernas eran más cortas y sus pulmones no tenían tanto fuelle. Sentía que prácticamente iba tras ellos a la carrera. Cuando vio que sus siluetas se alejaban, trató de mantenerse calmado. Sin embargo, cuando escuchó un crujido de ramas a su derecha, sintió que se le paraba el corazón.

—¿Habéis oído eso? —preguntó en un susurro. Ninguno de sus amigos pareció escucharle. Daniel sintió el irrefrenable impulso de salir corriendo tras ellos, pero se detuvo. La curiosidad era superior al miedo. Apoyó la bicicleta contra un árbol y caminó hacia el lugar de donde había procedido el ruido. Le temblaban las piernas, pero se repetía una y otra vez que él era valiente. Una vocecilla en su interior le pedía a gritos que se alejara de allí. Podía tratarse de un animal peligroso. Sus padres siempre les prohibían entrar en el bosque, decían que allí vivían jabalíes. ¿Y si se encontraba con una familia entera de animales salvajes? O peor, ¿Y si era el alma infeliz de uno de los muertos que reposaban en aquel cementerio? Sin embargo, no se topó con ninguna de las hipótesis que su mente infantil había barajado. Lo que se encontró frente a sus ojos fue algo mucho más aterrador. Tanto, que abrió y cerró la boca varias veces antes de que de su garganta pudiera salir un grito de puro terror. Tan desgarrador, que su hermano acudió a su lado en menos de lo que pudo contar. El chico mayor no emitió ningún sonido. Tan solo pudo observar aquella horrenda escena con los ojos abiertos como platos, sabiendo que esa imagen lo perseguiría el resto de su vida. Junto al árbol que tenían frente a ellos descansaba el cuerpo inerte de una joven sobre un colchón de flores. En sus delicadas manos, cuidadosamente unidas sobre el pecho, sostenía un ramo de flores. Aunque no vieron ni una gota de sangre, en ningún momento lo dudaron. Estaba muerta. Su tez blanquecina y su aspecto rígido no podían significar otra cosa. Daniel observó en silencio sepulcral sus labios pintados de color carmín, el cabello cuidadosamente peinado y el vestido que parecía recién salido de la tintorería. Le recordó a una de aquellas princesas de cuento, dormidas para siempre por culpa de una maldición. Sin embargo, no fue la extraña composición de todos aquellos elementos lo que atormentaría al pequeño Daniel en sus pesadillas, sino aquella mirada vacía de vida, que parecía haber buscado ayuda desesperadamente en sus últimos momentos. En Lagarza había pasado algo. Algo oscuro.

PRIMERA PARTE

Los muertos

CAPÍTULO 1

1 de enero de 2019

A pesar de ser la una de la mañana, las calles estaban atestadas de gente, todavía felicitándose por el nuevo año que acababa de entrar, engalanados con guirnaldas y matasuegras. Parecían felices. Enzo Barese los miró por la ventana con una taza de café humeante entre las manos, sentado en uno de los cómodos sillones de su salón. Todavía no había logrado entender qué gracia le veía la gente a celebrar una noche como otra cualquiera como si fuera el fin del mundo. Prefería mil veces estar solo en casa, alejado del ruido y de las mundanales fiestas en las que nunca había encajado.

El sonido del teléfono móvil lo distrajo de sus pensamientos. Se giró hacia el aparato que descansaba sobre la mesita auxiliar y lo miró con cara de disgusto. Era de la comisaría.

—¿Diga?

—Perdone que le moleste en un día como hoy, inspector —se disculpó Mateo, el joven policía que se había quedado de guardia teniendo que rechazar planes que seguramente le apetecían mucho más que atender los robos y las peleas de una noche como aquella.

—¿Qué ha pasado? —preguntó bruscamente, no le gustaban las divagaciones, prefería ir directo al grano.

—Un asesinato en Lagarza —explicó.

—¿Lagarza? —preguntó en un susurro.

—Es un pueblo muy pequeño, ni siquiera tienen comisaría, por eso nos han pasado el caso a nosotros. —Enzo resopló—. Está a dos horas de aquí —añadió el joven.

—¿Ya habéis enviado a una patrulla?

—Sí. Cuando usted llegue ya estará todo señalizado. Yo también estoy de camino.

Enzo soltó un gruñido de aprobación y colgó. Si había pensado en una noche tranquila delante de la chimenea, cualquier esperanza se había evaporado con aquella llamada. Se vistió con su habitual traje oscuro y se colocó aquellas modernas gafas que había comprado algún tiempo atrás. Jamás admitiría que en realidad no las necesitaba tanto como decía y que las

llevaba por meras apariencias. Sabía que le daban un aire profesional y analítico que le iba a la perfección para su trabajo. Se había visto obligado a ganarse el respeto de los otros inspectores cuando le ascendieron, siendo el más joven con diferencia, y aquella había sido una de las medidas que había adoptado, a parte de guardar las distancias y demostrar cada día que se había ganado su posición con esfuerzo y valía.

Antes de salir por la puerta, se colocó un elegante abrigo largo y una buena bufanda.

* * *

Trató de respirar, pero tan solo entró tierra en sus pulmones. Tosió y estiró las manos hacia arriba, intentando comprender qué estaba pasando. Entreabrió los ojos y logró ver un resquicio de luz sobre su cabeza antes de que el polvo le impidiera seguir mirando. Reunió todas sus fuerzas y golpeó el techo de tierra que se encontraba sobre ella. Al principio no logró moverla ni un ápice, pero después de varios golpes, la tierra mojada empezó a separarse. Al fin, logró hacer una apertura lo suficientemente grande como para que entrara oxígeno. Miró hacia el cielo estrellado y tomó una bocanada de aire fresco. Después de descansar unos segundos, consiguió abrirse paso por aquel hueco excavado en medio de la tierra. Se quedó de rodillas en el suelo, jadeando y sintiendo el frío sobre su piel. Tan solo llevaba un viejo vestido de verano, raído y sucio de barro. Miró a su alrededor sin comprender. Estaba rodeada de árboles, oscuridad y silencio. ¿Dónde estaba? ¿Qué era aquel bosque? ¿Por qué alguien la había enterrado? Se quedó hecha un ovillo, horrorizada al darse cuenta de que no recordaba nada. No entendía cómo había llegado hasta allí. Ni siquiera sabía quién era. No tuvo tiempo de pensar más. Escuchó un sonido de ramas secas a sus espaldas y se giró espantada. ¿Y si era la persona que la había enterrado? Se puso en pie como una exhalación y empezó a correr en la dirección opuesta al ruido. Cuando quiso darse cuenta, había llegado a un claro del bosque. Se detuvo, sintiendo que ya no había peligro. Entonces, reparó en algo abultado que se encontraba a unos cinco metros de distancia. Se acercó sigilosamente, intentando ver algo con la escasa luz que le proporcionaba una luna llena oculta entre nubarrones. Ahogó un grito al percatarse de lo que estaba viendo. Frente a ella se hallaba el cadáver de una mujer joven, que yacía boca arriba sobre un lecho de flores. Dio un paso atrás, sin poder apartar los ojos de aquella perturbadora imagen. Los labios pintados de rojo intenso, el cabello perfectamente planchado, las ropas impolutas. Echó

a correr en busca de ayuda, intentando controlar el pánico que parecía querer apoderarse de ella. Pronto llegó a las afueras de aquel bosque y se encontró con una estrecha carretera que parecía dar acceso a un pueblo. Posó sus ojos sobre una vieja cabina telefónica y corrió hasta ella. Tecleó con nerviosismo el número de la policía.

—Policía, ¿en qué puedo ayudarle? —respondió un joven al otro lado.

—Hay alguien... muerto —balbuceó con un hilo de voz—. Está muerta, hay flores por todos lados... En... en el bosque —explicó atropelladamente.

—Cálmese —dijo el chico al detectar su nerviosismo—. ¿Dónde está?

La joven miró a su alrededor en busca de alguna pista que le indicara su ubicación. Encontró el cartel de bienvenida de aquel pueblo.

—En Lagarza.

—Muy bien. ¿Me puede decir su nombre, por favor?

—Julieta Abellán —contestó automáticamente, para su propia sorpresa.

—Vaya al ayuntamiento, Julieta. Allí le tomarán declaración cuando llegue la policía. ¿Puede darme su número de teléfono móvil, por favor?

Julieta escuchó de nuevo extraños sonidos provenientes del bosque. Soltó el teléfono aterrorizada y echó a correr.

—¿Julieta? ¿Me escucha?

Sin embargo, la joven estaba ya muy lejos de aquella cabina telefónica.

* * *

No le costó encontrar el lugar del crimen. La carretera que daba acceso a aquel pueblo de mala muerte estaba cortada por un par de patrullas. Enzo bajó del coche y posó sus impolutos zapatos negros sobre el barro. Miró al suelo con disgusto, pero no se detuvo. Caminó hasta un oficial que estaba apoyado sobre el capó anotando algunos datos en una libreta.

—Buenas noches, Mateo —lo saludó Enzo, llamando su atención.

—Oh, ya ha llegado —dijo el joven, preguntándose a qué velocidad habría puesto el coche el inspector para llegar tan pronto.

—¿Dónde está el cuerpo? —preguntó sin más dilación.

—Sí, claro, sígame —dijo el chico, guardando la libreta en la guantera.

Enzo siguió al joven policía a través del bosque y pronto llegaron a una zona en la que los árboles eran menos espesos. Los cordones policiales y las luces de los focos que acababan de instalar le indicaron dónde debía empezar a buscar. Cruzó la cinta y saludó fugazmente a un par de oficiales que estaban trabajando en la escena del crimen.

Enzo estudió con minuciosidad el cuerpo de la joven. No debía tener más de veintidós o veintitrés años. Le resultó inquietante la belleza que el asesino había querido otorgar a su crimen. No había ni una sola gota de sangre en aquel lugar y el cadáver estaba rodeado de flores. Saltaba a la vista que el cabello de la joven estaba cuidadosamente peinado y sus rasgos remarcados con un exquisito maquillaje que por su aspecto fresco dedujo que habían aplicado después de su muerte.

—¿Habéis identificado a la víctima?

—Sí, llevaba el monedero encima, parece que el asesino no se llevó nada. Se llama Lorena Ibáñez. Vivía aquí con sus padres desde que tenía cinco años. Actualmente trabajaba en el balneario.

—¿Este sitio tiene un balneario? —preguntó el inspector arqueando las cejas.

—Eso parece. En realidad, es la empresa más grande de la zona. Casi todos los habitantes del pueblo trabajan allí o en empresas relacionadas de algún modo con el balneario. Está cerca del cementerio, no sé si lo ha visto al entrar.

—Pues no —apuntó el inspector, entornando los ojos ante aquella información—. ¿Habéis informado ya a los padres? ¿Dónde están?

—Sí, ya lo saben, pero ahora mismo no creo que sea un buen momento para hablar con ellos... —musitó Mateo, recordando que el inspector no era particularmente conocido por su empatía. Enzo lo fulminó con la mirada, pero acabó asintiendo.

—Está bien, pero quiero verlos por la mañana —sentenció—. También quiero visitar ese balneario. ¿Tenía novio?

—No lo sabemos con certeza. Por sus redes sociales sabemos que tenía muchos amigos en el pueblo, pero no podemos estar seguros de si mantenía una relación con alguno de ellos.

—Haz una lista con los nombres de sus amigos. Hablaremos con ellos, quizá sepan algo. ¿Sabemos qué hizo anoche?

—Nos han confirmado que estuvo trabajando en el balneario —informó Mateo.

—¿Y después? ¿Quedó con alguien para celebrar la noche de fin de año?

—No lo sabemos, los informáticos forenses todavía están descifrando su teléfono móvil.

—¿Tenemos causa y hora de la muerte? —preguntó, tratando de ocultar su

fastidio por la lentitud de sus compañeros.

—Creemos que murió por asfixia alrededor de las doce de la noche.

—¿Cuándo se la vio con vida por última vez?

—Una compañera del balneario nos ha confirmado que estuvo con Lorena hasta el final de su jornada laboral.

—¿Y eso cuándo fue?

—A las once de la noche.

—Es decir, que el asesino actuó entre las once y las doce de la noche —apuntó.

—Exactamente —afirmó Mateo.

—¿Han encontrado en el cuerpo algún indicio de violación?

—No.

—¿Sabemos si la víctima se defendió de su atacante?

—El forense que ha analizado el cuerpo dice que no hay signos aparentes de resistencia. No se defendió.

—Ese dato nos genera varias hipótesis —murmuró Enzo, llevándose la mano a la barbilla, pensativo—. Probablemente Lorena conocía a su agresor, por eso no estaba a la defensiva y dejó que se acercara a ella. También cabe la posibilidad de que estuviera dormida o drogada cuando la asesinaron. Supongo que tendremos que esperar a ver los resultados de los análisis de sangre y de la autopsia para saberlo con certeza.

Enzo se quedó en silencio unos minutos, dando una vuelta por la escena del crimen en busca de nuevas pistas. Se agachó y tomó una de las hojas que se encontraban en el suelo. Casi todas estaban intactas.

—Este no es un lugar muy frecuentado —afirmó, poniéndose en pie de nuevo—. ¿Quién ha encontrado el cuerpo?

—Una mujer llamó por teléfono informando del crimen.

—¿Quién atendió la llamada?

—Yo mismo.

—Quiero hablar con ella también.

—Esto... será un poco complicado —balbuceó Mateo, sabiendo que lo que iba a decir no le gustaría nada a su jefe.

—¿Y eso por qué?

—Resulta que colgó antes de que pudiera recoger ningún dato.

—¡Mierda! —gruñó Enzo—. ¿Ni siquiera has podido localizar la llamada?

—Me temo que llamó desde una cabina de teléfono.

—¿Desde una cabina? —preguntó irritado—. ¿Pero todavía quedan de esas?

—Lo siento, tan solo tenemos su nombre.

—¿Y cómo se llamaba esa dichosa mujer? —preguntó molesto.

—Julieta Abellán.

—Averigua dónde vive y le haremos una visita —espetó, preguntándose si siempre tenía que pensar él en todo.

—Verá, señor, ya... ya he hecho la búsqueda. Parece que no vive ninguna Julieta Abellán en este pueblo.

* * *

Julieta observaba todo aquel despliegue policial escondida tras un árbol. Las luces de las patrullas y de los enormes focos que llevaban aquellos hombres le parecieron cegadoras en medio de la oscuridad. Observó con curiosidad al que parecía el jefe, un inspector joven que rezumaba arrogancia y atractivo a partes iguales. No paraba de hacerle preguntas a un policía algo enclenque al que parecía tener atormentado. La joven trató de concentrarse en lo que estaban diciendo, intentando olvidar el frío, el hambre y el miedo que sentía. Después de aquello, no podía ir a la policía. ¿Y si la acusaban de estar relacionada con el crimen? Lo mejor que podía hacer era alejarse de aquel bosque y buscarse otra identidad.

CAPÍTULO 2

Julieta abrió los ojos con los primeros rayos de luz. Miró a su alrededor, confundida. No recordaba exactamente cómo había llegado hasta allí. Había vagado durante horas por las afueras del bosque y por la carretera, ocultándose de las numerosas patrullas policiales que se habían distribuido por la zona. Finalmente, sus pasos la habían llevado hasta un pequeño cementerio que colindaba con el bosque. Había encontrado la verja cerrada. Se había quedado inmóvil frente a la puerta durante un buen rato, tratando de encontrar el modo de acceder. Necesitaba encontrar algún lugar donde refugiarse del frío de la noche. Estaba completamente helada. Entonces había reparado en una de las macetas que adornaban la entrada. No supo cómo, pero en ese instante tuvo la certeza de que bajo la planta se ocultaba una llave. Cuando tuvo el objeto metálico entre los dedos, no pudo salir de su asombro. ¿Cómo lo había sabido? ¿Conocía aquel lugar? Decidió entrar en el camposanto sin darle más vueltas. Caminó entre las tumbas cubriéndose el cuerpo con los brazos, intentando conservar el poco calor que le quedaba. Al fondo del todo, encontró los panteones de las familias más adineradas del pueblo. Muchos estaban cerrados con llave, pero después de buscar durante un rato, encontró uno con aspecto algo más descuidado que el resto. La puerta estaba abierta. Aunque se le erizaron los cabellos de la nuca tan solo de pensar en pasar la noche allí, sabía que no tenía otro remedio. Llevaba horas a merced del frío del invierno con un simple vestido y no aguantaría mucho más tiempo fuera. Entró en aquel lugar tenebroso y cerró la puerta tras ella. Se hizo un ovillo en un rincón y cerró los ojos, intentando que el cuerpo sin vida de la joven que había descubierto aquella noche no acudiera a su mente. Finalmente, el sueño se había apoderado de ella.

Cuando amaneció, Julieta se levantó y estiró sus brazos entumecidos. Todavía temblaba de frío. No tenía ni la más remota idea de lo que iba a hacer a continuación. No recordaba quién era, ni por qué alguien la había enterrado en el bosque. Tampoco sabía por qué parecía conocer el cementerio. Tan solo estaba segura de su nombre. Pensó en ir al pueblo y empezar a hacer preguntas, pero temía que la persona que había querido deshacerse de ella la reconociera y volviera a intentarlo.

Entonces, recordó haber escuchado al inspector hablar sobre un balneario. Quizá pudiera encontrar un trabajo allí. Inventaría otra identidad para que nadie supiera que ella era la misteriosa Julieta que había llamado a la policía la noche del asesinato de Lorena Ibáñez.

* * *

Enzo miró fijamente a los padres de Lorena, que se encontraban sentados en el pequeño sofá del salón de su casa. Estaban el uno junto al otro, muy cerca, como si ese fuera el único modo en el que pudieran afrontar aquel momento. No sabía decir cuál de los dos se encontraba más desolado por la pérdida de su hija e, incluso él, sintió lástima por aquella pareja que lo había perdido todo la noche de fin de año. Se aclaró la garganta antes de hablar.

—Siento mucho su pérdida —dijo. Los padres no dijeron nada, se limitaron a asentir levemente con la cabeza—. Sé que es un momento muy difícil para ustedes y me gustaría dejarles tranquilos lo más pronto posible, pero antes necesito que me aclaren algunas cosas para poder encontrar al culpable.

—Lo que sea con tal de atrapar a ese...monstruo —dijo el padre con la voz entrecortada. La madre los miró con gesto de horror, como si hablar del asesino hiciera todavía más doloroso aquel suceso.

—Verán, necesito saber si Lorena tenía enemigos en el pueblo, alguien que quisiera hacerle daño.

La mujer gimoteó.

—Nuestra hija es... era querida por todos —dijo el padre con la mayor entereza de la que fue capaz—. No puedo imaginar a nadie que quisiera...que quisiera hacer algo así.

—¿Saben si salía con alguien?

—¿Se refiere a su novio? —preguntó entonces la mujer, arrugando el entrecejo.

—Sí.

—Oh, Dios mío. ¿Cree que fue él? —preguntó tapándose la boca horrorizada ante aquella idea.

—No he dicho eso, señora —aclaró rápidamente Enzo—, pero no podemos descartar ninguna hipótesis. ¿Me puede decir el nombre del chico?

—Lucas Vázquez —contestó—. Vive a unas cuantas casas de aquí.

—¿Sabe usted si ayer quedó con él para celebrar la noche de fin de año? —preguntó el inspector.

—No lo sé, supongo que sí. Llevaban poco tiempo juntos, pero solían quedar casi cada día —explicó.

—Lorena trabajaba en el balneario del pueblo, ¿no es cierto? —cuestionó después de anotar aquellos nuevos datos en un pequeño cuaderno que había sacado del bolsillo interior de su abrigo. Ambos asintieron—. ¿Saben si tenía problemas con algún compañero o compañera?

—No, Lorena era muy buena chica, no solía dar problemas —aclaró de nuevo el padre—. Tenía buenas amigas allí.

—¿Me puede decir el nombre de alguna de ellas?

—Sí. Con la que más solía ir se llama Beatriz Montes.

—¿Detectaron algún comportamiento extraño en su hija en las últimas semanas?

Los padres se miraron unos instantes antes de contestar.

—Si se refiere a compañías raras o trasnochar más de la cuenta, no, pero sí es cierto que trabajaba muchas horas en el balneario últimamente.

—¿Saben si le habían aumentado las horas de jornada laboral?

—Supongo que sí —aclaró la madre—. Tampoco nos dijo mucho al respecto.

—De acuerdo, con esta información podré empezar a investigar. Les mantendré informados si surgen nuevas pistas. Si recuerdan cualquier cosa que nos pueda ser de utilidad, por favor no duden en llamarme —añadió, tendiéndoles una tarjeta con sus datos.

* * *

Julietta observó a la dueña de la tienda desde el escaparate de la calle. La vio distraída con unas cajas cerca de la trastienda y pensó que sería un buen momento para entrar. Accedió sigilosamente al local, procurando que la puerta no hiciera ruido. Caminó de puntillas por el primer pasillo y llegó hasta la zona de cuidado del cabello. Cogió un champú, unas tijeras y un tinte de color oscuro y lo escondió todo como pudo bajo su vestido raído. Respiró hondo, tratando de mantener la calma. No sabía si era la primera vez que robaba, pero la sentía como tal. No le gustaba en absoluto aquella sensación, pero no había tenido otro remedio. No tenía dinero, ropa ni ningún sitio adonde ir. Miró hacia la tendera por una rendija y vio que seguía ocupada con las cajas. Entonces, Julieta se acercó hasta la caja registradora. La activó rápidamente y cerró los ojos horrorizada cuando escuchó el tintineo que hizo al abrirse. No se atrevió ni a mirar hacia la tendera.

—Eh, ¿qué haces? —escuchó que le gritaba. Julieta cogió un buen fajo de billetes y salió corriendo de allí. Oyó los gritos de la mujer a sus espaldas, pero no se detuvo a escucharla y se perdió en la calle. Vio como algunos transeúntes la observaban todavía sin comprender la escena y tan solo fue capaz de correr más deprisa, profundamente avergonzada por lo que se había visto obligada a hacer. Se coló por un callejón entre un par de edificios estrechos y cuando estuvo segura de que nadie la seguía, se detuvo para recuperar el aliento. Se apoyó contra la pared y miró hacia el cielo, despejado de nubes. Después, dirigió la mirada hacia el fajo de billetes al que aún se aferraba. Frunció el ceño al no reconocer los billetes. No eran pesetas. ¿Qué diablos estaba pasando? ¿Por qué se pagaba con otra moneda? Tragó saliva, aún más desconcertada. Decidió que debía empezar a encauzar su vida y dejar de esconderse por miedo a que alguien la reconociera, así que optó por buscar un lugar digno en el que descansar, darse una ducha y pensar en lo que haría a continuación.

Dejó pasar un tiempo prudencial y, cuando creyó que era seguro, salió de nuevo a la calle. Se apresuró en andar hasta el final de la avenida principal y se topó con una tienda de ropa. Miró aquel extraño fajo de billetes y deseó que hubiera suficiente para comprarse algo de abrigo. Estaba helada. Entró y la dependienta la miró con una mezcla de curiosidad y disgusto. Julieta era consciente de su aspecto, llena de barro y con un vestido de verano prácticamente hecho a girones.

—Lo siento, he tenido un accidente —se disculpó, bajando la mirada. Como si hubiera pronunciado las palabras mágicas, aquella mujer la miró con lástima y se acercó rápidamente hasta ella.

—Oh, ¿estás herida? —se apresuró en preguntar.

—No, creo que no —respondió.

—Necesitas algo de ropa, muchacha —murmuró, observando la escasa ropa que la protegía del frío de aquel mes de enero—. Toma, llévate esto y ve a casa a darte una buena ducha. ¿Necesitas que llame a la policía? —le dijo, tendiéndole un pantalón, un jersey y un buen abrigo largo.

—¡No! —dijo, tratando de ocultar el histerismo en su tono de voz—. No se preocupe, iré a casa, estaré bien. Vivo cerca.

—No te había visto nunca por aquí —contestó la mujer, entornando los ojos.

—Soy nueva en el pueblo —contestó intentando dedicarle una sonrisa.

—Está bien, si necesitas cualquier cosa me lo dices.

—Gracias. ¿Cuánto es?

—¿Por la ropa? No te preocupes, ya me lo darás otro día —contestó amablemente.

Julieta la miró con un agradecimiento infinito y se colocó el abrigo con un escalofrío.

—Muchas gracias.

Salió de nuevo a la calle y caminó algo desorientada por las calles de aquel pueblo. Vio una posada en la lejanía y decidió acercarse hasta allí. Con el dinero que había conseguido, quizá pudiera pagarse una habitación.

Llegó al hostel sintiéndose un poco más tranquila, abrigada con aquella larga chaqueta y los billetes en el bolsillo. Aún así, cuando entró, el posadero la miró de arriba abajo, detectando el barro en su piel y el cabello sucio.

—¿En qué... puedo ayudarla? —preguntó, probablemente debatiéndose internamente sobre si debía o no echarla de su negocio.

—Disculpe, no soy de aquí y he tenido un accidente —explicó, usando la misma excusa que tan bien había funcionado con la mujer de la tienda de ropa. La expresión del hombre cambió al momento.

—¿Está bien, señorita? ¿Necesita un médico?

—No, no, estoy bien. Solo necesitaría una habitación para pasar la noche —explicó, sacando unos cuantos billetes del bolsillo y tendiéndoselos al posadero.

—Con 40€ es suficiente —dijo el hombre, escondiendo una sonrisa condescendiente y devolviéndole a la chica el resto de billetes que le había dado. Poco después le entregó una llave—. Es la habitación número 17. Suba las escaleras y la primera que encuentre a mano derecha.

—Muchas gracias.

Julieta entró en la habitación y cerró los ojos aliviada al notar que la calefacción estaba puesta a una temperatura bastante elevada. Así podría entrar en calor. Se quitó el abrigo y dejó la ropa limpia sobre la cama. Sacó el tinte, las tijeras y el champú de su escondite y se deshizo de aquel vestido viejo para tirarlo inmediatamente a la papelera. Accedió al pequeño baño que se encontraba dentro de la misma habitación y recibió el agua caliente de la ducha como una bendición. Se lavó el cabello y la piel a conciencia, para eliminar cualquier resto de barro o tierra. Cuando terminó, se cubrió con una

toalla y se miró al espejo, como si se viera por primera vez. Le devolvía la mirada una chica joven, de apenas veinticinco años, con unos grandes ojos de color miel, que destacaban sobre los finos rasgos de su rostro. El cabello de color castaño le caía suavemente por la espalda hasta la cintura con unas suaves ondas. Tragó saliva antes de tomar las tijeras que descansaban sobre el mueble del lavamanos. Se recogió el cabello en una cola y lo cortó con un movimiento rápido y certero. Observó con cierta lástima los restos de su larga cabellera. Se alegró de ver que la melena corta le daba un aspecto notablemente distinto, apenas parecía la misma chica. Decidió darse un semblante aún más diferente para no correr riesgos y se cortó el flequillo para enmarcar su rostro. Después, se aplicó el tinte oscuro que había robado de la tienda. Cuando terminó, se dedicó una sonrisa de triunfo. Ni ella misma se hubiera reconocido. El color negro de su cabello contrastaba con el avellana de sus ojos, dándole un aspecto sofisticado que no había tenido antes. Se dirigió de nuevo a la habitación y se colocó el jersey y el pantalón que aquella mujer le había regalado. Se asombró al comprobar que había acertado con la talla. Se tumbó en la cama y suspiró aliviada de verse al menos con el aspecto de una persona normal. Clavó los ojos en el techo mientras pensaba en sus siguientes pasos. Lo primero que debía hacer era pensar en un nombre. No podía seguir usando el suyo, la persona que la había atacado podría encontrarla. Tampoco quería arriesgarse a que la policía se acercara a ella haciendo preguntas. No sabía qué responder. Tampoco estaba segura de hasta qué punto estaba implicada en el asesinato de aquella chica, Lorena. ¿Era casualidad que la hubieran enterrado tan cerca del cadáver de la chica? ¿Y si tenía algo que ver? ¿Y si el asesino era el mismo que la había enterrado a ella en medio del bosque? ¿También la había intentado matar? ¿Y si decidía terminar lo que había empezado?

Se incorporó nerviosamente ante aquellos pensamientos. Ya lo había decidido, se haría llamar Elena Guzmán y aquella misma tarde iría al balneario a buscar empleo. Lorena había trabajado allí, quizá acercándose al entorno de la chica asesinada lograra averiguar algo sobre el crimen o sobre su propia identidad sin que el asesino la reconociera gracias a su cambio de look. Además, trabajando allí ganaría algo de dinero, que falta le hacía. No quería volver a robar jamás.

* * *

A Julieta no le costó demasiado encontrar el balneario. Un autobús que

recorría todo el pueblo y que paraba frente a la posada en la que se estaba alojando la había llevado directamente hasta allí sin dificultad.

Cuando bajó del vehículo, miró hacia la derecha y descubrió el cementerio en el que había pasado la primera noche que recordaba. Sintió un escalofrío al pensar en ello. Decidió adentrarse por el camino de la izquierda, el más alejado del camposanto, y recorrió un floreado camino que la llevó hasta una majestuosa entrada. *Balneario Fontaine*. La recibieron unos preciosos jardines perfectamente cuidados con una enorme fuente en el centro. Avanzó hacia la puerta principal analizando cada detalle de aquel lugar que, de algún modo, le resultaba familiar. Aunque no podía recordarlo, estaba segura de que no era la primera vez que estaba allí. Se detuvo ante el edificio principal y observó con admiración aquella majestuosa construcción del siglo XIX tallada en piedra blanca y con bonitas columnas corintias y adornados capiteles. Subió las escaleras y pronto accedió a la recepción, en la que un par de chicas de su edad estaban atendiendo a unos clientes. Aunque las muchachas trataban de dedicarles sus mejores sonrisas, saltaba a la vista que estaban preocupadas. Probablemente la noticia de la muerte de una de sus compañeras ya había llegado a sus oídos. Julieta esperó pacientemente su turno, hasta que una de la jóvenes le hizo un gesto para que se acercara.

—Buenas tardes, ¿en qué puedo ayudarla?

—Verá, venía a ofrecerme para trabajar aquí, ¿podría hablar con la encargada, por favor?

La recepcionista miró a su compañera con gesto de duda, pero la otra asintió.

—Sí, claro, espera aquí un segundo.

La joven se metió en el interior de los despachos que se encontraban tras el mostrador y volvió al cabo de unos pocos minutos con una mujer de alrededor de cuarenta años de aspecto severo, que llevaba el cabello anudado en un moño a la altura de la nuca.

—Buenas tardes, soy Leticia Vega. Me comentaba Noelia que estás interesada en trabajar aquí.

—Sí, señora —respondió formalmente.

—¿Cómo te llamas?

—Elena Guzmán.

—¿Tienes experiencia? —preguntó directamente. Julieta tragó saliva, sin saber qué contestar.

—No, pero aprendo rápido y tengo muchas ganas de trabajar —contestó al fin, prefiriendo ser sincera que levantar cualquier sospecha con una mentira.

Leticia arqueó una ceja con cierto gesto de desaprobación.

—No es un trabajo encantador —dijo con la intención de ponerla un poco a prueba—. Hay clientes desagradables y a veces te tocará limpiar las instalaciones.

—No es problema, puedo hacerlo, señora.

Leticia la miró con los labios fruncidos, estudiando a aquella joven decidida que no parecía temerle al trabajo. Le hubiera gustado tener tiempo para hacerle más preguntas, pero estaban desbordados. Ya iban cortos de personal y, aunque la desgracia que le había sucedido a Lorena la apenaba profundamente, si lo miraba desde un punto de vista pragmático, su muerte no había hecho más que empeorar la situación. Lorena había sido una de las chicas más eficientes del balneario y con su muerte el mundo no solo había perdido a una gran persona, sino también a una buena trabajadora.

—¿Podrías empezar mañana? —preguntó la mujer al fin. Julieta le dedicó una enorme sonrisa.

—Por supuesto.

En aquel momento, Julieta escuchó el susurro nervioso de quienes se encontraban en la recepción y se volvió para ver lo que estaba pasando. Acababan de entrar por la puerta un par de policías junto al inspector que había visto la noche anterior en la escena del crimen. Se le heló la sangre cuando los ojos de aquel hombre se posaron sobre los suyos en lo que le pareció un momento eterno. Si de lejos le había parecido atractivo, de cerca imponía aún más respeto. Era muy alto y su porte elegante parecía desafiar a todo quien se atreviera a dirigirse a él. Tragó saliva cuando aquellos ojos verdes la atravesaron como si pudiera saber todo lo que estaba pensando. Cuando creyó que no podría volver a respirar, el inspector desvió la mirada hacia Leticia.

—Buenas tardes —saludó—. ¿Es usted Leticia Vega?

—Sí, yo misma —respondió la mujer, sin achantarse.

—Necesitaría hablar con usted unos minutos sobre Lorena Ibáñez.

La mujer asintió levemente con la cabeza y miró a Julieta.

—Nos vemos mañana aquí a las siete de la mañana —le dijo. El inspector volvió a mirarla, pero no dijo nada.

—Hasta mañana, señora —dijo Julieta, bajando la mirada ante el

escrutinio del inspector. Dio media vuelta y se marchó del balneario, intentando no echar a correr.

* * *

Enzo siguió mirando desde la lejanía a aquella joven que había salido del balneario prácticamente a la carrera. Le había parecido detectar inquietud en aquellos grandes ojos avellana, como si estuviera ocultando algo.

—¿Quién es esa chica? —le preguntó a Leticia.

—Oh, ¿Elena? Es nueva, empieza a trabajar aquí mañana.

—¿Entonces es la primera vez que la ve por aquí?

—Sí. ¿Por qué pregunta por ella? —cuestionó Leticia, sin comprender qué veía de interesante el inspector en una muchacha que ni siquiera trabajaba allí todavía cuando Lorena había muerto.

—No, por nada. En fin, vayamos a un lugar un poco más tranquilo —dijo Enzo, sintiéndose observado por clientes y trabajadores.

—Sí, claro. Sígame —dijo Leticia, guiándole hasta su despacho tras el mostrador. Cerró la puerta y bajó la persiana para que ningún curioso pudiera escucharles.

—Le agradezco su discreción —dijo Enzo.

—También le agradecería la suya en un futuro —espetó Leticia. Enzo arqueó las cejas, sorprendido—. Se imaginará que un par de coches patrulla en la puerta del balneario no es un bonito aliciente para nuestros clientes. Ya tenemos suficiente con los periodistas que vienen a curiosear sobre la pobre Lorena.

—Tiene razón. Seré más discreto la próxima vez —apuntó, queriéndose llevar bien con aquella mujer. Parecía tener un fuerte carácter y necesitaba tenerla de su parte para conseguir la máxima información posible.

—Siéntese —le invitó Leticia. El inspector se sentó en uno de los sillones y la mujer se aposentó en su silla habitual tras la mesa.

—¿Cuánto hacía que Lorena trabajaba aquí?

—Hace ya cinco años. Empezó muy jovencita, cuando apenas tenía dieciocho años.

—Entonces, todos aquí la conocían.

—Oh, sí, era una de las veteranas.

—¿Tenía problemas con algún compañero?

—No, era un encanto y se llevaba bien con todo el mundo.

—Ya veo —repuso Enzo, llevándose la mano a la barbilla—. Verá, los

padres de Lorena me comentaron que últimamente hacía muchas horas extra y que pasaba más tiempo del habitual aquí.

—¿Disculpe? —preguntó extrañada Leticia, inclinándose hacia delante.

—¿No es cierto? —preguntó Enzo, arrugando las cejas.

—Tenemos picos de trabajo en algunos momentos del año y es cierto que alguna vez Lorena había hecho horas extra, pero de eso hace meses. Últimamente hacía su jornada habitual de 40 horas semanales.

Enzo la miró fijamente unos segundos, tratando de detectar si mentía, pero Leticia le pareció sincera. Ahí lo tenía. Un primer hilo del que empezar a tirar.

—¿Me podría dar su horario de los últimos dos meses por favor?

—Por supuesto —contestó Leticia, buscando lo que le pedía en el ordenador. Apenas unos minutos después, el inspector tenía la tabla de horarios impresa en sus manos.

—Muchas gracias por la información. Me gustaría hablar con Beatriz Montes, tengo entendido que era una buena amiga de Lorena.

—Sí, se llevaban muy bien —comentó Leticia—, pero me temo que Beatriz no vendrá hasta mañana.

—Está bien, volveré mañana entonces —dijo Enzo, levantándose de la silla. Leticia se puso en pie para acompañarle—. No se preocupe, sé dónde está la salida.

* * *

Lucas Vázquez era un joven delgaducho que debía tener la misma edad que Lorena. Parecía devastado por la pérdida de su novia, pero Enzo no se ablandó. Sabía que, por desgracia, muchos de los asesinatos de aquel tipo solían ser el fruto podrido de una pareja celosa.

—Buenas tardes, Lucas.

El chico le hizo un gesto con la cabeza y lo miró con unos asustados ojos rojos. Sus padres se encontraban en el salón, mirando a su hijo y al inspector con preocupación.

—¿Saben ya quién lo ha hecho? —preguntó el chico con la voz entrecortada, ahogando un llanto.

—No. Por eso estoy aquí, para que me ayudes a encontrar al culpable.

—No sé quién pudo hacerle algo... algo así a Lorena —repuso, hipando.

—¿Qué estuviste haciendo anoche entre las once y las doce?

—¡No creerá que nuestro hijo...! —espetó la madre, horrorizada.

—No nos pongamos nerviosos, señora. Lucas, ¿puedes responderme?

—Estuve celebrando el fin de año.

—¿Aquí?

—Sí, con mis padres y mis tíos —musitó.

—¿Puedes demostrarlo?

—¿Cómo se atreve? —gruñó el padre.

Lucas lo miró espantado y sacó el teléfono móvil. Le mostró una fotografía de la noche anterior al inspector, en la que se le veía con las uvas en la mano. Enzo se ajustó las gafas y miró la hora que aparecía en el televisor, al fondo de la instantánea. Eran las 23:57 cuando habían tomado la fotografía. Lucas estaba diciendo la verdad.

—Muy bien, necesito que me envíes la fotografía a este correo electrónico, por favor —le dijo, tendiéndole una tarjeta en la que aparecían todos sus datos—. ¿Anoche quedaste con Lorena para salir después de tomarte las uvas?

El chico miró a sus padres, inseguro. Enzo supo que temía contarle la verdad.

—Sí —acabó diciendo con un hilo de voz—, pero nunca llegó.

—¿Dónde habíais quedado?

—Aquí, se suponía que debía venir a tomar las uvas con nosotros.

—¿Y no te extrañó que no se presentara?

—Sí, aunque últimamente pasaba mucho tiempo en el balneario. Simplemente pensé que se habría quedado allí otra vez haciendo horas extra.

—¿Cuánto tiempo llevaba trabajando tanto? —preguntó Enzo, con la mosca detrás de la oreja. Tanto Lucas como los padres de Lorena le habían dicho lo mismo. Sin embargo, Leticia lo había negado.

—No lo sé, un par de meses —contestó.

—¿Sospechas de alguien que quisiera hacerle daño a Lorena? —preguntó el inspector.

—No, Lorena es... —se detuvo un doloroso instante— era una gran persona.

—Está bien. Es tarde, les dejo que descansen. Si recuerdas cualquier cosa, llámame.

Enzo salió de aquella casa sabiendo a ciencia cierta que el novio de Lorena no había tenido nada que ver con su asesinato. A parte de una cuartada muy bien fundamentada, no podía imaginarse a un chico enclenque como aquel arrastrando un cadáver y decorándolo con flores a sangre fría.

* * *

Enzo miró la hora en el reloj de su lujoso coche y comprobó sorprendido que ya eran prácticamente las diez de la noche. Estaba cansado y volver a casa a esas horas le pareció absurdo si a la mañana siguiente debía volver a investigar en el balneario, así que buscó una posada cercana y se alegró de ver que en la calle principal se encontraba un pequeño hostel. Dejó el coche en el parking y se dirigió a la recepción, en la que un hombre de unos sesenta años, delgado y enjuto, le atendió amablemente.

—Buenas noches, señor. ¿Necesita una habitación?

—Sí, por favor —dijo, poniendo un billete sobre el mostrador.

El hombre se giró y pronto le tendió la llave de una habitación. La número 15.

—Que pase buena noche.

—Gracias.

Enzo escuchó que alguien bajaba por las escaleras y automáticamente se dirigió al lugar del ruido, sin esperar encontrar nada interesante. Se sorprendió al toparse con una cara conocida. Aquellos ojos de color miel lo miraron espantados. Era la chica que había visto en el balneario. Elena Guzmán. La joven dio media vuelta dispuesta a alejarse de él.

—Espere. ¿Elena Guzmán?

La joven se detuvo y pareció inspirar profundamente antes de volverse hacia él de nuevo.

—Hola, eh... inspector —saludó, sin saber qué decir ni cómo dirigirse a él.

—Me llamo Enzo —repuso él, tendiéndole la mano. La joven la tomó y se extrañó ante la calidez de su piel. Por su aspecto gélido y distante, había esperado que estuviera frío como un lagarto—. ¿Qué hace en la posada? —preguntó él—. Pensé que era del pueblo.

—No, soy nueva en Lagarza —contestó, temiendo que aquel hombre empezara a investigar sobre ella.

—Entiendo que va a quedarse más tiempo, Leticia me dijo que empezará a trabajar en el balneario mañana, ¿no es cierto?

—Sí, así es —aclaró.

—Sé que es un nuevo trabajo y no quiero meterla en problemas, pero necesito que me haga un favor —dijo Enzo, viendo aquel encuentro como una oportunidad perfecta para el caso.

—¿Un favor? —preguntó Julieta, sin comprender.

—Necesito que sea mis ojos allí. No quiero asustarla, no corre usted ningún peligro, pero si ve cualquier cosa extraña, avíseme.

—Ah... está bien —dijo Julieta, pensando que le convenía llevarse bien con él.

—Gracias, Elena.

Con esto, el inspector emprendió el paso hasta su habitación. Julieta se volvió para mirarle y comprobó, horrorizada, como el hombre entraba en la habitación contigua a la suya. Resopló maldiciendo su mala suerte y continuó su camino hasta la recepción.

—¿Se conocen? —preguntó el posadero, que había presenciado la escena desde la lejanía.

—Oh, tan solo de vista —contestó Julieta evasivamente—. Verá, venía para preguntarle si cabe la posibilidad de que me alquile la habitación por un tiempo, mensualmente.

—¿Va a quedarse en el pueblo?

—De momento, sí —respondió con una sonrisa tímida.

—Por supuesto, no hay problema. Nuestra tarifa mensual es de 450€. Podrá pagarme el último día de cada mes.

—Muchas gracias —contestó Julieta con una sonrisa aliviada. Por lo menos tendría donde vivir y con lo que ganara en el balneario podría pagarse la estancia.

CAPÍTULO 3

2 de enero de 2019

—Buenos días, ¿puedo hablar con Beatriz Montes? —dijo el inspector, enseñando su placa identificativa a la joven que se encontraba en el mostrador del balneario. La chica lo miró con ojos asustados y asintió nerviosamente, metiéndose a toda velocidad en los despachos de recepción. Al cabo de unos minutos salió Leticia con cara de pocos amigos.

—Otra vez usted por aquí, asustando a mis clientes y a mis trabajadoras —soltó a modo de bienvenida. Enzo sonrió con suficiencia, estaba claro que no le caía bien.

—No se queje, esta vez he dejado a las patrullas en casa.

Leticia le dedicó una mueca de desprecio y decidió cortar por lo sano aquella batalla verbal que ella misma había iniciado.

—¿Qué quiere?

—Hablar con Beatriz Montes.

—Ahora mismo está atendiendo a unos clientes.

—No me importa, haga que venga —espetó seriamente—. O tendré que pensar que está obstruyendo mi investigación —añadió, sin revelar que seguía creyendo que había algo extraño en las horas extras que había estado haciendo Lorena. Leticia terminó asintiendo a regañadientes y se marchó por uno de los pasillos, que llevaba hasta las salas de masaje.

Enzo se relajó ligeramente y desvió la vista hasta el resto de instalaciones de aquel señorial balneario. En sus techos decorados, en sus puertas ornamentadas, en una zona de descanso con unas enormes butacas donde algunos huéspedes reposaban tomando algo. Detuvo su análisis sobre un rostro pálido y delicado que sonreía con amabilidad a una de las clientas a la que les estaba sirviendo un té. La joven levantó sus ojos color miel y se encontró con su mirada escrutadora. Se puso ligeramente nerviosa y vertió un poco del brebaje sobre la mesita.

—L-lo siento —balbuceó, limpiándolo rápidamente con una bayeta.

Se alejó de la zona de descanso sin dejar de sentir los ojos de Enzo sobre

ella. El inspector no podía evitar sentir curiosidad por aquella mujer, Elena había dicho que se llamaba. A pesar de su aspecto frágil, estaba convencido de que ocultaba algo. Sus movimientos nerviosos y su mirada escurridiza se delataban solos. Sin embargo, tuvo que recordarse a sí mismo que aquella joven había llegado al pueblo después del asesinato de Lorena. No podía tener nada que ver.

—Buenos días, señor, ¿me buscaba? —dijo una voz femenina, que le distrajo de sus cavilaciones. Se volvió hacia ella y descubrió un rostro regordete que se ocultaba en gran parte tras unas gafas de pasta—. Soy Beatriz Montes —aclaró la joven.

—Ah, sí, claro —repuso Enzo, recomponiéndose—. Quería hacerle unas cuantas preguntas sobre Lorena.

La chica se puso nerviosa y miró a ambos lados.

—¿Podemos hablar en otro sitio? —preguntó en un susurro. Enzo frunció el ceño, extrañado, pero asintió. Eso solo podía significar una cosa. Beatriz tenía información importante que contarle, algo que no quería que Leticia ni los demás trabajadores del balneario supieran—. Esta tarde, en la cafetería del pueblo a las seis —añadió la joven, dando media vuelta y largándose por el pasillo, sin mirar atrás.

El inspector se quedó parado unos instantes, todavía tratando de averiguar qué sería lo que tenía que decirle. Después, decidió marcharse por donde había venido, no sin antes dirigirle una última mirada a Elena, que ahora estaba secando unas copas tras la barra de la zona de descanso.

* * *

Enzo llegó a la comisaría a mediodía, cuando el sol estaba en su punto más alto. Bajó del coche y estiró las piernas después de las dos horas de trayecto desde Lagarza.

Se alisó el abrigo y entró en las oficinas como un huracán. Mateo estaba sentado en la primera mesa y, al verle entrar, tuvo que disimular una mueca de pánico. Aquel hombre lo asustaba, siempre atento a cada detalle y sin pasar por alto ninguno de sus deslices de novato.

—Buenos días, inspector.

—Hola Mateo —saludó Enzo, deteniéndose al lado de su mesa—. ¿Tenemos alguna novedad en el caso de Lorena? ¿Han podido descifrar ya su teléfono móvil?

—Sí, señor, ya tenemos los resultados.

—Y a qué esperas.

—S-sí, sí, claro —balbuceó, levantándose como un resorte y corriendo hacia el archivo para tomar un fino dossier.

—Vamos a mi despacho —dijo Enzo, sin esperarle.

Cuando Mateo entró tras él a la carrera, Enzo cerró la puerta y se sentó con calma en su sillón. El joven oficial se aposentó frente a él en una silla para las visitas. Enzo se percató con cierto disgusto de que las manos de Mateo temblaban ligeramente al abrir el dossier. Puso los ojos en blanco, pero no dijo nada al respecto.

—El informe ha llegado esta mañana —aclaró Mateo.

—Tendrías que haberme llamado enseguida —le reprochó.

—Lo siento, pensé que... pensé que estaría ocupado —contestó con un hilo de voz.

—No importa —acabó diciendo, no tenía tiempo para excusas—. ¿Qué han encontrado?

—La última llamada que realizó Lorena desde su teléfono no fue a su novio, sino al teléfono de una amiga.

—¿Qué amiga?

—Beatriz Montes.

El inspector inspiró, sabiendo ahora más que nunca que aquella chica realmente tenía algo que contarle.

—¿A qué hora?

—Fue a las 11:55.

—Apenas cinco minutos antes de que la mataran... —murmuró Enzo.

—Después, tiene varias llamadas perdidas de Beatriz, pero nunca llegó a contestar.

—¿Alguna otra llamada relevante?

—No, inspector. La mayoría eran dirigidas a sus padres o a Lucas Vázquez. También solía hablar con Beatriz, pero no hay registros de llamadas entrantes o salientes a números de desconocidos.

—De acuerdo. Buen trabajo, Mateo —admitió. El joven soltó un suspiro de alivio—. ¿Sabemos algo de la autopsia?

—Mañana tendremos los resultados.

—Está bien. Volveré al pueblo para hablar con Beatriz. Mañana nos vemos para analizar los resultados.

* * *

Beatriz se retorció nerviosamente las manos, mirando a su alrededor asustada. No estaba segura de si haber quedado en la cafetería era una buena idea. Estaba atestada de gente y eso hacía que su cita con el inspector fuera menos sospechosa y menos visible, pero también era cierto que aquel era el lugar más público del pueblo. Se había situado en una de las mesas del fondo, imposible de ver desde la calle. Al menos, eso le daría algo más de privacidad. El café que tenía frente a ella humeaba y trató de concentrarse en el vapor para que el miedo no se apoderara de ella. Sentía ganas de salir corriendo de allí. De la cafetería, del balneario, del pueblo. No podía soportar todo aquello sin Lorena. La echaba de menos y la sola idea de pensar que ella jamás volvería la devastaba.

—Buena tardes, Beatriz —dijo una voz profunda a su lado. La chica dio un bote en la silla y suspiró algo más tranquila al comprobar que se trataba del inspector. El hombre le sonrió lo más cálidamente que pudo. Sabía identificar a una persona aterrorizaba cuando la tenía delante. Enzo se sentó frente a ella y encargó un café—. Tranquila, nada de lo que me cuentes saldrá de aquí —dijo para tranquilizarla.

—No es eso lo que temo, inspector —musitó.

—¿Y qué es lo que te da miedo? —preguntó, tuteándola para que ella lo sintiera más próximo.

—Que venga a por mí. —Enzo frunció el ceño.

—¿Quién?

—El asesino —susurró con un hilo de voz.

—¿Sabes quién es? —inquirió, controlándose para no avasallarla a preguntas.

—No, si lo supiera ya lo hubiera denunciado —contestó, casi ofendida—. Ha matado a mi mejor amiga, ¿de veras cree que lo dejaría suelto?

—No, claro que no. ¿Qué sabes de lo que le pasó a Lorena?

—No estoy muy segura. Últimamente Lorena pasaba muchas horas en el balneario.

—¿Le habían subido el número de horas extra?

—No.

—¿Entonces su trabajo no era remunerado?

—No es eso. Creo que las horas de más que pasaba allí no eran para trabajar.

—No te estoy entendiendo.

—Me dijo que estaba investigando algo.

—¿Investigando algo en el balneario?

—Sí.

—¿No te dijo de qué se trataba?

—No, tan solo me dijo que era algo turbio y que era mejor que no supiera nada al respecto.

—¿Crees que intentaba protegerte?

—Me temo que sí, así era Lorena. Quiso enfrentarse sola a lo que fuera que había descubierto y... la mataron.

—Pareces muy segura de que el asesino guarda relación con su investigación. ¿No crees que pudo ser otra persona? ¿Alguien ajeno a todo eso?

—No.

—¿Y por qué no?

—Porque me llamó la noche de su muerte —susurró con la voz entrecortada—. Estaba aterrorizada.

—¿Aterrorizada por qué?

—Me dijo que la habían pillado husmeando y que estaba en el bosque.

—¿Sabes qué hacía en el bosque?

—Alguien la estaba siguiendo, podía escucharla correr. Le he dado muchas vueltas. Nosotras jamás nos metíamos en el bosque. Desde pequeñas nos decían que es un lugar peligroso. Hay bestias salvajes que lo habitan.

—¿Y qué crees que la llevó hasta allí?

—Supongo que huía del asesino y pensó que sería más fácil despistarle entre los árboles. Debió de sentirse en verdadero peligro para meterse ahí dentro.

—¿Te dijo algo más?

—No. La oí gritar y se cortó.

—¿Por qué no viniste a contárnoslo enseguida?

—Tenía miedo, inspector. La llamé en repetidas ocasiones, pero no contestó —murmuró. Enzo observó cómo los ojos de la chica se llenaban de lágrimas y empezó a llorar—. Temía que si lo contaba, el asesino viniera a por mí... Soy una cobarde.

—No digas eso. La información que nos has proporcionado es muy útil para la investigación, Beatriz. Puedes estar tranquila, atraparemos al asesino.

La joven asintió, todavía incapaz de hablar y Enzo le tendió un pañuelo,

sin saber muy bien qué decir. No era bueno con esas cosas. Beatriz se levantó lentamente y le dirigió una mirada enrojecida por el llanto.

—Lamento no tener más información, inspector. Será mejor que me vaya.

Enzo asintió.

—Gracias de nuevo por venir.

* * *

Julieta se tumbó en la cama de su habitación y miró al techo, pensativa. Habían pasado ya un par de días desde que había despertado en medio del bosque y seguía sin recordar nada. ¿Qué demonios le había pasado aquella noche? Un ruido en el pasillo la sacó de sus cavilaciones y se incorporó rápidamente. Se acercó a la puerta y observó por la mirilla con un ojo entrecerrado. Era aquel inspector, Enzo. Julieta lo estudió con detenimiento mientras el hombre buscaba en sus bolsillos la llave para abrir la puerta de la habitación contigua. Aunque sabía que él no podía verla, tenerlo tan cerca le entrecortaba la respiración. Aún podía sentir sobre su nuca la mirada escrutadora que le había dirigido aquella mañana en el balneario. ¿Por qué sentía que sospechaba de ella? Aunque le había pedido que fuera sus ojos en el balneario, estaba segura de que aquella extraña petición era tan solo un pretexto para tenerla cerca, bajo control. Lo peor de todo era que quizá Enzo sospechara con razón. Ni ella misma sabía si era inocente o culpable de algo. De repente, dejó de ver la puerta y la imagen del inspector. Todo se nubló a su alrededor y tuvo que dar un paso atrás hasta que recuperó la visión. Sin embargo, ya no se encontraba en su habitación de aquel pequeño motel, sino en medio del bosque, corriendo. Alguien la seguía muy de cerca, sentía su aliento en la oreja. Se le erizaron los pelos de la nuca y cuando sintió la mano de su perseguidor sobre su hombro, soltó un grito desgarrador y trastabilló hacia atrás. Fue el golpe contra el suelo lo que la hizo volver a la realidad. ¿Qué había sido aquello? ¿Un recuerdo? Julieta no tuvo tiempo de recuperar el ritmo de su respiración cuando escuchó golpes en la puerta.

—¿Señorita Guzmán? —Era el inspector.

La joven maldijo su suerte. Dos días sin recordar nada y tenía que empezar a recuperar la memoria justo en aquel instante. Se aclaró la garganta.

—¿Sí?

—¿Está usted bien? La he oído gritar.

—Oh, no es nada —aclaró rápidamente, levantándose por fin del suelo.

—¿Le importaría abrirme la puerta para asegurarme de que está todo en

orden?

—Eh... —Julieta dudó más de lo normal—. No hace falta inspector, ya le he dicho que estoy bien —insistió.

—No es que me interese inmiscuirme en sus asuntos, señorita Guzmán —aclaró Enzo—, pero le recuerdo que hay un asesino suelto en el pueblo. Tan solo quiero asegurarme de que nadie la está amenazando ahí adentro.

Julieta resopló y acabó abriendo la puerta, molesta. Sin embargo, cuando se topó con los ojos verdes del inspector, tuvo que bajar la mirada.

—¿Lo ve? Estoy bien.

Enzo le echó un vistazo rápido a la sencilla habitación de la joven y pareció relajarse al comprobar que estaba sola. Ningún asesino se ocultaba en aquella estancia.

—Me alegro de poder comprobarlo —concluyó el hombre—. Ya que estamos aquí, quería preguntarle, ¿ha visto algo extraño en el balneario?

—¿Extraño? No —negó, sin comprender qué quería que hubiera visto.

—En tal caso, buenas noches.

—Buenas noches, inspector.

CAPÍTULO 4

3 de enero de 2019

Enzo estaba degustando el primer café del día cuando llamaron a la puerta de su despacho. Apenas acababa de llegar a la comisaría desde aquel remoto pueblo. No le gustaba que le molestaran tan temprano, era cuando mejor podía concentrarse y ordenar sus ideas sobre los casos que tenía abiertos.

—Adelante —dijo de mala gana. La cabecilla de Mateo apareció por la puerta entreabierta.

—Disculpe que le moleste, inspector, pero acaban de llegar los resultados de la autopsia de Lorena Ibáñez.

Enzo se levantó del escritorio y dejó el café a un lado. Se acercó hasta Mateo y prácticamente le arrebató el informe del forense de las manos. Se sentó de nuevo en su butaca y abrió el archivo con impaciencia. Ojeó aquellas palabras a toda velocidad. Cuando iba por el segundo folio, se percató de que Mateo seguía plantado en la puerta. Le dirigió una mirada molesta.

—Siéntate, hombre —ordenó. El joven obedeció y se acomodó en la silla que se situaba frente a él, estirando el cuello para intentar leer el informe que no había tenido tiempo siquiera de ojear. Pasaron algo más de media hora en silencio, hasta que Enzo se aclaró la garganta, decidiendo que ya había retenido toda aquella información.

—¿Qué dice el informe, inspector? —preguntó Mateo con interés.

—Tal y como sospechábamos, Lorena murió asfixiada.

—Por eso no había ni una gota de sangre en la escena del crimen —apuntó el joven policía.

—Me temo que no es lo único que escaseaba en la escena del crimen. Después de analizar el cuerpo y las pruebas con detenimiento, no han encontrado ningún rastro de huellas dactilares ni ADN. El asesino sabía lo que hacía. Me atrevería a decir que no es la primera vez que mata. Los novatos suelen ponerse nerviosos, no tienen en cuenta el tiempo u otros imprevistos y acaban cometiendo algún desliz que los delata. En cambio, este ha sido especialmente cuidadoso.

—¿Entonces el informe del forense no nos da ninguna pista? —preguntó Mateo abatido.

—Yo no he dicho eso. Se han encontrado rastros de flunitrazepam en el torrente sanguíneo de Lorena. Probablemente fue el propio asesino quien se lo suministró. Por eso no opuso resistencia ni se defendió cuando la atacaron.

—¿La forzaron? —preguntó Mateo horrorizado ante aquella idea.

—No.

—¿Y de todo lo que encontramos alrededor del cadáver?

—Han analizado las flores sobre las que se encontraba el cadáver de Lorena. No son originarias de esa zona del bosque, puede que salieran de alguna floristería o quizá de un jardín. La cuestión es que no eran unas flores cualquiera, Mateo.

—¿Qué quiere decir?

—Son flores de almendro.

—¿Y qué tienen de especial?

—Nuestro asesino es alguien metódico, que no deja nada al azar. Estoy seguro de que colocó esas flores alrededor del cuerpo por su significado. El almendro es el primer árbol que florece. Lo hace en enero, a diferencia del resto, que suele hacerlo en primavera. Por eso, históricamente se ha asociado con el despertar o el resurgir de las cosas. Es más, la palabra almendra tiene su origen en el idioma hebreo y significa literalmente “el que despierta”.

—¿Pero qué cree que el asesino quería decirnos con eso? Justamente, por su crimen esa chica no va a volver a despertar.

—Eso es, Mateo. No despertará en esta vida, pero quizá en la próxima.

—¿Cree que forma parte de una especie de ritual macabro?

—No lo descarto. Lo único que está claro es que estamos ante la conducta típica de un psicópata.

—¿Y qué hacemos ahora, inspector?

Enzo lo miró como si fuera tonto y la respuesta fuera más que obvia.

—Pues buscar dónde hay flores almendro en ese maldito pueblo, qué si no.

* * *

Beatriz guardó su uniforme en la mochila en la que solía llevarlo prácticamente todo. Cuando aún vivía, Lorena solía bromear diciéndole que parecía un caracol, siempre con la casa a cuestas. Una sonrisa triste asomó a sus labios al recordar a su amiga. Sin ella, sentía que el balneario era un lugar más grande, más silencioso, más vacío. Aún no podía creer que al día

siguiente fuera a darle su último adiós. Lucas la había llamado para decirle que la policía había terminado de analizar las pruebas y que por fin podrían darle la sepultura que merecía. Aún así, Beatriz no se sentía aliviada, sino más bien al contrario. Acudir a su funeral significaría aceptar que su amiga realmente nunca volvería, que estaba muerta de verdad. Sintió un escalofrío tan solo de pensar en aquel momento y decidió marcharse de una vez del balneario. Había sido un día largo y complicado. Tenía ganas de llegar a casa y descansar. Dio un último sorbo al té que se había servido del termo que siempre había en los vestuarios y tiró el vaso a la basura. Después, se enfundó un grueso abrigo y salió a la calle. Se sintió atontada al recibir aquella bofetada de aire frío. Notó que su visión no acababa de ser del todo nítida, quizá hubiera pasado demasiadas horas delante de la pantalla del ordenador programando visitas de clientes. Se frotó los ojos, pero fue peor. Tenía la visión cada vez más nublada. Miró a su alrededor en la calle en busca de ayuda, pero no vio a nadie. Estaba todo desierto y oscuro, tan solo la solitaria farola que alumbraba la parada del autobús habitaba aquella estampa. Beatriz caminó torpemente hasta el asiento de la parada y se dejó caer con un suspiro. Colocó la mochila a su lado y bostezó. De repente, sentía que todo el cansancio y las noches en vela por la muerte de su amiga hacían mella en su cuerpo. Cuando pensó que iba a quedarse dormida allí mismo, sintió una presencia a su lado. Hizo un esfuerzo por intentar enfocar la silueta, pero fue en balde.

—Señorita, ¿necesita ayuda?

* * *

Julietta tuvo un extraño sueño aquella noche. Se encontraba en una pequeña casa en lo que parecía una zona campestre, cocinando algo en unos humildes fogones. Se secó las manos en un delantal de cuadros y sonrió satisfecha. Siempre le había gustado cocinar y aquel día había puesto especial esmero en ello. Salió un momento por la portezuela que daba al exterior y recogió algunas plantas aromáticas del pequeño huertecillo que tenía en el patio trasero para terminar de condimentar el guiso. Respiró el aroma fresco de la planta recién recogida y sonrió. Después, volvió a entrar a la cocina, ignorando deliberadamente el desconchado del murete exterior de la casa. Hacía tiempo que tendrían que haber hecho reformas, pero el dinero les escaseaba últimamente y trataba de no pensar demasiado en ello. Cuando supo que su plato ya estaba listo para ser servido, se dirigió al salón en busca de

alguien.

—Ya tenemos la comida lista —anunció con una sonrisa.

Un hombre atractivo la miró desde la butaca en la que estaba sentado, viendo la televisión hasta hacía un momento.

—¿Qué hay?

—Lentejas.

—Detesto las lentejas —respondió él fríamente, desviando de nuevo la mirada hacia el televisor.

Julieta se quedó en el umbral de la puerta y su sonrisa se fue desdibujando.

—No lo sabía. Puedo prepararte otra cosa...—musitó desilusionada.

—Pues que sea rápido.

Julieta abrió los ojos desconcertada ante aquel sueño, convencida de que se trataba de otro retazo de su pasado, otro recuerdo que no sabía cuándo ni dónde ubicar. ¿Dónde estaba aquella vieja casita de piedra y madera que se asemejaba más a una vieja cabaña que a un hogar propiamente dicho? ¿Quién era ese hombre? ¿Qué clase de relación tenían? Al principio, le había dado la sensación de que ella estaba ilusionada al verle, pero su indiferencia le había resultado devastadora. Se sorprendió con una lágrima deslizándose por su mejilla. Se incorporó y salió de la cama, convencida de que no podría volver a conciliar el sueño tan fácilmente. Se dio una ducha de agua caliente para quitarse aquella sensación de vacío de encima y, cuando terminó, se sintió mucho mejor. Volvió a arrebujarse entre las mantas y consiguió quedarse dormida de nuevo.

CAPÍTULO 5

5 de enero de 2019

Su teléfono móvil sonó como un molesto tambor en su cabeza. Enzo abrió los ojos y lo miró con disgusto, pero se incorporó rápidamente cuando vio que le llamaban de comisaría. Eran las seis de la mañana.

—Buenos días —dijo con voz ronca.

—Buenos días, inspector. —Era la voz de Mateo. Esta vez no se disculpó por llamarle tan temprano y fue directo al motivo de la llamada—. Han encontrado a otra chica.

—¿Qué? —musitó Enzo.

—Parece que es el mismo asesino —contestó el joven—. Ha puesto el cadáver sobre un lecho de flores idéntico.

—¿Dónde está?

—En el bosque, en la misma zona.

—Enseguida voy para allá —concluyó, fingiendo más aplomo del que realmente sentía. Había temido aquel momento desde que había descubierto las flores en la escena del crimen. No se trataba de un crimen pasional y aislado, sino de un asesino que parecía estudiar cada movimiento, un asesino en serie. Y ahora, más que nunca, sospechaba que no se detendría. El asesino volvería a matar.

No tardó en llegar a la escena del crimen. Saludó escuetamente a sus compañeros y Mateo lo acompañó hasta el cuerpo de la víctima.

—¿Quién...? —interrumpió su pregunta sobre la identidad del cadáver y un escalofrío le recorrió la espina al reconocer aquella cara regordeta y sus ojos asustados tras unas enormes gafas de pasta—. Beatriz Montes —musitó.

—¿La conocía? —preguntó Mateo, sorprendido.

—Estuve hablando con ella ayer por la tarde acerca del asesinato de Lorena. Eran amigas y ambas trabajaban en el balneario.

—No parece una coincidencia —apuntó Mateo.

—Porque no lo es. Beatriz sabía que algo estaba pasando en ese dichoso balneario y vino a contármelo. Estaba convencida de que Lorena había

descubierto algo peligroso y que por eso la habían quitado del medio.

—¿Entonces cree que el asesino la mató por hablar con usted?

—Estoy convencido —dijo, fingiendo que no le afectaba. Se sentía terriblemente culpable. Debería haberlo pensado antes, debería haber puesto a un par de oficiales para proteger a Beatriz como testigo. Ahora estaba muerta por su culpa. Contuvo la ganas de gritar para desahogar la rabia que sentía contra sí mismo pero, sobre todo, contra aquel psicópata.

Se acercó al cuerpo de la joven y se arrodilló a su lado, tratando de mantener el semblante calmado.

—Lo siento —murmuró con un susurro casi imperceptible y un nudo en la garganta. Analizó la escena del crimen con atención y sacó conclusiones muy parecidas a la vez anterior. Beatriz descansaba sobre un lecho de flores de almendro y sostenía entre sus dedos un bonito ramo de flores.

—Probablemente murió asfixiada —señaló Mateo, a su espalda.

—Sí. Parece que es el mismo autor —dijo, levantándose—. Pide urgentemente un análisis forense. Necesitamos saber si en su sangre se encuentra la misma droga que le suministraron a Lorena.

Enzo se apartó del cadáver y se fue hacia su coche.

—¿Adónde va, inspector? —preguntó Mateo.

—Al funeral de Lorena. Estoy seguro de que nuestro asesino acudirá al entierro.

* * *

Enzo no se había equivocado. El funeral de Lorena fue multitudinario y, con toda seguridad, el asesino debía de encontrarse entre toda aquella gente. Allí se agolpaban familia y amigos de la difunta, mezclados con la mayoría de vecinos del pueblo, que se habían reunido allí para darle el último adiós.

El inspector estudió cada uno de los rostros de los allí presentes. Los padres y los amigos de Lorena estaban devastados, mientras que los vecinos soltaban alguna lágrima furtiva de vez en cuando. El único que parecía impasible era el enterrador, un hombre alto de algo más de cincuenta años que debía de haber visto de todo a lo largo de su vida y ya nada podía afectarle. Suspiró. Sería difícil detectar algo extraño con tanta gente pululando por aquel lugar. Se fijó en un grupo de jóvenes que estaban algo apartadas. Reconoció entre ellas a Leticia y dedujo que debían de ser sus compañeras del balneario. Se acercó disimuladamente a ellas, pensando que quizá dijeran algo que le diera una pista sobre lo que estaba sucediendo en aquella empresa.

—¿Dónde está Beatriz? —dijo una de ellas, buscando entre la gente.

—No lo sé. Me dijo que vendría. Quizá lo ha pensado mejor...

Enzo frunció los labios, sabiendo que Beatriz ya no podría ir a ninguna parte. Sintió de nuevo aquella punzada de culpabilidad. Debería haber sido más precavido para salvaguardar la seguridad de la chica.

El inspector buscó a Elena Guzmán con la mirada y le extrañó no encontrarla allí. Aunque esa joven fuera nueva en el pueblo y no conociera a Lorena, le pareció en cierta manera irrespetuoso que no acudiera a su funeral.

Enzo se quedó hasta el final, aunque tuvo la tremenda sensación de haber estado perdiendo un tiempo precioso para su investigación. No había visto nada fuera de lugar y todo se había sucedido como de un evento así cabía esperar.

El inspector se alejó del grupo de gente, dispuesto a marcharse, cuando una voz femenina le detuvo.

—Buenos días, inspector. ¿Ha podido avanzar con el caso?

Enzo se volvió y se encontró con una mujer de su misma edad que llevaba el cabello castaño recogido en una coleta alta y que lo miraba inquisitivamente con unos ojos de color miel ocultos tras unas gafas parecidas a las suyas. No la había visto nunca por el pueblo.

—¿Quién es usted? —preguntó bruscamente.

—Me llamo Raquel Lozano. Soy periodista.

Enzo chasqueó la lengua.

—Ya tardaban en meter las narices... —rezongó.

—Tan solo necesito que me responda a unas preguntas, serán cinco minutos.

—No tengo tiempo para esto, señorita —espetó.

—¿Lo dice por el nuevo asesinato que debe investigar? ¿El de Beatriz Montes?

Enzo sintió que se le helaba la sangre y la fulminó con la mirada.

—¿Cómo sabe usted eso?

—Hay que estar ciego para no ver las patrullas que rodean la carretera. Solo me acerqué llevada por la curiosidad —se defendió.

—Mire, como comprenderá, no voy a contarle nada que comprometa el caso.

—Ni siquiera me ha dejado formularle mis preguntas.

Enzo puso los ojos en blanco.

—Porque no se las pienso contestar.
Y se marchó de allí dejándola con la palabra en la boca. Tenía mucho trabajo por delante.

* * *

—Lo siento mucho —dijo Enzo, sentándose en una silla frente a la madre de Beatriz Montes, que se encontraba en el sofá, todavía entre lágrimas de frustración y tristeza. El inspector observó el notable parecido de la chica con su madre y, de algún modo, eso lo hizo sentir peor.

—¿Por qué alguien querría hacerle daño a mi niña? —balbuceó la madre.

—Eso es lo que voy a averiguar, señora. Pero primero necesito que me responda a algunas preguntas. ¿Dónde está el padre de Beatriz?

—Me quedé viuda cuando ella era aún muy pequeña. Beatriz era mi mundo, inspector —añadió con la voz entrecortada. Enzo cerró los ojos, tratando que sus propios sentimientos no interfirieran en su trabajo. Se aclaró la garganta para que su voz sonara algo más entera.

—¿Cree que alguien quería hacerle daño?

—No lo creo. Mi hija era muy buena, ¿sabe? Era muy callada y no solía meterse con nadie.

—¿Tenía novio?

—¿Mi Beatriz? Qué va, era demasiado tímida para esas cosas.

—Supongo que sí que tenía amigos.

—Bueno, en realidad, siempre la veía con Lorena, la otra muchacha que... Oh, Dios mío, pobrecitas... ¿Quién...? —la mujer se echó a llorar y Enzo le tendió un pañuelo. La madre pareció calmarse un poco y lo volvió a mirar con los ojos enrojecidos—. Beatriz no tenía muchas amigas, inspector. Ella era más bien solitaria. Solo se relacionaba Lorena.

—Muchas gracias por su ayuda, señora —dijo Enzo, poniéndose en pie—. Si recuerda algo, llámeme —añadió, tendiéndole una tarjeta con sus datos a toda prisa. Necesitaba salir de aquella casa y respirar aire fresco, o terminaría por confesarle que él podría haber hecho algo más por proteger a su hija y que había cometido el error imperdonable de subestimar al asesino.

CAPÍTULO 6

6 de enero de 2019

Julieta se despertó tarde aquella mañana. Era el primer día festivo del que disponía desde que había empezado a trabajar en el balneario. Pensó que aprovecharía para investigar un poco sobre su vida, sobre aquellos pequeños retazos de su pasado que había empezado a recordar. Necesitaba averiguar dónde se encontraba aquella casa que había visto en la visión más nítida que había tenido hasta la fecha. Debía descubrir quién era aquel hombre que la había tratado con tanta indiferencia en su pasado.

Se vistió y salió de la habitación para dirigirse a la sala en la que solían servir el desayuno. No parecía haber nadie más en la posada a aquellas horas, así que se sentó en la butaca que más le gustó y se sirvió unas tostadas y un café del bufé libre.

—Buenos días, Elena. Hoy no ha madrugado mucho —apuntó una voz.

La joven dio un respingo y se percató de que el inspector acababa de entrar en el comedor.

—Usted tampoco, creo —repuso, viendo que él también se servía el desayuno.

—Estuve trabajando hasta tarde —contestó—. Supongo que no le importará que me sienta con usted —añadió, aposentándose frente a ella.

Julieta quiso decirle que deseaba desayunar tranquila, pero le pareció grosero y una vocecilla en su interior le dijo que era mejor mantener la cordialidad con aquel hombre.

—No, claro que no.

—Me resultó curioso que no acudiera al funeral de Lorena.

—No la conocía y alguien tenía que quedarse trabajando en el balneario. Así que Leticia me pidió que hiciera ese turno.

—Ya veo. ¿Qué estuvo haciendo el viernes por la noche? —preguntó Enzo.

—¿A qué viene esa pregunta? —espetó Julieta, incapaz de contenerse esta vez.

—Quizá no lo sepa aún, pero ayer apareció muerta Beatriz Montes. A ella

sí que la conocía, ¿verdad?

Julietta sintió que el color abandonaba su rostro. Por supuesto que la conocía. Había compartido el turno con ella desde que había llegado al balneario y aquella chica callada y discreta la había ayudado en todo lo que había podido. ¿Cómo diablos había terminado muerta? Pensaba que su ausencia en el balneario el día anterior había sido para acudir al funeral de su amiga.

—¿Me está interrogando, inspector? —preguntó con un arrojo que no sentía en realidad.

Incluso Enzo se sorprendió ante aquella respuesta. No pudo evitar sonreír y le dio un bocado a la tostada, pensando en cómo iba a redirigir aquella conversación.

—Le pedí que fuera mis ojos allí adentro, Elena. Tan solo quiero saber lo que está pasando, no la estoy acusando de nada —dijo, más para convencerla que por que realmente creyera en su inocencia—. Entonces, ¿vio a Beatriz el viernes?

—Por supuesto que la vi. Trabajábamos juntas.

—Me refiero a la salida del trabajo.

—No. Compartíamos el mismo turno y sé que sobre las ocho de la tarde terminó su jornada y se marchó, pero no la vi después.

—¿Se marchó sola?

—Sí.

—¿Y por qué no fue usted con ella?

—Tenía una tarea que terminar y me quedé media hora más.

—¿No vio nada sospechoso cuando salió?

—No. No había nadie allí. Esperé sola a que llegara el autobús.

—¿No escuchó ruidos?

—No, inspector. Ya le he dicho que estaba todo muy tranquilo.

—¿Cómo es el ambiente de trabajo en el balneario?

—¿Nunca deja de hacer preguntas?

—Es a lo que me dedico —respondió, sonriendo de nuevo. A pesar de la fragilidad que aparentaba aquella chica, pensó que en el fondo escondía un fuerte carácter—. Dígame, ¿cómo es trabajar allí? —insistió.

—Leticia es bastante estricta con nosotras, si es a lo que se refiere.

—¿Trata mucho con usted? ¿o con el resto de chicas?

—Bastante, ella es la que prepara los planes de trabajo y marca los

horarios y los turnos.

—¿Te parece que ella pudo tener algo que ver con las muertes de tus compañeras?

Julieta lo miró espantada.

—¿Qué está diciendo? —soltó ofendida—. Leticia puede ser severa, pero no la veo capaz de matar a nadie.

—Entonces, ¿quién cree que pudo hacerlo?

—No lo sé, inspector. Ese es su trabajo, no el mío —soltó, poniéndose en pie, dejando el desayuno a medio terminar—. Que pase un buen día.

—Lo mismo digo, señorita Guzmán. Nos vemos por aquí.

Julieta se marchó a toda prisa de la presencia de aquel hombre, que una vez más la había puesto al borde de un ataque de nervios.

Enzo la siguió con la mirada, hasta que la joven se subió a un autobús que se acababa de detener en la parada que se encontraba frente a la posada. Observó atentamente a la chica mientras ella se acomodaba en uno de los asientos de la parte trasera. El inspector se ajustó las gafas para leer la dirección del vehículo y se sorprendió al descubrir que era el autobús que iba directo hacia el balneario. Estaba seguro de que aquel día era festivo y por lo tanto todos los negocios estaban cerrados, incluido el balneario. Entonces, ¿adónde iba Elena?

* * *

Después de terminar su desayuno, Enzo se dirigió a la entrada de la posada, decidido a hacerle una visita a Leticia. Sabía que no la encontraría en el balneario, pero con un par de llamadas no le sería difícil averiguar dónde vivía. Necesitaba hablar con ella sobre la muerte de Beatriz.

—Buenos días, inspector —dijo el posadero desde detrás del mostrador, apartando la vista del periódico que estaba leyendo. Enzo no pudo evitar quedarse con la mirada clavada en la portada de aquel boletín de noticias.

—¿Qué demonios...? —balbuceó, acercándose a la publicación.

—Supongo que le interesará leerlo... qué desgracia —contestó el hombre, tendiéndole el periódico.

Enzo lo leyó a toda velocidad.

Nuevo asesinato en Lagarza

La noticia sobre la muerte de Lorena Ibáñez hace cinco días compungió a todos los habitantes de Lagarza. Hoy, cuando todo el pueblo estaba

dándole el último adiós a la joven, nos llegan noticias de un nuevo asesinato. Esta vez se trata de Beatriz Montes, compañera de trabajo y amiga de la víctima. Ambos cuerpos fueron encontrados en el bosque, sin heridas aparentes, descansando sobre un lecho de flores de almendro. ¿Estamos ante una nueva oleada de crímenes? ¿Ha vuelto el asesino de Blancanieves?

Enzo soltó el periódico en el mostrador, maldiciendo entre dientes a Raquel Lozano, la autora de aquel dichoso artículo que no debería haber visto la luz tan pronto y que no haría más que sembrar el pánico entre una población que ya estaba lo suficientemente asustada con un asesino merodeando por sus calles.

—¿Quién es el *asesino de Blancanieves*? ¿A qué se refiere con una nueva oleada de crímenes? —preguntó Enzo al posadero, sin ninguna expectativa de que tuviera las respuestas adecuadas.

—Claro, usted quizá no habría nacido por aquel entonces.

—¿Entonces sabe a qué se refiere? —insistió, con un hilo de esperanza.

—Cómo iba a olvidarlo... Hace ya treinta y un años de aquello, pero lo recuerdo como si fuera ayer. En verano de 1988 aparecieron dos jóvenes muertas en el bosque, con diferencia de pocos días. Ambas descansaban sobre un colchón de flores...

Después de unos segundos asimilando lo que aquello significaba, Enzo logró recuperar la voz.

—¿Atraparon al asesino?

—La policía nunca pudo averiguar quién había sido capaz de semejante atrocidad. —Enzo tragó saliva. Aquello solo podía significar una cosa. El asesino seguía suelto y había vuelto a actuar. ¿Pero por qué había dejado que pasara tanto tiempo? ¿Y si se trataba de un imitador? —Lo llamaron *el asesino de Blancanieves*, por cómo cuidaba de los cuerpos como si fueran princesas una vez las... las había matado —continuó el posadero, algo incómodo al explicarle aquello.

—Esta vez no dejaremos que escape —concluyó Enzo, saliendo por la puerta y cambiando de planes. La visita a Leticia podía esperar. Debía acudir a la comisaría a toda velocidad para rebuscar entre los archivos. Tenía que encontrar el expediente policial de aquel caso del 88.

* * *

Julietta bajó del autobús y observó durante un instante el camino a su izquierda que llevaba al balneario, sabiendo que aquel día tomaría otro distinto. Se adentró en el de la derecha y caminó lentamente hasta el cementerio, sin saber muy bien qué iba a hacer allí. Sospechaba que estaba vinculada a aquel lugar de algún modo. Le resultaba irracionalmente familiar, pero a la vez le provocaba una profunda inquietud en las entrañas. Agradeció encontrarse la verja metálica de la entrada abierta esta vez, así no tendría que rebuscar la llave que sabía que estaba oculta en el macetero de la entrada. Atravesó el umbral y se detuvo pensativa. La noche que se había refugiado allí aquel lugar le había parecido tétrico y aterrador. Sin embargo, ahora, a plena luz del día, se le antojó un lugar pacífico. Paseó entre las tumbas, con la esperanza de ver algo que le provocara algún recuerdo contradictorio, pero no fue así. Chasqueó la lengua molesta por la enorme laguna que sentía en su memoria y continuó avanzando hasta que se topó con una pequeña casita de madera y piedra. Se detuvo en seco al reconocerla. Era la misma casa vieja y con los muretes desconchados que había visto en aquel sueño. Tragó saliva, sabiendo lo que aquello significaba. Era la primera pista real que encontraba sobre su pasado. Se acercó lo máximo que pudo hasta el muro y lamentó comprobar que la puerta principal estaba cerrada. Era imposible entrar. Miró al timbre y dudó unos instantes, pero no se atrevió a llamar. Todavía no tenía suficiente información sobre lo que había sucedido y temía las consecuencias que una decisión precipitada pudiera conllevar. Descubrió una pequeña rendija desde la que se podía observar el interior de la casa y entornó los ojos para analizarlo todo con detalle. Los muebles que pudo divisar a través de los sucios cristales parecían viejos y desgastados, como si nadie se hubiera molestado en cambiarlos o siquiera limpiarlos en años. Reconoció el viejo sillón de cuadros en el que había estado sentado el hombre de sus recuerdos. Sin embargo, ahora estaba vacío. De no haber sido por la puerta cerrada y el huerto más o menos cuidado, habría pensado que aquel lugar estaba abandonado. De repente, escuchó una puerta crujir cerca de ella y contuvo la respiración espantada. Respiró algo aliviada cuando comprobó que no era la puerta principal junto a la que ella se encontraba, sino la portezuela trasera de la casa que daba al huerto. Volvió a acercarse a la rendija para continuar observando y descubrió a un hombre ligeramente encorvado y muy delgado que debía de rondar los cincuenta y cinco años. Le resultó vagamente familiar e intentó pensar dónde lo había visto antes, pero no supo ubicarlo. Sin querer,

dio un ligero paso hacia atrás y una rama crujió bajo su peso. Julieta maldijo entre dientes al percatarse de que el hombre la había escuchado. Los ojos negros de aquel individuo escudriñaron los muros en busca del origen de aquel sonido.

—Malditos gatos callejeros...—farfulló él finalmente, volviendo a concentrarse de nuevo en el huerto.

Julieta se quedó allí, inmóvil, unos minutos más, debatiéndose entre entrar a hablar con él o salir de allí sin ser vista. Finalmente, optó por la segunda opción. Siempre tendría tiempo de volver y hacer preguntas. Por el momento, creía más prudente seguir siendo discreta.

El autobús tardó prácticamente una hora en volver a pasar por la parada en la que se había apeado. Julieta subió y le hizo un leve gesto a modo de saludo al conductor antes de validar su tique. Se sentó al final del vehículo y apoyó la cabeza contra la ventanilla, con una inquietante idea que llevaba días rondando por su mente. Nadie en aquel pueblo parecía reconocerla. Era cierto que se había esforzado por cambiar su aspecto y pasar desapercibida, pero estaba segura de que si alguien en Lagarza la hubiera conocido de verdad, algún amigo cercano o quizá un familiar la hubiera reconocido a pesar de su cabello distinto o de su ropa nueva. También le extrañaba que nadie hubiera denunciado su desaparición. Aunque ella no recordara quién era, estaba segura de que debía tener una identidad. ¿Por qué no estaba el pueblo empapelado con su foto denunciando su desaparición? Tenía que ser alguien antes de que la enterraran en mitad de aquel bosque, ¿no? ¿Acaso nadie la echaba de menos? Con dos asesinatos en el pueblo, ¿nadie temía que ella hubiera corrido la misma suerte? La única conclusión a la que podía llegar era una: en realidad no era de Lagarza. Cuando sucedió lo que fuera que la había llevado a terminar enterrada en vida, debía de estar de paso por aquel pueblo. Sin embargo, si eso era cierto, ¿por qué tenía la sensación de que aquella casa maltrecha era, de algún modo, su hogar?

* * *

Enzo se frotó los ojos, cansado, y se pasó la mano por el pelo, arrancándose sin querer la poca gomina que le quedaba ya en él. Había vuelto a toda prisa a la ciudad para consultar el archivo policial de su comisaría y llevaba horas mirando viejos expedientes del año 88 y no había encontrado nada. Mateo abrió la puerta poco después de anunciar su entrada con unos leves golpecitos y el inspector lo miró molesto.

—¿Qué pasa ahora? —escupió con malas pulgas.

—Venía a traerle un café —balbuceó el joven, observando el aspecto despeinado e inquieto de su jefe.

—Gracias.

—¿Qué está buscando en esos viejos archivos, inspector? —preguntó con un hilo de voz, temiendo que le ladrara. Sin embargo, Enzo se contuvo esta vez.

—No estoy seguro —respondió esquivamente. Quería estar convencido de que tenía algo útil antes de comunicárselo a su ayudante. Sin embargo, sucumbió ante los ojillos llenos de curiosidad del joven oficial—. Parece que en el año 88 hubo un par de asesinatos con el mismo modus operandi en ese maldito pueblo. ¿Cómo es posible que no nos hubiéramos enterado hasta ahora? —explicó, sin poder creerse su propio descuido.

—¿Cómo? ¿Hace treinta años? —repuso, arqueando las cejas.

—Eso parece, o al menos, eso dice este periodicucho local —gruñó, acercándole con una mueca de disgusto el ejemplar que el posadero le había facilitado.

Mateo leyó la noticia rápidamente y después miró con ojos espantados al inspector.

—¿*El asesino de Blancanieves*? —murmuró, horrorizado.

—Parece que tenemos un asesino en serie, Mateo. Uno muy peligroso o, al menos, un imitador. Pero para estar seguro necesito encontrar los expedientes de aquel viejo caso.

—Le ayudaré —se ofreció Mateo, acercándose a una de las pilas de papeles que reposaban sobre la mesa del inspector.

—Me pregunto por qué narices no han informatizado todavía estos documentos —se quejó Enzo, sabiendo de sobras que nunca se digitalizaría algo de hacía más de treinta años. Mateo no contestó, enfrascado ya en la lectura del primer dossier que había tomado del montón.

Pasaron dos horas más antes de que alguien hablara.

—¿Está seguro de que fue en el 88? —preguntó Mateo, desanimado por no haber encontrado nada útil.

—Eso dijeron... —contestó Enzo, cada vez menos convencido. Casi como si lo hubiera invocado, apareció ante él un dossier amarillento repleto de papeles y notas—. Mateo, creo que lo he encontrado —anunció con un suspiro de alivio.

El chico se levantó como una exhalación y corrió al lado de su jefe. Enzo ojeó las páginas, buscando los datos clave, aunque sabía que aquella noche se llevaría una copia del documento para leerlo con atención en la tranquilidad de la habitación que había alquilado en aquella posada hasta que resolviera el caso.

—Parece que la historia se repite —concluyó Enzo, levantándose de la silla y dirigiéndose hacia la pizarra que colgaba de la pared más ancha de su despacho. Observó con atención los nombres y los datos que había anotado en ella hacía unos días, las fotografías de Lorena, Beatriz y la escena del crimen que seguían colgadas esperando a que alguien encontrara al asesino. Reflexionó sobre las miles de incógnitas que le quedaban por resolver y expiró agotado. Dio varios pasos arriba y abajo de la salita, con tantas ideas agolpándose en su cabeza que casi podía verse humo saliendo de ella—. En 1988 dos chicas aparecen muertas en medio del bosque sobre un lecho de flores de almendro y con un ramo de flores entre las manos, maquilladas y peinadas como princesas. El asesino no deja pistas ni huellas y actúa con apenas unos días de diferencia. También encontraron droga en el torrente sanguíneo de las víctimas. Una muerte limpia por asfixia, sin una gota de sangre ni rastros de violencia —recitó, recordando todos los datos.

—¿Cree que se trata del mismo asesino?

—Es muy probable.

—¿Pero qué edad tendrá? —cuestionó Mateo—. ¡Han pasado décadas entre los crímenes!

—Quizá alguien le esté ayudando. O puede que fuera muy joven cuando asesinó por primera vez... La cuestión es que el modus operandi me parece demasiado parecido para que se trate de un simple imitador. ¿Quién podría conocer todos los detalles de los crímenes?

—Puede que la prensa hablara sobre ello y por eso se conozcan públicamente este tipo de detalles.

—Buena idea. Quiero que busques en la prensa de aquella época. Seguro que informaron del caso. Quiero ver qué dicen.

—Me pongo con ello enseguida —contestó Mateo, decidido.

—Hazlo mañana, supongo que querrás pasar algo de tiempo con tu familia —concedió Enzo, en un fugaz ataque de empatía—. Hoy es el día de reyes.

—Gracias inspector —repuso Mateo con una sonrisa, abandonando la estancia.

Enzo fotocopió el expediente que había encontrado y lo guardó con cuidado en su maletín de piel. Después, se colocó el abrigo, dispuesto a marcharse de nuevo al pueblo para seguir investigando. Sin embargo, antes de salir dio un rápido vistazo a la pizarra y se acercó hasta ella. Escribió un gran número 2019 delante de las pistas que habían encontrado en las escenas del crimen de Lorena y Beatriz. Después, garabateó otro año en la parte superior de la pizarra, en paralelo. 1988. Y anotó los nombres de las otras víctimas. Julieta Abellán y Annie Willson. Salió del despacho convencido de que había oído el primer nombre en algún sitio, pero fue incapaz de recordar dónde.

CAPÍTULO 7

7 de enero de 2019

Julieta sintió unos labios ligeramente ásperos sobre los suyos. Cuando abrió los ojos, levantó la mirada hasta él. Los ojos prácticamente negros de aquel hombre joven formaron unas pequeñas arruguitas en los laterales al sonreírle. Iba vestido con un traje oscuro y elegante, con una corbata azul adornando su cuello. Julieta bajó la mirada tímidamente y soltó una risilla nerviosa. Vio de reojo el vuelo suave de su vestido blanco e impoluto ondeando bajo la brisa de aquella tarde de otoño y agarró con fuerza su ramo de novia, temiendo que saliera volando.

El hombre la cogió en volandas y se acercó hasta la vieja cabaña destartalada en la que vivirían a partir de entonces. Abrió con ayuda de su pie y la llevó hasta la modesta habitación de matrimonio, para depositarla en la cama con cuidado. Julieta volvió a reír nerviosa y él la besó de nuevo. Por fin era su esposa.

Julieta abrió los ojos lentamente y se quedó mirando el techo de su habitación de la posada con una extraña sensación en el pecho. Una mezcla de melancolía y ansiedad. ¿El hombre que había rechazado el guiso que le había preparado con tanto esmero resultaba ser su marido? ¿Estaba casada? ¿Quién era él? ¿Y por qué no la estaba buscando si había desaparecido? Sintió que se le formaba un nudo en la garganta al tener al fin la certeza de que pertenecía a aquel lugar. No era una forastera que pasaba por el pueblo cuando asesinaron a Lorena, sino que era una vecina más de Lagarza. Entonces, ¿por qué nadie la reclamaba?

Se incorporó en la cama al percatarse de que el sol ya comenzaba a despuntar en el horizonte. Había olvidado bajar la persiana la noche anterior. Después de ducharse, se puso algo de ropa y decidió hacer una nueva visita al cementerio antes de ir a trabajar aquel día. Necesitaba volver a aquella casa y descubrir quién diablos era de una vez.

Salió de su habitación y se alegró al comprobar que no había nadie más en

la posada. Ni aquel inspector entrometido ni el posadero parecían estar despiertos. Mucho mejor, no estaba de humor para saludos ni palabras amables.

Julieta se arrepintió de no haber cogido una bufanda más gruesa al sentir el gélido frío de invierno colarse por el cuello de su chaqueta. Por suerte, el primer autobús del día no tardó en llegar a la parada. Viajó de nuevo sola con la única compañía del conductor. El primer turno en el balneario no comenzaría hasta un par de horas después.

Cuando bajó del autobús, volvió a sentir aquella bocanada de aire helado y se subió más el cuello de la chaqueta, aunque no impidió que sintiera un escalofrío en la nuca. El cementerio aún no estaba abierto. Los primeros débiles rayos de sol del día apenas le bastaron para encontrar la llave oculta bajo la maceta. Cuando la tuvo en sus manos jugueteó con ella unos segundos y después la introdujo en el cerrojo procurando no hacer ruido. Entró con sigilo y caminó entre las tumbas en dirección a aquella pequeña cabaña, dispuesta a hacer lo que fuera necesario para obtener algo más de información. Observó con atención por la rendija del murete y vio que todas las luces estaban apagadas. No parecía que hubiera nadie en la casa, al menos, no despierto.

Se agarró con fuerza al muro y dio un brinco con agilidad. No le costó pasar al otro lado y pronto se encontró con el huerto que había visto en sus recuerdos. Observó que las plantas aromáticas que ella había parecido cuidar con tanto ahínco ya no estaban allí y habían sido sustituidas por banales patatas y lechugas. Se sorprendió al comprobar que la portezuela de la cocina no estaba cerrada con llave. Claro, ¿quién iba a tener la osadía de colarse en un cementerio en mitad de la noche? Además, creer que se podía encontrar algo de valor en una casa destartada como aquella era una estúpida idea. Así que supuso que el dueño no sentía ninguna necesidad de protegerse contra los ladrones. Accedió a la casa con sigilo e intentó que el viejo suelo de madera no crujiera bajo sus pies delatando su presencia. Cruzó la cocina a hurtadillas y entró en el salón de la casa, que estaba tal y como ella recordaba, solo que con unas cuantas capas más de polvo y suciedad y un montón de botellas de alcohol y platos sucios aquí y allí. Todo le pareció extrañamente más viejo de lo que ella recordaba, como si hubieran pasado décadas. Pero eso, obviamente, era imposible. No podía haber pasado tanto tiempo desde su boda. Seguía siendo muy joven.

Estudió los cuadros torcidos que colgaban de las paredes, repletos de

paisajes idílicos que en nada se asemejaban a aquel lugar. Se topó con un viejo aparador y estuvo a punto de tirar al suelo toda la vajilla que se encontraba guardada en su interior. Cerró los ojos con fuerza intentando amortiguar cualquier sonido y suspiró al comprobar que todo seguía en calma. Entonces, reparó en una fotografía que descansaba sobre el mueble. La tomó con cuidado y entornó los ojos al reconocerse en ella, con una sonrisa clara y su cabello castaño ondeando al viento. A su lado se encontraba su marido, que la observaba con aquellos ojos negros como la noche más oscura.

Julieta escuchó un ruido a sus espaldas y descubrió horrorizada que el hombre que ahora habitaba el que había sido su hogar estaba bajando por las escaleras lentamente, supuso que en busca de la causa de aquellos crujidos en el piso de abajo. Julieta salió corriendo como una exhalación hacia el exterior y saltó el murete como lo haría el gato más ágil. Corrió por el cementerio y se ocultó tras uno de los panteones familiares. Desde su escondite, con la respiración agitada, observó cómo aquel hombre se detenía en el umbral de la puerta de su casa mirando hacia el exterior con algo parecido al miedo en sus ojos negros. Su rostro estaba pálido, como si hubiera visto a un fantasma. Y fue entonces cuando tuvo la certeza de que la había visto, aunque fuera tan solo por un instante. Se mordió el labio, maldiciendo la terrible idea de haberse colado en casa de alguien como una vulgar ladrona. Aquello podía traerle problemas si el inspector lo descubría. A pesar de todo, sonrió. Por lo menos ahora podía estar segura de que aquel había sido su hogar. Sin embargo, no terminaba de entender por qué aquel hombre de casi sesenta años guardaba en su casa una foto del día de su boda. ¿Quizá fuera su padre? ¿Dónde estaba su marido?

Cuando vio que el hombre se refugiaba de nuevo en la casa, salió de detrás del panteón y caminó rápidamente en busca de la salida, dirigiendo de vez en cuando una mirada hacia atrás por si alguien la seguía. En una de aquellas distracciones, tropezó con una lápida y cayó de rodillas a los pies de una tumba. Se miró con disgusto las rodillas magulladas y resopló. Cuando iba a incorporarse, sin embargo, sus ojos se detuvieron en la lápida que se hallaba frente a ella.

Julieta Abellán López

28 de febrero de 1965 — 1 de agosto 1988

Tu familia y amigos no te olvidan

Julietta releyó la lápida una y otra vez, frunciendo el ceño, tratando de comprender. ¿Por qué estaba allí escrito su nombre? Alargó los dedos hasta la piedra enmohecida que descansaba frente a ella y la acarició con cuidado. Durante unos instantes fantaseó con la idea de que fuera una mera coincidencia. Sin embargo, lo sentía en el fondo de su ser. Aquella era su tumba, la de nadie más. ¿Cómo era posible? ¿Significaba aquello que creían que estaba muerta? Quizá el asesino la había enterrado en medio del bosque pensando que había acabado con su vida y su familia la había dado por muerta. Pero, ¿por qué no salía aquella noticia en la prensa? ¿Por qué tan solo se hablaba sobre la muerte de Lorena y no de la suya si se suponía que habían muerto la misma noche? Sin embargo, miró la fecha pensativa. *1 de agosto*. Aquella noche en el bosque había sentido un frío intenso y sabía que estaban en pleno mes de enero. ¿Por qué databan su muerte en agosto? ¿Y por qué aquella lápida parecía tan vieja y desgastada? Miró a su alrededor, asustada, y sus ojos se clavaron en la tumba de al lado, que parecía mucho más reciente que la suya. Leyó las fechas y se tapó la boca horrorizada. Aquella persona había muerto en 2018. No era posible. Aunque no recordara su pasado, estaba segura de que sus recuerdos se situaban a finales de los ochenta. Rememoró espantada cómo no había reconocido aquellos billetes que había robado en la tienda de ultramarinos, cómo había visto extrañas tecnologías móviles y televisiones muy modernas que había tratado de ignorar, como si no estuvieran allí haciendo evidente que algo no encajaba. Y la que no encajaba era ella en aquel tiempo. Exhaló una bocanada del aire espeso que se había formado en sus pulmones y aparecieron ante ella pequeñas nubecillas de vaho. La temperatura estaba cayendo, pero el frío que se había alojado en su pecho era mucho más profundo que el que notaba a través de la ropa. ¿De verdad había muerto en el 88? No encontraba otra explicación para el vacío de treinta años en su cabeza. Si hubiera estado viva todo aquel tiempo, ahora debería tener más de cincuenta años. Sin embargo, aparentaba tener veintipocos. ¿Qué otra explicación podía haber para que tuviera ahora la misma edad que entonces? ¿Había estado muerta treinta y un años? ¿Por qué había resucitado ahora?

* * *

Enzo entreabrió los ojos molesto por el sonido atronador del despertador que descansaba sobre la mesita auxiliar. Instantáneamente sintió dolor en las cervicales y descubrió el expediente de 1988 desparramado sobre el colchón. Se había quedado dormido la noche anterior repasando los datos. En realidad,

apenas recordaba haber leído nada. Probablemente el sueño habría tardado escasos minutos en vencerle después del largo camino hasta el pueblo y del día tan intenso que había tenido rebuscando en los archivos.

Recogió los papeles y los dejó a un lado para estirarse y tratar de relajar sus músculos agarrotados. Se dio una ducha caliente y en vez de despejarse se sintió más adormecido. Aquella mañana necesitaba más que nunca un buen café, pero decidió esperar un poco para bajar a desayunar. Era temprano y el posadero seguramente aún lo estaría preparando, así que aprovecharía aquel rato para adelantar el trabajo que había dejado abandonado la noche anterior. Se sentó en el sencillo escritorio de su habitación y abrió el archivo lleno de folios desordenados. Se concentró en su lectura durante más de media hora para descubrir, frustrado, que en el expediente no se decía nada interesante sobre las víctimas más allá de sus nombres y edades. Se habían limitado a adjuntar el informe del forense y no se habían molestado en investigar el entorno personal y profesional de las mujeres. No se hablaba sobre familiares, compañeros o amigos que pudieran resultar sospechosos, ni mucho menos se apuntaba a ninguna teoría. Le resultó extraño. ¿Qué inspector habría llevado el caso en el 88? El muy inepto ni siquiera había hecho constar su nombre en el expediente. Había muchas lagunas en los informes y sentía que la investigación había sido absolutamente deficiente. Era consciente de que los medios de entonces no eran los mismos que los actuales, pero aun así le seguía pareciendo un trabajo penoso. Demasiado. Tan solo se le ocurrieron dos posibilidades: o la persona a cargo de la investigación en el 88 era un policía realmente inútil o estaba tratando de ocultar algo. Se prometió indagar en el tema y descubrir quién había llevado el caso del asesinato de Annie y Julieta. Apiló los folios desanimado y, al alzarlos ligeramente, escuchó el sonido inconfundible de unos papeles algo más pesados cayendo sobre la mesa. Era un puñado de viejas fotografías. Se le erizaron los cabellos de la nuca al descubrir en las imágenes los cadáveres de dos chicas dispuestos del mismo modo en el que habían encontrado a Beatriz y Lorena. La misma tez pálida y ojerosa tratada de disimular con un denso maquillaje y flores. Dejó de mirirlas, sintiendo que se le revolvía el estómago vacío. Estudió la siguiente fotografía algo más relajado. En ella salía una joven de pelo rubio y corto, con unos avispados ojos azules que miraban a la cámara con descaro. Le dio la vuelta a la instantánea y descubrió un nombre escrito a mano tras ella. Así que aquella era Annie Willson, la segunda de las víctimas de la ola de crímenes de

1988, cuando aún estaba viva. Se preguntó quién habría sido aquella joven. Desde luego, con aquel nombre, no debía ser del pueblo, sino probablemente una extranjera que había tenido la mala suerte de cruzarse en el camino del asesino. La siguiente imagen estaba boca abajo y pudo leer en el reverso el nombre de Julieta Abellán garabateado con la misma letra que el de Annie. Le dio la vuelta despreocupadamente, sin esperar el impacto que le causaría la imagen que tenía frente a él. Una hermosa joven de cabello castaño y ojos de color avellana sonreía tímidamente. Abrió la boca varias veces y sintió que le temblaban las manos.

—No es posible... —balbuceó, repasando una y otra vez aquellos rasgos familiares. A pesar de llevar el cabello distinto, era imposible que la estuviera confundiendo, la había observado disimuladamente demasiadas veces en el balneario y en el comedor de la posada—. Elena...

Se levantó de la silla y se dirigió decididamente a la puerta para hacerle una visita a su vecina de habitación, pero se detuvo en seco, pensándolo mejor. ¿Qué iba a decirle? En realidad, ni siquiera alcanzaba a comprender del todo lo que estaba viendo. Era imposible que fuera la misma chica. Julieta Abellán había muerto hacía treinta y un años. Rebuscó agitadamente entre las fotografías y observó de nuevo la instantánea de su cadáver, horrorizado al verla así. Al principio no la había reconocido, tan pálida y maquillada, pero no había lugar a dudas. Era ella. ¿Cómo era posible que estuviera viva? ¿Y por qué seguía teniendo el aspecto de alguien de veintitrés años? Quizá Elena tan solo fuera la sobrina de Julieta o tuvieran algún parentesco que pudiera explicar aquel inquietante parecido, pensó, tratando de racionalizar su descubrimiento y mantener la calma. Él era un hombre empírico, aquello debía tener una explicación lógica, se repetía una y otra vez, aunque no lograba dar con ninguna mínimamente plausible. Tan solo se le ocurría una idea totalmente descabellada. Julieta había resucitado.

Se dejó caer en la silla y se llevó las manos a la cabeza, sobrepasado por la situación por primera vez en su carrera como policía. Y fue en aquel instante en el que recordó dónde había escuchado el nombre de Julieta Abellán por primera vez. Agarró el teléfono con manos temblorosas y buscó torpemente el teléfono de Mateo entre sus contactos.

—Buenos días, inspector —contestó el muchacho al otro lado. Parecía apurado, probablemente acababa de llegar a la comisaría. Todavía era temprano—. ¿Qué sucede?

—¿Cómo se llamaba la mujer que encontró el cuerpo de Lorena? La que no pudimos localizar —preguntó directamente.

—Eh...—Mateo dudó al otro lado de la línea—. Déjeme consultarlo.

El joven tardó unos minutos, que al inspector le parecieron interminables.

—Julieta... Julieta Abellán —musitó el chico, cayendo en la cuenta de lo que aquello significaba—. ¿Cree que fue el mismo asesino el que dio el aviso usando el nombre de su primera víctima?

Sin embargo, nadie le contestó al otro lado de la línea, Enzo ya había colgado. Dejó el teléfono móvil sobre la mesita y tomó la fotografía de aquella Julieta sonriente entre los dedos, dándole vueltas. Intentaba encontrar un rasgo distintivo, un lunar que ya no estuviera ahí, una marca o una pequeña cicatriz que hubieran desaparecido, demostrando que se trataba de personas distintas. Sin embargo, tan solo consiguió inquietarse más al descubrir que las pequeñas pecas que lucían sobre la naricilla de la joven de la fotografía eran exactamente iguales que las de Elena. Le habían gustado demasiado como para no fijarse en ellas.

El inspector escuchó ruidos en el pasillo y supo que Elena, o Julieta, como fuera su verdadero nombre, estaba ahí. Se quedó paralizado unos instantes sin saber qué hacer, pero necesitaba verla de nuevo con sus propios ojos. Abrió decididamente la puerta y salió al pasillo como una exhalación. Julieta estaba abriendo el cuarto contiguo en ese instante, pero las frágiles manos de la joven temblaban tanto que las llaves cayeron al suelo. La chica se agachó para recogerlas y Enzo se aclaró la garganta para hacerle notar su presencia. La chica levantó sus ojos asustados hasta él y pudo ver cómo la palidez de su rostro se había acentuado. Parecía totalmente descolocada, como si le hubieran comunicado una terrible noticia. Enzo notó una extraña sensación en la boca del estómago que casi lo llevó a abrazarla. Se sintió estúpido. Tenía frente a él a la pieza clave de su caso. Ahora estaba seguro. Aquella joven estaba implicada de algún modo y él, en vez de analizar la situación objetivamente, sentía el absurdo instinto de protegerla. Al ver que Julieta no parecía tener las fuerzas suficientes para levantarse del suelo, la agarró del brazo. Sintió la calidez de su piel bajo la ropa y aquello lo convenció de que estaba tan viva como él.

—Acompáñeme un momento, señorita Guzmán —dijo sin saber por qué nombre llamarla, arrastrándola hasta su habitación, en la que el expediente del caso seguía abierto sobre el escritorio.

La joven, al contrario de lo que creyó que haría, no opuso ninguna resistencia. Enzo cerró la puerta tras él y se quedó de pie frente a ella, que parecía tener la mente muy lejos de allí.

—¿Ha sucedido algo? —preguntó él con suspicacia, tratando de enfocar la situación con normalidad, como si no hubiera descubierto que la joven que tenía delante supuestamente llevaba treinta y un años muerta.

—Yo... —murmuró—. No.

—Tengo unas cuantas preguntas que hacerle, Julieta.

La joven levantó entonces la mirada del suelo y lo miró con los ojos muy abiertos.

—Me llamo Elena —lo corrigió, muy poco convencida.

—Vamos a dejar de fingir. No entiendo nada y espero que usted pueda aclarármelo.

—Con el debido respeto, no tengo nada que aclarar, inspector —repuso, tragando saliva e intentando reunir fuerzas para enfrentar a aquel policía físgón e inoportuno. Se dirigió a la puerta, pero él la detuvo por la mano. El tacto de los dedos en su palma hizo que se le cortara la respiración.

—Espera —dijo él, tuteándola por primera vez—. Necesito saber la verdad.

—Suélteme, inspector. O gritaré.

—De acuerdo. Vamos a calmarnos —sugirió Enzo, levantando las manos en son de paz y dejándola ir—. ¿Quieres sentarte? —la chica asintió y se sentó en el rincón más alejado de la cama de Enzo, con las sábanas todavía revueltas.

—¿Ahora nos tuteamos? —preguntó la chica con una mueca al darse cuenta de que el hombre había cambiado su tratamiento hacia ella.

—Supongo que es lo que tiene compartir secretos como este.

—No sé de qué secretos me estás hablando.

—Sé quién eres —presionó Enzo, intentando llevarla al límite como solía hacer en los interrogatorios con los sospechosos, sin estar muy seguro de qué clase de confesión pretendía obtener. Ni siquiera sabía si sería capaz de asimilar la verdad.

—¿Y quién se supone que soy?

—Julieta Abellán —contestó, caminando hasta el escritorio y recogiendo la foto que había descansado hasta entonces sobre la mesa. Se acercó a la chica y la depositó sobre su regazo.

La joven miró la fotografía y frunció el ceño al reconocerse. Suspiró.

—Esta no soy yo. Tan solo se me parece —mintió, en un vano intento por protegerse.

Enzo rio.

—¿De verdad crees que soy tan estúpido? A mi no vas a engañarme con un bonito corte de pelo y un poco de tinte, Julieta. Esta eres tú.

—Julieta Abellán murió hace más de treinta años —dijo ella a modo de respuesta, con la voz vacía.

—Exacto. Entonces, ¿cómo puedes estar aquí?

—Tengo que irme, inspector —dijo, poniéndose en pie dispuesta a largarse de aquella habitación que empezaba a parecerle demasiado pequeña. Necesitaba estar sola para asimilar todo lo que había descubierto en el cementerio y hablar con aquel hombre no hacía más que aumentar su inquietud.

—Ni hablar. No vas a irte a ningún lado hasta que me digas qué pasó la noche del uno de enero. —Julieta lo miró horrorizada. ¿Cuánto sobre la verdad había descubierto aquel hombre? Optó por no contestar—. Si Julieta Abellán está muerta, ¿puedes explicarme cómo llamó por teléfono la noche de fin de año para comunicarnos que había encontrado el cuerpo de Lorena?

Julieta se dejó caer de nuevo en la cama, abatida. Por fin se daba cuenta de que no tenía escapatoria. O le contaba todo lo que sabía a aquel hombre o jamás la dejaría en paz.

—No me creerías —terminó diciendo en un susurro.

—Inténtalo.

CAPÍTULO 8

8 de enero de 2019

Julieta entró en el balneario tratando de aparentar normalidad. El día anterior había sido incapaz de ir a trabajar después de descubrir que había regresado a la vida tras décadas muerta, así que había llamado a Leticia para inventarse un virus estomacal como excusa para quedarse encerrada en su habitación todo el día. La mujer, al contrario de lo que había supuesto que haría, no le puso ningún impedimento y le deseó una pronta recuperación.

Acudió al vestuario sin cruzarse con nadie y se colocó el uniforme azul con delicadeza, preguntándose qué haría el inspector ahora que sabía toda la verdad. ¿La habría creído? Había escuchado su historia en absoluto silencio y, cuando había terminado, se había marchado sin apenas despedirse. Tan solo había podido oír en la lejanía el rugido del motor de su coche alejándose de la posada. No había vuelto ni de día ni de noche. Había esperado su regreso escuchando a través de la puerta por si entraba en la habitación contigua, pero tan solo había escuchado vacío y silencio. Supuso que no resultaba fácil asimilar que alguien había resucitado sin motivo aparente después de tantos años, sin recordar nada más que su nombre. Aunque también le había explicado lo que había sucedido la noche de fin de año, sabía que, en realidad, no le había podido facilitar ningún dato útil para la investigación. Nunca había llegado a ver al asesino de Lorena, ni siquiera de lejos.

Julieta suspiró y se miró en el espejo fijamente, intentando identificarse con la joven que le devolvía el reflejo. No le costó entender por qué nadie la había reconocido. Probablemente ya nadie se acordaba del rostro de una muchacha muerta tanto tiempo atrás. Se había hecho montones de preguntas desde que había descubierto la verdad. ¿Seguiría vivo su marido? ¿Le quedaría familia en el pueblo o fuera de él? ¿Cómo había muerto en el 88? Enzo no le había llegado a explicar cómo había descubierto la verdad y sentía un enorme vacío en su interior, como si le faltara información imprescindible sobre su propia existencia.

Se apartó del espejo y se dirigió a una de las piscinas principales para

reponer las toallas, dispuesta a olvidar sus problemas al menos por un rato.

* * *

Enzo entró en la comisaría con unas buenas ojeras. Mateo lo miró extrañado. Su jefe era un animal de costumbres. Sabía que por norma general se iba a dormir temprano y llegaba el primero a la oficina. Llevaba una vida sana y sin excesos, casi monástica. Cuidaba su alimentación y su aspecto pulcro de un modo que rozaba lo obsesivo. Por eso, le sorprendió verlo entrar por la puerta prácticamente a mediodía, con el cabello revuelto y el traje que generalmente llevaba impoluto ligeramente arrugado y descolocado.

—Buenos días, inspector —lo saludó, casi sin atreverse a preguntar qué le había pasado, pero se armó de valor—. ¿Está usted bien?

Enzo lo fulminó con la mirada y soltó un gruñido por toda respuesta, antes de encerrarse en su despacho dando un portazo. Había pasado el día anterior y toda la noche clausurado en su casa, memorizando y repasando todos los datos de ambos casos, sin pegar ojo. Era la única manera que tenía de no pensar en lo que había descubierto, de tratar de mantener el control sobre una situación que le había sobrepasado cuando aquella misteriosa joven le había contado la verdad. Lo peor de todo era que la creía. Sabía que lo que decía era cierto. Había demasiadas evidencias que respaldaban lo que él mismo había sospechado al ver las fotografías. Aún así, era consciente de que no podía contarle aquello a nadie. No quería que lo tomaran por loco y debía proteger a toda costa aquel secreto. Entre informe e informe, un montón de preguntas existencialistas se habían agolpado en su cabeza: ¿Cómo había logrado volver a la vida? Necesitaba encontrar respuestas. Si descubría cómo lo había hecho, quizá pudiera calmar un poco la ansiedad que sentía creciendo en su pecho.

Unos golpecitos en la puerta lo sacaron de sus pensamientos. Era Mateo, que venía a traerle un café como de costumbre. Enzo lo aceptó de buena gana, necesitaba un poco de cafeína para que su mente siguiera funcionando.

—Ha llegado el informe de la autopsia de Beatriz Montes —dijo el joven oficial.

—¿Hay algo nuevo? —preguntó con la voz ronca y cansada.

—Es exactamente el mismo modus operandi que con la otra víctima, inspector. Casi como un calco. Encontraron el mismo tipo de flores de almendro y la droga en el torrente sanguíneo de la chica —le resumió.

—Está bien, déjame el informe para leerlo con detenimiento después —le dijo, deseando quedarse solo cuanto antes.

—Esto... ¿Qué hay de Julieta Abellán?

Enzo levantó la mirada del papel y miró al oficial fijamente, tratando de disimular el nerviosismo en sus ojos verdes.

—¿Qué hay de qué? —espetó, ocultando su inseguridad bajo una fachada de antipatía.

—Fue ella quién informó sobre el asesinato de Lorena la noche del uno de enero —le recordó, haciendo memoria de su llamada temprana el día anterior. Enzo disimuló una sonrisa irónica.

—¿Ahora los muertos llaman por teléfono? —inquirió, desviando la atención.

—No, claro que no —se apresuró en aclarar el chico, sintiéndose estúpido.

—Julieta Abellán fue asesinada en el 88. Obviamente no fue ella quien llamó a la comisaria, sino que probablemente lo hizo el mismo asesino —mintió. Debía proteger a Julieta de todo aquello y mantener en silencio su secreto.

—Pero quien lo denunció era una voz femenina, ¿cree el asesino es una mujer?

—No podemos descartarlo, aunque hay programas de distorsión de voz bastante logrados hoy en día.

—¿Pero por qué haría eso? ¿Exponerse así?

—Los asesinos en serie juegan con la policía, en el fondo quieren ser descubiertos. Por eso, van dejándonos pistas para que relacionemos los crímenes. Esa fue su particular forma de llevarnos a relacionar los crímenes de Lorena y Beatriz con los de Annie y Julieta hace treinta y un años.

—¿Pero por qué hacerse pasar por Julieta y no por Annie?

Enzo frunció los labios, arrepintiéndose por un instante de haberle enseñado tan bien a indagar hasta el fondo de la cuestión a su joven ayudante.

—Supongo que porque fue su primera víctima —sostuvo—. Bueno, ya está bien de tanta cháchara —cortó finalmente, cansado de buscarle explicaciones a una mentira. Sabía perfectamente que había sido la verdadera Julieta quien había llamado a la policía aquella noche—. Quiero que busques dónde diablos hay flores de almendro en Lagarza. Te lo pedí hace un par de días y todavía no tengo nada al respecto sobre mi mesa.

—Sí, claro, lo siento, con lo del otro asesinato yo...

—No quiero oír excusas, Mateo. También necesito que averigües quién en

ese pueblo tiene acceso a estupefacientes como los que se le suministraron a las víctimas. Mientras tanto yo volveré al pueblo e investigaré qué relación tienen las cuatro chicas. El asesino las debió elegir a ellas por algún motivo.

—Muy bien, señor.

—Otra cosa, Mateo —dijo antes de que el chico pudiera escapar de sus garras—. ¿Encontraste las noticias que aparecieron en la prensa en el 88?

—Sí, eso sí pude hacerlo. Las he recopilado —murmuró el joven, todavía avergonzado por que le hubiera llamado la atención como a un niño pequeño. Enzo puso los ojos en blanco.

—¿Y no me las piensas dar o qué? —increpó.

—Sí, sí, claro —balbuceó, saliendo a toda prisa del despacho para volver un instante después con un portafolios repleto de recortes de prensa que depositó sobre la mesa del inspector. Mateo se marchó sin decir nada más.

El inspector resopló. A veces se preguntaba si era demasiado duro con Mateo, pero sabía que aquella era la manera más eficaz de que se endureciera y algún día pudiera llegar a ser inspector también. Con su actitud, además, pretendía establecer una distancia entre los dos. Enzo no era mucho mayor que Mateo y temía que se le subiera a la chepa si se mostraba blando.

Dejó sus preocupaciones a un lado y se puso a revisar la documentación que el oficial le había facilitado. La mayoría de noticias pertenecían al periódico local del pueblo, en el que actualmente escribía aquella tal Raquel que había expuesto el crimen de Beatriz demasiado pronto para su gusto. Al contrario que esa periodista entrometida, el reportero que había cubierto los asesinatos del 88 escribía artículos superficiales que se limitaban a contar la versión oficial de la policía que, por lo que había visto Enzo en los archivos policiales, era escasa y poco exhaustiva. Pensó que un buen modo de averiguar quién había llevado el caso sería hablar con el periodista que había escrito aquellos artículos que, con toda seguridad, ya se habría jubilado si es que todavía seguía vivo.

Entonces, entre los papeles vio un artículo de un periódico internacional. Dio gracias por haber aprendido inglés en la universidad y poder entender lo que decía. Era un texto mucho más extenso que el del periódico de Lagarza y entraba al detalle del asesinato de Julieta Abellán. Miró la fecha y descubrió que había sido publicado el 3 de agosto, apenas un par de días después de su muerte. Tragó saliva al ver a Julieta sonriéndole desde la fotografía en blanco y negro que se situaba al lado del texto.

Macabro asesinato en un pueblecito de España

El día 1 de agosto un grupo de niños encontró el cadáver de una joven en medio del bosque. Julieta Abellán, una vecina del pueblo que trabajaba en el balneario local, era una chica amable y querida por todos que no parecía tener problemas con nadie. Entonces, ¿quién le arrebató la vida de una manera tan cruel? ¿Y por qué? El asesino abandonó su cuerpo sobre un lecho de flores y la maquilló y peinó a sangre fría, de modo que tan solo parecía una princesa dormida.

Fuentes policiales no descartan que se trate de un crimen pasional, aunque César Dábalos, su marido, tiene coartada para el momento en el que se produjo el asesinato. Ahora investigan la posibilidad de que algún amante despechado hubiera terminado con la vida de la chica a modo de venganza. Tampoco pueden descartar un ajuste de cuentas o algún otro asunto escabroso que pudiera estar relacionado con su trabajo o su entorno, aunque los investigadores no parecen respaldar esta teoría.

Enzo dejó el recorte sobre la mesa y se llevó la mano a la barbilla, pensativo. Aquel pequeño artículo arrojaba más luz sobre el caso que el inútil expediente policial del 88 que había encontrado en los viejos archivos. Levantó el teléfono que descansaba sobre su escritorio y tecleó la extensión de Mateo.

—Dígame, inspector —contestó el muchacho rápidamente.

—Ven a mi despacho. Creo que he encontrado un hilo del que empezar tirar.

El joven oficial entró en la sala al momento, casi tan ansioso como él por descubrir algo nuevo. Enzo miró a Mateo por encima de las gafas.

—¿Has leído los artículos? —inquirió levantando una ceja. Sabía que no. Si Mateo hubiera leído lo mismo que él, no hubiera esperado a que le preguntara por aquellos viejos recortes antes de dárselos.

—Eh... —Mateo se rascó la cabeza nerviosamente, sabiendo que iba a decepcionar a su jefe una vez más—. No, no he tenido tiempo...

Enzo frunció los labios, pero no le reprendió esta vez. No tenía tiempo que perder martirizando más al pobre Mateo.

—Julieta Abellán también trabajaba en el balneario cuando murió —anunció, viendo cómo aquel dato impactaba en la mente de Mateo.

—Entonces, tres de las cuatro víctimas trabajaban allí...

—Exacto y, después del testimonio de Beatriz Montes, no me cabe duda de que sus muertes están relacionadas con ese sitio.

—¿Pero y Annie Willson? ¿Quién es ella?

—No lo sé. Tendremos que averiguar si ella también había sido trabajadora del *Balneario Fontaine*. De todas formas, antes de dejarnos llevar tan solo por la intuición, deberíamos descartar otras hipótesis.

—¿A qué se refiere?

—Julieta estaba casada con un tal César Dábalos —comentó, intentando aparentar más indiferencia de la que sentía. Sin saber muy bien por qué, aquello le molestaba.

—Vaya, no lo sabía, en el expediente no hablaba sobre...

—Ese informe del 88 no vale para nada —afirmó el inspector irritado—, supongo que ya te habrás dado cuenta. —Mateo asintió y Enzo siguió hablando—. Según el artículo, César tenía una coartada para el momento del asesinato de su esposa, pero no dice cuál es.

—Podríamos buscar si existen datos en el registro policial bajo su nombre —sugirió Mateo. Enzo ladeó ligeramente la cabeza y asintió.

—Siéntate —le ordenó, viendo que aquella conversación sería un poco más larga de lo que había creído en un principio. Mateo se acomodó en la silla frente a él y se quedó en silencio mientras el inspector tecleaba el nombre del marido de Julieta en el ordenador. Para su sorpresa, aparecieron bastantes resultados en la pantalla.

—Así que su marido tenía antecedentes... —murmuró Enzo entornando los ojos.

Clicó sobre el archivo y le apareció la fotografía de un hombre joven de ojos negros y profundos. Era guapo, pensó con disgusto. Se le atribuían varios robos en joyerías y tiendas cuando tenía entre dieciocho y veinte años.

—Era un buen perla —le dijo a Mateo. El chico se acercó ligeramente para mirar lo que le mostraba el inspector en el monitor.

—Aunque lleva más de treinta y cinco años sin cometer ningún delito menor —comentó el chico—, parece que finalmente sentó un poco la cabeza.

Enzo le dedicó una mueca de disgusto y miró la fecha de nacimiento en el expediente. César Dábalos ahora debía de ser un hombre de mediana edad que rondaba los sesenta años. Buscó su dirección actualizada entre los datos y se sorprendió gratamente al comprobar que seguía viviendo en Lagarza.

—Todavía vive en el pueblo. Sin duda, le haré una visita esta misma tarde.

—¿No debería descansar un poco, inspector? —preguntó el chico, preocupado por las ojeras que cada vez se acentuaban más bajo sus ojos. Enzo lo fulminó con la mirada, pero no contestó.

—Hay otra cosa que no para de darme vueltas en la cabeza —comentó cambiando de tema a propósito—. El artículo de esa gaceta extranjera menciona unos testigos de los que el expediente policial del 88 ni siquiera dice nada.

—¿Unos testigos?

—Sí. Parece que el cuerpo de Julieta lo encontraron unos niños. Sería interesante poder hablar con ellos también, por si hubieran visto algo más aquel día, pero lamentablemente en el artículo no se mencionan los nombres de los menores.

—Podríamos intentar hablar con el autor de este artículo —propuso Mateo, señalando el recorte que Enzo tenía sobre la mesa.

—Seguramente ya estará jubilado, o algo peor —contestó desanimado—. Han pasado treinta años.

—¿Me deja verlo?

El inspector le tendió el trozo de papel y se reclinó hacia atrás para estirarse en la silla a la vez que soltaba un resoplido de indignación. Aquel periódico extranjero parecía haber obtenido mucha más información que la policía de entonces. ¿Cómo era posible? Quizá Mateo tuviera razón. Si lograba encontrar al periodista que lo había escrito, podría darle más pistas.

—Inspector... —susurró Mateo con un hilo de voz. Enzo levantó la mirada hasta el chico, cuyo rostro había perdido de repente cualquier rastro de color.

—¿Qué pasa?

—Mire quién escribió el artículo.

Enzo se apresuró en retomar el artículo entre sus dedos, dispuesto a encontrar la firma del redactor al final de la noticia y esbozó una ligera sonrisa de triunfo cuando vio el pequeño nombre en una esquina. Sin embargo, el gesto se congeló en sus labios cuando leyó el nombre. Annie Willson. Soltó el trozo de papel como si de repente se hubiera quemado. Había tenido la identidad de la segunda víctima delante de sus narices todo aquel tiempo y no se había dado cuenta. Desde luego, necesitaba dormir como era debido de una vez.

—Annie era la periodista extranjera que había cubierto la noticia del

asesinato de Julieta. Por eso estaba en Lagarza —dijo con la voz más débil de lo que pretendía.

—Y terminó muerta —concluyó Mateo—. ¿Qué debió averiguar para que el asesino acabara también con ella?

Enzo frunció el ceño, sin querer admitir que aquello le había descolocado. Esperaba que Annie fuera otra trabajadora del balneario, pero no había sido así.

Decidió dejar de darle vueltas a aquellos artículos y los guardó en el portafolio que le había facilitado Mateo, depositándolos en el primer cajón de su mesa. Odiaba el desorden.

Se puso el abrigo dispuesto a salir del despacho, tratando de ignorar la mirada escrutadora de Mateo.

—¿Vuelve al pueblo, inspector? —preguntó con desaprobación.

—Sí, debo encontrar a César Dábalos e investigar todo esto. Volveré mañana.

Mateo se mordió la lengua. Quería preguntarle si estaba en condiciones de conducir dos horas seguidas. Parecía agotado, incluso más que cuando había entrado por la puerta de la comisaría. Sin embargo, sabía que si exponía sus pensamientos en voz alta tan solo se ganaría una respuesta desagradable, así que calló y lo vio alejarse lentamente.

* * *

La luz del día empezaba a difuminarse en el horizonte de aquella carretera de curvas solitaria. Enzo trató de contener un nuevo bostezo y se desperezó zarandeando la cabeza. Sin embargo, tan solo unos minutos después, sintió cómo sus ojos, por lo general avispados y rápidos tras sus gafas, se adormecían al volante de su coche oscuro y elegante. No perdió el control del vehículo porque justo en el momento en el que sus ojos se cerraron sonó el teléfono móvil con un ruido estridente que lo despertó de golpe. Aceptó la llamada sin pensar y activó el manos libres del coche.

—¿Diga?

—Buenas tardes, Enzo —dijo una voz femenina al otro lado. Las mandíbulas del inspector se tensaron al reconocer la voz.

—Buenas tardes, directora —contestó aclarándose la garganta, intentando que su voz no sonara tan insegura. No se esperaba una llamada de su supervisora a esas horas y, aunque jamás lo admitiría, aquella mujer era una de las pocas personas sobre la faz de la Tierra que le imponía respeto.

—Los de arriba se están poniendo nerviosos con el *Asesino de Blancanieves* —soltó la mujer sin más dilación.

“¿Usted también?”, quiso preguntarle. Odiaba aquel nombre morboso con el que la prensa había bautizado al psicópata de Lagarza, pero no se lo dijo.

—Estamos avanzando lo más deprisa que podemos, directora —declaró.

—No me cabe duda, Enzo, pero ya sabes cómo son las cosas aquí. Quieren resultados. Está muriendo gente y no tenemos ni la más remota idea de quién es el asesino. Y para colmo, la prensa se está haciendo cada vez más eco de la situación y eso no nos favorece.

—Hemos encontrado varias líneas de investigación que podrían llevarnos hasta el culpable pronto —explicó él, lamentando que aquello sonara más como una excusa que como un avance.

Enzo escuchó un suspiro de resignación al otro lado de la línea.

—Lamento decirte esto, pero han empezado a cuestionar la capacidad de un inspector tan joven y con poca experiencia para resolver este caso.

—¿Van a quitármelo? —preguntó intentando ocultar el temblor de su voz. Estaba convencido de que había realizado su trabajo eficientemente, pero en el fondo se preguntaba si otra persona lo hubiera podido hacer mejor. Un inspector veterano quizá hubiera sido capaz de proteger a Beatriz Montes como era debido y ahora no estaría muerta, se dijo a sí mismo en un momento de flaqueza.

—No te quitarán del caso mientras yo pueda evitarlo —contestó ella con voz conciliadora—. Sé lo que es que te infravaloren por ser más joven, o por ser una mujer, y no voy a permitirlo en mi comisaría. Me consta que eres uno de los inspectores más eficientes del departamento y te he conseguido algo más de tiempo para demostrárselo, pero no te encantes. Parece que estén deseosos de desacreditarnos a los dos.

—Gracias, directora —alcanzó a decir, tratando de deshacer el nudo que se le había formado en la garganta. Sabía lo que aquella mujer había tenido que luchar para conseguir llegar a un puesto tan alto, igual que sabía que sin su confianza y apoyo probablemente él nunca habría logrado ser inspector. No quería decepcionarla.

La mujer se despidió y Enzo escuchó el tono de línea muerta al otro lado. Vio el cartel de bienvenida a Lagarza y suspiró aliviado. Por lo menos había logrado llegar a su destino sin quedarse dormido al volante.

Sacó el GPS y tecleó la dirección de César Dábalos que había encontrado

en el registro policial. A pesar de que era un poco tarde, le haría una visita. No podía esperar. La directora le había dejado muy claro que cada minuto contaba en aquella investigación. Enzo condujo por las calles del pueblo algo más despierto ante la expectativa del interrogatorio y siguió por la avenida principal hasta que llegó al cementerio. Ya había anochecido por completo cuando aparcó el vehículo en el parking exterior del camposanto. Se preguntó si el GPS se habría equivocado. ¿Quién diablos vive en un cementerio? Revisó la dirección y arqueó las cejas extrañado al comprobar que era correcto. Todo apuntaba a que el marido de Julieta vivía ahí. No vio ningún edificio, casa, ni nada que se le pareciera en las afueras del cementerio, así que decidió echar un vistazo dentro del recinto por si encontraba alguna otra construcción. La entrada de aquel lugar le pareció tétrica, apenas iluminada por un par de farolillos a cada lado de la puerta, que soltó un quejido metálico cuando se abrió. Entornó los ojos para lograr ver el horario de visitas en la penumbra y se dio cuenta de que estaban a punto de cerrar. Se adentró entre las tumbas en silencio y sintió un escalofrío recorrer su espalda al comprobar que estaba completamente solo. Él siempre se reía de los que creían en fantasmas, diciendo que le daban más miedo los vivos que los muertos. Sin embargo, en aquel recóndito lugar, solo, en medio de la noche, sintió el repentino deseo de salir corriendo. Suspiró aliviado al encontrar una casa con luz al final del camino. Cuando se acercó, pensó que llamarle casa a aquella destartada cabaña había sido un atrevimiento. El murete que la rodeaba estaba totalmente desconchado y no había visto una capa de pintura por lo menos en cuarenta años. Vio un timbre al lado de la puerta principal y llamó sin pensarlo más. Cuanto antes hablara con aquel hombre, antes podría volver a la posada para descansar un poco. Sentía que su cuerpo y su mente estaban agotados por el sobreesfuerzo de dos días enteros investigando casi sin parar para comer.

—¿Quién es? —gruñó una voz en la lejanía.

—Abra la puerta, señor Dábalos. Soy el inspector Barese.

Casi pudo escuchar la maldición entre dientes que soltó César.

—¿Qué quiere? —preguntó cuando le abrió la puerta. Enzo estudió al hombre que tenía frente a él. Los años no le habían tratado bien. De joven había sido guapo, pero el paso del tiempo había hecho que su espalda, antes ancha y fuerte, se encorvara ligeramente. Aquellos ojos negros que le habían parecido descarados en la ficha policial, ahora estaban casi ocultos bajo unas ojeras permanentes. Los pómulos altos que había lucido orgulloso en su

juventud resaltaban ahora demasiado en un rostro demacrado.

—Quería hablarle sobre Julieta —soltó a bocajarro. Disimuló una sonrisa al ver que César palidecía al nombrarla. No se esperaba aquella visita.

—Mi mujer murió hace treinta años. No sé de qué quiere hablar ahora.

—¿Puedo pasar? —inquirió Enzo con seguridad en la voz. César frunció los labios y pareció meditar la respuesta. Tanto, que se preguntó si debía amenazarle con pedir una orden del juez para entrar en su casa. Pero, finalmente, César le hizo un gesto con la mano para que pasara.

El inspector analizó la casa a toda velocidad. Los muebles viejos cubiertos de polvo y con las bisagras flojas. Los cuadros torcidos. Las humedades que se agolpaban amenazantes en el techo.

—Supongo que ya se habrá enterado de los asesinatos que han tenido lugar en este pueblo —dijo, sin sentarse en aquel sofá repleto de manchas viejas y no tan viejas.

—¿Cómo no voy a enterarme? Esas pobres chicas están enterradas en mi cementerio —replicó.

—¿Su cementerio? ¿Trabaja usted aquí? —preguntó, recordando de repente que había visto a aquel hombre antes en algún sitio.

—Soy el enterrador —explicó con una mueca, supuso que harto de soportar las caras de espanto de todos a quienes revelaba su profesión. Sin embargo, Enzo no cambió su expresión ni un ápice. Claro, lo había visto en el entierro de Lorena, pensó. Dirigió sus pasos hasta un pequeño aparador en el que se encontraba una vieja vajilla que bien podría haber salido de algún anticuario. Sus ojos verdes se quedaron fijos en la fotografía que descansaba sobre la repisa. Una pareja de novios sonreía a la cámara con la felicidad reflejada en sus rostros. Reconoció a Julieta a pesar de su cabello distinto y del maquillaje de novia. Estaba radiante.

—Veo que aún conserva sus fotos. ¿Tiene más?

César lo miró como si estuviera loco.

—¿Para qué las quiere?

—Pueden ser importantes para mi investigación.

—Tengo una caja arriba. Espere aquí. —El hombre desapareció escaleras arriba y Enzo acabó de examinar la casa, aunque no encontró nada interesante. El enterrador apareció al cabo de poco tiempo con una vieja caja de zapatos entre las manos. Se la tendió con cara de fastidio.

—Se las devolveré pronto —le dijo Enzo para intentar calmarlo.

—No hace falta —replicó para su sorpresa—. De todas formas, tan solo me traen recuerdos dolorosos.

Enzo apretó los labios, sin saber cómo debía sentirse. Aquel hombre había llorado a su esposa durante décadas y ahora ella estaba tan viva y tan joven como el día de su boda.

—Si no le importa, querría hacerle algunas preguntas sobre lo que le sucedió a Julieta aquel verano.

El hombre no le sostuvo la mirada. Saltaba a la vista que se sentía incómodo con aquella conversación.

—Dígame lo que quiere saber de una vez —le cortó, molesto. Enzo estaba acostumbrado a los desplantes de los sospechosos y criminales a los que solía interrogar, así que no se amedrentó.

—¿Recuerda quién llevó el caso en el 88? —preguntó.

—Eh... —César dudó unos instantes—. Sí, hombre, aquel policía tan gordo, ¿cómo se llamaba? —murmuró pensativo. Finalmente chasqueó los dedos—. Sí, Castro se llamaba.

—¿Qué estaba haciendo usted la noche que murió Julieta?

César lo miró a los ojos esta vez y, por un instante, Enzo sintió una oscura frialdad en ellos.

—¿Piensa que la maté yo? —soltó con una risotada—. Ya se lo dije a aquel inspector. Estaba trabajando ese día.

—¿Aquí? ¿En el cementerio?

—No. Por aquel entonces, a parte de llevar el cementerio, también hacía algunas chapuzas en el balneario.

—¿Entonces estaba usted trabajando en la *Fontaine* cuando la asesinaron?

—Ya le he dicho que sí.

Otra vez el balneario estaba de por medio. Enzo miró fijamente a aquel hombre por unos segundos más y decidió que no podría sacarle más información de la que ya le había dado.

—Muchas gracias por su atención, señor Dábalos.

César ni siquiera se molestó en acompañarle a la salida. Se limitó a observar la figura alta y atlética del inspector alejarse en la oscuridad de la noche.

* * *

Julieta ya se había colocado aquel bonito pijama de algodón que había comprado de oferta en el pueblo, dispuesta a descansar después de un día de

duro trabajo. Estar en el balneario la había ayudado a olvidar por un rato la nueva realidad que se abría ante ella y que tanto le había costado asimilar. Había vuelto a la vida después de treinta años muerta. Una vez lo había digerido, miles de preguntas sin respuesta se habían agolpado en su cabeza. ¿Cómo había muerto en el 88? ¿Por qué había vuelto precisamente ahora? ¿Por qué no podía recordar nada más que imágenes borrosas? ¿Estaría vivo su marido? ¿Sería aquel hombre con el que se había topado en la casita del cementerio?

Unos pasos firmes en el pasillo la sacaron de sus pensamientos. Salió de la cama de un salto. Llevaba toda la tarde pensando en volver a hablar con Enzo. Quizá él tuviera respuestas a algunas de sus preguntas. Necesitaba compartir con alguien todo lo que le estaba pasando o se volvería loca. Abrió la puerta y reconoció la figura del inspector bajo la luz tenue del pasillo de la posada. Enzo se volvió al escucharla tras él y la miró unos instantes, sin saber muy bien qué decirle. La chica bajó sus bonitos ojos hasta la vieja caja de cartón que él sostenía entre sus brazos, pero no preguntó.

—Buenas noches, Enzo. ¿Te importa que hablemos un segundo? — preguntó con un hilo de voz. Aunque ahora compartieran un secreto, aquel hombre distante seguía imponiéndole respeto. Además, no estaba segura de que la hubiera creído. Entonces, se fijó en su cabello revuelto, en sus ojeras y en su camisa arrugada con un par de botones desabrochados—. Quizá ahora no es un buen momento —añadió, palpando su cansancio en el aire.

—Deja que me de una ducha y vengo a verte —contestó con voz ronca. La joven asintió tímidamente y se metió de nuevo en la habitación. Se apoyó en la puerta y dio un largo suspiro. No estaba muy segura de cómo sentirse en presencia del inspector. Temía que ahora que sabía la verdad la tratara distinto. ¿Sentiría repulsión hacia ella? ¿La examinaría como si fuera un bicho raro?

No tuvo que esperarlo más que diez minutos, el tiempo justo para hacer la cama y adecentarse un poco. Cuando Enzo llamó a la puerta, Julieta le abrió con una pequeña sonrisa y le dejó pasar a su habitación, que era prácticamente idéntica a la suya. La joven se percató de que también se había puesto cómodo. Llevaba unos pantalones de deporte de color oscuro y una simple camiseta blanca, que dejaba al descubierto unos brazos firmes y seguros. Sostenía entre sus manos aquella vieja caja de zapatos con la que lo había visto entrar en la posada.

—Puedes sentarte, si quieres —ofreció la chica, señalando a la cama—. ¿Quieres tomar algo del minibar?

Enzo asintió con la cabeza y se aposentó a un lado de la cama, tratando de no invadir demasiado el espacio de la chica. No quería que se sintiera incómoda. Julieta le tendió un refresco y él levantó sus ojos verdes hasta ella. Brillaban más de lo normal y la chica se dio cuenta de que era por que no llevaba puestas aquellas gafas tras las que solía analizarla. Su cabello oscuro estaba todavía mojado después de la ducha.

—Creo que preferiría algo más fuerte —dijo él con voz grave.

Julieta trató de ocultar una sonrisa y volvió hasta el minibar. Sacó una pequeña botella de vodka y se la enseñó.

—¿Esto te iría bien, inspector? —preguntó.

—Justo lo que necesitaba —repuso él con una sonrisa ladeada.

Julieta se dio media vuelta para servir la bebida en un par de vasos y tratar de calmar su corazón, que latía más rápido de lo normal en presencia de aquel hombre. Cuando se calmó un poco, se acercó hasta él y le tendió la bebida. Sin querer, sus dedos se rozaron accidentalmente y Julieta contuvo la respiración.

—Gracias —dijo Enzo formalmente—. ¿De qué querías hablar?

—Tengo muchas preguntas, quizá tú puedas ayudarme —contestó Julieta, sentándose a su lado, aunque a una distancia prudencial.

—Adelante.

—¿Qué me pasó en el 88?

Enzo la miró unos segundos demasiado largos, sin saber cómo responderle a aquello. Se aclaró la garganta.

—Te asesinaron.

Julieta lo miró espantada con sus enormes ojos de color miel y la mano de Enzo se movió hacia la de ella casi sin querer. La joven notó los dedos cálidos del policía sobre la piel de su palma y exhaló el aire que había estado conteniendo.

—¿Quién? —preguntó con un hilo de voz.

—No debería estar hablando de esto contigo. Se supone que está bajo sumario —dijo dando un largo sorbo a su bebida antes de continuar—, aunque supongo que dadas las circunstancias, poco importa... Sospechamos que puede ser la misma persona que acabó con Lorena y Beatriz.

—¿La misma persona? ¿Por qué?

—Te encontraron igual que a ellas, Julieta.

La imagen del lecho de flores sobre el que había descubierto el cuerpo de Lorena se cruzó ante sus ojos y perdió el poco color que quedaba en sus mejillas.

—¿Igual? ¿Quieres decir en... en el bosque en una cama de... de flores? —logró preguntar con la voz entrecortada. Enzo asintió lentamente y apretó la mano que aún tenía sobre la de ella, en un vano intento de reconfortarla—. Pero han pasado más de treinta años...

—Lo sé, tampoco lo entendemos. Si es un asesino en serie, ¿por qué ha esperado tanto tiempo para volver a actuar?

Julieta se quedó con la vista fija en la pequeña ventana de su habitación, intentando olvidar los escalofríos que de repente poblaban su cuerpo.

—Si descubre que estoy viva... —dejó la frase inacabada, incapaz de decir lo que pensaba en voz alta.

—No permitiré que te haga daño.

Julieta le dedicó una sonrisa triste.

—¿Entonces me crees?

Enzo fue el que sonrió entonces.

—No estaría aquí si no fuera así —respondió sinceramente—, aunque no logro entender cómo ha podido suceder algo así.

—¿No te doy miedo?

El inspector soltó una carcajada.

—¿Miedo? ¿Por qué?

—No sé, supongo que soy algo parecido a un zombi.

Enzo la estudió largamente y pensó que un muerto viviente jamás tendría un aspecto como el de ella. Era demasiado hermosa, demasiado frágil para darle miedo. Pero no se lo confesó.

—No me das miedo ninguno —terminó diciendo.

Julieta dio un pequeño sorbo al vodka antes de hacerle la siguiente pregunta.

—¿Qué sabes sobre mi pasado? Apenas logro recordar imágenes desordenadas que no tienen ningún sentido para mí.

El hombre se humedeció los labios antes de hablar y apartó la mano de la de Julieta. Tomó la caja de zapatos que había dejado sobre una de las mesillas de noche y se la tendió a la joven.

—No sé si servirá de mucho, pero en esta caja hay fotos. Quizá te ayuden a recordar.

—¿Fotos? ¿de qué?

—De tu vida pasada.

—¿Cómo las has conseguido? —preguntó, tratando de frenar el impulso de abalanzarse sobre las instantáneas.

—Estabas casada con un tal César Dábalos. Él me las dio.

—César... —repitió en un susurro, tratando de saber si aquel nombre le resultaba familiar.

—¿Le recuerdas? —preguntó Enzo.

—Un poco. —Aquel sueño vívido en el que había visto a un hombre de ojos negros el día de su boda aún estaba grabado a fuego en su retina.

—¿Qué clase de relación teníais? —preguntó entonces, metiéndose de nuevo en el papel de investigador.

—No estoy muy segura —contestó sinceramente—. ¿Crees que él pudo matarme?

—No. Parece que tiene coartada —se apresuró en contestar. La chica asintió, aliviada.

—¿A qué me dedicaba antes de... antes de morir? —preguntó con curiosidad.

—Trabajabas en el balneario.

Julieta frunció el ceño.

—¿Yo también?

—Sí. Estoy convencido de que ese sitio tiene algo que ver con los asesinatos.

La joven lo miró con pánico en los ojos.

—Entonces el asesino podría andar cerca.

—Es muy probable —manifestó Enzo—. Quizá deberías alejarte de ese lugar —sugirió. No quería que le sucediera lo mismo que a la pobre Beatriz.

Julieta estudió su propuesta en silencio. Si el asesino estaba cerca del balneario podría reconocerla, igual que había hecho Enzo. Puede que alejarse de todo fuera la mejor solución para ella, tal y como apuntaba el inspector. Sin embargo, no era tan fácil dar con su verdadera identidad si no se era muy avisado. El cabello distinto y el hecho de que hubieran pasado treinta años sin que ella hubiera envejecido ni un ápice le daban cierta ventaja. Probablemente, el culpable de su muerte no la relacionaría tan rápidamente con la chica a la que había matado treinta años atrás. Su instinto de supervivencia le pedía a gritos que rechazara la idea que se estaba formando

lentamente en su cabeza, pero por otro lado quería justicia para ella y las demás víctimas de aquel monstruo que parecía alimentarse de almas jóvenes e inocentes.

—Te ayudaré —murmuró casi imperceptiblemente—. Descubriré lo que está pasando en el balneario.

Julieta soltó el aire que había estado conteniendo y miró a Enzo a los ojos. No parecía satisfecho.

—Julieta, yo también quiero saber qué demonios está pasando en ese balneario, pero no tienes porqué ponerte en peligro de ese modo.

—No te estoy pidiendo permiso, Enzo. Sé lo que esto puede conllevar, pero cada minuto cuenta. Tenemos que atraparle antes de que vuelva a actuar. Siento que si he vuelto a este mundo tiene que ser por algo. Quizá esté aquí para ayudarte.

—¿Estás segura? —preguntó dudoso. La idea de que se pusiera en peligro le parecía terrible—. Puede ser muy peligroso —añadió, intentando disuadirla.

—Quiero saber quién fue el responsable de mi muerte —replicó la chica con seguridad.

—Está bien, no permitiré que te pase nada malo —contestó, en un vano intento de tranquilizarse a sí mismo.

Julieta sonrió con ironía.

—No puedes prometerme eso.

CAPÍTULO 9

9 de enero de 2019

Enzo aparcó el coche en la calle principal de una de las urbanizaciones que circundaban el pueblo. Resopló y se frotó los ojos, demasiado sensibles a la luz del sol de aquella mañana. Aunque aquella noche había logrado dormir, se notaba más cansado de lo habitual y seguía sintiendo el peso de una gran responsabilidad sobre sus hombros. De él dependía atrapar a un loco que andaba suelto matando a jóvenes en Lagarza. Bajó del coche con calma y se sacudió el abrigo, a pesar de que estaba tan impoluto como siempre. Avanzó unos cuantos pasos y se detuvo frente a una casita unifamiliar bastante discreta con la fachada pintada de un color beige desteñido. Llamó al timbre casi a la misma vez que miraba su reloj de muñeca. Eran las ocho de la mañana. Dudaba si aún podría encontrar a Leticia en su casa, quizá ya hubiera partido hacia el balneario para comenzar su jornada laboral. Sin embargo, para su sorpresa y regocijo, una voz congestionada contestó a través del telefonillo.

—¿Quién es?

—Soy el inspector Barese.

Enzo casi pudo escuchar a Leticia chasquear la lengua al otro lado del interfono, pero le abrió al momento. Empujó la puerta, que rechinó ligeramente, y esperó en la entrada. Leticia apareció al cabo de unos segundos, enfundada en una vieja bata de lana. El cabello, que solía llevar recogido en un moño, caía suelto en mechones revueltos sobre sus hombros. Estaba más pálida de lo habitual y sus ojeras no eran nada halagüeñas. Enzo arqueó los ojos, sorprendido al verla así todavía.

—¿No va a trabajar hoy?

—¿Es que no me ha visto? —masculló la mujer con disgusto—. Estoy con gripe.

—Ah, sí, claro —repuso él, como si no se hubiera dado cuenta de que no estaba en sus mejores momentos.

—¿Qué hace aquí? —preguntó Leticia—. No me encuentro bien y me gustaría volver a la cama cuanto antes.

—Seré breve. Supongo que ya se habrá percatado, pero las dos víctimas

trabajaban en el balneario bajo su mando.

Leticia frunció los labios en una fina línea.

—Por supuesto que me he dado cuenta.

—Entonces, comprenderá que tenga que preguntarle dónde estuvo la noche en que murieron Lorena y Beatriz.

—¿Está insinuando algo, inspector?

—Usted solo responda a mi pregunta.

—En ambas ocasiones estaba trabajando en el balneario. Los trabajadores que se encargan de la limpieza y el mantenimiento pueden corroborarlo —contestó irritada.

—Hablaré con ellos. ¿Sospecha de alguien que quisiera hacerle daño a las chicas?

—Por supuesto que no. Si así fuera ya se lo habría dicho. Mire, inspector, lo crea o no, tengo tantas ganas de que cojan a ese asesino como usted. No es solo por hacer justicia para las pobrecillas. La gente no tardará en relacionar a las víctimas con el lugar en el que trabajaban, igual que hemos hecho nosotros. ¿Cree que entonces alguien va a querer ir a un balneario en el que están matando a gente?

—Entonces espero su plena colaboración de aquí en adelante.

—No recuerdo haberle puesto trabas, pero no se preocupe, tendrá toda mi colaboración. Solo dígame en qué puedo ayudarle.

—Beatriz me habló sobre las horas de más que Lorena solía pasar en el balneario.

—Ya le dije que no le habíamos encargado horas extras —lo interrumpió.

—Sé perfectamente lo que me dijo, y la creo. Lorena no se quedaba trabajando, sino investigando.

—¿Investigando? —preguntó con el ceño fruncido, ahora completamente desconcertada—. ¿Investigando el qué?

—No lo sé. Beatriz me confesó que Lorena había descubierto algo, pero nunca le llegó a contar el qué. Supongo que quería protegerla. ¿Sabe usted a qué podían referirse? —preguntó Enzo, estudiándola con atención. Estaba casi seguro de que no sacaría nada de Leticia, pero quería observar sus reacciones para descartar que estuviera implicada de algún modo. Por el rostro de la mujer, concluyó que aquello la había pillado desprevenida y estaba totalmente perdida.

—No —contestó finalmente, con los ojos entornados, como si estuviera

haciendo un gran esfuerzo por recordar algo extraño—. No entiendo qué pudo haber descubierto allí. No hay más que saunas, piscinas y salas de masajes —añadió, encogiéndose de hombros.

Enzo la siguió mirando unos momentos. O Leticia estaba siendo sincera o era muy buena mentirosa.

—Gracias por su atención. La llamaré si necesito algo más.

Leticia asintió levemente y lo acompañó hasta la salida, que no estaba a más de dos pasos. El inspector no había llegado a pasar de la entrada.

Enzo subió al coche, exasperado. En el fondo, su visita no había servido de nada. Leticia no le había dado ninguna información útil y estaba en el mismo punto de partida. Apretó el acelerador con furia contenida, dispuesto a llegar a la comisaría cuanto antes para continuar con su investigación.

* * *

Mateo estaba absorto en el informe de la investigación de los asesinatos de Annie y Julieta en 1988. Se frotaba el rostro imberbe, intentando sacar algo de jugo a aquella información insustancial. Justo en ese momento, el inspector Barese entró por la puerta dando grandes zancadas. Mateo se sintió estúpido al sentir que se le encogía el estómago de miedo. ¿Cómo podía asustarle tanto un hombre que apenas debía sacarle diez años?

—Buenos días, Mateo —dijo con unos centelleantes ojos verdes. El chico lo conocía lo suficiente como para saber que estaba de mal humor.

—¿Va todo bien? —osó preguntarle, arrepintiéndose al momento de su larga lengua, que no sabía cuando callar. Enzo lo miró arqueando las cejas, sorprendido por que se hubiera dado cuenta de su estado inquieto.

—He ido a ver a César y a Leticia —contestó—, ninguno sabe nada.

—Me han informado de que mañana es el entierro de la otra chica, de Beatriz. Quizá en el entierro podamos averiguar algo —sugirió.

—No lo creo. No vimos nada sospechoso en el de Lorena, pero iremos igualmente. Esperemos que el asesino sea un poco más descuidado esta vez.

—Estaba repasando el expediente del 88 y tiene razón, la información es muy superficial.

—Al menos en eso sí que he podido avanzar. César me dijo que el policía que estuvo investigando el asesinato de Julieta se llamaba Castro.

—¿Castro? Buscaré en los archivos.

Enzo asintió y se encerró en su despacho, a repasar todos los datos una y otra vez. Debía haber algo que se le estaba pasando por alto. Pasó horas

enfrascado en los informes de los forenses de los cuatro asesinatos y tan solo paró cinco minutos a mediodía para comerse un sándwich. Después, retomó su repaso exhaustivo de las pistas y, cuando quiso darse cuenta, se descubrió mirando más de lo necesario aquella antigua foto de Julieta en la que le sonreía tímidamente a la cámara. Paseó el dedo índice sobre su rostro con cuidado. Todavía le costaba creer que aquella muchacha frágil hubiera vuelto a la vida sin motivo aparente y de un modo que rozaba lo milagroso. Le resultaba curioso que el momento hubiera coincidido con la nueva ola de crímenes, pero no se explicaba de qué modo podía relacionarse una cosa con la otra.

Unos golpecitos en la puerta le obligaron a soltar la foto como si estuviera haciendo algo malo y mirar hacia arriba. Se encontró con el rostro sofocado de Mateo, que tenía pinta de haber estado enterrado bajo un montón de archivos durante horas.

—Lo he encontrado. He encontrado a Castro —soltó.

Enzo sonrió, un gesto que no era habitual en él.

—Genial. ¿Dónde está?

—Eh... me temo que está muerto.

Enzo enterró su cara entre las manos y ahogó un gruñido de frustración. ¿Es que nada le iba a salir bien?

* * *

Julieta se dirigió a la recepción del balneario enfundada en su uniforme azul. Aunque trataba de disimularlo, no podía evitar girar cada esquina con miedo, temiendo encontrarse con su asesino, listo para volver a terminar con su vida y abandonar su cuerpo en el bosque. Sin embargo, tan solo se fue topando con las sonrisas amables de sus compañeras del turno de la tarde. Nada fuera de lugar. Llegó a la entrada y saludó a las recepcionistas.

—¿Sabéis dónde está Leticia? No he encontrado la lista de tareas —preguntó extrañada. La supervisora solía dejarles anotados los trabajos que debían realizar durante su jornada en una tabla colgada en el corcho de la pared principal del vestuario, pero aquel día no había encontrado nada allí. Noelia, la más avispada de las dos, le dedicó una mueca.

—Leticia tiene la gripe. Se ha quedado en casa.

—¿Y quién va a asignarnos las tareas hoy? —preguntó sorprendida.

—Yo misma lo haré —dijo una voz femenina a sus espaldas. Julieta dio un brinco y se volvió. Se topó con una mujer joven que la observaba con una ceja

arqueada. Sus ojos azul claro se le antojaron fríos como el hielo y contrastaban con el color oscuro de la larga melena que caía por su espalda, perfectamente dispuesta—. Creo que no nos habíamos conocido aún. Soy la directora del balneario —se presentó. Julieta tragó saliva y le dedicó una sonrisa nerviosa.

—Encantada de conocerla.

—Leticia estaba indispuesta y yo misma he preparado esta tabla de tareas para hoy —dijo, mostrándole un papel que casi llegaba al tamaño de un póster. Julieta vio que le había asignado muchas más tareas de lo habitual y supo al momento que no tendría tiempo de cumplir con ellas en el horario estipulado, pero no dijo nada y se limitó a asentir. Algo le decía que era mejor no jugar con aquella mujer. Leticia parecía severa y disciplinada, pero sospechó que la directora era más peligrosa. Estaba convencida de que si protestaba no dudaría en despedirla.

—Me pongo con ello enseguida, directora.

—Puedes llamarme Magda —respondió con una sonrisa falsa antes de girar sobre sus talones y marcharse por donde había venido.

Julieta cruzó una mirada de circunstancias con las dos chicas de recepción, que parecían tan disgustadas con aquel repentino cambio de mando como ella.

La chica pasó toda la tarde corriendo de un lado a otro, intentando terminar las tareas en tiempo récord. Sin embargo, cuando llegó el final de su jornada, apenas había completado dos tercios de su asignación. El resto de compañeras también habían ido estresadas durante todo el día, pero la mayoría tenía menos tareas que ella. Era como si la directora la estuviera poniendo a prueba explícitamente a ella saturándola de trabajo, probablemente por ser más nueva, o quizá simplemente quería saber dónde estaba su límite. Resopló y se dejó caer sobre el asiento del vestuario, agotada. Ya eran más de las diez de la noche y sabía que si quería terminar su trabajo necesitaría quedarse un par de horas más. Sus compañeras ya se habían ido hacía tiempo y tan solo quedaba ella en aquella enorme instalación. Pensó en marcharse a la posada y dejar su lista de tareas a medias, quizá Magda no se diera cuenta. Sin embargo, estaba segura de que aquella mujer la estudiaría con lupa. ¿Por qué si no le había encargado un número imposible de faenas? Se frotó los ojos y decidió continuar con su trabajo, aunque sabía de sobra que no le pagarían aquellas horas extra.

Salió al pasillo y el balneario que siempre estaba repleto de gente y vida,

le pareció de repente un lugar tenebroso, con largos pasadizos de luces más bien tenues. De nuevo sintió el miedo irracional de toparse con alguien peligroso que supiera quién era en realidad. Empezó a fregar la sala principal que todos los huéspedes habían abandonado hacía ya más de una hora y se concentró en eliminar todas las manchas del suelo, tanto, que casi se le pasaron por alto los susurros en la lejanía. Julieta levantó la vista para tratar de ubicar la procedencia de aquellas voces. Por un segundo, temió que fuera la voz de un fantasma que, como ella, había vuelto del más allá. Sin embargo, al concentrarse, pudo reconocer que era la voz de una mujer hablando por teléfono. Le pareció que venía del despacho de Leticia. Frunció el ceño, extrañada. Hasta donde sabía, la gobernanta de la *Fontaine* estaba enferma. Entonces, ¿quién estaba hablando? Se acercó sigilosamente a la recepción y contuvo la respiración mientras se apoyaba en la pared para distinguir mejor la conversación. Cuando logró reconocer la voz de la directora que había conocido tan solo unas horas atrás, tuvo el impulso de alejarse de allí como alma que lleva el diablo. Sin embargo, pensó en su misión. Tenía que averiguar si estaba pasando algo turbio en el balneario y una llamada a aquellas horas de la noche le resultó extraña. Así que volvió a pegar el oído a la pared y se concentró.

—No me cuentes historias —soltó Magda. Parecía irritada—. Necesitamos otro, el último fue un desastre. —¿De qué estaría hablando? La directora se mantuvo unos minutos callada, escuchando lo que su interlocutor tenía que decir al otro lado de la línea—. Me da igual la policía —soltó la mujer de repente—. Haz tu trabajo como has hecho hasta ahora y te seguirá yendo bien —añadió con tono amenazante un instante antes de colgar con más fuerza de la que era necesaria. Julieta escuchó que se levantaba de la silla y la chica corrió hasta el otro rincón de la sala, en la que simuló seguir fregando el suelo con ahínco.

—¿Qué haces aquí todavía? —le preguntó la directora al verla, sin poder ocultar el enfado que sentía.

—Me quedaban algunas tareas por hacer... —murmuró con voz temblorosa, tratando de calmar los latidos de su corazón. Estaba segura de que la mujer podría oírlos desde la otra punta de la sala.

—Márchate ya, es tarde —espetó con desdén—. Ya sabes que no se pagan las horas extras a no ser que se acuerde expresamente con el trabajador. Y no recuerdo haber tenido esa conversación contigo.

Julieta bajó la cabeza y notó que un rubor le subía por las mejillas. No era por que se sintiera avergonzada, sino furiosa por no poder decirle cuatro cosas. No quería comprometer su situación.

—De acuerdo —murmuró y dio media vuelta en dirección a los vestuarios sin despedirse de la directora.

Julieta se colocó unos tejanos y un sencillo jersey que quedaron casi completamente tapados por aquel abrigo que la tendera le había regalado tan amablemente el día en que había despertado en el bosque. No era exactamente su talla y le quedaba un poco grande, pero era de lana de buena calidad. Anudó una gruesa bufanda a su cuello y salió por la puerta del servicio, situada en la parte trasera del balneario. Era noche cerrada y las farolas que circundaban el edificio no eran suficientes para iluminar sus pasos, así que tuvo que ir con mucho cuidado para no tropezar con nada a la salida. Cuando logró llegar afuera, vio la solitaria parada de autobús a unos metros y avanzó hasta ella. Se sentó en el pequeño asiento de metal y esperó pacientemente, con el vaho escapándose de entre sus labios. Miró la hora. Eran las once de la noche. Quizá ya no pasaran autobuses, pensó con miedo. No quería quedarse allí toda la noche. Estaba oscuro y no había nadie. De repente, recordó que un criminal había aprovechado aquellas mismas circunstancias para asesinar a sus compañeras. Miró a su alrededor asustada y entonces descubrió un par de enormes luces que se acercaban hacia ella y la iluminaban sin piedad. Se quedó paralizada al ver aquel coche oscuro deteniéndose justo al lado de la parada. Barajó la idea de salir corriendo hacia el bosque, pero sabía que sería inútil. Al menos, a Lorena y a Beatriz no les había servido de nada. Quiso al menos ponerse en pie para defenderse, pero su cuerpo no la obedeció. Tan solo temblaba sin remedio. ¿El asesino la había encontrado? ¿Iba a volver a matarla?

Las luces se apagaron y el conductor bajó, exponiéndose al aire frío de la noche. Estaba demasiado oscuro para verle el rostro, pero pudo ver que era un hombre alto y corpulento. Supo entonces que no podría hacer nada contra él.

—¿Julieta? —preguntó una voz que le resultó familiar. Sus músculos le respondieron entonces y consiguió levantarse del asiento. Se acercó hasta él con prudencia y entonces lo reconoció. Un suspiro de alivio se escapó de entre sus labios y se entremezcló con la niebla que los rodeaba.

—Enzo.

—Llevo rato aquí afuera —espetó, molesto—. ¿Por qué has salido tan

tarde?

—¿Me estabas esperando? —preguntó sorprendida, olvidándose del pánico que la había poseído hacía tan solo unos instantes. Sentía que si él estaba cerca nada podría pasarle.

—En realidad he venido a hablar con los trabajadores de limpieza y mantenimiento, pero la directora me ha indicado muy amablemente que ya se habían marchado a sus casas. —Julieta pudo detectar que había remarcado con ironía la palabra “amablemente” y sonrió ligeramente. Parecía que aquella mujer tampoco le había caído demasiado bien al inspector.

—¿Y cómo has sabido que yo sí que seguía aquí?

Enzo agradeció la oscuridad para que no le viera ruborizarse como un adolescente al que acababan de pillar mintiendo. No pensaba confesarle que presentarse a aquellas horas para confirmar la coartada de Leticia con el personal de mantenimiento había sido tan solo una excusa para recogerla a la salida. No pensaba permitir que le pasara nada por su culpa. Él había aceptado que Julieta se metiera en todo aquel lío de espionaje en el balneario, así que se encargaría de mantenerla a salvo.

—No te he visto salir, así que he asumido que estabas dentro.

—¿Y me has estado esperando hasta ahora? —preguntó incapaz de ocultar una sonrisa.

—Sí. Creo que lo más prudente será que te recoja cada día a la salida —contestó—. Por seguridad —añadió, para que no sonara tan intrusivo.

La chica asintió y se volvió un instante hacia atrás, echando un último vistazo al balneario.

—Pues será mejor que nos marchemos ya. Tengo algo que contarte y prefiero hacerlo en la posada.

* * *

—¿Estás segura de que ha dicho eso? —preguntó Enzo, apoyándose sobre la pared de su habitación con los brazos cruzados.

—Completamente —contestó Julieta—. La directora no quería que la policía se enterara de algo, pero no llegó a decir qué.

—Lo sabía. Sabía que estaban ocultando algo —dijo Enzo chasqueando la lengua.

—No le quitaré los ojos de encima.

—Ten cuidado. Esa mujer puede ser peligrosa —le advirtió el inspector.

—No te preocupes por mí.

Enzo frunció los labios y estuvo a punto de decirle que ya era demasiado tarde para eso. De algún modo, se sentía responsable de ella.

—Será mejor que me vaya a dormir —dijo la joven—. Gracias por venir a buscarme.

No le dio tiempo a contestar, aquella joven se esfumó de su habitación como una suave brisa y él se dejó caer en el colchón, sin querer admitir que la velocidad a la que latía su corazón en su presencia era mayor de la habitual.

CAPÍTULO 10

10 de enero de 2019

Julieta observó con detenimiento aquella vieja caja de fotos que Enzo le había entregado hacía un par de días. La había mirado en numerosas ocasiones, pero no se había atrevido a abrirla. Se había limitado a dejarla reposando sobre el alfeizar de la ventana, acumulando más polvo del que ya tenía. Temía lo que podía encontrarse dentro. No estaba segura de estar preparada para descubrir cómo había sido aquella vida de la que apenas recordaba nada. Sin embargo, aquella mañana se armó de valor. Se dirigió con lentitud hasta la caja y la tomó entre las manos. Se sentó en la cama y la apoyó sobre su falda. Llenó sus pulmones de aire y contuvo el aliento cuando la abrió. Primero no vio nada, tan solo montones de fotografías desordenadas, que no parecían obedecer ningún orden cronológico, como si alguien las hubiera apilado allí dentro de cualquier manera para no volver a verlas jamás. Tragó saliva y recogió unas cuantas de la parte superior de aquella montaña. Se reconoció a sí misma quizá con dieciocho o diecinueve años, junto a un César que debía rondar tan solo los veinte. Estaban abrazados y sonreían a la cámara. Las siguientes instantáneas eran similares. Fotos en el campo, en una masía, en un parque de atracciones, en un concierto. En todas parecían felices. Sin embargo, en su sueño sintió que ya no lo eran. Pasó sus dedos por encima del rostro de ojos oscuros y mandíbulas fuertes que le sonreía. ¿Qué les había pasado? Era incapaz de recordar más que aquella escena de la cocina en la que la había tratado con tanta frialdad. Quizá tan solo hubieran discutido la noche anterior y en realidad sí que disfrutaran de un matrimonio feliz, se dijo, tratando de convencerse. Amontonó las fotos a un lado de la cama y cogió otro puñado. Estas eran de la boda. Por detrás tenían pegotes de pegamento, como si en el pasado hubieran estado adheridas a algún álbum del que habían sido arrancadas con furia. Quizá realmente hubieran tenido problemas en su matrimonio, pensó mientras analizaba los restos de cola que se habían llevado consigo algunos trozos del papel satén del álbum. O puede que César simplemente no pudiera soportar ver aquellas imágenes llenas de amor

después de su muerte. Las repasó con cierta nostalgia y las dejó a un lado. Recogió unas cuantas más de la caja y sintió que se le paraba el corazón al ver la fotografía de un bebé de mofletes sonrosados que miraba a la cámara con unos enormes ojos de color avellana. ¿Quién era? ¿Y por qué su naricilla redonda y sus manitas rechonchas le resultaban tan familiares? Pasó a la siguiente fotografía con el corazón martilleando en su pecho, deseosa de encontrar alguna pista más. Abrió los ojos como platos cuando se encontró a sí misma con un vientre abombado y la mano colocada sobre él en un gesto protector. En la siguiente salía ella en un viejo sillón de la casa, con ojeras y el pelo revuelto y un bebé recién nacido entre los brazos. Después, las fotografías se multiplicaban, con montones de ellas con esa preciosa niña como protagonista. Julieta observó fascinada cómo había ido creciendo mes a mes. Sin embargo, cuando debía de rondar el año de edad, las fotografías se detuvieron y ya no había nada más. Ni de ella, ni de César, ni de la niña.

Se quedó sentada en la cama un largo tiempo, con la mirada clavada en la ventana, tratando de asimilar la certeza que ya sentía en su pecho. Era madre de una niña. Se cubrió la boca con manos temblorosas, tratando de calmarse. A medida que aquella idea se iba alojando en su cerebro, un vacío inmenso iba apoderándose de ella. Se lo había perdido todo. Su infancia, su adolescencia, su vida entera. Ahora esa niña debía de tener por lo menos treinta y dos años, casi diez más que ella. ¿Dónde estaría ahora? ¿A qué se dedicaría? ¿Sería feliz? Tenía mil preguntas por hacerle, pero no sabía dónde encontrarla. No podía acercarse a César para preguntar. Probablemente el hombre enloquecería si reconociera a su mujer muerta llamando a la puerta de su casa. Todavía recordaba la palidez de su rostro cuando la había visto de refilón en el cementerio. Probablemente el pobre habría creído que se trataba de una jugarreta de su imaginación. No podía volver a arriesgarse así. Quizá su única alternativa fuera Enzo. Él, como investigador, podía hacer todo tipo de preguntas sin levantar sospechas.

Cerró la caja y la volvió a dejar en la ventana. Se dio una ducha y se vistió, dispuesta a bajar a desayunar. Sentía que sus piernas apenas soportaban su peso. Un buen café le haría ver la situación con un poco más de aplomo.

Cuando entró en el comedor en el que servían el desayuno, se encontró con una pareja que debía de estar en el pueblo visitando a algún familiar. También había un par de hombres de negocios desayunando solos en mesas demasiado grandes para ellos. Finalmente, reconoció la nuca de Enzo, que estaba sentado

junto a una ventana. Julieta se regaló unos segundos para observarle sin que él se percatara. Le parecía increíble que alguien como él pudiera ser de carne y hueso. Tan alto, de hombros rectos y movimientos elegantes. Con aquellos ojos verdes que parecían encerrar innumerables misterios. Esa nariz recta, ni muy grande ni demasiado pequeña. Y sus labios, que tan solo parecían invitar a una cosa cuando le sonreían sin sonreír del todo. Justo entonces, Enzo se giró y la vio. Julieta sintió que le daba un vuelco el corazón cuando él le hizo un gesto con la cabeza a modo de saludo, invitándola a sentarse con él. Julieta cogió un café de la máquina por el camino y se acercó hasta él.

—Buenos días, Julieta. —Hasta su voz era atractiva.

—Hola —contestó ella con una sonrisa tímida, aposentándose en la silla del frente.

—¿Te encuentras bien? —preguntó, frunciendo el ceño—. Estás muy pálida.

—Solo un poco más de lo normal —contestó tratando de dedicarle una sonrisa.

—¿Ha pasado algo? —insistió. Julieta lo escrutó con sus enormes ojos, insegura sobre cómo tratar aquel asunto. Enzo lo interpretó como falta de confianza—. Sabes que puedes contarme lo que sea.

—He estado mirando las fotos que me diste. —Soltó el aire que había estado conteniendo desde que había abierto aquella caja. Enzo no contestó, esperó a que ella siguiera hablando. Julieta se humedeció los labios y el hombre no pudo evitar que se le desviara la vista hasta ellos un segundo—. Necesito tu ayuda.

—¿Con qué?

—Parece que... —se interrumpió, sin saber cómo soltar aquello—. Parece que tenía una hija.

Enzo la miró genuinamente sorprendido.

—¿Una hija?

—Sí. He encontrado un puñado de fotos con un bebé.

—¿Pero estás segura de que eres su madre? Podría ser tu sobrina o... — Enzo no pudo evitar que su instinto policial empezara a barajar montones de hipótesis.

—No. Era mi hija —cortó—. Estoy segura. —Enzo asintió.

—Está bien.

—Necesito que le preguntes a César sobre ella. Por favor —dijo con un

tono que sonó demasiado suplicante para su gusto. A Enzo no pareció molestarle, sino más bien al contrario. Le dedicó una sonrisa tierna y Julieta se relajó un poco.

—No te preocupes por eso. Está hecho. ¿Qué quieres saber?

—Ya sé que no puedo decirle quién soy a mi hija —contestó Julieta, comprendiendo que no podía acercarse a una desconocida y decirle que era su madre muerta—, pero me gustaría saber qué ha sido de ella, si es feliz, dónde vive y qué hace. Si... tiene familia.

—Hoy voy a ir al entierro de Beatriz. Aprovecharé para acercarme a César y preguntarle.

—Yo también iré.

—No creo que sea muy buena idea exponerte tan en público en tu viejo entorno —dijo él.

—Me mantendré alejada. Tan solo quiero verle.

—¿A quién? ¿A César?

—Sí.

Enzo apretó las mandíbulas. ¿Y si Julieta seguía enamorada de su marido? Aquella idea lo irritó. ¿Qué diablos estaba haciendo? ¿Por qué se sentía así por una mujer casada que, para colmo, era una de las víctimas del caso que estaba investigando? Esos sentimientos no eran nada profesionales.

Se levantó, dando por terminado el desayuno y la conversación.

—Esta noche te contaré lo que haya averiguado. —Julieta asintió y lo vio marcharse con el semblante atormentado.

* * *

Julieta volvió a su habitación y se puso la ropa más oscura que tenía. Su armario estaba bastante vacío y tuvo que conformarse con un jersey azul marino y los tejanos. Se colocó el abrigo negro sobre el conjunto y fue hasta la parada de autobús. Vio que el coche de Enzo no estaba en el aparcamiento. Probablemente ya se habría marchado al cementerio.

El autobús no se hizo esperar demasiado. Vio que iba bastante lleno y que la mayoría llevaba ropa negra, así que dedujo que probablemente iban al mismo sitio que ella. Suspiró, pensando en la pobre Beatriz. No era justo. ¿Quién era el asesino despiadado que no había tenido suficiente con matarla a ella y a aquella periodista treinta años atrás que ahora había decidido volver a actuar?

Se apeó del autobús junto al resto de la gente y caminó en silencio hasta un

rincón discreto del cementerio, ocultando su rostro con la capucha del abrigo. Se apoyó en un árbol y esperó a que empezara el funeral. Entonces, lo vio. Aunque estaba lejos, pudo reconocer sus ojos oscuros. César ya no era el hombre joven y atractivo de las fotos. Su cuerpo alto había sucumbido al paso de los años y empezaba a doblarse por la zona de la espalda. Se preguntó cómo hubiera sido su vida si no la hubieran asesinado. Habría visto crecer a su hija y probablemente seguiría casada con aquel hombre de aspecto triste y melancólico. Quizá él no siempre había sido así. En las fotografías parecía alegre y descarado. No pudo evitar que sus ojos se deslizaran desde su marido hasta Enzo, que estaba relativamente cerca de él. El inspector tenía el semblante más serio de lo habitual y parecía realmente afectado por la muerte de Beatriz. Quizá se sintiera culpable por no haber cazado antes al asesino. Enzo, como si hubiera sentido su escrutinio, levantó los ojos del suelo y los posó sobre ella. Se quedaron mirando unos segundos más de los necesarios, hasta que el inspector decidió que alguien podría darse cuenta y volvió a bajar la vista.

Cuando el sacerdote terminó el sermón y enterraron el ataúd de Beatriz, Julieta vio cómo Enzo se acercaba a César. Hubiera dado su insustancial fortuna por escuchar lo que estaban diciendo.

* * *

—Buenos días, señor Dábalos.

—Oh, usted otra vez —dijo César con cara de fastidio. Enzo lo miró fríamente. No le gustaba aquel hombre, pero fue incapaz de distinguir si era algo personal por tratarse del marido de Julieta y el padre de su hija o simplemente una silenciosa intuición que le decía que César escondía algo.

—Me gustaría hacerle unas preguntas.

—Creí que no teníamos nada más que hablar.

—He cambiado de opinión después de ver las fotografías.

César resopló, seguramente arrepintiéndose de haberle dado aquella caja.

—¿Y qué quiere?

—He visto que usted y Julieta tuvieron una hija.

—Sí.

—¿Podría hablar con ella?

—¿Para qué? Solo era un bebé cuando su madre murió.

—No puedo decirle el motivo. Se trata de un asunto policial.

César arqueó las cejas y cruzó los brazos frente a su pecho, dando a

entender que no se creía la mentira del inspector.

—Eso no va a ser posible —acabó diciendo el enterrador.

—¿Y por qué no?

—No sé qué ha sido de nuestra hija.

—¿Cómo dice? ¿Cómo puede no saberlo?

César resopló y lo miró de nuevo con el semblante contrariado. Parecía que cada vez se sentía más incómodo en la presencia del inspector.

—Después de la muerte de Julieta, no podía hacerme cargo de la niña. Asuntos sociales se metió por medio y la terminaron asignando a una familia de adopción.

—¿Qué? —exclamó sin poder contener su tono de voz. ¿Aquel desgraciado había abandonado a su hija de un año sin apenas pestañear?

—No me mire así. No se gana mucho como enterrador y tengo que trabajar muchas horas. Sin el sueldo de Julieta apenas podía sostenerme a mí mismo y qué decir de una cría que necesita todo tipo de cuidados. Fue lo mejor para todos.

Enzo lo continuó mirando con desdén, preguntándose cómo demonios iba a contarle eso a Julieta.

—¿Y no sabe a qué familia se la dieron?

—No. Es un modo de protegerlos para que no vayamos a reclamarlos más tarde.

—¿Puede decirme al menos cómo se llamaba su hija?

—Valentina Dábalos Abellán.

—¿Nunca pensó en lo que diría Julieta si supiera lo que hizo? —escupió, incapaz de contenerse.

—Por si no se ha dado cuenta, inspector, mi mujer está muerta. Ya no puede opinar nada.

Enzo le dedicó una sonrisa llena de desprecio y negó con la cabeza.

—Voy a ahorrarle lo que pienso sobre usted, señor Dábalos —concluyó, recalcando con ironía la palabra “señor”.

—Tenga un buen día, inspector Barese —respondió él sin achantarse, haciendo un gesto con la cabeza a modo de despedida y dejándole a solas junto a la tumba de Beatriz.

* * *

—¿La... la dio en adopción? —susurró Julieta dejándose caer en la cama. Se sentía demasiado débil para seguir en pie. Enzo se acercó hasta ella y puso

una mano sobre su hombro, tratando de apoyarla.

—Lo siento mucho.

Julieta se cubrió la cara con las manos para tratar de detener el llanto y la frustración. Se sentía culpable por haber dejado a aquella criaturita indefensa sola en el mundo. Era absurdo. Ella no había decidido que la asesinaran. Pero sí había decidido con quién se casaba y, desde luego, César Dábalos jamás había estado a la altura de la situación. Sintió el deseo de salir de la posada y presentarse en su casa para gritarle y descargar sobre él toda su furia.

—¿Cómo pudo? —masculló—. Era tan pequeña...

—No sé qué decir —contestó Enzo sinceramente.

—¿Y ahora qué voy a hacer? Si César no sabe adónde la llevaron, ¿cómo la voy a encontrar?

—No te preocupes por eso. Seguro que desde mi posición puedo averiguar algunas cosas.

—¿Harías eso por mí?

—Por supuesto —dijo, sintiendo por primera vez que posiblemente sería capaz de eso y mucho más por Julieta.

Ella lo pilló desprevenido. De repente, lo abrazó y Enzo se tensó al sentir su cuerpo pequeño y frágil entre sus brazos. Cerró los ojos y no pudo evitar que el suave perfume a lavanda de Julieta invadiera sus fosas nasales.

—Gracias —susurró la joven en su cuello un instante antes de separarse de él. Enzo se perdió en sus enormes ojos de color avellana, que lo miraban confiados. Sin querer, su vista se desvió hasta sus labios carnosos, que estaban ligeramente entreabiertos. Supo que estaba a punto de hacer una locura, así que dio un paso atrás y se aclaró la garganta.

—Será mejor que me marche a mi habitación. Mañana será un día largo.

Julieta asintió ligeramente decepcionada por su partida. Sin embargo, agradeció quedarse sola para poder llorar en paz por toda aquella situación en la que se había visto inmersa de repente. Y no pudo evitar pensar que quizá hubiera sido mejor seguir muerta. Así jamás habría descubierto que su marido había abandonado a su única hija a su suerte.

CAPÍTULO 11

11 de enero de 2019

Mateo escuchó la puerta de la comisaría abrirse con más fuerza de la necesaria. Supo de quién se trataba incluso antes de verlo entrar. Los pasos decididos del inspector Barese eran inconfundibles. Quiso esconderse tras la pantalla del ordenador para que no lo viera, pero sintió sus escrutadores ojos verdes sobre su cabeza y no tuvo más remedio que mirarle.

—Buenos días, inspector.

—Hola, Mateo —dijo, con un amago de sonrisa que le pilló desprevenido. Le pareció que su jefe tenía un brillo en los ojos que hacía mucho tiempo que no veía en ellos. Quizá por fin dejara de esconderse tras aquella fachada de indiferencia que se había creado un par de años atrás y se mostrara un poco más abierto con sus compañeros. Mateo aún recordaba la gentileza que había caracterizado a Enzo cuando aún no le habían ascendido a inspector y era un simple oficial como él. Sin embargo, cuando llevaba unos meses en su nuevo puesto, su actitud había cambiado de repente. Se volvió esquivo, seco e incisivo. Nadie sabía el motivo exacto de aquella súbita transformación, pero sus compañeros se habían encargado de inventar montones de historias al respecto. Algunos decían que el puesto se le había subido a la cabeza, otros, que siempre había sido así desde el principio pero lo había estado escondiendo y algunos más osados apostaban por un desengaño personal, quizá una novia que lo había abandonado. Mateo trataba de no dejarse llevar por las habladurías y no solía prestarles atención. Se consideraba un profesional y sabía que el inspector Barese era uno de los mejores policías de su comisaría, por mucho que le doliera a los demás. Y la envidia era muy mala. Así que se limitaba a tratarle con el mayor cuidado posible para no desatar uno de sus ataques de ira y no llevarse ningún rapapolvo.

Se armó de valor y decidió que era el momento de hablarle sobre los avances que había podido hacer en la investigación del caso del *asesino de Blancanieves*. Aunque sus resultados no fueran gran cosa, quizá a él le sirvieran de algo.

—Inspector, tengo algunas novedades sobre el caso —dijo, antes de que Enzo entrara en su despacho.

—Perfecto, ven a mi oficina y lo revisamos.

Mateo se levantó rápidamente de su butaca y lo siguió. Enzo cerró la puerta y se sentó frente a Mateo, que se movía nerviosamente en su asiento.

—Dime.

—Estuve investigando dónde hay almendros en Lagarza. Por lo visto, solo se encuentran en tres lugares del pueblo.

—Eso reduce bastante nuestro radio de búsqueda —dijo el inspector con optimismo.

—El problema es que son sitios bastante públicos. Se trata de una residencia de ancianos, el hospital y el colegio. Cualquiera podría tener acceso a ellos.

—¡Mierda! El asesino sabe a qué está jugando... —gruñó.

—También hice una búsqueda de médicos, enfermeros y farmacéuticos con acceso a los estupefacientes que me indicó. Son más de cien. Aquí están —dijo, tendiéndole una lista.

Enzo recogió el papel y ojeó los nombres. Ninguno le decía nada en especial.

—Los investigué uno por uno y la verdad es que ninguno parece guardar relación con las chicas ni con el balneario —continuó el joven.

Enzo se pasó la mano por la cara, sabiendo que de nuevo habían dado con un camino sin salida.

—Lo siento —murmuró Mateo.

—No es culpa tuya —contestó Enzo, sorprendiéndole de nuevo con una empatía desconocida en él. Mateo asintió y se marchó, dejándolo a solas.

Enzo resopló y encendió el ordenador. Mientras se cargaban los programas, se preparó un café en la pequeña cafetera que le había tocado en un sorteo hacía algún tiempo. Puso las manos alrededor de la taza para entrar en calor y tratar de aplacar sus nervios. Parecía que el caso se estaba estancando. Hacía demasiado que no tenían pistas nuevas y las pocas que había obtenido no le habían llevado a ningún lado. Ni siquiera tenía un sospechoso principal. Sin duda, era el caso más complejo al que se había enfrentado hasta la fecha.

Decidió darse algo de tiempo para dar con alguna idea, así que dedicaría aquella mañana a indagar un poco sobre la hija perdida de Julieta.

Tecleó el nombre completo de Valentina en el sistema y le apareció casi al instante su partida de nacimiento. Vio que poco tiempo después había un certificado de adopción. César había dicho la verdad, había entregado a su propia hija a otra familia. Enzo intentó no pensar en aquel hombre. ¿Cómo había sido capaz de algo así? No solía juzgar a las personas por ser desapegadas, pero incluso a él le parecía horrible deshacerse de una hija por meros motivos económicos o por simple comodidad. Abrió el certificado para ver todos los datos y buscó el nombre de la niña después de la adopción. Raquel Montes. Abrió la boca sorprendido. Reconocía aquel nombre. Era la periodista que había metido las narices en el caso y publicado la muerte de Beatriz casi antes de que él se enterase. Recordó los ojos de color avellana y el cabello castaño de la muchacha y supo ver el parecido. Por supuesto que era ella. Raquel era la hija de Julieta.

Cogió el teléfono móvil dispuesto a llamarla para contarle lo que había descubierto y se detuvo en seco. ¿Adónde pensaba llamar? Julieta no tenía teléfono fijo ni móvil que él supiera. Ahora que se daba cuenta, la pobre muchacha vivía aislada del mundo en el que había despertado. Ni Smart TV ni Smartphone. Se prometió ponerle remedio a eso y se levantó, dispuesto a tomar el coche para llegar cuanto antes al pueblo para darle la buena noticia. Sin embargo, su móvil sonó antes de que pudiera abandonar su despacho. Leyó el nombre en la pantalla y abrió los ojos sorprendido. Sin embargo, al cabo de un segundo sintió que la rabia lo invadía. ¿Para qué lo llamaba ahora? ¿Qué quería después de dos años? Aquella mujer tan solo le había dado dolores de cabeza. Estuvo a punto de no atender la llamada, pero le pudo la curiosidad.

—¿Diga? —gruñó, sin ningún ápice de amabilidad.

—Hola, Enzo —dijo con aquella voz sinuosa con la que lo había llegado a deslumbrar en el pasado.

—¿Qué quieres, Claudia?

—Vuelvo a España.

Enzo apretó las mandíbulas y trató de sonar calmado.

—Lo que hagas o dejes de hacer dejó de ser asunto mío hace tiempo —soltó.

—Me gustaría que nos viéramos.

—No.

—Vamos, no seas así.

—¿Crees que puedes aparecer después de dos años como si nada hubiera

sucedido?

—Lo siento, sé que no debí marcharme de aquella manera. Necesito explicarte mis motivos.

Enzo tomó aire e intentó no perder los nervios. Volver a escuchar su voz escocía en las heridas del pasado.

—Está bien. El domingo quizá tenga un hueco para tomar un café.

—Genial. Tengo ganas de verte.

Enzo iba a contestarle con una fresca, pero Claudia ya había colgado. Guardó el teléfono móvil en su bolsillo y salió de su despacho a toda prisa. Tenía que ver a Julieta para contarle lo que había descubierto.

Cuando Mateo lo vio pasando por su lado como una exhalación, se percató de que el buen humor de su jefe se había esfumado y volvía a ser el hombre huraño de siempre. De hecho, ni siquiera se había despedido antes de desaparecer por la puerta.

* * *

Julieta salió del trabajo puntualmente aquella noche. Apenas pasaban unos minutos de las nueve cuando reconoció el coche de Enzo a la salida, que la esperaba para llevarla a la posada como solía ser costumbre.

Se subió en el asiento del copiloto y notó que estaba algo más tenso de lo habitual.

—¿Va todo bien? —preguntó Julieta.

—Sí —contestó escuetamente. No quería hablar sobre Claudia. Se sentía enfadado y frustrado. ¿Por qué tenía que volver justo ahora que empezaba a recuperarse? Se dio cuenta de que Julieta lo estaba mirando insistentemente, probablemente extrañada por que no hubiera encendido el coche todavía—. He averiguado algo sobre tu hija.

Enzo llevaba horas con aquella noticia quemándole en la lengua. Primero había ido a verla a la posada, para encontrarse con su habitación vacía. No le costó adivinar que estaba trabajando en el balneario a aquellas horas, así que fue hasta allí e intentó que Leticia le dejara hablar con ella. Sin embargo, aquella mujer le había dicho que debía esperar a que terminara su jornada. Enzo gruñó al ver a la gobernanta disfrutar de la situación, pero no tuvo más remedio que volver a su coche y esperar a que terminara de trabajar.

Se fijó en el rostro de Julieta, que lo observaba con gesto esperanzado.

—¿Has logrado saber dónde está? —preguntó la joven.

—Vive aquí, en Lagarza.

—¿De verdad? ¿No se mudó?

—No, sigue aquí. Quizá incluso te hayas cruzado con ella.

—¿Pero sabes quién es?

—Sí. Ahora se llama Raquel Montes, es periodista.

—Raquel... —Julieta pronunció su nombre tratando de relacionarlo con su bebé regordete y no pudo evitar una mueca de disgusto. ¿Qué esperaba? ¿Que sus nuevos padres hubieran mantenido el nombre que ella había elegido para su hija? Aquello se habría convertido en un recuerdo constante de que en realidad no era suya. Por supuesto que le habían cambiado el nombre. Soltó un largo suspiro y se quedó mirando fijamente la guantera, como si hubiera algo interesante en aquel plástico negro.

—¿Y ahora qué? —murmuró Julieta—. ¿Qué se supone que tengo que hacer? No puedo decirle quién soy.

—Quizá puedas acercarte a ella con alguna otra excusa —sugirió Enzo.

Julieta asintió ligeramente, aunque Enzo supo leer en su rostro que no estaba muy convencida.

—Tengo miedo de cómo voy a sentirme. ¿Y si no es feliz por mi culpa?

—Julieta, tú no tienes la culpa de nada de lo que pasó.

—Supongo que tienes razón, pero no puedo evitar sentir que yo también la abandoné. Ni siquiera la recordaba. ¿Qué clase de madre olvida a su propia hija?

—¿Cómo ibas a recordar nada? Estabas muerta, lo increíble es que estés aquí hablando conmigo. Tómallo como una segunda oportunidad que te da la vida. No la desperdicies lamentándote.

Enzo sintió que sus palabras habían sido demasiado contundentes y se preguntó si también las habría dicho para sí mismo. Quizá debía por fin liberarse de su pasado y mirar hacia delante de una vez.

—Gracias, Enzo. Por todo —dijo Julieta con una sonrisa triste. En ese momento, se dio cuenta de que aquella chica estaba completamente sola en el mundo, como él—. No sé qué hubiera hecho sin tu ayuda.

El mal humor que se había apoderado de él desde la llamada de Claudia se esfumó de repente. No supo qué decir ante aquello y no pudo evitar alargar su mano hasta la de la chica, entrelazando sus dedos con los suyos. Sintió la piel fría y delicada de Julieta en la palma de su mano y sus ojos verdes se quedaron atrapados en los de ella bajo una especie de hechizo silencioso. Se acercó ligeramente, incapaz de contener por más tiempo el deseo de besarla.

La chica parecía tan envuelta por el momento como él y no se movió ni un ápice, tan solo dirigió una mirada furtiva hacia sus labios. Cuando sintió que sus respiraciones empezaban a entremezclarse, un camión con las luces demasiado intensas pasó fugazmente por la carretera y los deslumbró, rompiendo el embrujo. Enzo se apartó de ella como si de repente hubiera cobrado consciencia de lo que estaba a punto de hacer. Carraspeó incómodo y fijó su mirada avergonzada en la carretera.

—Será mejor que te lleve a la posada.

Julieta pareció encontrar de nuevo algo muy interesante en el plástico de la guantera y no levantó la vista de allí en todo el camino de vuelta.

* * *

Julieta se detuvo ante la puerta de su habitación y se aclaró la garganta para desearle buenas noches al inspector. Sin embargo, él habló primero.

—¿Trabajas mañana? —Julieta arqueó las cejas sorprendida.

—No. Tengo el día libre.

—He pensado que quizá te gustaría conocer un poco más sobre el mundo actual.

—¿Te refieres a esos aparatos portátiles que lleváis todos encima? —preguntó con una chispa de ilusión en la mirada.

—Sí. A eso y a todo lo demás.

—Claro, me encantaría.

Enzo asintió y le dedicó una suave sonrisa antes de marcharse a su habitación. Julieta se quedó unos instantes más en el pasillo, sin comprender del todo las mariposas que revoloteaban en su estómago ante la perspectiva. Durante un día, aunque fuera tan solo por unas horas, podría olvidarse de su extraña vida para descubrir cómo vivía la gente normal del 2019.

CAPÍTULO 12

12 de enero de 2019

Julieta se miró en el espejo más tiempo del habitual. Se peinó con cuidado su flequillo un tanto rebelde y aplacó ligeramente las ondas que acompañaban su melena corta. Pasó un buen rato decidiendo si maquillarse o no. No quería que Enzo pensara que se había arreglado demasiado por él. Probablemente para el inspector aquello no era más que una obra de caridad y Julieta no quería sentirlo como una cita, pero no podía evitarlo. Finalmente, se pintó un poco los ojos y aplicó un suave carmín en sus labios. No tenía más que las pocas prendas de ropa que aquella buena mujer de la tienda del barrio le había regalado el día que la había encontrado en apuros, así que no pudo elegir demasiado. Unos tejanos y una blusa de flores era lo mejor que tenía. Se colocó el abrigo y la bufanda y bajó hasta el comedor. Sintió una pequeña decepción cuando no vio a Enzo en el salón. Suspiró y se sirvió un par de tostadas con jamón y un buen café. Tomó uno de los periódicos que el posadero últimamente dejaba en el mostrador de la entrada del comedor y se sentó junto a una de las ventanas. Sintió el sol de invierno filtrarse entre las cortinas y cerró los ojos, disfrutando de una calma que no había sentido desde que había despertado. Por fin sabía quién era y a quién había dejado atrás con su muerte. Aunque no tenía ni idea de cómo se acercaría a Raquel, por lo menos sabía que estaba bien y que tenía una buena profesión.

—Buenos días. —La voz ronca de Enzo la sobresaltó. Abrió los ojos y lo miró. El inspector le pareció aún más atractivo aquella mañana. Su cabello oscuro estaba impecablemente fijado y sus ojos verdes parecían despiertos, preparados para un nuevo día, aunque aún no había tomado el café humeante que llevaba en la mano. Enzo continuaba vistiendo con la formalidad que lo caracterizaba, con una camisa blanca que asomaba bajo un jersey gris de lana y unos pantalones de pinza de color caqui. Sin embargo, aquel día no se había puesto sus gafas.

—Me has asustado —contestó ella, tratando de acompasar los latidos de su corazón.

Él se limitó a sonreírle y se sentó frente a ella.

—¿Crees que es prudente que vayamos por el pueblo? El asesino podría verme y... —balbuceó nerviosa.

—No vamos a ir al pueblo —la interrumpió.

—¿Adónde iremos entonces?

—A la ciudad.

Julieta contuvo la alegría que sintió al escucharle. Sabía que en una gran urbe como aquella no tendría que esconderse de miradas indiscretas y no debía temer que alguien la reconociera.

Terminaron de desayunar y subieron al coche. Julieta ya sabía que Enzo conducía deprisa. Lo había visto tomar las curvas un tanto temerariamente en la carretera del pueblo, pero la distancia entre la posada y el balneario no había sido suficiente para discernir su verdadera pasión por la velocidad. Una vez en la autopista, Julieta comprobó que era mayor de lo que había sospechado y tuvo que agarrarse a la manecilla de la puerta para aplacar el temor. Enzo la miró de reojo y contuvo una sonrisa. Después de eso, aminoró la velocidad y condujo de un modo más seguro. Sintió que la chica se relajaba a su lado. Llegaron a la ciudad a media mañana, cuando el sol empezaba a elevarse en el cielo. Aparcó el coche en el garaje de su apartamento, un ático situado en uno de los altos edificios del centro de la ciudad.

—¿Vives aquí? —preguntó la chica sin bajar del coche todavía.

—Sí. Es muy céntrico, podemos dejar el coche aquí e ir caminando por la ciudad.

La chica asintió y observó el resto de coches de aquel parking. La mayoría eran marcas de lujo, algunas de ellas ni siquiera las conocía. Estaba claro que Enzo no vivía en un humilde piso del extrarradio.

Bajó del vehículo y lo siguió hasta un ascensor que los llevó a la calle. Julieta miró la ciudad con cierto grado de sorpresa. No podía recordar cuándo había estado allí por última vez, pero estaba segura de que en el 88 no habría habido aquellas enormes pantallas repletas de anuncios de perfumes y joyas. Ni tampoco aquella cantidad de coches agolpados en una retención. Observó fascinada las tiendas de ropa, de electrónica, de cosméticos. También las cafeterías y panaderías atestadas de clientes. Las calles estaban repletas de gente y era difícil caminar entre unos y otros. Julieta sintió la mano de Enzo sobre la suya y, aunque su parte racional le decía que tan solo lo hacía para no perderla entre la muchedumbre, sintió que su corazón empezaba a palpitar con

fuerza ante su contacto. Apretó los dedos contra él para sentirlo más cerca y a él no pareció molestarle.

De repente, Enzo tiró de ella hacia un lado y salieron de la marabunta para entrar en una de aquellas tiendas de electrónica con un montón de artilugios que no comprendía en el escaparate.

La joven empezó a curiosearlo todo como un niño que abre por primera vez sus regalos de navidad. Primero se acercó a unos altavoces inalámbricos y después a unos cascos de música.

—Por lo menos esto sigue existiendo —dijo con una sonrisa triunfal, sosteniendo uno entre los dedos. Enzo no pudo evitar soltar una carcajada.

—Solo que ahora se conectan a los teléfonos móviles —repuso, llevándola hasta la sección de telefonía.

—Así que estos son los famosos móviles —murmuró, toqueteando los aparatos.

—No tires tanto de ellos, o harás que salte la alarma —advirtió.

—¿Y va a venir la policía a detenerme? —preguntó con malicia. Enzo sonrió y Julieta se percató de que, cuando lo hacía, unos pícaros hoyuelos se marcaban en sus mejillas.

—No todos los policías son tan comprensivos como yo —murmuró con voz ronca.

—Eso habría que verlo, inspector. ¿Y esto qué hace? —preguntó, tomando uno de los Smartphone entre sus pequeños dedos.

Enzo se acercó hasta ella y respiró el aroma a jabón que desprendía, intentando no desconcentrarse.

—Desde aquí se llama, como con un teléfono fijo de los que ya conoces —explicó, señalando las teclas—. Aquí guardas tus contactos.

—¿Cómo una agenda telefónica?

—Exactamente.

—¿Y esto? —preguntó, tocando el icono del navegador.

—Esto te conecta a internet.

—¿Internet?

—Sí. —Se detuvo un instante, sin saber muy bien cómo explicarle aquello. Hasta aquel momento todo había sido relativamente fácil—. Internet es una red de comunicaciones e información a la que se puede conectar todo el mundo.

Julieta apretó sobre el icono y vio noticias y un buscador ante ella.

—¿Esto es un periódico?

—Sí. Un periódico digital y, aquí, en el buscador, puedes encontrar lo que quieras.

—¿Lo que quiera? Por ejemplo, ¿una receta?

—Sí. Pruébalo.

Julieta tocó sobre el buscador y se le abrió el teclado. Lo miró unos segundos y pareció comprenderlo rápidamente. Casi sin querer, tecléo la palabra “lentejas” y no pudo evitar que el recuerdo fugaz de César rechazando su cocido apareciera por su mente. De las pocas cosas que recordaba de su vida era que le apasionaba cocinar.

—¿Lentejas? —cuestionó Enzo, casi riendo.

—¿No te gustan?

—Claro que me gustan —contestó. Sin saber muy bien por qué, Julieta se sintió mejor.

—Un día te prepararé unas. Creo que podría hacerlas.

—Me encantará probarlas, pero a cambio tú tendrás que probar mi especialidad.

—¿Y cuál es? —preguntó con curiosidad.

—Pollo al curry verde con salsa de coco.

Julieta abrió mucho los ojos, sin entender demasiado bien aquella receta. Quizá le estaba tomando el pelo. Volvió su atención al aparato que tenía en sus manos y clicó en la tecla OK para que empezara a buscar. Observó asombrada cómo ante sus ojos aparecían montones de resultados con recetas de lentejas.

—Fascinante —susurró con una sonrisa—. ¿Y es así con todo?

—Sí.

—No me extraña que la gente no aparte la vista de estos aparatos.

—Y eso que aún no te he enseñado Youtube o Instagram.

—¿Qué es eso?

—Son redes sociales. Es... como un sitio en el que compartes tus fotos, cómo te sientes o frases que te gustan. Allí tienes amigos y conocidos.

Julieta no pareció entenderlo del todo y Enzo terminó de decidirse por hacer un gesto altruista por primera vez en mucho tiempo.

—¿Cuál te gusta?

—¿Qué? —preguntó la chica, sin comprender.

—¿Qué teléfono te gusta?

—No sé. Todos —contestó con una carcajada. Después, se los miró más seriamente. Se acercó hasta un móvil de gama media con una buena pantalla y

la carcasa de aluminio—. Quizá este.

Enzo cogió una de las cajas colocadas bajo el teléfono de exposición.

—¿Qué haces?

—Te lo regalo.

—¿Qué? —exclamó, mirando el precio y después al hombre—. ¿Cómo me vas a regalar uno? ¡Son muy caros! Casi tanto como un mes en la posada...

—Como colaboradora de la policía, necesitas estar comunicada. ¿Qué pasa si ves algo extraño y necesitas avisarnos? Es mi deber que tengas uno de estos.

Julieta siguió negando con la cabeza mientras Enzo se dirigía a la caja. Lo vio pagar y coger por el camino una pequeña tarjetita que, más tarde, descubriría que servía para asignarle un número de teléfono, darle acceso a internet y pagar las llamadas que hiciera.

—No tenías por qué comprarme uno —protestó mientras salían de nuevo a la calle.

—Ya te he explicado los motivos —insistió. A pesar de que lo que le había dicho era cierto, también había algo de bondad en aquel gesto. No quería que aquella chica estuviera aislada del mundo, ya suficientemente sola estaba—. ¿Quieres que vayamos a comer algo?

Julieta escuchó sus propias tripas rugir y asintió tímidamente. Enzo decidió llevarla a un lugar que probablemente sería nuevo para ella.

—¿Qué tipo de restaurante es este? —preguntó al ver las mesas bajas y los cojines en el suelo.

—Un japonés.

—¿Japonés? Nunca he estado en uno.

—Para todo hay una primera vez, ¿no? Ahora están muy de moda.

Una camarera bajita y asiática les atendió amablemente, guiándolos hasta una mesa apartada del resto. Julieta se hizo un pequeño lío con las piernas antes de ser capaz de adoptar la misma postura que Enzo mantenía elegantemente. El inspector tuvo que disimular una sonrisa al verla con aquellas dificultades y ella, ocupada como estaba, no pareció darse cuenta.

Julieta estudió la carta con el ceño fruncido, mordiéndose ligeramente el labio inferior.

—¿Necesitas ayuda?

—No entiendo nada —contestó sinceramente, encogiéndose de hombros—. Pídeme lo que creas. Seguro que me gustará.

La camarera vino en aquel justo momento y Enzo pidió un poco de edamame y tempura para picar y varios set de nigiri y makis para compartir. Cuando trajeron la comida, Julieta lo observó todo con gesto sorprendido. Probó el sushi con precaución y lo degustó lentamente, decidiendo si le gustaban o no aquellas extrañas bolitas de arroz.

—Está muy rico —concluyó finalmente—. Entonces, ¿tú eres de esta ciudad?

—Sí, casi de toda la vida —contestó él, dando un sorbo lento del vino blanco que habían pedido.

—¿Y vives solo?

—Sí, hace muchos años que me independicé. Mis padres viven en Italia.

—Es cierto, tanto tu nombre como tu apellido suenan italianos.

—Toda mi familia es de allí, pero trasladaron a mi padre a trabajar a España cuando yo era un niño y me crié aquí. Cuando tenía veinte años, mis padres decidieron volver a casa, pero para mí no tenía sentido irme a Italia. No tenía amigos allí. Mi vida estaba aquí y ya había accedido a la academia de policía, así que decidí quedarme.

—¿Siempre has querido ser policía? —Necesitaba saber más sobre él.

—¿Es esto un interrogatorio, señorita Abellán? —cuestionó arqueando una ceja.

—Sí —respondió descaradamente—. Tú lo sabes todo sobre mí. Incluso mi secreto. En cambio, yo no sé nada de ti. No es justo.

—Tienes razón —admitió—. Responderé a todas tus preguntas. Supongo que sí, siempre soñé con ser policía. No recuerdo haber querido otra cosa. Quería detener a los malos, como veía que hacían en las películas, aunque me topé con una realidad un poco distinta. No es tan idílico, ni tan bonito.

Julieta asintió, suponiendo que las escenas que Enzo había presenciado debían de ser muy variopintas y, la mayoría, muy desagradables.

—¿Qué haces cuando no estás de servicio? —preguntó, desviando el tema a cosas más amables.

—Lo cierto es que soy bastante adicto al trabajo y no tengo mucho tiempo para aficiones —confesó—. Aunque me gusta bastante leer y hacer deporte.

—¿Y no sueles salir por ahí los fines de semana para distraerte un poco?

—No tengo muchos amigos con los que salir. Tampoco es que los quiera —se apresuró en aclarar. Siempre había estado más a gusto solo que acompañado.

—Así que eres un lobo solitario —resumió.

—Se podría decir que sí.

—¿Y nunca has tenido pareja? —Aquella pregunta se escapó de sus labios sin que su cerebro tuviera tiempo de procesarla. Quiso retenerla cuando ya fue demasiado tarde. Enzo la miró fijamente y el ambiente distendido del que habían estado disfrutando hasta el momento se disolvió de repente, para tornarse tenso.

—Creo que por hoy he respondido suficientes preguntas —cortó. Aunque Julieta se había arrepentido de su pregunta, le dio rabia aquella respuesta. Él sabía que estaba casada, que tenía una hija, que había revivido. ¿Y él no podía responderle a algo tan simple?

—Has dicho que las responderías todas —insistió incisivamente. Enzo apretó las mandíbulas.

—Sí. Tuve pareja una vez —respondió escuetamente—, pero terminó hace tiempo.

Julieta supo que aquella sería toda la información que obtendría sobre su pasado sentimental.

Terminaron de comer sin hablar demasiado, Enzo parecía estar algo ausente, como si recordar aquel capítulo de su vida lo hubiera atormentado y Julieta decidió no volver a preguntar. El inspector pagó la cuenta sin que ella pudiera llegar a ver el precio.

—La próxima invito yo —dijo la chica, sintiéndose mal por que además de regalarle un móvil, pagara él también la comida.

—Hecho —contestó, mirándola de nuevo. Cuando sintió aquellos enormes ojos del color de la miel posados sobre él, logró apartar a un lado los fantasmas del pasado y volvió a relajarse.

—¿Quieres que te enseñe cómo funciona una televisión?

—Había televisión en mi época. No soy de la prehistoria —protestó.

—Han cambiado un poco —contestó, dirigiendo sus pasos hasta el edificio en el que se encontraba su ático.

—¿Adónde vamos?

—A mi casa, allí tengo una Smart TV.

Julieta sintió que se le formaba un nudo en la garganta al pensar en estar a solas con él. Aún recordaba aquel extraño momento en el coche. Le costaba saber si lo había imaginado o había sido real. ¿Había estado a punto de besarla?

No tardaron en llegar a aquel bonito edificio de nueva construcción. Subieron hasta el último piso por un ascensor que parecía sacado de la NASA y Enzo abrió la puerta de su ático. Le hizo un gesto a Julieta para que entrara y la joven observó aquel lugar minimalista y bien decorado, que emanaba elegancia por los cuatro costados. Enzo la miró de reojo, sin poder evitar pensar que era la mujer más bella que había visto en mucho tiempo. Cuando ella se giró hacia él, se sobresaltó ligeramente, como si lo hubiera pillado haciendo algo malo. La guió hasta el salón, rodeado de unas vidrieras que cubrían toda la pared y dejaban ver la ciudad al completo. Al fondo se encontraba un enorme *chaise long* de color negro frente a la televisión. Enzo se sentó en él y encendió el aparato. Julieta observó boquiabierta la calidad de la imagen.

—Tenías razón. Es impresionante...

—Y estas televisiones están conectadas a Internet, igual que los teléfonos.

Enzo entró en Netflix y Julieta alucinó. Se aposentó a su lado en el sofá, sin apartar los ojos de la pantalla.

—¿Puedes ver todo esto? ¿Cuándo te da la gana? —preguntó interesada.

—Sí.

—Lástima que en la posada no haya una de estas. No saldría de ahí en todo el día.

Enzo se sintió mal de repente por haber sido tan tajante con ella en el restaurante. Julieta era alegre y solo intentaba avanzar en la complicada vida que le había tocado vivir. Él era una de las pocas personas con las que podía ser ella misma, sincera y sin secretos. Y él le había contestado de malas maneras.

—Siento haber sido tan brusco antes —se disculpó. Julieta lo miró como si no comprendiera, hasta que supo que se refería a aquel momento incómodo en el restaurante—, me cuesta hablar sobre mi pasado.

—Supongo que no es fácil para nadie. No recuerdo mucho sobre mi matrimonio, pero creo que no éramos felices.

—César nunca te mereció —sentenció, recordando cómo había abandonado a su hija, cómo parecía haber olvidado a su mujer, relegándola a una vieja caja de fotos. Julieta desvió su mirada, incapaz de seguir mirando aquellos ojos verdes sin que el corazón se le acelerara descontroladamente. De repente, sintió que el sofá era demasiado estrecho, que sus piernas estaban demasiado cerca de las de él y que hacía demasiado calor en aquel

apartamento. Notó la mano de Enzo recorriendo su mejilla hasta llegar a la barbilla para obligarla a levantar su rostro hacia él. Julieta sostuvo la respiración cuando lo descubrió a apenas unos centímetros de ella. No se sintió realmente viva hasta aquel instante. Notó que la sangre hervía en sus venas y no pudo evitar agarrar a Enzo de la camisa para obligarle a recorrer la distancia que los separaba. Sus labios colisionaron con intensidad, como si hubieran estado deseando aquel momento por demasiado tiempo. Enzo la abrazó con fuerza por la cintura y ella rodeó su espalda ancha con los brazos, hundiendo los dedos en su cabello corto. El hombre se inclinó sobre ella y continuaron besándose con urgencia, hasta que un pequeño gemido se escapó de la garganta de Julieta. Enzo se separó de repente, sintiendo que había ido demasiado lejos. ¿Qué demonios estaba haciendo? ¿Dónde había quedado su autocontrol?—. Lo siento, no puedo.

Julieta lo miró azorada, sin comprender, pero no dijo nada. Enzo se levantó para alejarse de ella, tratando de calmar su respiración agitada. Había demasiadas razones para no hacer aquello. Ella era una testigo del caso, una víctima. Él, como inspector, debía mantenerse imparcial. Para colmo, Julieta estaba casada y no recordaba su pasado. ¿Qué pasaría si al recordar se convertía en otra persona? Sin embargo, se obligó a admitir ante sí mismo que el mayor problema era él. No era un hombre dulce ni amable. Sus heridas lo habían convertido en alguien distante y atormentado, que se ocultaba bajo una coraza. Julieta era joven e inocente y ya había sufrido demasiado. César no la merecía, pero él tampoco era digno de ella.

* * *

Julieta no habló en todo el camino de vuelta. Se limitó a mirar cómo anochecía por la ventana del coche, sin atreverse a hablar. Temía que su voz sonara insegura y dolida. ¿Por qué se había apartado de ella bruscamente? Buscaba motivos racionales, pero tan solo uno se repetía una y otra vez en su cabeza. Mientras la estaba besando, probablemente Enzo habría recordado que ella estaba muerta, que aunque tuviera un aspecto normal e incluso agradable, había estado treinta años pudriéndose bajo tierra. Aquello lo tenía que repugnar, estaba segura. Por eso se había apartado.

—Ya hemos llegado. —Él tampoco había hablado hasta que había detenido su coche frente a la posada. Caminaron lentamente hasta las respectivas puertas de sus habitaciones y Enzo le tendió la bolsa con el teléfono móvil. Ella la cogió sin saber muy bien qué hacer con aquello—.

¿Puedo pasar un momento? Tan solo voy a configurarte algunas aplicaciones —añadió él al ver su desconcierto.

Julieta sintió que cada una de sus palabras de clavaban en su piel. Parecía estar dejando claro que no quería nada más con ella. Logró encontrar las llaves en el bolsillo de su abrigo y abrió la puerta con más aplomo del que sentía. Enzo pasó tras ella y se acercó al escritorio. Sacó la cajita con el teléfono de la bolsa y metió aquella pequeña tarjetita en él. Lo estuvo manipulando durante un buen rato y Julieta lo observó desde la otra punta de la habitación, sin atreverse a acercarse demasiado a él.

—Toma —dijo Enzo cuando hubo terminado, tendiéndole el aparato. Julieta lo cogió y él se colocó a su lado—. Esta aplicación sirve para chatear con tus contactos —explicó, señalando un icono.

—¿Chatear?

—Eh, hablar. Digamos que puedes enviar mensajes escritos.

—Ah, claro —dijo, sin comprender muy bien a qué se refería.

—Te he guardado mi número de teléfono en la agenda, así, si necesitas algo, puedes escribirme o llamarme. —Julieta asintió, aunque no tenía ni idea de cómo chatear. Enzo pareció leer la confusión en su rostro y sacó su teléfono móvil del bolsillo. Tecleó algo a una velocidad de vértigo y Julieta observó cómo movía los dedos rápidamente por el teclado repleto de letras. De repente, el pequeño aparatito que ella seguía sosteniendo en las manos vibró y emitió un pequeño sonido, sobresaltándola. Leyó en la pantalla y vio que tenía una notificación con un mensaje de Enzo. Lo abrió. <<Hola, Julieta>>. Ella tecleó un saludo con mucha más lentitud y después de observar un buen rato la pantalla, logró dar con el botón de enviar. Escuchó con satisfacción que el mensaje había llegado a su destinatario. Enzo sonrió levemente, pero ella no pudo devolverle el gesto.

—Buenas noches, Enzo —dijo, dándole a entender que quería estar sola. El hombre asintió.

—Hasta mañana.

CAPÍTULO 13

13 de enero de 2019

Enzo apenas logró pegar ojo. No podía olvidar los labios de Julieta bajo los suyos, su respiración suave y entrecortada. Tuvo que darse una ducha fría para intentar calmarse. Apenas había amanecido cuando decidió vestirse, sabiendo que no lograría dormir más. Bajó al piso inferior del pequeño hotel, decidido a marcharse a la ciudad e intentar avanzar con aquel caso que se estaba encallando por momentos. Tenía que haber algo que hubieran pasado por alto. Cuando llegó a la entrada, se encontró con el posadero, que parecía tan desvelado como él.

—Ha madrugado mucho hoy, inspector. Es domingo —comentó.

—Me costaba dormir.

—Aún no he montado el bufé del desayuno, pero si quiere puedo traerle un café y un par de tostadas.

—Pues se lo agradecería mucho —contestó con gesto cansado. Así al menos lograría llegar un poco más lúcido a casa. Sabía que las oficinas estarían cerradas el domingo y tendría que trabajar desde su apartamento.

El posadero volvió al cabo de unos minutos con un par de cafés y su desayuno. Se lo sirvió y se sentó frente a él.

—¿Le importa que me sienta con usted a desayunar? —preguntó.

—En absoluto —contestó Enzo. No solía ser sociable, pero un poco de conversación quizá lograra apartar el recuerdo de Julieta de su mente por un rato.

—No me gustaría resultar entrometido, inspector, pero ¿se sabe algo sobre el asesino?

Si hubiera sido otra persona, Enzo le habría dedicado uno de sus cortes, pero se sentía en deuda con aquel hombre. Gracias a él habían logrado relacionar las dos oleadas de crímenes. Quizá hablar con el posadero le ayudara a ver las cosas un poco más claras.

—Lo cierto es que no. —Enzo dudó unos segundos antes de seguir hablando. ¿Y si aquel hombre sabía más de lo que decía? ¿Y si estaba

relacionado con los crímenes y él le desvelaba lo poco que sabían? Decidió correr el riesgo. Tampoco es que supieran demasiado—. Estuvimos buscando en periódicos antiguos, sobre los crímenes del 88.

—¿Y encontraron algo?

—No, pero quizá pueda ayudarme.

—¿Yo?

—Sí. En uno de los artículos se hablaba a un grupo de niños que halló a la primera de las víctimas en el bosque.

—Oh, sí, pobres chicos...

—¿Sabe quiénes son? En el artículo no mencionaban sus nombres.

—Claro, como iba a olvidar a esos cuatro críos. Aquel verano no pararon de dar vueltas por el pueblo con sus bicicletas. A veces se metían en líos, pero tan solo eran chiquilladas.

—¿Entonces eran del pueblo? ¿Puede darme sus nombres?

—En realidad solo los hermanos Herrero eran de Lagarza. Los otros dos eran unos primos que vivían en la ciudad y que habían venido a veranear con ellos al pueblo. Si no me falla la memoria, el cuerpo lo encontró Daniel Herrero, el más pequeño. Su hermano fue el siguiente en acudir a la escena. Los primos se mantuvieron bastante alejados.

—¿Sabe dónde podría encontrarlos?

El posadero lo miró con gesto lastimero.

—Quizá Sergio Herrero le hubiera podido dar algún dato útil, pero murió hace un par de años.

—¿Murió? —murmuró desesperanzado.

—Sí, un maldito cáncer —contestó con voz triste al recordarlo.

—¿Y su hermano Daniel? Dice que él fue quien encontró el cadáver, ¿no?

—Ese pobre chaval... Puede intentar hablar con él, pero dudo que saque nada en claro.

—¿Por qué dice eso?

—Nunca se recuperó de lo que vio aquel día. Tenía terrores nocturnos recordando la escena del crimen. Aseguraba ver a la chica muerta en su habitación pidiéndole ayuda. Terminó internado en un psiquiátrico y, por lo que tengo entendido, sus paranoias han ido cada vez a peor.

—¿Sabe en qué psiquiátrico está?

—No tengo ni idea de adónde llevaron al chico.

Enzo se frotó la barbilla nerviosamente. Uno de los posibles testigos

estaba muerto y, el otro, había enloquecido. Igualmente, tenía que intentarlo. Iría a ver a Daniel Herrero. No tenía nada que perder.

—Muchas gracias por el café —dijo levantándose—. Y por la información.

—Espero que coja pronto a ese asesino.

Enzo asintió y desapareció por la puerta del hotel.

* * *

Enzo releyó por enésima vez los informes y no detectó nada distinto a las otras veces. Dejó los papeles en el escritorio del salón de su casa y se recostó hacia atrás en la silla para estirarse, deseando que aquel día pasara deprisa. Hasta el lunes no podría acceder a los registros policiales de la comisaría para buscar en qué hospital psiquiátrico estaba internado Daniel Herrero. El sonido de su teléfono móvil desvió su atención y puso los ojos en blanco al ver el nombre de Claudia en la pantalla.

—Hola —dijo con desgana.

—¿A qué hora quieres que tomemos ese café?

Enzo quiso contestarle que nunca, pero sabía lo insistente que aquella mujer podía llegar a ser.

—Esta tarde, a las cinco.

—¿Dónde siempre? —A Enzo le dolió recordar aquella familiaridad.

—Sí.

* * *

Era una cafetería pequeña y acogedora, situada en uno de los rincones con más encanto de aquella ciudad. Cuando entró, vio la inconfundible melena dorada de Claudia, que estaba de espaldas. Tragó saliva y avanzó hasta ella.

—Buenas tardes —dijo carraspeando para llamar su atención.

La mujer se volvió y lo miró con aquellos bonitos ojos azules que un día fueron todo su mundo. Se levantó y le dio un par de besos a un Enzo más tenso incluso de lo habitual. El inspector se percató de que ella seguía siendo tan alta y atlética como recordaba.

—Te ha sentado bien el paso del tiempo —comentó Claudia, dándole un repaso descarado. Aquella desfachatez que antes le había parecido encantadora, ahora le molestó.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó, sentándose frente a ella.

—Tan directo como siempre.

—No me gustan los juegos, Claudia.

—Antes sí.

—Puede, pero ya no soy el mismo.

—¿Ah, no?

—Hay ciertas cosas que cambian a la gente para siempre.

Claudia lo miró fijamente, detectando la acusación velada en aquellas palabras.

—No quiero hacerte daño, Enzo —dijo, poniéndose seria.

—Ya no tienes ese poder.

Claudia le dedicó una sonrisa triste.

—Supongo que no.

—No has respondido a mi pregunta, ¿qué es lo que quieres de mí?

—Tu ayuda.

Enzo soltó un bufido de indignación.

—¿Ahora quieres mi ayuda? ¿Después de todo?

—No tengo a nadie más —admitió lastimeramente. Enzo frunció los labios —. Vendí mi piso cuando me marché y no tengo adónde ir.

—¿Y qué es lo que pretendes diciéndome eso?

—Necesito quedarme en algún sitio por un tiempo.

—Hay montones de hoteles en la ciudad.

—Aún no he conseguido trabajo, con el dinero que tenía ahorrado tan solo pude comprarme los billetes de vuelta. Por favor, Enzo.

Se sintió tentado de decirle que entonces se buscara un cajero en el que pasar la noche, pero no pudo.

—Puedes quedarte en mi casa —accedió—. Te doy un mes.

—¿De verdad? —preguntó con esperanza en la mirada. Él asintió y Claudia alargó su mano hasta la de él. Acarició sus dedos y Enzo tardó unos segundos en apartarse.

—Estoy llevando un caso en un pueblo algo lejos de aquí, me quedaré allí, en un hotel.

La desilusión se pintó en el rostro de Claudia, pero asintió. Por lo menos, tendría un techo bajo el que dormir.

—No sé cómo agradecértelo.

—Con que no vuelvas a llamarme, será suficiente. —Claudia apretó las mandíbulas y Enzo fue capaz de adivinar las lágrimas que peleaban por salir de los ojos azules de la chica, pero no tuvo clemencia. Se levantó, sin ni siquiera haber pedido un café—. Voy a hacer las maletas.

—Te acompaño.

Enzo salió de la cafetería y sintió la presencia de Claudia tras él. Intentó calmarse. Pensaba que lo tenía completamente superado, pero se había estado engañando a sí mismo. Aunque lo que sentía por ella en nada se asemejaba a lo que había sentido en el pasado, seguía notando aquella atracción.

Pronto llegaron al apartamento y subieron en silencio hasta el piso. Enzo entró decidido hasta su habitación y cogió la maleta más grande que tenía guardada sobre el armario. Empezó a meter desordenadamente los trajes, camisas y pantalones a toda prisa, como si quisiera salir de allí corriendo. No soportaba estar a solas por más tiempo con ella. Sentía rabia, frustración y volvía a revivir los sentimientos de inseguridad que se habían apoderado de él dos años atrás. No podía tolerar que la coraza que tanto le había costado construir se tambaleara ni un ápice. Cuanto más lejos de ella estuviera, mejor para él.

Claudia lo observó apoyada en el umbral de la puerta, con los brazos cruzados sobre su pecho.

—No hace falta que te marches tan depr...

—No quiero compartir nada contigo —la cortó.

Claudia bajó la mirada, avergonzada. Sin embargo, un segundo más tarde pareció pensárselo mejor. Se acercó hasta él y lo agarró de la mano, obligándole a darse la vuelta para mirarla. Se quedaron muy cerca.

—No me creo que ya no sientas nada...

Ella acarició su pecho y Enzo sintió que aquel contacto lo paralizaba. De repente, ella se alzó ligeramente y posó sus labios sobre los de él. El inspector se perdió unos segundos en sus recuerdos, pero de repente el rostro inocente de Julieta se apareció ante él. Apartó a Claudia con brusquedad y ella lo miró desolada.

—No vuelvas a hacer eso —gruñó Enzo. Después, cerró la maleta y la llevó hasta la entrada. Puso las llaves de su apartamento sobre la mesita del recibidor y se volvió hacia Claudia, que lo había seguido como una alma en pena—. Volveré en un mes. Espero que para entonces ya no estés aquí.

CAPÍTULO 14

14 de enero de 2019

El hospital psiquiátrico Santa Cecilia era un edificio antiguo de piedra oscura situado a las afueras de Lagarza. Por su gran tamaño probablemente servía como retiro para las personas con problemas psiquiátricos de todas las aldeas colindantes e incluso de la ciudad. Enzo tragó saliva y recorrió con la vista aquel lugar, que le parecía tan tétrico como había visto en las películas de miedo. Cruzó la puerta metálica, que estaba completamente abierta para dar la bienvenida a los visitantes. Paseó por un pequeño y cuidado jardín y vio a un par de internos con uniforme gris que se estaban encargando con cuidado de unos rosales. Parecían saludables e incluso le hicieron un gesto con la cabeza a modo de saludo. Enzo llegó por fin al edificio principal y abrió una pesada puerta de madera para entrar en una recepción mucho más blanca y moderna de lo que habría cabido esperar. Una chica joven levantó la vista del ordenador y lo miró con una sonrisa.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarle?

Enzo sacó la placa de su bolsillo y se la mostró, sin dar más explicaciones. La sonrisa de la muchacha se desdibujó.

—¿Ha pasado algo? —preguntó con voz trémula. No era la primera vez que un interno peligroso se escapaba y las autoridades habían tenido que intervenir.

—No. Tan solo quiero hablar con Daniel Herrero.

—¿Con Daniel? —preguntó sorprendida, conociendo perfectamente a quién se refería.

—Eso he dicho.

—Daniel no está en condiciones de hablar con nadie.

—Si no le importa, eso lo decidiré yo.

La recepcionista frunció los labios y concluyó que aquel tipo era un engreído, pero se levantó de su sitio.

—Espere en la salita que encontrará a mano derecha. Una enfermera le acompañará hasta su habitación.

Enzo hizo lo que le había indicado la muchacha y caminó por el pasillo hasta una pequeña habitación con cuatro sillas de plástico que le recordó a la sala de espera de un dentista. No parecía que tuvieran muchos visitantes. Pronto vino una enfermera a buscarle.

—¿Ha venido a ver a Daniel?

—Sí.

—Sígame.

Enzo caminó tras aquella mujer entrada en años que avanzaba a paso rápido y decidido por los pasillos repletos de puertas cerradas. El inspector miró a un lado y otro analizando si aquello le recordaba más a un hospital o a una cárcel. De repente, la enfermera se detuvo ante una puerta igual de blanca que el resto de elementos que había visto allí. La abrió con una tarjeta y le cedió el paso.

—Tiene alucinaciones y paranoias. Si algo no va bien, hay un botón rojo junto a la puerta. Vendremos enseguida.

Enzo la miró con las cejas arqueadas. Se había enfrentado a asesinos y sospechosos violentos. No le daba miedo un pobre chico con problemas mentales, pero no se lo dijo y asintió. Escuchó la puerta cerrarse tras él y se volvió para analizar rápidamente aquel pequeño cuarto. Había una cama, un escritorio y una ventana que por lo menos dejaba ver algo del verde del jardín. Estaba todo immaculado. Sentado en la cama se encontraba un hombre de unos cuarenta años, delgado y más bien pequeño. A Enzo le pareció que su rostro tenía un aire infantil, como si nunca hubiera dejado de ser aquel niño que había encontrado el peor de sus terrores en el bosque. Como si hasta aquel momento no hubiera detectado su presencia, Daniel volvió una mirada opaca y vacía hacia él. Enzo dudó unos segundos sobre cómo dirigirse a él.

—Buenos días, Daniel —dijo con una voz mucho más suave de la que empleaba habitualmente. El hombre ladeó la cabeza, como si le estuviera analizando, pero no contestó—. Me gustaría hablar contigo. ¿Te importa que me sienta? —preguntó, cogiendo la silla del escritorio con movimientos lentos. No quería asustarlo. Daniel continuó mirándolo sin abrir la boca—. Me llamo Enzo y soy de la policía.

Como si hubiera pronunciado una palabra maldita, el hombre se encogió en la cama y se cubrió las rodillas con los brazos, temblando de miedo.

—No voy a hacerte daño —se apresuró en contestar Enzo al observar aquella reacción—. Estoy aquí para atrapar al asesino. ¿Sabes de qué te estoy

hablando?

Daniel lo miró con los ojos muy abiertos y después los entrecerró con desconfianza, como si no terminara de creerse lo que estaba escuchando.

—Él no quiere... no quiere que te lo cuente —murmuró con una voz que le pareció demasiado aguda para pertenecer a un hombre. Enzo sintió un escalofrío recorriéndole la espalda.

—¿Él? ¿Quién es él?

—El demonio gordo y malvado.

—¿De qué demonio hablas, Daniel? —preguntó, convenciéndose cada vez más de que aquel pobre hombre no estaba en sus cabales.

—El otro.

—Perdona, no te estoy entendiendo.

—El que es como usted...

—¿Cómo yo? ¿Te refieres a otro policía?

Daniel asintió rápida y repetidamente, como si Enzo hubiera acertado una adivinanza.

—¿Hay otro policía que no quiere que hables conmigo? —El hombre asintió de nuevo, esta vez mucho más lento y dudoso—. ¿Cómo se llama ese demonio, Daniel? —preguntó, entrando en su mundo.

—No puedo decírtelo. Si lo hago... me hará daño.

—Te prometo que si me dices quién es no dejaré que vuelva a acercarse a ti.

Daniel lo miró otra vez y empezó a balancearse adelante y atrás, negando con la cabeza.

—Las flores... están por todas partes.

—¿Flores? —El inspector repitió sus palabras, desconcertado ante el súbito cambio de tema.

—Las flores de almendro... Ella era tan guapa, tan guapa...

Enzo contuvo la respiración, sabiendo que se refería al cuerpo de Julieta y a su rostro angelical.

—¿Dónde viste todas esas flores?

—En el bosque. Estaban en los árboles y en el suelo y sobre ella. En todas partes —murmuró con una cantinela.

Enzo abrió la boca, comprendiendo que aquel pobre demente le estaba dando una pista. Las flores de almendro no estaban solo en los tres lugares que Mateo había encontrado, sino también en el la zona del bosque, cerca de

donde habían encontrado el cuerpo de Julieta. Era más que probable que el asesino las hubiera recogido allí en vez de en los lugares públicos que Mateo le había comentado.

—¿Recuerdas algo más de aquel día?

—Ella... ella me miraba. Tenía los ojos abiertos, pero la princesa no veía... no veía nada.

Enzo contuvo la respiración. Le costaba escuchar cómo habían encontrado a Julieta y comprobó sorprendido que le dolía el pecho al imaginarla así. Tan desamparada, tan sola, tan muerta.

—¿Y el demonio te dijo que no contaras nada? —insistió, tratando de averiguar quién estaba coaccionando a Daniel. El pobre hombre asintió de nuevo con la cabeza y empezó a gimotear. Enzo se levantó para acercarse y tratar de consolarlo, pero al verlo, Daniel empezó a gritar como un histérico. Eran gritos de puro terror.

—¡No! ¡No me pegues! ¡No he dicho nada! —gritó a pleno pulmón. Enzo retrocedió varios pasos, hasta quedar casi arrinconado en la otra punta de la habitación. La puerta se abrió de repente y la enfermera apareció rápidamente a su lado.

—¡El demonio! ¡El demonio! —repitió nervioso.

—Shhh, ya está, pequeño —dijo la enfermera, acercándose al hombre con cuidado y acunándolo como si fuera realmente un niño. Él pareció calmarse y la mujer le dirigió una fugaz mirada a Enzo, dándole a entender que debía abandonar la estancia. El inspector salió al pasillo atropelladamente y soltó el aire que había estado conteniendo. Al cabo de unos minutos, la enfermera salió del cuarto.

—Lo siento —se disculpó Enzo—. No le he hecho nada —se apresuró en decir en su defensa.

—Ya lo sé. Seguramente se ha acercado a él demasiado bruscamente. Siempre reacciona así.

—¿Por qué?

—Por si no se ha dado cuenta, inspector, esto es un psiquiátrico. Aquí no hay motivos, simplemente, viven en mundos distintos, en otras realidades que pueden ser mucho más aterradoras que las nuestras.

—Me gustaría que me hablara sobre el expediente de Daniel.

—Eso es confidencial.

—Puedo pedírselo al juez, si lo prefiere. El proceso será lento y quizá el

asesino que anda suelto vuelva a actuar. ¿Realmente es eso lo que quiere? — respondió con sequedad. La mujer bajó la mirada y decidió que no quería cargar con esa responsabilidad.

—Daniel entró aquí siendo tan solo un niño. Tenía nueve años.

—¿Qué le pasó?

—Supongo que ya lo sabe, pero él fue quien encontró a la primera de las víctimas. Nunca se repuso de aquello. Hablaba de ella como si se tratara de una princesa, de su Blancanieves. Decía que la veía por las noches junto a su cama, pidiéndole ayuda. Los médicos le diagnosticaron esquizofrenia temprana, disparada debido a un shock postraumático del que jamás logró salir del todo.

—¿Y el demonio? Ha mencionado uno.

—Oh, sí. A parte de la princesa siempre habla de un demonio.

—¿Cree que se refiere al asesino?

—No lo sé. Es difícil comprender qué es lo que está pasando por su mente. Al otro policía también lo acusaba de ser un demonio.

—¿Otro policía?

—Sí, aquel regordete. El que llevó el caso en el 88. Me parece que se llamaba Cortés o algo así.

—Castro —corrigió Enzo.

—Eso.

Enzo asintió lentamente. <<Un demonio gordo y malvado, el que es como usted>>, había dicho Daniel. Entonces lo vio claro. Se estaba refiriendo a Castro. Quizá fueran tan solo los desvaríos de un loco, pero el inspector sintió que aquel miedo tenía algo de real. Daniel no se había inventado nada. Probablemente aquel policía corrupto que había elaborado unos informes vagos e imprecisos en el 88 había amenazado a aquel pobre niño indefenso y con problemas psiquiátricos para que no contara nada. Enzo lamentó que Castro ya estuviera muerto. Si no hubiera sido por eso, se habría asegurado de ir a buscarle y pedirle unas cuantas explicaciones.

* * *

Julieta se escondió tras el muro de la calle y entornó los ojos para observar mejor a través de las cristaleras. La redacción de aquel pequeño periódico estaba prácticamente vacía. Tan solo se encontraban cuatro personas trabajando en él. Dos mujeres y dos hombres. Por lo que Enzo le había dicho, su hija era una periodista local, así que estaba segura de que tenía que ser una

de ellas. Se fijó en la mujer que estaba más cerca del ventanal. Debía de rondar los sesenta años, así que la descartó rápidamente. Su hija tenía treinta y un años. Desvió la vista hacia la otra mujer más joven que estaba concentrada en su pantalla, unos cuantos metros más allá. Tenía el cabello castaño recogido en una coleta tirante y unos grandes ojos de color avellana tras unas gafas de pasta. Julieta tragó saliva al reconocer su propia mirada en ella. Estaba segura. Aquella tenía que ser Raquel. Estuvo a punto de marcharse por donde había venido. Ya la había visto, había comprobado que estaba bien, que tenía un trabajo que parecía absorber toda su atención y que le gustaba. Sin embargo, cuando estaba dando media vuelta, la asaltó un terrible pensamiento. Annie Willson también era periodista. También había investigado al asesino de Blancanieves. Y también había terminado muerta en el bosque. Sintió que las piernas no la sostenían lo suficiente y tuvo que apoyarse en el muro. Respiró profundamente un par de veces, intentando calmarse. ¿Y si Raquel estaba en peligro? Volvió a mirar hacia la redacción y, como si su hija se hubiera sentido observada, levantó la vista del ordenador y miró hacia la calle. Julieta se escondió de nuevo tras la pared. Tenía que advertirla del peligro que corría. ¿Pero cómo hacerlo sin revelar la verdad? Después de unos cuantos minutos de debate interno, decidió salir de su escondite. Caminó decidida hasta la puerta de cristal y los cuatro trabajadores la miraron incluso antes de que apretara al timbre. Esbozó una sonrisa tensa y esperó a que la mujer mayor le abriera la puerta. Hacía demasiada calor dentro de aquel pequeño despacho y tuvo que quitarse la chaqueta para no empezar a sudar. Quizá fueran los nervios.

—¿Qué deseas? —preguntó la mujer. Julieta no pudo evitar dirigir una mirada hacia su hija, que había vuelto a concentrarse en su trabajo.

—Venía a hablar con Raquel. —Entonces, la aludida levantó la cabeza y la miró con una mezcla de curiosidad y sorpresa.

—¿Conmigo?

—Sí.

La mujer volvió a su puesto de trabajo y fue Raquel quien ahora se levantó de su asiento para acercarse a Julieta. La joven sintió que le sudaban las palmas de las manos y, cuando Raquel le tendió la mano a modo de saludo, tuvo que secárselas disimuladamente en la chaqueta antes de darle un apretón.

—Soy Elena Guzmán. —Deseó presentarse con su auténtico nombre y contarle que era su madre, pero sabía que jamás podría contarle la verdad. No

sin que la encerraran en un manicomio.

—Encantada. Mi nombre es Raquel Montes —Su mano era cálida y segura—. ¿Qué necesitas de mí?

—Eh... —Julieta dudó unos instantes. ¿Estaba preparada realmente para llevar a cabo el plan que había ideado durante aquellos días? Mentirle ahora le parecía más complicado de lo que había creído—. Quería hablar sobre el asesino de Blancanieves. —Decidió que decir parte de la verdad no le haría daño a nadie y serviría para despertar el interés de Raquel y pasar unos minutos más con ella. Los ojos de Raquel se abrieron aún más y asintió con seriedad.

—Mejor vayamos a un despacho, estaremos más tranquilas —concluyó, como si ni siquiera se fiara de sus propios compañeros. Las dos entraron en una salita con una mesa y un par de sillas. No había nada más, ni siquiera un archivador o un armario. A Julieta le pareció más una sala de interrogatorios como las que debía haber en la comisaría de Enzo que una estancia de una redacción periodística. Se sentó frente a su hija y unió las manos en su falda nerviosamente.

—Me resultas familiar. ¿Nos hemos visto antes? —preguntó Raquel, arrugando los ojos.

—No creo —se apresuró en contestar Julieta—. Soy nueva en el pueblo.

—Claro —contestó Raquel, desestimando aquel pensamiento—. ¿Y qué te trae hasta aquí?

—Soy la hija de Julieta Abellán —mintió con todo el aplomo del que fue capaz. Había dado con aquella idea la noche anterior, mientras su mente bullía en busca de un modo de acercarse a Raquel. Aquella noticia tuvo el efecto esperado y la periodista abrió la boca sorprendida.

—He estudiado a todas las víctimas del caso. No sabía que Julieta tuviera una hija.

—Nunca se publicó en ningún sitio, supongo que fue el modo de protegerme.

—Pero te hubiera visto por el pueblo —murmuró, desconfiada. Aunque aquella chica le parecía algo más joven que ella, si era la hija de Julieta, debía de tener su misma edad. Tendrían que haber coincidido en el colegio y estaba segura de que no había sido así—. Que yo recuerde, César siempre estuvo solo —añadió—. No tenía hijos. ¿Por qué no te apellidas como él? —Las preguntas se agolpaban en su boca, sin que Julieta tuviera tiempo de

responderlas.

—Mi padre me dio en adopción —soltó, acercándose más a la verdad de lo que le hubiera gustado. Raquel encontró en aquella confesión todas las respuestas. Por eso aquella chica no había crecido en el pueblo, por eso no la conocía y por eso jamás la había visto junto al enterrador.

—¿Cómo pudo hacer eso? —exclamó Raquel, indignada—. Disculpa —se apresuró en contestar, viendo que se había precipitado juzgando a César y quizá hiriendo a aquella joven que había venido a verla.

—Yo tampoco lo comprendo —contestó Julieta dedicándole una sonrisa triste.

—Quizá por eso me resultes familiar. Te pareces mucho a ella, a Julieta. La he visto en fotos.

—Mis padres me contaron la verdad sobre mis orígenes hace apenas unas semanas. Estoy aquí porque quiero saber más sobre ella.

—Supongo que sabes lo que le pasó.

—Sí. Lo leí en unos periódicos viejos. Ví que el artículo lo escribió una tal Annie Willson. Cuando indagué un poco más, resultó ser la segunda víctima. Era periodista, como tú. —Una sombra de miedo cruzó por el rostro de Raquel y la mujer se limitó a asentir—. ¿No tienes miedo? —preguntó Julieta. Su intención era asustar a Raquel, alejarla de aquel caso para que no llamara la atención del asesino.

—No —dijo, con la voz demasiado temblorosa para estar diciendo la verdad.

—Deberías ir con cuidado —repuso con preocupación—. Ese asesino es peligroso.

—Ningún criminal va a impedir que cuente la verdad —soltó con convicción.

—Tan solo te pido que tengas cuidado...

—Eso es asunto mío —espetó, tensa.

—Perdona —se apresuró en disculparse al darse cuenta de que se había propasado. Ella sabía que Raquel era su hija, pero la periodista tan solo la veía como a una desconocida. No tenía sentido una actitud tan protectora—, es solo que yo sí que tengo miedo.

—¿Sabe la policía que estás en el pueblo? Quizá deberían ponerte algún tipo de protección —sugirió Raquel.

—Sí, lo saben.

—¿Entonces sueles hablar con el inspector que lleva el caso? —inquirió Raquel, viendo aquello como una oportunidad de obtener información exclusiva. Julieta se percató enseguida del brillo centelleante en sus ojos y sonrió. Realmente su hija sentía pasión por su trabajo.

—Sí, pero no me cuenta nada sobre los asesinatos —contestó esquivando el tema para proteger a Enzo.

—Ya, ese inspector estirado no suelta prenda —comentó, recordando la tensa conversación en el cementerio—, pero quizá desde dentro puedas ayudarme a conseguir más información. Puede que entre las dos logremos averiguar quién las mató.

Julieta no quería por nada del mundo entorpecer el caso de Enzo ni poner en peligro la investigación, pero vio aquello como una buena ocasión para estar cerca de su hija, así que asintió lentamente. Se juró a sí misma no darle información importante, tan solo pequeños detalles que no la llevaran a ningún sitio pero que le permitieran tenerla cerca. Si sabía en qué andaba metida Raquel, además, podría protegerla del asesino.

* * *

Enzo estaba inquieto. No había vuelto a ver a Julieta desde su extraña cita del sábado y no sabía cómo debía comportarse con ella. La había besado sin pensar, dejándose llevar como si todavía fuera un adolescente descerebrado. Se sentía avergonzado por no haberse controlado. Era muy poco profesional por su parte. Su única intención había sido pasar el día con ella para mostrarle el mundo que la rodeaba y que parecía desconocer por completo. Sin embargo, no había podido evitar sentirse atraído por ella de un modo que no era capaz de explicar.

Miró su lujoso reloj de pulsera y comprobó que tan solo eran las ocho. Todavía quedaba una hora para que Julieta terminara su jornada laboral. Bajó del coche y decidió esperarla dando un paseo a pesar del frío. Caminar le ayudaba a aclarar sus ideas y tenía mucho en lo que pensar. Lo que Daniel le había dicho aquella mañana no paraba de darle vueltas en la cabeza. En el bosque había flores de almendro. Pero, ¿dónde? Avanzó por el sendero que lo alejaba del balneario y lo acercaba hasta la zona del cementerio. Había algo en aquel lugar que lo inquietaba, como si ocultara secretos bajo aquella tierra podrida. Cruzó la verja a pesar de que César estaba a punto de cerrar. No le importó que el marido de Julieta pudiera verle. De hecho, casi deseaba encontrarse con él, con ese cobarde que la había olvidado para poco después

abandonar a su hija. A medida que pasaban los minutos, las horas y los días la aversión que sentía por aquel hombre crecía de manera casi proporcional a la que lo hacían sus sentimientos por Julieta, los cuales se esforzaba en negarse a sí mismo constantemente. Paseó entre las tumbas y empezó a leer los nombres, pero no con la curiosidad morbosa de descubrir quién descansaba allí, sino buscando a alguien. Por fin, la encontró. Contuvo la respiración y se acercó lentamente. Allí estaba. La tumba de Julieta. Se arrodilló frente a ella y no pudo evitar acariciar la piedra. Aquel había sido su lugar de descanso durante treinta años. Frunció el ceño al comprobar que la tierra estaba algo revuelta, parecía que la hubieran quitado y vuelto a poner recientemente. Se agachó y la tocó. Estaba húmeda, como si alguna filtración subterránea estuviera mojándola más abajo. Volvió a ponerse en pie, pensativo. Aquella tierra no debía estar tan fresca. Algo no cuadraba. Por primera vez, se preguntó cómo habría terminado Julieta enterrada en el bosque. Si aquella había sido su tumba durante tanto tiempo, ¿quién se había molestado en desenterrarla de su legítimo lugar para esconder su cuerpo en el bosque? ¿Habría sido el asesino? ¿Por qué? No entendía qué sentido tenía aquel traslado. Resopló y supo que algo importante se le estaba escapando. Miró a ambos lados y comprobó que estaba completamente solo. Entonces, sus piernas se movieron casi automáticamente, como si supieran adónde iban antes que él y se dirigió hacia la parte vieja del cementerio, que nadie visitaba ya. Se encontró frente a otra tumba, pero a diferencia de la de Julieta, esta era muy antigua. Mucho más. Enzo llevaba años sin visitarla, sabiendo que volver a aquel lugar le hacía revivir sus propios orígenes, algo que no le gustaba en absoluto. Resopló, tratando de calmarse y volvió a mirar la tumba. Pudo distinguir con algo de dificultad el año 1787 grabado en la lápida. Se trataba de una piedra triste y gris, con algunos restos de líquenes que quizá alguien había tratado de retirar algunos siglos atrás para cubrirla con flores, ahora convertidas en polvo. Se arrodilló y comprobó que el nombre se había desdibujado completamente debido a la erosión del viento y la mala calidad del grabado. Sonrió con tristeza. Oficialmente, el mundo le había olvidado. Nadie podía recordarle después de tanto tiempo. Todos los que algún día lo conocieron habían muerto siglos atrás y ahora ya ni siquiera quedaban restos de su verdadero nombre, del nombre con el que había nacido hacía más de doscientos cincuenta años y que ahora tan solo él conocía. Enzo Pedemonte.

SEGUNDA PARTE

Los resucitados

CAPÍTULO 15

18 de febrero de 2019

Enzo entró en su ático conteniendo la respiración. Le había pedido a Claudia que ya no estuviera allí cuando él regresara a casa, pero temía que no le hubiera hecho caso. Sin embargo, cuando accedió a su hogar después de un mes de ausencia, comprobó que estaba completamente vacío. Suspiró relajado. Cuanto más lejos estuviera de ella, mejor. No podía soportar su presencia. No desde aquel día. No desde aquella mirada llena de repulsión que no olvidaría jamás.

Avanzó por el apartamento, comprobando con alivio que todo estaba en su sitio, tal y como lo había dejado. Cruzó el pasillo con paso decidido hasta que llegó hasta una puerta metálica más pequeña que las demás, pero de aspecto firme e inquebrantable. Sacó un colgante con una llave que había llevado oculta bajo su camisa y abrió la puerta. El aire frío de aquel lugar le acarició la piel. Allí no había calefacción. De hecho, la luz eléctrica de las bombillas colgadas del techo era tenue y escurridiza, sumiendo aquella extraña habitación en una media penumbra. Se movió con lentitud, revisando especialmente un corcho con retratos antiguos, recortes y páginas de enciclopedias. Sacó una foto de Julieta de su bolsillo y la pinchó con una chincheta sobre aquellos documentos.

Dio por concluida su ronda y salió de la estancia, asegurándose de cerrar la puerta de aquel lugar secreto al que tan solo él tenía acceso. Se colgó la llave al cuello y la ocultó de nuevo bajo su ropa. Cruzó el salón de su ático dispuesto a prepararse algo para comer, pero el tono de un mensaje en su teléfono móvil hizo que detuviera sus pasos para comprobar el aparato. Era un mensaje de Julieta, que había avanzado bastante en el uso del móvil durante aquellas últimas semanas. Se quedó unos instantes pensativo, preguntándose si estaría haciendo lo correcto. ¿Hacía bien en ocultarle la verdad sobre quién era él en realidad? Sí. Estaba haciendo lo correcto, se repitió. Tenía sus motivos.

<<Hoy tengo turno de tarde>>, leyó el mensaje de Julieta con desánimo.

Sus textos eran cada vez más escuetos y su actitud se volvía más distante a cada día que pasaba. Cuando terminaba su jornada laboral, Julieta se limitaba a subirse a su coche como si ir con él se tratara de un mal necesario para velar por su propia seguridad. No hablaban en todo el trayecto y la joven esquivaba sus miradas. ¿Qué esperaba? Primero la había besado y después se había apartado de ella sin darle ninguna explicación. Quién sabe lo que habría pensado de él. Quizá incluso le tuviera miedo o pensara que era un desequilibrado. Enzo no tenía ni idea de cómo reconducir la situación. Nunca había sido bueno con esas cosas. A pesar de todo el tiempo que llevaba en este mundo, seguía siendo incapaz de relacionarse con normalidad con el resto de personas y, por qué no admitirlo, se le daba aún peor cuando se trataba de la mujer por la que se sentía atraído.

Preparó un poco de carne a la plancha y se apresuró en ir a la comisaría. Tenía el tiempo justo para revisar unos cuantos archivos antes de ir a buscar a Julieta a la salida del balneario.

Cuando llegó a la oficina, saludó a Mateo con un suave gesto de cabeza y enseguida se encerró en su despacho. No quería relacionarse con nadie ni enfrentarse a las miradas acusadoras de los demás inspectores que lo miraban por encima del hombro. Se sentía frustrado. Había pasado un mes entero sin ninguna novedad, no tenía ni una miserable pista que le acercara al asesino.

La puerta de su despacho se abrió de repente y Enzo levantó la vista molesto, dispuesto a soltarle algún impropio a Mateo por abrir sin su permiso. Sin embargo, las palabras se congelaron en su garganta cuando vio a una mujer de unos cincuenta años con el cabello corto plantada en el umbral.

—Eh... Buenas tardes, directora —dijo con todo el aplomo que pudo. No es que temiera a aquella mujer, pero sabía que le debía mucho. Era ella quien le había dado la oportunidad de estar en su posición y sabía que podía quitársela tan fácilmente como se la había brindado. No podía permitirse que le quitaran el caso. No ahora que había encontrado a Julieta. No cuando debía protegerla costara lo que costara. No justo cuando por fin alguien compartía su secreto.

—Me he visto obligada a hacerte una visita, Barese —dijo la mujer, sentándose en la silla frente a él. Enzo tragó saliva, sabiendo que lo que le diría después no serían buenas noticias—. No tenemos más tiempo. Por suerte el asesino no ha vuelto a actuar, pero me están presionando desde arriba. La prensa no para de hablar sobre el caso y tenemos que dar algunas respuestas.

Lo que sea, pero debemos mostrarle al mundo que estamos trabajando día y noche para atrapar a ese asesino —explicó—. Porque es eso lo que estamos haciendo, ¿verdad? —añadió interrogativamente.

—Por supuesto, señora —se apresuró en contestar. Y no mentía. Pasaba gran parte de las noches repasando todas las pistas repetidamente. Tanto, que se sabía de memoria todos y cada uno de los datos que se recopilaban en los informes.

—En tal caso, mañana por la tarde darás una rueda de prensa en el auditorio de la comisaría. Ya he enviado el aviso a todos los periódicos.

—¿Qué? ¿Mañana por la tarde? —preguntó intentando controlar su voz intranquila. No tendría ni siquiera veinticuatro horas para prepararse la información que iba a dar al respecto. Además, por la tarde debía ir a recoger a Julieta.

—Sí. Tendrá lugar a las siete. —Enzo se limitó a asentir y la directora se puso en pie—. Nos jugamos mucho en esto, Barese. Espero que no me decepciones.

El hombre asintió de nuevo y vio cómo la mujer se marchaba con paso elegante, cerrando la puerta con un golpe seco. Enzo se cubrió la cara con las manos, agobiado. Se preparó un café para despejarse y repasó por enésima vez las pruebas que tenía, para estructurar del mejor modo posible el discurso que daría a la prensa al día siguiente.

El tiempo pasó deprisa y antes de que pudiera darse cuenta tuvo que marcharse a buscar a Julieta. Llegaba tarde. Se dirigió a la entrada de comisaría y se encontró con Mateo, que seguía enfrascado en unos informes.

—¿Trabajando hasta tarde? —preguntó Enzo, intentando ser agradable. El pobre chico siempre estaba haciendo horas extra mientras sus compañeros se marchaban a casa mucho antes.

—Eso parece —contestó con una sonrisa resignada.

—Quería pedirte un favor, Mateo.

—Claro, lo que sea, inspector —contestó con pasión, contento de poder colaborar.

—Elena Guzmán me está ayudando a investigar desde dentro del balneario. Por eso, debemos protegerla como informante. La he estado yendo a recoger cada día para evitar que el asesino se acerque a ella, pero mañana no podré escoltarla hasta la posada. Tengo que hacer una rueda de prensa sobre el caso justo a esa hora. ¿Podrías recogerla tú?

—Por supuesto. No hay problema. La llevaré a la posada sana y salva — prometió con una sonrisa de oreja a oreja. Por lo menos, podría salir un rato de la oficina y hacer un poco de trabajo de campo, aunque fuera una simple escolta, pensó Mateo ilusionado.

* * *

Julieta se balanceaba de una pierna a otra tratando de sacudirse el frío que se colaba por su ropa. Enzo no solía retrasarse y normalmente la esperaba a la salida del balneario. ¿Dónde demonios estaba? Llevaba más de un cuarto de hora en la calle sin ver rastro del inspector. Como si lo hubiera invocado, el coche oscuro de Enzo apareció por la carretera a una velocidad completamente ilegal. Se detuvo a su lado con un frenazo brusco y Julieta entró en el vehículo enfurruñada. Estaba congelada.

—Llevo un buen rato esperando —dijo molesta.

—Lo siento, me ha surgido un imprevisto en la comisaría. —dijo Enzo, sin revelar nada sobre la rueda de prensa. No quería preocuparla más aún. La chica le dedicó una mueca, pero no dijo nada más—. Mañana no podré venir, en mi lugar te recogerá Mateo.

Julieta lo miró arqueando las cejas, sin comprender.

—¿Y quién es Mateo?

—Es el oficial que me está ayudando con el caso. Estarás en buenas manos.

Seguro que mejor que en las tuyas, gruñó Julieta para sus adentros. No podía evitarlo. Estaba enfadada con él. Por haberla rechazado, por hacerla sentir como si fuera una apestada. ¿Por qué no le había dado ninguna explicación? Enzo se había limitado a actuar como si nunca hubiera existido aquel beso que ella, en cambio, no podía sacarse de la cabeza. Había sido como estar en las nubes y, de repente, cuando sus labios se separaron, se sintió descender hasta las puertas del infierno. Para él no había supuesto nada. Ningún comentario, ninguna disculpa. Justo como si lo hubiera olvidado. Lo peor de todo era que lo tenía más cerca que nunca. Hacía más de un mes que Enzo no dormía en su ático, sino que pasaba todas las noches en la posada, como si se hubiera instalado ahí definitivamente. Escuchar sus pasos en la habitación de al lado y verlo cada mañana durante el desayuno era prácticamente una tortura para su corazón dolido. Trataba de esquivarle todo lo que podía y hablaba con él tan solo cuando era justo y necesario.

Pronto llegaron a la posada y Julieta bajó del coche para dirigirse a su

habitación, pero al ver que Enzo se quedaba en el vehículo, se detuvo.

—¿No vas a bajar? —preguntó extrañada.

—Esta noche dormiré en casa.

—Pensé que te habías instalado en la posada —comentó ella, intentando que su voz no reflejara ninguna emoción—. Como últimamente estabas siempre aquí...

—Estuve haciendo reformas, pero ya he terminado —mintió, sin saber muy bien por qué no quería decirle la verdad. No le apetecía en absoluto explicarle que una mujer de su pasado había aparecido de nuevo en su vida pidiéndole alojamiento y que él se lo había dado todo sin apenas preguntar. No quería por nada del mundo que Julieta pensara que Claudia todavía significaba algo para él. Temía que aquella historia la alejara aún más.

—Muy bien. Pues ya nos veremos, supongo —contestó la joven. Enzo la miró fijamente, pero su rostro era inescrutable. Era incapaz de saber lo que estaba pasando por su mente.

CAPÍTULO 16

19 de febrero de 2019

Julieta esperaba algo nerviosa, dándole demasiadas vueltas a su café. Estaba sentada en una pequeña mesa con sillones acolchados en un rincón de la única cafetería del pueblo. Aunque ya se habían visto algunas veces más, quedar con su hija siempre le provocaba un nudo en el estómago. Temía meter la pata y descubrirse. Raquel no debía enterarse jamás de su verdadera identidad. Si lo hacía, estaba segura de que la joven sentiría repulsión, del mismo modo en que lo había hecho Enzo. Y no quería que Raquel terminaría por alejarse de ella también.

Escuchó la puerta abrirse y levantó la mirada para encontrarse con unos ojos de color avellana muy parecidos a los suyos, que le sonreían desde la entrada. La chica se acercó con paso decidido y se sentó frente a ella.

—Disculpa el retraso —dijo acalorada, quitándose la chaqueta—. No tenía pensado ir a la redacción esta mañana, pero me ha llegado una noticia importante y he tenido que pasar por allí.

—¿Una noticia importante?

—Sí. Resulta que el inspector Barese va a hacer una rueda de prensa esta tarde. Responderá a todas nuestras preguntas sobre el caso —explicó entusiasmada.

Julieta recibió aquella noticia como una bofetada. Así que aquel era el motivo por el que no podía ir a buscarla aquella tarde. Enzo no le había dicho nada sobre una rueda de prensa, tan solo había hablado de un imprevisto. ¿Por qué no le había contado la verdad? ¿Acaso ya no confiaba en ella? ¿Pensaba que era tan estúpida que no iba a enterarse? ¿Quizá creía que no era lo suficientemente fuerte para oír hablar del asesino?

—¿Estás bien? —preguntó Raquel preocupada, al ver el cambio en su rostro.

—Sí. Tan solo estoy cansada esta mañana, no he dormido muy bien. Será mejor que me tome este café —dijo, dando un sorbo para disimular.

—¿Crees que revelará algo nuevo sobre el caso?

—No —contestó con amargura.

—¿Por qué estás tan segura?

—Porque no tiene nada —escupió—. Bueno, o al menos no me lo ha contado —añadió, ya no tan convencida de que no hubiera secretos entre ellos.

—Ya, yo tampoco creo que vaya a ser una gran rueda de prensa —se lamentó Raquel—. Estoy convencida que es una artimaña para mantenernos callados por un tiempo. Ese inspector cree que todos los periodistas somos unos metomentodo. Quizá tenga razón —añadió riendo para quitarle hierro al asunto.

—Debes tener cuidado —le dijo a su hija. Sabía que ahora que se habían visto varias veces, Raquel no se tomaría sus palabras a la defensiva—. Temo que el asesino actúe contra ti, como lo hizo con Annie.

—No creas que no lo he pensado alguna vez —confesó Raquel con una mueca—. Aunque creo que si hubiera querido hacerme daño, ya lo habría hecho...

—¿Por qué dices eso?

—Ha tenido demasiadas oportunidades. Vivo sola y vuelvo a casa de noche. A pesar de eso, nunca se me ha acercado nadie extraño ni he visto cosas raras.

—Supongo que Annie tampoco lo vio venir...

—Quizá sí. He hablado con mi compañera Cecilia.

—¿La otra mujer que trabaja en la redacción?

—Sí. Ella conoció a Annie. La chica vino a hacer un intercambio aquel verano. Tan solo iba a quedarse por unos meses.

—Pobrecilla...

—Cecilia me ha contado que Annie tenía miedo. Se sentía vigilada, aunque nunca pudo ver quién la espiaba. —Julieta se tapó la boca con las manos—. Pocos días después de que se lo explicara a Cecilia, apareció muerta en el bosque.

—Entonces sí que sospechaba algo...

—Sí, aunque me temo que no fue suficiente. No creas que no se me ha pasado por la cabeza un millón de veces que yo pueda correr la misma suerte, no voy a engañarte. Aun así, no puedo dejar mi trabajo. Es mi vida y prometí publicar siempre la verdad, costara lo que costara.

Julieta contuvo la respiración y la miró preocupada. Sabía que nada de lo que dijese haría cambiar a Raquel de opinión. Aunque su hija no lo supiera, en

eso se parecía a ella. Cabezota y obstinada.

—Ya tienes mi número de teléfono. Si en algún momento te sientes insegura o ves algo extraño a tu alrededor, por favor, no dudes en llamarme — le dijo. Raquel le dedicó una sonrisa suave.

—Claro, gracias Elena.

* * *

Enzo se aflojó ligeramente el nudo de la corbata. Aquel traje que solía llevar con elegancia y que jamás parecía molestarle, se le antojaba ahora como una prisión que apenas lo dejaba respirar.

—Le saldrá bien, inspector —dijo Mateo, que estaba justo a su lado. Enzo lo miró sorprendido. El joven había sido bastante osado al insinuar que estaba nervioso, pero Enzo, en vez de irritarse como hubiera sido habitual, se sintió algo más calmado.

—Gracias, Mateo —contestó con una sonrisa poniendo una mano sobre el hombro del joven.

—Voy a recoger a Elena. Nos vemos mañana —repuso, dirigiéndose a la puerta. Enzo asintió casi imperceptiblemente y el joven oficial desapareció de la sala, dejándole completamente a solas con sus miedos. No estaba nervioso por salir a la palestra en unos minutos, sino más bien por lo que haría el asesino al verlo. Debía ir con mucho cuidado con lo que decía, no quería provocarle y que matara a otra joven por un descuido.

Tomó aire y abrió la cortina que lo llevaría hasta la mesa rectangular en la que tendría que estar sentado por lo menos durante la próxima hora. Un montón de flashes lo deslumbraron y fue incapaz de ver cuánta gente había en la sala. Cuando consiguió encontrar la silla entre las luces centelleantes que parpadeaban ante sus ojos, los fotógrafos se calmaron y logró vislumbrar el público. Debía de haber unas cien personas. Distinguió logos de emisoras locales, pero también de canales internacionales que habían ido hasta allí para cubrir las últimas noticias sobre aquel caso mediático.

—Buenas tardes —dijo Enzo, aclarándose la garganta—. Como ya sabrán, el cuerpo de policía está trabajando constantemente para encontrar pruebas sobre el culpable de los dos asesinatos ocurridos en Lagarza el pasado mes de enero, que podrían estar relacionados con dos crímenes sin resolver de 1988.

—¿Tienen algún sospechoso? —preguntó una voz demasiado aguda para su gusto.

—No puedo revelar esa información —dijo, cubriéndose las espaldas. En

realidad, no tenía ni un miserable nombre. Todos los sospechosos que podría haber encontrado resultaban tener coartada para el momento de los crímenes. Leticia, Lucas, incluso César.

—¿Cree que están cerca de atrapar al asesino? —preguntó ahora una voz de soprano que no supo ni de dónde venía.

—Cada día estamos un poco más cerca, por supuesto —contestó con aplomo fingido.

—¿Y si mientras tanto se produce otro asesinato, inspector? —cuestionó otra voz femenina. Enzo miró horrorizado hacia su dueña, una mujer de ojos color avellana que llevaba el cabello recogido en una coleta alta. Raquel Montes.

—Estamos tomando medidas para evitar que el asesino actúe de nuevo —repuso, fulminándola con la mirada. Por mucho que fuera la hija de Julieta, seguía molestándole que se inmiscuyera en el caso. Lo peor de todo, era que siempre tenía razón. Él también temía una nueva actuación del asesino y se levantaba cada día en mitad de la noche temiendo que su teléfono móvil sonara anunciándole que habían encontrado un nuevo cadáver en el bosque.

Las preguntas se sucedieron una detrás de otra, con similares respuestas evasivas por su parte. Quería calmar un poco a la prensa y a la opinión pública pero, por nada del mundo, quería darle ninguna pista al asesino.

El enorme reloj que coronaba la sala marcó las ocho y Enzo decidió que ya había colaborado suficiente con aquella causa. Se puso en pie e hizo un gesto con la cabeza.

—Esto es todo por hoy. Si surgen novedades, les mantendremos informados —mintió.

Salió de la sala dejando a algún que otro periodista con su pregunta sin formular, pero no le importó. Caminó hasta su coche y se sentó en el asiento del piloto. Se apoyó en el volante y entonces soltó un resoplido. No había sido fácil contener la impaciencia de los periodistas, pero lo había conseguido. Al menos, por el momento. Decidió que no quería volver a su ático vacío. Prefería conducir hasta la posada y encontrarse cerca de Julieta. Hablar sobre los asesinatos siempre le hacía recordar que ella estaba tan muerta y tan viva como él. Y con un escalofrío, no pudo evitar recordar aquella fotografía de su cadáver cubierto de flores en el bosque. Aquella noche quería tenerla cerca de él.

* * *

Julieta se secó el sudor de la frente y miró el reloj. Ya había terminado su jornada laboral hacía más de media hora, pero se había propuesto terminar todas sus tareas y apenas había tenido tiempo. La odiosa Magda había vuelto a hacer su aparición estelar en el balneario ya que Leticia había decidido tomarse el día libre. La noticia le había caído como un jarro de agua fría y, como había hecho todas las veces que había asumido las funciones de Leticia, la directora la había saturado de trabajo. Sus compañeras también habían salido un poco más tarde, pero a aquellas horas ya se habían marchado todas. Se dirigió a recepción para guardar la fregona en el cuarto de la limpieza, cuando se percató de que la puerta del despacho de la directora estaba abierta. Parecía que había olvidado cerrarla. Recordó aquella extraña conversación que había escuchado hacía ya casi un mes y decidió que debía avanzar un poco en su investigación. Desde aquel día no había visto nada sospechoso en el balneario y empezaba a pensar que aquellos asesinatos quizá se quedaran sin resolver. No podía permitirlo. No podía dejar que el asesino se saliera con la suya como había sucedido en el 88. Miró a ambos lados y se escabulló dentro del despacho de Magda. Estaba convencida de que, si estaban haciendo algo ilegal, allí podría encontrar algo de información. El escritorio de roble macizo que probablemente llevaba allí tanto tiempo como el balneario estaba repleto de papeles desordenados. Julieta los ojeó y concluyó que no había nada interesante. Pedidos, facturas, fichas de trabajo y algún currículum. Nada extraordinario. Abrió los cajones y se sorprendió al comprobar que no estaban cerrados con llave. Aquello le llevó a pensar que no había nada oculto allí y le bastaron unos pocos minutos para confirmarlo. No parecía haber nada fuera de lo normal en aquel lugar. Se volvió, dispuesta a marcharse por donde había venido, cuando el suelo bajo sus pies crujió con un sonido hueco. Frunció el ceño y se agachó para examinar la tabla. Vio que estaba algo desgastada por un lado y no parecía encajar bien con el resto de la madera. Hizo un poco de presión con las uñas y logró levantarla. Abrió la boca sorprendida al encontrarse con montones de cartas y algunos libros que parecían tener siglos. Fue a inspeccionarlos, pero escuchó unos tacones que se avecinaban. Frunció el ceño horrorizada y se apresuró en volver a colocar la tablilla en su lugar de origen. Después se puso en pie y sacó un trapo del bolsillo, intentando fingir que limpiaba.

—¿Qué haces aquí? —Escuchó la voz fría de Magda a sus espaldas y contuvo la respiración.

—Estaba quitando el polvo —mintió.

—No vuelvas a entrar aquí sin mi permiso —espetó. Los ojos de Magda la traicionaron y se dirigieron hasta el viejo tablón de madera. Fue entonces cuando Julieta estuvo segura de que allí escondía algún secreto. Un secreto que algo tenía que ver con aquella acalorada conversación telefónica.

—Lo siento —dijo Julieta, bajando la cabeza en un fingido gesto de sumisión justo antes de marcharse.

Julieta se refugió en el vestuario y se dio una ducha caliente, intentando limpiarse el sentimiento desagradable que le provocaba tratar con aquella mujer. Se secó el cabello rápidamente y se colocó un buen jersey. Justo cuando se puso el abrigo para salir por la puerta de servicio que comunicaba el vestuario con la salida, vio un termo con té caliente sobre una de las repisas. Sonrió. No le iría nada mal para terminar de entrar en calor y relajarse después de aquel día tan estresante. Tomó uno de los vasos de cartón de la mesilla y se sirvió una taza. Lo olisqueó con satisfacción y después se lo bebió de un trago, sintiendo el líquido caliente bajando por su garganta. No debía hacer esperar a Mateo, aquel oficial del que Enzo le había hablado estaría harto de esperarla.

* * *

Mateo miró el reloj en el salpicadero y resopló. Las nueve y media. Se suponía que aquella chica terminaba su jornada a las nueve. ¿Qué demonios estaba haciendo tanto tiempo? Empezaba a plantearse la posibilidad de entrar en el balneario a preguntar. Quizá le había pasado algo. Se le pusieron los pelos de punta tan solo de pensar que algo malo hubiera podido sucederle a la chica bajo su tutela. Enzo lo despediría o algo peor.

Escuchó unos pasos acercarse y suspiró aliviado al ver una silueta enfundada en un abrigo oscuro acercarse hacia él. Por fin. Quitó el seguro del coche y esperó pacientemente a que la chica llegara. Frunció el ceño al percatarse de que la silueta era demasiado ancha para ser la de una mujer. Era un hombre. El individuo abrió la puerta del copiloto bruscamente y Mateo se llevó la mano al arma reglamentaria, dispuesto a usarla si era necesario.

—¿Quién es us...? —las palabras se atragantaron en su garganta al sentir el filo cortante de un cuchillo clavándose en ella. Intentó gritar, pero tan solo asomó a sus labios un feo gorgoteo. Miró horrorizado a los ojos de su asesino y supo que aquello sería lo último que vería. Dedicó un último pensamiento a aquella pobre chica. Probablemente el asesino había ido hasta el balneario a

por Julieta. Y ahora que él no podía protegerla, la encontraría.

* * *

El frío seguía siendo cortante. Sin embargo, lo notó de un modo anormal, entre brumas. Se sentía ligeramente mareada y tuvo que detenerse a medio camino al ver que todo a su alrededor daba vueltas. ¿Qué le estaba pasando? Logró vislumbrar un coche de color verde oscuro a poca distancia de donde se encontraba. Aquel debía de ser el tal Mateo. Llegó a duras penas hasta el vehículo y se apoyó en la puerta. Movi6 la maneta para abrirla con dificultades y le dirigi6 una mirada al conductor, dispuesta a presentarse. Sin embargo, lo que vio la dej6 muda. Un joven que no deb6a alcanzar los veinticinco a6os descansaba inerte en el asiento del conductor, con la mirada vac6a y un abundante reguero de sangre que manaba de su cuello. Julieta se meti6 en el coche dispuesta a ayudarlo. Puso sus dedos sobre la mu6eca y comprob6 horrorizada que su coraz6n no lat6a. Estaba muerto. Sali6 de all6 r6pidamente. Busc6 su tel6fono m6vil en el bolso para llamar a Enzo y apenas logr6 apretar las teclas con las manos temblorosas. Escuch6 los tonos con impaciencia, hasta que escuch6 la voz segura del inspector al otro lado.

—¿Julieta? ¿Qu6 pasa? —pregunt6 extra6ado por la llamada—. Estoy llegando al pueblo.

—Él... —balbuce6 palabras pr6cticamente ininteligibles—. Est6 muerto.

—¿Muerto? —inquiri6 alarmado—. ¿Qui6n?

—Mateo.

Julieta no tuvo tiempo de escuchar la respuesta. Un crujido de ramas a sus espaldas la oblig6 a volverse. Vio la figura de un hombre enfundado en un abrigo oscuro al que no pudo verle el rostro. Vio un cuchillo manchado de sangre refulgir en su mano derecha y entonces supo que era 6l. El asesino la hab6a encontrado. No se qued6 quieta a esperar. Corri6 con todas sus fuerzas. Vio el bosque frente a ella y pens6 en enredarse entre los 6rboles para despistarle, pero concluy6 que no era una buena idea. Al fin y al cabo, eso era lo que todas hab6an hecho. Y todas hab6an terminado muertas. Ella incluida. As6 que decidi6 tomar una opci6n algo m6s arriesgada. Correr6a por la carretera, con la esperanza de encontrarse con alguien que la ayudara. Sent6a los pasos del hombre tras ella, corri6a algo m6s pesadamente de lo que esperaba, pero aun as6 iba recortando la distancia poco a poco. Julieta apenas lograba ver el camino asfaltado, segu6a mareada, como si de repente el sue6o se estuviera apoderando de ella. Los ojos le dol6an del fr6o cortante, de las

lágrimas contenidas, de miedo a no volver a ver nunca más a Enzo. ¿Por qué pensaba en él ahora que estaba a punto de morir de nuevo a manos del mismo asesino?

Perdió la cuenta del tiempo que pasó corriendo. Le pareció una vida entera. Aquella carretera se le antojaba infinita e iba perdiendo resuello. No podría mantener aquel ritmo durante mucho tiempo más.

—No corras, Elena. Es inevitable —lo oyó decir.

Aquellas palabras fueron como gasolina para sus pies y volvió a apretar el paso. La había llamado Elena, eso significaba que no la había reconocido. Eso, o que el asesino no era el mismo.

Vio las luces del pueblo en la lejanía y supo que tenía una oportunidad. Si lograba alcanzar las calles de Lagarza sana y salva, aquel hombre no podría hacerle daño. No en medio del pueblo y con tantos testigos. El asesino pareció llegar a la misma conclusión, porque corrió más deprisa tras ella.

—No lo lograrás —gruñó. Julieta sintió sus manos rozando su espalda y soltó un grito espantada. Justo en aquel momento, unas luces los deslumbraron y un coche apareció a toda velocidad desde el final de la carretera. Julieta ya no era capaz de ver más allá de la luz. Sintió que la carrocería rozaba sus piernas, deteniéndose justo a tiempo para no atropellarla. Escuchó la puerta del conductor y unos pasos acelerados corriendo hacia ella. Después, se sintió envuelta en unos brazos cálidos.

—Julieta. Menos mal que estás bien —reconoció la voz ronca de Enzo y se sintió a salvo. El teléfono móvil al que se había aferrado como si fuera su vida se escurrió entre sus dedos y por fin se rindió a aquel sueño contra el que llevaba luchando desde que había salido del trabajo, exhausta—. Mierda, ¡Julieta! —gritó el inspector, sosteniéndola por la cintura e intentando que la joven despertara con pequeños golpes en sus mejillas. Sin embargo, estaba completamente inconsciente. Enzo miró hacia los árboles, que se movieron con un rumor extraño. Había alguien ahí. Tenía que ser él. El asesino. Puso la mano sobre su arma, dispuesto a salir tras él y terminar de una vez por todas con aquel desgraciado, pero lo pensó mejor. No podía dejar sola a Julieta en aquel estado. Estaba claro que la habían drogado. Se mordió el labio y dirigió una última mirada de frustración hacia la espesura, sabiendo que el asesino había vuelto a escapar. Tumbó a Julieta en el asiento trasero de su coche y salió de allí a toda prisa. No sabía si el asesino iba armado y no podía arriesgarse a que volviera a por ella.

Mientras mantenía el acelerador pulsado, descolgó la radio policial e hizo una llamada.

—Aquí agente 911. Tenemos una emergencia en el *Balneario Fontaine*. Necesitamos refuerzos y dos ambulancias.

Enzo se concentró en la carretera, intentando respirar. ¿Lo había entendido bien? ¿Era cierto lo que Julieta le había dicho? ¿Mateo estaba muerto? No. No podía ser. Tenía que ser un malentendido. Cuando llegó al parking del balneario, reinaba un silencio sepulcral. Miró a Julieta, que descansaba en el asiento trasero y salió del coche. Lo cerró con llave, para asegurarse de que la chica estaba a salvo. Reconoció el coche verde del joven oficial a un par de metros y se acercó con paso pesado. Cuando llegó a su lado, vio el rostro juvenil de Mateo salpicado de sangre. Sus ojos alegres estaban opacos y no miraban a ninguna parte. Enzo cayó de rodillas, derrotado. Soltó un grito desgarrador y, por primera vez en mucho tiempo, sintió las lágrimas saladas mojando sus mejillas. Aquel pobre chico estaba muerto por su culpa. Era él quien debía ir a buscar a Julieta, era él quien debía estar muerto.

Se quedó allí durante horas, velando el cuerpo sin vida de su protegido, echándose en cara sus propias decisiones y preguntándose qué habría sucedido si no hubiera hecho aquella maldita rueda de prensa. No sentía el frío ni el viento. Tan solo un profundo vacío en su interior.

No supo cuanto tiempo había pasado cuando distinguió las luces azules y rojas de sus compañeros acercándose en la lejanía, seguidas por un par de ambulancias. Cuando llegaron hasta ellos, Enzo se sorprendió al reconocer a la directora de la comisaría. Su rostro estaba compungido y miró al inspector con cierto grado de piedad. Se acercó hasta él y lo ayudó a levantarse. Enzo había dejado de llorar hacía rato, pero sus ojos rojos lo delataban.

—Lo siento mucho, Barese —dijo, dando una rápida mirada hacia el interior del vehículo. Un par de médicos se acercaron hasta el cuerpo de Mateo, tan solo para poder certificar su muerte. No había nada que pudieran hacer por él, la herida había sido letal.

—Tendría que haber sido yo, no él —musitó.

—Si hubieras sido tú, probablemente el asesino no se hubiera acercado.

—Supongo que ya no lo sabremos.

—¿Y la chica? Estaba aquí para protegerla, ¿no? ¿El asesino ha...?—dejó la frase inacabada, sin saber muy bien si el inspector estaba en un estado lo suficientemente lúcido para hablar sobre ello.

—Elena está bien. Duerme en el asiento trasero de mi coche. Creo que la han drogado —explicó.

Los médicos asintieron y Enzo abrió el coche para que pudieran atenderla. Julieta no se percató de nada, seguía completamente inconsciente. La cubrieron con una manta para que no perdiera el calor y antes de que Enzo pudiera impedirlo, le sacaron una pequeña muestra de sangre. El inspector apretó los labios, sabiendo que tendría que lidiar con aquel problema más adelante, cuando le mostraran los resultados. Sabía que la analítica de Julieta no sería exactamente como la de una persona normal.

—¿Cuándo viene el forense? —logró preguntar Enzo, intentando sacar su lado analítico para olvidarse de toda aquella tragedia.

—No tienes que ocuparte de eso hoy. Vete a casa y llévate a la chica del pueblo. Hablaremos en un par de días. Tómatelo como un descanso.

CAPÍTULO 17

20 de febrero de 2019

La luz que se colaba tímidamente por la ventana se detuvo justamente en su rostro y Julieta notó la calidez molesta del sol sobre sus ojos. Se volvió ligeramente y los abrió, sintiendo los párpados pesados. Miró a su alrededor con una calma que tan solo le podían otorgar los restos de droga de la noche anterior que aún circulaban por su cuerpo. Se incorporó y sintió un ligero mareo, pero se levantó igualmente, sosteniéndose en la pared. No reconocía aquella habitación elegante. Sus paredes amplias y oscuras, los muebles de madera de roble exquisitamente seleccionados para crear un ambiente entre cálido y misterioso. Le llamó la atención la ausencia de cuadros, fotografías o cualquier objeto de decoración más allá de lo imprescindible. ¿Dónde estaba? ¿De quién era esa habitación? ¿La habría logrado secuestrar el asesino? Lo último que recordaba era estar huyendo de él por aquella eterna carretera, hasta que se había encontrado con Enzo. ¿Y si lo había matado a él también, como a aquel pobre chico, Mateo? Se le revolvió el estómago tan solo de pensarlo. No. Enzo la había salvado. Tenía que estar bien. Entonces, ¿por qué estaba sola? Miró hacia abajo y descubrió que alguien le había quitado el jersey manchado de sangre y lo había sustituido por una sudadera azul marino que le quedaba veinte tallas grande. Estaba claro que era de hombre. Se armó de valor y se acercó a la puerta. Movié el pomo con suavidad y asomé la cabeza para encontrarse con un largo pasillo completamente a oscuras, en el que tan solo se colaba ligeramente algo de luz al final. Decidió salir y avanzó sigilosamente, temerosa de lo que podría encontrarse. Sin embargo, al final del corredor no descubrió nada aterrador y por fin reconoció el lugar en el que se encontraba. El ático de Enzo. Recordaba aquel bonito salón del día que el inspector la había llevado con él a la ciudad. Enseguida vio al policía tumbado en el sofá. Parecía profundamente dormido. Julieta se acercó sin hacer ningún ruido y se detuvo frente a él. Se agachó para observarle más atentamente y sus rostros se quedaron tan cerca que pudo respirar sus suspiros. Tenía el ceño fruncido, como si una pesadilla lo estuviera atormentando.

Julieta miró sus labios entreabiertos y se preguntó qué pasaría si lo besaba. Nadie lo sabría jamás. Se avergonzó casi al instante ante aquella idea cobarde y se hizo atrás. El parquet bajo sus pies crujió suavemente y bastó para que Enzo abriera los ojos sobresaltado. Pasó todo muy deprisa. El hombre se abalanzó sobre ella y llevó su antebrazo hacia el cuello de la chica, acorralada contra el suelo. Julieta ni siquiera tuvo tiempo de gritar. Entonces Enzo la reconoció y la liberó inmediatamente.

—Lo siento —dijo, levantándose y tendiéndole la mano a la chica para ayudarla a incorporarse. Julieta la aceptó con cierta desconfianza—. Supongo que estoy un poco nervioso por lo de ayer —se disculpó. No había podido evitar sentirse atacado en medio de sus sueños y le había traicionado el subconsciente.

—Supongo que todos lo estamos —murmuró ella, desviando la mirada—. Siento lo de... lo de tu compañero —añadió.

—Y yo. No sabes cuánto —se lamentó, clavando la vista en el suelo y sintiendo el enorme peso de la culpabilidad sobre sus hombros.

—No es culpa tuya —dijo ella rápidamente, al reconocer aquel sentimiento en Enzo.

—Tendría que haberlo sabido.

—¿Cómo ibas a predecir algo así?

—Es injusto. Era yo quien tenía que estar en ese coche, no él.

Aunque Julieta se había prometido alejarse de él para proteger sus propios sentimientos, no pudo evitar alargar la mano hasta la de Enzo, que estaba completamente helada.

—Llegaste a tiempo para salvarme —musitó la chica, tratando de animarle.

—Si hubiera sido más rápido también podría haber salvado a Mateo...

—Deja de culpabilizarte. El asesino sabía lo que estaba haciendo. ¿Crees que te hubiera atacado a ti, que lo tenías todo mucho más por la mano? Solamente estaba aprovechando la ocasión, como hacen los criminales. Él es el único responsable.

—Gracias —repuso Enzo con una sonrisa triste, aunque sabía que ni todas las palabras ni gestos amables del mundo conseguirían borrar esa mancha oscura de su conciencia—. ¿Tú como estás? —preguntó entonces el inspector, sorprendiéndose a sí mismo ante aquella inusual muestra de empatía.

Julieta se dejó caer en el sofá en el que hacía apenas unos minutos había

estado tumbado Enzo. El hombre se sentó a su lado. Después de un largo silencio, la joven empezó a hablar.

—Pensé que me alcanzaba... Llegó a rozarme. Si no hubieras aparecido... —murmuró, mirándole con sus enormes ojos. Julieta se sorprendió cuando sintió los brazos de Enzo rodeándola con fuerza. El inspector acarició el cabello de su nuca con delicadeza y Julieta cerró los ojos, dejándose atrapar por el momento.

—No sé qué hubiera hecho si... —le susurró Enzo al oído con una voz ronca que la hizo estremecerse de pies a cabeza. Julieta decidió que debía apartarse, su corazón latía sin control. Enzo no retiró la mano de su nuca, sino que la deslizó hasta su rostro. Julieta reconoció en sus ojos verdes el mismo impulso que había visto un instante antes de que la besara aquel día. Sin embargo, esta vez, Enzo pareció controlarse y carraspeó, apartándose de ella.

—Será mejor que nos quedemos aquí un par de días. Necesitas descansar.

—Pero Leticia... Tengo que ir a trabajar.

—Hablaré con ella. No te preocupes por eso.

Julieta frunció los labios, no del todo conforme con aquella decisión, pero terminó asintiendo. Quería volver a su puesto de trabajo cuanto antes para descubrir qué escondía Magda bajo el tablón del suelo de su despacho, pero tampoco quería volver a enfrentarse a su asesino tan pronto y sabía que lejos del balneario estaba segura. Sin embargo, lo que más le aterró fue la idea de estar encerrada con Enzo durante cuarenta y ocho horas. ¿Cómo iba a poder controlar lo que sentía teniéndole tan cerca?

—¿Quieres desayunar algo? —la voz algo más calmada de Enzo la sacó de sus pensamientos.

—Sí, claro.

—¿Te apetecen unas crepes?

—¿Sabes hacerlas? —preguntó Julieta con genuina sorpresa. Enzo no parecía precisamente de los que se pasaban el día detrás de los fogones.

—Por supuesto. Estuve un tiempo viviendo en París y me enseñaron a hacerlas. Me quedan exquisitas —explicó.

—¿Así que París? Eres una caja de sorpresas.

Enzo le dedicó una sonrisa torcida y contestó con una evasiva.

—Entiendo que eso significa que sí que te apetecen.

—Por supuesto. No quisiera perderme las mejores crepes de París —replicó Julieta con sorna.

El inspector se colocó tras una vitrocerámica tan impoluta que costaba creer que alguien la hubiera estrenado alguna vez. La chica observó cómo Enzo se desenvolvía con soltura mientras preparaba la masa. No pudo evitar sonreír admirada cuando le dio la vuelta a la crepe con maestría justo antes de rellenarla de chocolate. Cuando terminó, la sirvió en un plato que colocó frente a Julieta.

—A ver qué me dices.

La chica degustó aquel manjar y cerró los ojos al sentir el chocolate y la masa fundiéndose en su paladar.

—Muy rico, inspector —contestó con una sonrisa.

—Lo sé. Con la cara lo has dicho todo.

—¿Sabes? La modestia no es tu punto fuerte.

—Nadie es perfecto —repuso.

Julieta le dedicó una fea mueca que se borró de su rostro en cuanto se llevó un segundo bocado de aquel delicioso manjar a la boca. Enzo se preparó otra para él y se la comió con tranquilidad. Julieta lo miró de reojo y se percató de que volvía a tener el semblante atormentado. Aquella conversación alrededor del desayuno tan solo había sido un pequeño oasis en su dolor. Estaba claro que Mateo era un compañero al que Enzo apreciaba.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó de repente la chica. Enzo levantó la vista de su plato y la clavó en ella.

—¿A qué te refieres?

—Al asesino. ¿Tenemos alguna pista más?

—No. ¿Pudiste ver algo?

Julieta negó con la cabeza.

—Sé que era un hombre. De eso estoy segura.

—¿Cómo puedes estar tan segura? Iba muy tapado.

—Me habló.

Enzo apretó el tenedor con fuerza, quería destruir a aquel miserable cuanto antes. Por matar a aquellas pobres chicas. Por acabar con la vida de Mateo. Por acercarse a Julieta.

—¿Qué te dijo?

—No... no lo recuerdo muy bien —contestó dudosa—. Algo así como “no corras”. Ah, sí —añadió de repente recordando un detalle—. Me llamó Elena. No sabe quién soy en realidad.

Enzo frunció el ceño, desconcertado.

—Eso puede significar que no es el mismo asesino —apuntó el inspector.

—O que no me ha reconocido.

—Sí. También es posible. Es difícil creer que alguien pueda volver del más allá.

Julieta bajó la mirada, incómoda. Aquel era el motivo por el que Enzo la rechazada. Por no estar viva del todo, ni muerta del todo. Por ser un ente extraño.

—Los médicos que te atendieron te extrajeron sangre —reveló Enzo. Julieta pareció sorprendida, no recordaba nada de eso. Probablemente estaba inconsciente—. En un par de días podremos saber si te drogaron.

—Por supuesto que me drogaron —contestó Julieta—. En aquel momento no me di cuenta, pero aquel adormecimiento... Me sentía como en una nube.

—Entonces sabremos si era la misma droga que encontramos en las otras chicas. ¿Recuerdas haber comido o bebido algo?

—Mmm —Julieta se llevó la mano a la barbilla, pensativa—. Comí en la posada, lo mismo que el resto de huéspedes. Así que no creo que fuera allí. Además, empecé a sentirme mareada al salir del trabajo. ¡Claro! Tuvo que ser eso —añadió chequeando los dedos.

—¿El qué?

—En el vestuario de chicas siempre hay un termo con té caliente. Tomé una taza.

—¿Y las demás chicas de tu turno? ¿Se sintieron igual?

—Estaba yo sola, las demás ya se habían marchado...

—Entonces probablemente lo pusieron allí expresamente para ti.

—Seguramente. Recuerdo que al entrar no se encontraba allí. Me extrañó porque siempre suele estar en la repisa de la entrada para que los trabajadores tomemos algo caliente cuando queramos. Sin embargo, como era tan tarde no le di importancia. Pensé que ya lo habrían retirado. Pero después, cuando salí de la ducha, apareció colocado en su sitio y decidí servirme una taza sin sospechar nada.

—¿Quién pudo ponerlo ahí?

—No lo sé. Ya no quedaba casi nadie en el balneario. Tan solo algo de personal de mantenimiento y la directora.

—Quizá alguno de los hombres de mantenimiento sea el asesino y puso la droga sin que te dieras cuenta.

Julieta lo miró entre disgustada y apenada. Sus compañeros de

mantenimiento no eran muy habladores, pero siempre habían sido amables con ella. Odiaba pensar que aquel criminal fuera uno de ellos.

—No lo creo. Son buena gente.

—Entonces, ¿quién? ¿la directora? —preguntó Enzo enarcando las cejas.

—No puede ser ella. Ya te he dicho que era un hombre.

Enzo se pasó las manos por la cara, agobiado.

—Esa droga no llegó al termo sola, eso está claro. Cuando tengamos la autopsia de Mateo quizá obtengamos alguna pista nueva que nos ayude a esclarecer algo del caso. Por el momento, en cuanto volvamos al pueblo, le haré una visita al turno de tarde de mantenimiento.

Julieta asintió levemente, aunque seguía dudando que ninguno de sus compañeros fuera el culpable.

Pasaron el resto del día separados. Julieta en la habitación principal que Enzo le había cedido, viendo programas absurdos por la televisión y el inspector en el comedor, revisando papeles y más papeles.

Cuando se acercaban las ocho de la tarde, sonó el timbre. Julieta escuchó el tintineo desde la habitación y asomó la cabeza al pasillo, justo a tiempo de oír la puerta abrirse. Caminó de puntillas hasta la esquina y asomó la cabeza lo justo, para cotillear asegurándose de no ser vista. Vio a una mujer muy guapa en el umbral, que observaba fijamente a Enzo con unos penetrantes ojos azules. Julieta pensó que, ni aunque hubiera salido de su escondite para ponerse en medio del salón, ninguno de los dos la hubiera visto. Parecían muy metidos en la conversación. Julieta estiró un poco más la cabeza para poder escucharles.

—¿Qué quieres, Claudia? —preguntó el inspector con más frialdad de la habitual—. Creí que había sido muy claro. No quiero volver a verte por aquí.

—No puedes tratarme así —soltó Claudia.

Julieta escuchó cómo Enzo lanzaba un resoplido indignado.

—Fuiste tú la que huiste cuando te conté la verdad.

—¿Y qué esperabas? No era fácil de asimilar.

—Si de verdad me hubieras querido, nada de eso te hubiera importado. ¡Me hiciste sentir como un apestado!

Julieta fruncía el ceño mientras escuchaba aquella extraña conversación. Así que aquella mujer era la ex pareja de Enzo. Nunca se lo hubiera imaginado metido en una relación. Parecía un hombre tan distante, casi incapaz de convivir con alguien en ese sentido.

—Quizá si no me lo hubieras ocultado... —le echó ella en cara.

—¿Y crees que si te lo hubiera contado desde un principio hubiera cambiado algo? ¡Hubieras actuado igual!

—Puede que sí, o puede que no. Eso ahora nunca lo sabremos.

—No quiero seguir removiendo el pasado —dijo Enzo, cortando aquella incómoda conversación—. ¿A qué has venido?

—Este mes que he pasado aquí me ha hecho recordar muchas cosas. Teníamos algo especial, Enzo.

Julieta abrió los ojos como platos. Así que aquel era el motivo por el que Enzo no había vuelto a su ático en todo aquel tiempo. Por eso había estado viviendo en la posada últimamente. Nada tenía que ver con unas obras como le había dicho. Le había mentido, y ella se lo había creído como una tonta. La única verdad era que le había dejado su apartamento a su ex pareja y por eso no podía ir a casa.

—No sé que pretendes decirme con esto —replicó Enzo, sacando por un momento a Julieta de su enfado y obligándola a redirigir su atención a la escena.

La chica observó horrorizada cómo Claudia daba un paso adelante y se ponía de puntillas para besar a Enzo. Él se quedó inmóvil unos segundos. Julieta apretó con rabia las manos alrededor de la pared. Sin embargo, cuando Enzo dio un paso atrás y apartó a Claudia, Julieta se relajó ligeramente.

—No. Esto no sucederá jamás. No puedes deshacer el pasado —soltó él.

—Pero me di cuenta de que...

—No quiero escucharlo. Vete.

—Enzo, no...

—He dicho que te vayas —gruñó.

Claudia lo miró con sus ojos azules humedecidos por una mezcla de odio y orgullo herido. Dio media vuelta y se marchó sin decir nada más. Enzo cerró la puerta con más fuerza de la necesaria y se apoyó en ella justo antes de llevarse las manos a la cara, sobrepasado por la situación. Julieta decidió aparecer en el salón en aquel momento. Su rostro serio y algo más pálido de lo habitual fue como un libro abierto para Enzo.

—Lo has escuchado todo —no era una pregunta, sino una afirmación.

Julieta apretó las mandíbulas.

—¿Por qué me mentiste?

—¿Qué?

—Me dijiste que estabas haciendo obras y que por eso pasabas más tiempo en la posada.

—Lo siento —se limitó a decir entre dientes.

—No quiero tus disculpas. Quiero una explicación.

Enzo llevó los ojos al cielo. Primero Claudia, y ahora Julieta. No sabía qué hacía mal con las mujeres, pero nunca terminaba bien. ¿Qué iba a decirle? ¿Que le había mentado porque no quería que se alejara de él pensando que aún sentía algo por su ex?

—No creí que el verdadero motivo por el cual no podía volver a casa fuera de tu incumbencia —contestó. Hasta él mismo se dio cuenta de que había sonado demasiado cruel, pero había sido la única manera de no contarle la verdad a Julieta. De no confesarle que no sabía qué demonios le pasaba cuando estaba cerca de ella. Que no podía parar de pensar en sus ojos. Que temía que algo malo le sucediera. Que quería besarla cada vez que la miraba. No podía. No quería volver a cometer los mismos errores del pasado. Se había prometido que jamás volvería a poner su corazón en manos de nadie. Había dolido demasiado.

Julieta lo miró ofendida y negó con la cabeza, sin poder creer su respuesta.

—Te crees especial, pero no eres tan diferente al resto —espetó la joven, dando media vuelta para encerrarse de nuevo en la habitación.

* * *

Aquella madrugada, Julieta no podía dormir. Había descansado demasiadas horas la noche anterior por culpa de aquella droga y se encontraba dando vueltas en la cama. La discusión con Enzo tampoco le ayudaba a calmarse. Por mucho que lo había intentado, las duras palabras del inspector resonaban en su cabeza como un eco. No es de tu incumbencia. La estaba echando de su vida. Estaba claro que quería marcar distancias. Entonces, ¿por qué la miraba de aquel modo? ¿Por qué parecía preocuparse tanto por ella? Quizá tan solo fuera un exceso de profesionalidad por parte del inspector. Puede que en realidad no sintiera nada por ella más allá de la repulsión por ser una muerta en vida. Pero luego recordaba aquel beso, sus labios cálidos y apasionados. No. Aquello no había sido un ataque de profesionalidad. Eso estaba claro. Enzo había perdido el control aquel día. Y probablemente ahora se arrepentía de ello. Aquel montón de mensajes contradictorios sumían a Julieta en un caos sentimental. No sabía si odiarlo, ignorarlo o enfrentarlo para pedirle explicaciones. Pero sabía que por mucho que quisiera evitarlo, lo

único que tenía claro era que se sentía atraída por él. Por el misterio y la elegancia que envolvían todo lo que había a su alrededor. Por aquella mirada inescrutable. Resopló y dio media vuelta más en la cama, agobiada. Finalmente, decidió estirar un poco las piernas y tomar un vaso de agua. Quizá así consiguiera conciliar el sueño.

Salió

de la cama de un salto y abrió la puerta de la habitación. El piso estaba en absoluto silencio y reinaba la oscuridad en el pasillo en el que se encontraba su cuarto. No era miedosa, pero cogió su teléfono móvil y activó el modo linterna para alumbrar su camino. No quería caerse. Miró arriba y abajo del corredor y descubrió algunas puertas más. Decidió que no le haría daño a nadie por investigar un poco. Puede que así conociera un poco más sobre el hermetismo de Enzo. Tras la primera de las puertas, se encontró con un bonito baño, muy similar al que había estado utilizando. La segunda, daba acceso a un despacho con unas librerías repletas de ensayos y tomos sobre investigaciones policiales que no le generaron el mínimo interés. No parecía que hubiera nada fuera de lo normal en su ático. Salió del despacho algo decepcionada, pero entonces reparó en una tercera puerta al final del pasillo. Esta era distinta. Era metálica y parecía antigua. Se acercó, sabiendo que si Enzo ocultaba algo interesante, sería tras esa puerta misteriosa. Sin embargo, descubrió decepcionada que una enorme cerradura oxidada la custodiaba. Era imposible acceder sin una llave. ¿Dónde la escondería? Suspiró decepcionada, sabiendo que su excursión había llegado a su fin. Dio media vuelta y deshizo el camino hecho, para dirigirse al salón en busca de un poco de agua. Pasó sigilosamente por al lado del sofá sobre el que descansaba Enzo para llegar hasta la cocina americana. Llenó un vaso con un poco de agua del grifo y se dispuso a volver a su habitación. Se detuvo un instante al lado del policía, que descansaba con el mismo semblante atormentado que la noche anterior. Parecía agobiado en sus sueños. Julieta no pudo evitar dirigir la mirada hacia los brazos fuertes que asomaban bajo una camiseta de manga corta que se le había descolocado mientras dormía. También se le había movido de la zona del pecho y descubría más piel de la que probablemente él pretendía. Julieta contuvo el aliento cuando descubrió que de su cuello colgaba una llave metálica de aspecto antiguo. No hacía falta ser un genio para deducir qué abría: la cerradura de la puerta metálica que acababa de descubrir. Sintió la tentación de quitársela, pero supo que era demasiado arriesgado. Enzo se despertaría y quizá la

atacara de nuevo, como había pasado aquella misma mañana al sentirse en peligro. No. No era una buena idea. Tendría que esperar a un momento mejor.

CAPÍTULO 18

22 de febrero de 2019

Aquellos dos días se le habían hecho interminables. Tener a Julieta rondando por su ático suponía hacer una enorme muestra de autocontrol. Cada vez tenía más claro que lo que sentía por ella en nada se asemejaba a lo que había podido sentir por otras mujeres a lo largo de su extensa vida. Sin embargo, tampoco sabía catalogarlo de ningún modo. Aquellos sentimientos lo asustaban y no hacía más que alejarse de ella para intentar disminuir su intensidad. Pero tenerla durmiendo en su habitación, en su cama, entre sus sábanas, no le dejaba descansar.

Sin embargo, no era solo aquello lo que le ensombrecía el ánimo. Había otro motivo, mucho peor. Algo que sabía que no podría quitarse de la cabeza durante mucho tiempo. El funeral de Mateo. Había sido horrible. Su novia, una joven que esperaba tener un gran futuro junto a aquel chico, había llorado desconsolada durante todo el sepelio y sus padres ni siquiera habían sido capaces de derramar una lágrima de lo devastados que estaban. Sus miradas estaban vacías, como si sus almas se hubieran marchado junto a la del joven policía. Y él, ni siquiera pudo dedicarle unas palabras. Se sentía terriblemente culpable y deseaba que el asesino le hubiera alcanzado a él en vez de a su ayudante.

Se frotó los ojos y se recostó de nuevo en el sofá, tratando de quitarse aquellos dolorosos recuerdos de encima. Cuando llamaron a su teléfono móvil, dio un brinco sobresaltado y lo cogió enseguida. Era muy temprano y no quería que Julieta se despertara por su culpa.

—¿Diga? —dijo casi en un susurro, sin saber siquiera quién era su interlocutor.

—Barese —dijo una voz femenina que reconoció al instante. La directora—. Necesito que vengas a comisaría. Tenemos los resultados del análisis de la chica.

—¿De Elena?

—Sí. Y son, cuanto menos, curiosos.

Enzo tragó saliva. Ahí estaba, el problema que sabía que tarde o temprano llamaría a su puerta por culpa de aquella maldita analítica la noche en que murió Mateo. Sus reflejos le habían fallado y no había sido lo suficientemente rápido como para evitar que los médicos metiesen las narices en aquel asunto.

—Enseguida estoy allí —contestó con el mayor aplomo que pudo.

—De acuerdo, pero no corras como un delincuente —le soltó, sabiendo de la afición de Enzo por la velocidad. El hombre no pudo evitar una sonrisa torcida.

—No se preocupe.

El inspector colgó el teléfono y cuando levantó la vista se sobresaltó al detectar una presencia en el comedor. Era Julieta, que lo observaba atentamente desde el umbral de la puerta. Su melena corta estaba despeinada y su flequillo se había levantado ligeramente de un lado. Aquel detalle le arrancó una pequeña sonrisa a Enzo.

—Buenos días.

—¿Qué ha pasado? —preguntó la chica con el semblante serio.

—Tengo que volver al pueblo. Tienen los resultados de tu analítica.

—¿Han encontrado la misma droga?

—Aún no lo sé. Me lo dirán cuando llegue.

La chica asintió.

—Voy a recoger mis cosas —dijo la joven. Enzo apenas tuvo tiempo de protestar, la chica ya se estaba marchando del salón.

—Espera. —Julieta se volvió hacia él y lo miró con gesto interrogativo—. No me parece muy buena idea que vengas al pueblo conmigo. Puede ser peligroso.

La chica lo miró gélidamente. No le entendía. Se alejaba de ella cada vez más, pero luego parecía preocuparse por su bienestar.

—No puedo quedarme aquí eternamente. Tengo un trabajo —espetó, aunque en el fondo el verdadero motivo por el que quería volver era para seguir investigando qué ocultaba Magda bajo el suelo de su despacho. Tenía un palpito y sabía que allí se encontraba algo importante. Sin embargo, no se lo había contado a Enzo. Si se lo decía, probablemente la obligaría a alejarse de aquella oficina para no exponerla a peligros innecesarios. Y eso, sin siquiera saber si lo que allí se escondía realmente tenía algo que ver con el caso. No. Definitivamente no pensaba explicárselo. De momento, averiguaría los secretos de Magda ella sola, sin la ayuda de nadie.

—El asesino sabe dónde trabajas y cuáles son tus horarios. No quiero que se repita lo de la otra noche —insistió Enzo, levantándose del sofá y acercándose hasta ella. Julieta tuvo que levantar la cabeza para poder mirarle a los ojos.

—Esa decisión no te pertenece —replicó—. No puedes retenerme.

Enzo resopló, sabiendo que había perdido la discusión.

—Está bien. Ve a trabajar si quieres, pero espérame en la recepción. Entraré a buscarte.

Julieta asintió a regañadientes y, esta vez sí, se marchó a la habitación para recoger las pocas cosas que había podido llevarse consigo.

* * *

La directora de la comisaría le dedicó un gesto de desaprobación en cuanto lo vio entrar por la puerta. Había tardado demasiado poco tiempo en recorrer la distancia entre la ciudad y el pueblo.

—Te dije que no condujeras como un temerario.

El hombre se encogió de hombros y entró en el despacho de la mujer, que le hizo un gesto para que se sentara en la silla. El inspector se sentó frente a ella y trató de ocultar lo tenso que se sentía. Sabía que aquel momento no iba a ser fácil.

—¿Qué dicen los resultados? —preguntó, con voz queda.

—Mucho y nada. —Enzo enarcó las cejas, sin comprender aquella respuesta—. Efectivamente, tal y como sospechábamos, la drogaron con la misma sustancia que al resto de chicas.

—Entonces es una prueba bastante concluyente de que el asesino trabaja en el balneario.

—Es posible, pero no es eso lo que ha llamado mi atención, en realidad.

—¿A qué se refiere entonces?

—La analítica es muy extraña, Barese. Los médicos no han sido capaces de encontrar una explicación para lo que han visto.

Enzo tragó saliva y tomó aire.

—No la estoy entendiendo, directora.

—La señorita Guzmán tiene un gran exceso de glóbulos blancos.

—No soy médico, pero hasta donde sé, eso tampoco es tan extraño. Quizá simplemente tenga una pequeña infección. Puede ser hasta un simple dolor de muelas —se apresuró en contestar.

—No estoy hablando de un exceso normal. Generalmente, las personas

fabricamos 100.000 leucocitos al día, pero la señorita Guzmán produce más de diez veces esa cantidad. Según los médicos, alguien con un desajuste tan masivo, debería estar muerto.

—Entonces, si es imposible, probablemente la analítica esté equivocada —contestó Enzo.

—No. La han repetido varias veces para estar seguros.

—Probablemente la muestra de sangre se contaminara. Mi coche no es el mejor lugar para efectuar una analítica.

—Aunque le resulte difícil de creer, los forenses de nuestro equipo son grandes profesionales. Le aseguro que hicieron bien su trabajo.

—No me malinterprete. No les estoy culpando, solamente digo que es posible que con la poca luz y en aquel ambiente tan sucio, la prueba no saliera bien.

—En cualquier caso —continuó la inspectora, haciendo caso omiso de sus explicaciones—, deberíamos repetirle la prueba para estar seguros de que todo está bien. No podemos descartar que ese aumento se deba a alguna otra sustancia que el asesino le inyectara en algún descuido.

Enzo frunció los labios, intentando calmarse. No podía permitir que volvieran a analizar la sangre de Julieta. Estaba completamente seguro de que aquel desajuste nada tenía que ver con el caso, sino, más bien, con la condición de Julieta, con aquel secreto que nadie debía descubrir.

—Le preguntaré si está dispuesta a realizarse la prueba de nuevo —dijo Enzo, aunque no tuviera ninguna intención de permitirlo.

—Por supuesto. Al fin y al cabo, no podemos obligarla, pero hágale saber que es por su propio bien. —La directora hizo una pausa algo más larga de lo habitual y se aclaró la garganta, sabiendo que lo que iba a añadir era un tema delicado—. Mañana te espero aquí a la misma hora. Tendremos los resultados de la autopsia de Mateo.

Enzo se quedó quieto unos instantes y contuvo la respiración. Finalmente, asintió y se levantó de la silla para marcharse, incapaz de añadir nada más a aquella conversación.

* * *

El balneario estaba tranquilo aquella tarde. Parecía que realmente todo aquel asunto de los asesinatos estaba afectando a la popularidad del recinto. Enzo entró en el recibidor con paso lento, observando cada detalle, en busca de algún cambio respecto a la última vez que lo había visitado, pero estaba

todo igual. Antes de que pudiera escabullirse, una mujer se acercó a él con paso decidido y cara de pocos amigos.

—Vaya, cuánto tiempo inspector —dijo con una sonrisa forzada.

—Leticia. Veo que se ha recuperado completamente de aquella gripe.

—Por supuesto. ¿Qué le trae por aquí de nuevo? —preguntó, recalcando la últimas palabras para dejar claro que no era bienvenido.

—Necesito hablar con el personal de mantenimiento.

—¿Para qué exactamente?

—No es de su incumbencia, tiene relación con el caso. ¿Me va a decir dónde están o no?

Leticia le dedicó otra sonrisa crispada y le hizo un gesto con la cabeza para que la siguiera. Lo llevó por unos pasillos largos e impolutos que bien podrían haber sido los de un hospital. Pronto lo dejó ante una puerta azul.

—Se están cambiando, su turno empieza en diez minutos. Puede pasar, si quiere, yo le esperaré en recepción.

—Gracias —respondió Enzo, poniendo ya una mano sobre el pomo para abrir la puerta.

—No los entretenga demasiado. Hay mucho trabajo por hacer hoy.

Enzo asintió y, por fin, entró en la sala. Se encontró con cuatro hombres que por suerte ya estaban vestidos con el uniforme azul que llevaba el logotipo del balneario grabado en el pecho. Hubiera sido muy incómodo tener que interrogarles en paños menores.

—Buenas tardes, señores —dijo con voz grave. Los hombres lo miraron con cierta desconfianza—. Soy el inspector Barese y estoy investigando los crímenes de Lagarza —expuso, mientras miraba fijamente a cada uno de ellos en busca de una reacción que delatara nerviosismo o miedo. Sin embargo, sus rostros permanecieron impasibles.

—¿Y qué desea de nosotros?

—Me gustaría saber qué estuvieron haciendo la noche del diecinueve de febrero.

Se miraron los unos a los otros con gesto de desconcierto.

—Pues estábamos aquí, trabajando, qué si no —contestó el mayor, que debía rondar la edad de jubilación.

—¿Estaban los cuatro juntos?

—Sí. Tocaba revisar todo el sistema eléctrico y estuvimos trabajando en equipo.

—Ya veo. ¿Siempre son ustedes cuatro los que hacen este turno? ¿No hay nadie más?

—No. Hace años que estamos nosotros solamente. Antes había algún externo que nos echaba una mano de vez en cuando, pero con la nueva directora... —murmuró, dejando su queja inacabada.

—¿Y no vieron ni oyeron nada extraño aquella noche?

—Ahora que lo dice —intervino otro hombre—, aquel día fui el último en entrar a trabajar y estoy seguro de que cerré la puerta trasera cuando lo hice, pero al cabo de un rato me la encontré abierta.

—¿Y no la abrió ninguno de ustedes? —Los cuatro negaron con la cabeza.

—De acuerdo —dijo Enzo, asintiendo lentamente—. Muchas gracias por su tiempo.

* * *

Julieta se secó el sudor de la frente y dio por terminada aquella larga jornada laboral. Después de dos días sin ir al balneario, el trabajo se le había acumulado y había tenido que ir corriendo de un lado a otro para lograr adelantar faena. Se dirigió al vestuario y se dio una buena ducha de agua caliente para relajar sus músculos adoloridos. Se vistió con rapidez y caminó hasta la recepción, con la esperanza de encontrarla desierta y poder escabullirse por fin en el despacho de Magda para descubrir qué se ocultaba bajo aquel tablón de madera. Sin embargo, Enzo estaba allí esperándola. Resopló, sabiendo que con el inspector tan cerca tendría que dejar su labor de investigación para otro momento.

—Buenas noches, Julieta —dijo, asegurándose de que no hubiera nadie alrededor que pudiera oírle llamarla por su verdadero nombre. La chica se acercó hasta él.

—Hoy has sido puntual —repuso, sin desvelar que aquello había fastidiado sus planes.

—No podía arriesgarme.

—Claro.

—¿Ha ido todo bien? ¿No ha pasado nada extraño? —preguntó, algo intranquilo.

—No, todo bien —concluyó con una mueca.

—Está bien, vayamos al coche.

Hicieron el camino hasta la posada a toda velocidad y Julieta tuvo que cerrar los ojos en alguna curva por miedo a que Enzo perdiera el control del

vehículo, pero no pasó nada. Cuando llegó a la puerta de su habitación, aún sentía el estómago revuelto.

—Hasta mañana, Enzo.

—Espera, necesito hablar contigo.

—¿De qué?

—Mejor vayamos dentro. No quiero que nadie nos escuche.

Julieta miró alrededor con cara de fastidio. Estaban completamente solos en el pasillo. Obviamente, no había nadie que pudiera escuchar la conversación ahí fuera, pero igualmente accedió y abrió la puerta para que el inspector entrara.

Julieta se quitó el abrigo y lo dejó sobre la silla. Enzo la imitó y entonces la chica supo que fuera lo que fuese lo que le tenía que decir, la conversación iría para largo.

—Dime.

—Ya me han dado los resultados de tu analítica.

—¿Era la misma droga?

—Efectivamente.

—Lo sabía.

—Pero no es eso de lo que quiero hablarte.

—¿Qué pasa? —preguntó, ahora preocupada.

—Encontraron algo distinto en tu sangre.

—¿Distinto?

—Generas muchos más glóbulos blancos que cualquier persona normal.

—¿Crees que es por... por lo que soy? —preguntó con un hilo de voz.

—Sí. Probablemente ese es el motivo por el que vives. Tus células luchan por regenerarse constantemente.

—Pero ¿cómo sabes todo esto?

Enzo se quedó callado un instante, quizá había ido demasiado lejos y estaba exponiéndose más de la cuenta, pero tenía que advertirla de algún modo.

—No estoy completamente seguro, pero los médicos han dicho que nadie con esos niveles de leucocitos podría estar vivo. —Julieta bajó la mirada, avergonzada por su propia naturaleza, convencida de que Enzo la repudiaba por lo que era en realidad—. Lo que te quiero decir con esto —continuó Enzo—, es que no puedes dejar que nadie te analice. Jamás. No pueden saber lo que eres. ¿De acuerdo?

Julieta asintió nerviosamente.

—La directora quiere que te repitan los análisis de sangre. Le diré que no has accedido.

—Mejor.

—Bueno, te dejo descansar —Enzo se acercó a la silla para recuperar su abrigo, pero Julieta alargó la mano hasta la suya para detenerlo. El hombre se volvió hacia la chica con gesto interrogativo.

—¿Por qué haces todo esto por mí? —preguntó Julieta, clavando sus grandes ojos en los de él. Enzo le sostuvo la mirada y, con la mayor frialdad de la que fue capaz, contestó.

—Es mi trabajo.

Julieta soltó su mano inmediatamente y el inspector desapareció sin decir nada más. Cuando estuvo en la tranquilidad de su habitación, Enzo se dejó caer derrotado sobre la cama y se cubrió el rostro con las manos. Tenía que alejarla de él, no podía permitirse sentir aquella debilidad por ella y mucho menos, que terminara descubriendo la verdad por culpa de un descuido.

CAPÍTULO 19

2 de marzo de 2019

Enzo entró en comisaría con el gesto ensombrecido. Ver la mesa vacía de Mateo no hizo más que empeorar cómo se sentía y tuvo que apartar la mirada con un nudo en la garganta. Fue derecho al despacho de la directora, que lo había llamado aquella misma mañana para que acudiera a revisar la autopsia de Mateo que acababa de recibir del forense. Titubeó unos segundos frente a la puerta, dudando si estaba preparado para hablar de la muerte de su discípulo de un modo frío y analítico. De hecho, no estaba ni siquiera seguro de poder hablar de aquella fatídica noche. Sin embargo, se aclaró la garganta y zarandéó la cabeza. Había pasado por situaciones mucho peores a lo largo de su vida, se dijo. Podía con esto y con mucho más. Llamó a la puerta con los nudillos.

—Adelante —dijo la voz de la directora al otro lado. Enzo entró sin más dilación y procuró mantener una mirada segura e inescrutable. No quería mostrarse débil ante su superior. La mujer le hizo un gesto para que tomara asiento y el inspector se sentó frente a ella.

—Supongo que no es necesario que nos andemos con rodeos —soltó—. Ambos sabemos cuánto sentimos esta pérdida, pero no estamos aquí para honrar su memoria.

Enzo tragó saliva y asintió lentamente, sintiendo que su coraza estaba a punto de romperse. Dio un sorbo de agua del vaso que la directora había dispuesto en su sitio antes de que entrara y se sintió un poco mejor.

—¿Qué dice la autopsia? —preguntó con voz ronca.

—Lo cierto es que esta vez nos aporta más datos que en los casos anteriores. Estoy convencida de que la muerte de Mateo no fue premeditada como las demás. Parece que el asesino tuvo que improvisar.

—¿Entonces no quería matar a Mateo?

—No. Como todos creíamos, probablemente la víctima era la chica, Elena. El asesino vio peligrar sus planes al descubrir al policía esperándola a la salida del balneario, y decidió terminar con ese inconveniente.

Se hizo una pausa y Enzo supuso que la directora le estaba dando tiempo para que asimilara la información. Cuando se sintió preparado, asintió y la mujer prosiguió.

—La herida en el cuello fue limpia y letal, aunque hubiéramos llegado antes a la escena del crimen, no hubiéramos podido hacer nada por él — explicó, sabiendo que Enzo también se culpaba por no haberlo atendido a tiempo—. Sin embargo, el asesino nos dejó una pista sin saberlo. Por la sección y altura del corte, el forense deduce que la herida la tuvo que infligir un hombre relativamente fuerte y de una altura superior a la media. El asesino probablemente mida alrededor de un metro noventa. Lo cual nos lleva a pensar que se trate de un hombre.

—Estos datos pueden ser muy útiles... —murmuró Enzo, pensativo—. Cruzaré los datos con los habitantes del pueblo que tengamos registrados con antecedentes. Quizá demos por fin con un sospechoso.

—Gracias, inspector Barese, valoro la iniciativa, pero creo que ese trabajo lo puede hacer cualquier otro oficial por usted. No me ha pasado por alto cuánto valora la seguridad de esa chica y me alegra que se haya propuesto tan fervientemente evitar que el asesino vuelva a actuar. Por ello, le prefiero haciendo trabajo de campo y vigilando a Elena Guzmán veinticuatro horas al día. Si el asesino quiere acabar con su vida, tenga por seguro que lo volverá a intentar. Y para entonces, quiero que esté cerca para que esta vez podamos detenerlo y llevarlo ante la justicia.

—Así lo haré, directora —dijo Enzo. La directora cerró la carpeta con el expediente de la muerte de Mateo y Enzo se puso en pie. Sabía que su tiempo había terminado y que la mujer le había contado toda la información útil que había en el informe. También sabía que no se lo entregaba para ahorrarle los detalles escabrosos y evitarle pasar el mal trago de ver a su amigo muerto en las fotografías.

Enzo salió del despacho sin decir nada más y soltó un largo suspiro. Por lo menos, ahora tenían una pista sobre la que moverse. Decidió hacerle caso a la directora y se dirigió a su coche para volver al pueblo. Cuanto más cerca estuviera de Julieta, menos posibilidades tendría el asesino de acercarse a ella. Sin embargo, no quería que la muchacha se sintiera intimidada, así que decidió vigilarla desde cierta distancia, sin que ella lo supiera. Al menos así, no se sentiría tan amenazada por el asesino.

* * *

Julieta entró apresuradamente en la cafetería. Llegaba tarde. Raquel ya estaba allí, apostada en la última mesa del saloncito principal.

—Siento llegar tarde —se disculpó resoplando a la vez que se quitaba la chaqueta.

—Tranquila, llevo poco tiempo esperando —contestó su hija con una sonrisa amable. Julieta le devolvió el gesto y se sentó frente a ella, maldiciendo su nueva afición por dormir hasta tarde. A los dos días en casa de Enzo en los que apenas había podido descansar por culpa de su proximidad, se le había sumado la innumerable cantidad de tareas que se le habían acumulado en el balneario y aquella semana había estado realmente agotada. Era sábado y por fin había tenido un día libre para descansar y el sueño reparador se le había ido de las manos.

—¿Quieres un café? —preguntó Raquel, que todavía la veía adormilada.

—Es un poco tarde... —dijo la chica, mirando la hora en el enorme reloj que coronaba la cafetería. Eran más de las doce—, pero sí, mejor me tomo uno —añadió finalmente.

Raquel le hizo un rápido gesto con las manos al camarero, que entendió la consigna a la primera.

—Llevaba días sin verte por aquí. ¿Va todo bien? —preguntó Raquel con genuina preocupación.

—Sí, tan solo estoy un poco cansada.

—¿Has oído lo que le pasó a aquel pobre policía? Nos dijeron que estaba vigilando las inmediaciones del balneario para proteger a las chicas del posible asesino y... terminó muerto.

Julieta tragó saliva y sintió que el poco color que había en sus mejillas terminaba de abandonarla definitivamente.

—Elena, ¿estás bien? ¿no lo sabías?

—Eh... sí, sí —contestó, mirando nerviosamente alrededor. No había demasiada gente que pudiera escucharlas. Aun así, bajó la voz antes de continuar hablando—. Tienes que prometerme que no se lo contarás a nadie.

—Sí, claro. ¿Qué pasa? Me estás asustando.

—Resulta que aquel chico, Mateo, estaba ahí para protegerme a mí.

—¿A ti?

—Sí. Resulta que estoy ayudando a Enzo a investigar un poco desde dentro. Normalmente, él viene a buscarme, pero aquel día tuvo que acudir a la rueda de prensa y envió a un sustituto a recogerme.

—Dios mío —murmuró tapándose la boca.

—Cuando me dirigí al coche de Mateo —continuó explicando Julieta—, ya me lo encontré sin vida.

—¿Y qué hiciste?

—Llamé a Enzo y salí corriendo de allí. Entonces, me topé con él.

—¿Con quién? —cuestionó intrigada.

—Con el asesino. —El semblante de Raquel se cubrió de horror al escuchar sus palabras—. Mi primer instinto fue meterme en el bosque, pero después recordé que aquello no había salvado a las demás, así que continué por la carretera. Enzo llegó al cabo de un tiempo y me encontró cuando él estaba a punto de alcanzarme...

Raquel alargó la mano hasta la de Julieta y se la apretó cariñosamente, tratando de darle ánimo.

—Menos mal que lograste escapar...

—Estuve un par de días fuera del pueblo, esperando que todo se calmara un poco.

Raquel resopló, abrumada por aquella historia.

—¿Y por qué la policía no dice la verdad?

—No quieren darle pistas al asesino. Por eso, te pido que no publiques nada de esto.

—Tranquila, tienes mi palabra.

Pasaron un par de horas más hablando de temas más banales, hasta que sus tripas empezaron a rugir.

—Creo que ya es hora de comer —dijo Raquel con una sonrisa—. He quedado con otra amiga, ¿quieres venir?

—No, tranquila. Me quedaré descansando esta tarde. Lo necesito.

—Por supuesto, como quieras. Si necesitas cualquier cosa, ya sabes dónde encontrarme —añadió, dándole otro apretón en el brazo. Julieta asintió y se despidió de ella.

Salieron de la cafetería, caminando cada una en direcciones opuestas. Entonces, un coche oscuro llamó la atención de Julieta. Estaba parado en un semáforo y su conductor miraba fijamente hacia ella. Enzo. ¿Las había visto salir juntas del local? Cuando el semáforo se puso en verde, el inspector desvió la mirada y continuó su camino, sin que Julieta pudiera saber a ciencia cierta si se habían encontrado de casualidad o si estaba allí expresamente, vigilándola.

* * *

Julieta decidió acudir al cementerio aquella tarde, a pesar de que el cielo nubloso y el viento anunciaban tormenta y ya estaba anocheciendo. No había podido asistir al funeral de Mateo y sentía que estaba en deuda con él. No había querido exponerse demasiado en público por miedo a que el asesino se ocultara entre los asistentes de su funeral y había tenido que quedarse a resguardo en la posada aquel día. Sin embargo, aunque no hubiera hablado jamás con aquel joven policía, quería darle un último adiós y agradecerle que hubiera dado su vida por protegerla. No le costó encontrar su tumba en la zona más nueva del cementerio. Se notaba que la tierra aún estaba fresca y tragó saliva al pensar que aquel chico probablemente no tendría tanta suerte como ella y no podría volver a la vida. Se arrodilló frente a su lápida impoluta y depositó unas flores blancas.

—Siento que nos tengamos que conocer así —susurró apenada—. Entendería que me odiaras desde donde quiera que estés. Si no fuera por mí, tú seguirías vivo. Yo tendría que estar ahí abajo, en tu lugar...

—Tú no tienes la culpa —dijo una voz a sus espaldas. Julieta se levantó como un resorte y se volvió asustada, hasta que reconoció a Enzo bajo la escasa luz del ocaso.

—Me has asustado —murmuró.

—Lo siento, no era mi intención. Será mejor que te acompañe a la posada, va a ponerse a llover de un momento a otro.

Julieta dio un paso al frente y se acercó a él, mirándolo con desconfianza.

—¿Qué haces aquí?

—Lo mismo que tú, visitar a Mateo.

—Tengo la sensación de que me estás siguiendo, inspector —replicó, con cierto desdén en la última palabra—. Te he visto esta mañana a pocos metros de la cafetería donde me encontraba.

Un goterón de lluvia helada cayó en la nariz de la joven en aquel instante y se lo secó apresuradamente con la manga del abrigo.

—¿Ves cómo está lloviendo? Volvamos a la posada o cogeremos una pulmonía —insistió Enzo, agarrándola del brazo.

—No me has contestado —replicó, zafándose de él—. ¿Me estás siguiendo?

—Este es un pueblo pequeño, Julieta. Es fácil que nos encontremos.

—No te creo. —La tormenta decidió explotar en aquel momento y

Julieta se arrepintió casi al instante de no haber aceptado la oferta de volver a la posada. Sentía la lluvia fría e intensa sobre su piel.

—Tan solo estaba preocupado por ti —admitió él finalmente.

—¿Y ese es tu modo de demostrarlo? ¿Siguiéndome?

—No creo que sea tan difícil de entender —contestó quitándose las gafas mojadas en un ademán exasperado y levantando la voz por encima de los truenos—. No me perdonaría que algo malo te sucediera. Tan solo quería asegurarme de que estabas bien. Y debo decirte que venir aquí sola, de noche, no es una buena idea. Sabes de sobra que el asesino se mueve por esta zona...

—Deja de fingir que te preocupas por mí, Enzo. Lo único que te importa es tu carrera y cómo quedaría en tu expediente que otra mujer muriera a manos de ese loco.

Enzo apretó las mandíbulas, sintiendo cómo cada una de sus palabras se clavaban en su pecho. Si tan solo supiera cómo se sentía.

—No tienes ni idea de lo que dices —replicó furioso—. ¿Qué hacías con Raquel? —preguntó cambiando de tema.

—¡No me digas que ahora voy a tener que darte explicaciones! —gruñó Julieta enfadada.

—Sabes de sobra que no puedes hablar del caso con nadie.

—¡No todo gira alrededor de tu maldito caso! —gritó, sintiendo que su cabello empapado se le pegaba al rostro—. Tan solo quiero estar cerca de mi hija.

—No puedes acercarte a ella a cualquier precio, si el asesino se entera de algo...

—Confío en ella. No dirá nada.

—Mierda, Julieta. ¿Qué le has contado?

—Nada importante —mintió, aunque Enzo pudo leer en su mirada que le había contado más de lo que debía.

—Es periodista. ¿De verdad crees que mantendrá la boca cerrada? ¡No seas ilusa!

—¡No lo soporto más! —espetó la chica, estampando las manos contra el pecho del policía, en un vano intento de empujar su enorme cuerpo lejos de ella—. Ni a ti ni a tus desprecios.

—¿Pero de qué estás hablando? —preguntó, clavando sus ojos en ella y agarrándola por los hombros intentando que se calmara.

—No intentes disimularlo más. Sé que te doy asco, por lo que soy...

—¿Qué?

Julieta levantó sus ojos hasta los de él y Enzo tuvo que tragar saliva al comprobar que estaban llenos de lágrimas. ¿Cómo podía decir eso? Asco era justo lo único que no sentía por ella. ¿Es que no lo veía?

—Deja de decir tonterías —murmuró después de unos segundos, con la voz ronca.

—Entonces, ¿por qué tengo la sensación de que huyes de mí? —insistió. Y Enzo no fue capaz de contestar, era demasiado complicado. Sus ojos verdes se deslizaron por el rostro de la chica siguiendo una gota asilvestrada que se escurrió desde su mejilla hasta sus labios.

—No entiendes nada.

Julieta se dispuso a replicar, pero antes de que pudiera volver a hablar, la boca de Enzo aprisionó sus labios. Sintió la mano del inspector en su nuca, atrayéndola con fuerza hacia él y se rindió rápidamente a su beso. Cerró los ojos y lo agarró del cuello del abrigo casi inconscientemente. Enzo no era siquiera capaz de coordinar sus pensamientos, tan solo podía sentir el pequeño cuerpo de Julieta entre sus brazos, su piel fría perlada de gotas de lluvia, sus labios húmedos y cálidos a la vez, su cabello mojado arremolinándose entre sus dedos. Si hubiera sido por él, aquel beso no hubiera terminado jamás. Sin embargo, Julieta se separó unos centímetros y lo miró a los ojos.

—No puedes hacer esto y luego salir corriendo otra vez... —murmuró con la respiración entrecortada. Aquellas palabras lo devolvieron a la realidad. Julieta tenía razón. No podía. No debía. Aunque fuera lo que más deseara.

—Tienes razón. Lo siento —reconoció, separándose de ella con un gran esfuerzo. Se le rompió el corazón al ver la decepción pintada en el rostro de la chica, pero no podía hacer otra cosa.

—Llévame a la posada, por favor —terminó diciendo la joven, sin mirarle a los ojos.

—Julieta...

—No. No digas nada más.

* * *

El hombre observaba a aquella pareja que se besaba apasionadamente bajo la lluvia, como si creyeran que no habría un mañana para ellos. Sonrió lacónicamente. Había ilusos que todavía creían en el amor. Tuvo que reconocer que él, de algún modo, también lo había tenido. Pero de aquello hacía ya casi treinta años y tan solo era un recuerdo vacío de otra época.

Cuando la pareja se separó, el hombre se sorprendió al reconocer al inspector de policía que rondaba últimamente por el pueblo. Vaya, parecía que, después de todo, aquel hombre frío y distante tenía algo de humano. Sin embargo, se le heló la sangre al observar el rostro de la chica. No. No era posible. Aquellos ojos. Aquel color avellana. Era ella. No. Tenía que estar sufriendo una alucinación. Ella estaba muerta. Él mismo la había matado.

CAPÍTULO 20

3 de marzo de 2019

Julieta había pasado el día entero sin decir palabra. No tenía ganas de entablar conversación con nadie y rehuía cualquier contacto humano. Estaba demasiado abstraída en sus pocos recuerdos. Cada vez entendía menos el comportamiento de Enzo. Cuando parecía que se decidía a acercarse a ella, al final terminaba alejándose como si le quemara su piel. Estaba convencida de que tenía que ver con su condición. ¿Quién iba a querer estar con una muerta viviente? Se repetía esa pregunta una y otra vez como un mantra destructivo que hacía eco de sus pensamientos más oscuros.

La directora del balneario había vuelto a hacer acto de presencia después de la muerte de Mateo y parecía haber tomado pleno control del negocio, en detrimento de la posición de gobernanta que ostentaba Leticia, que había pasado de ser la abeja reina a soportar estoicamente los maliciosos comentarios de Magda, sin apenas parpadear ni descolocarse un pelo de su tenso moño. Aunque Julieta lamentó tener que respirar el mismo aire que esa odiosa mujer, se sintió agradecida por primera vez de la cantidad de tareas que le había asignado. Así no tendría tiempo para pensar en aquel beso, en los brazos de Enzo, en su olor embriagador. Cuando levantó los ojos del suelo que estaba fregando, se percató de que no quedaba nadie más alrededor. Miró el reloj extrañada y comprobó con cierta sorpresa que había sobrepasado con creces su hora de terminar la jornada. No quedaba nadie en las instalaciones. ¿Y si...? Sí, aquel podía ser un buen momento para terminar lo que había iniciado días atrás. Sin dudar, se encaminó hacia la recepción y, al ver el camino despejado, se coló en la pequeña oficina hasta el despacho de la directora, que estaba cerrado bajo llave. Julieta sonrió y sacó de su bolsillo la llave maestra que Leticia le había dado al entrar a su servicio, que abría cualquier estancia del balneario. Metió las llaves en la cerradura y giró el pomo para después escabullirse con sigilo dentro del despacho. Encender la luz le pareció un atrevimiento, así que iluminó sus pasos con el teléfono móvil, hasta que encontró el tablón de madera que no terminaba de encajar con el

resto. Depositó el teléfono sobre el escritorio para alumbrar el lugar y tener a su vez las manos libres y se arrodilló en el suelo. Levantó la tabla conteniendo el aliento, sabiendo que estaba muy cerca de descubrir los secretos de la directora. Sin embargo, expulsó el aire de golpe en un bufido de decepción. El hueco estaba completamente vacío. Estaba claro que Magda se había sentido amenazada al descubrirla dentro de su despacho y había decidido mover aquellos documentos a otro lugar. Julieta volvió a tapan el agujero y recogió su teléfono, abatida. Había estado muy cerca, pero la directora había sido más rápida. Salió de allí procurando no ser vista y respiró aliviada cuando llegó a los vestuarios. Por lo menos, esta vez no la había pillado in fraganti. O eso creía ella.

* * *

Su teléfono móvil sonó con un tono impersonal y lo rescató rápidamente de su lujosa mesilla del comedor. Los ojos azules de la mujer recorrieron la pantalla mientras una sonrisa cínica se formaba en sus labios. Observó unos instantes el vídeo de aquella joven de melena corta y oscura que se había colado en su despacho en busca de algo de lo que, muy precavidamente, ya se había deshecho. La muy insensata había caído en la trampa y se había expuesto completamente, desconociendo que había instalado días atrás unas diminutas cámaras de seguridad detrás de su escritorio. No podía permitirse correr riesgos después de un nuevo asesinato cerca de sus instalaciones.

—Te tengo... —murmuró con voz triunfal.

* * *

Julieta desechó rápidamente la idea de tomarse un té caliente antes de salir del balneario. La última vez la habían envenenado y no se atrevía a correr de nuevo el riesgo, por mucho que le apeteciera. Se anudó el abrigo hasta arriba y se enfundó la bufanda, dejando tan solo sus ojos al descubierto. A pesar de encontrarse ya a principios de marzo, en aquel pueblo seguía haciendo un frío glacial. Julieta no tuvo más remedio que salir a la calle. Enzo no estaba en la recepción a la hora acordada y supuso que algo lo habría retenido más tiempo del necesario en la comisaría, así que decidió ganar tiempo y salir en busca del coche. Sintió una ola de viento helado golpeando su piel. Entrecerró los ojos en busca del inspector, suponiendo que aparecería en cualquier momento. De repente, sintió miedo. Quizá después de aquel apasionado beso en el cementerio se sentía avergonzado y decidía no acudir a su cita diaria. Zorandó la cabeza. No. Él no la dejaría sola. Avanzó por el caminito del

jardín hasta el aparcamiento, todavía sin poder localizar el vehículo del inspector. Entonces escuchó un ruido de arbustos en movimiento a sus espaldas y se giró espantada. No vio nada, pero sintió cómo su corazón empezaba a acelerarse en su pecho. ¿Y si el asesino había vuelto a por ella? ¿Y si había matado a Enzo? Aquella sola idea la hizo estremecerse de dolor y miedo.

—No seas estúpida —se dijo a sí misma en un murmullo—. Será tan solo un animalillo...

Continuó avanzando a paso un poco más ligero, sin poder evitar ir echando vistazos a su espalda de vez en cuando. Cuando llegó al parking del balneario, no había ni un solo coche allí. Soltó una bocanada de aire que se transformó en una nubecilla blanca frente a ella y sintió ganas de llorar. ¿Enzo no la había ido a recoger? ¿Tanto la despreciaba?

Volvió a escuchar un ruido de ramas y movió sus ojos asustados hasta el lugar del que procedía el sonido. Se le heló la sangre al descubrir una figura alta y oscura entre los arbustos. Fue incapaz de moverse. Ni tan siquiera podía respirar. El hombre se acercó ligeramente a ella y Julieta abrió la boca en un vano intento de pedir auxilio. Sin embargo, de ella no brotó ningún sonido. Estaba paralizada por el miedo. Aquel individuo continuó aproximándose hacia ella, hasta que la luz tenue de la farola iluminó su rostro, sacándolo de entre las sombras. Julieta arrugó las cejas al reconocerlo y a continuación dio un paso atrás. No podía ser. No quería que la reconociera. Se ajustó la bufanda hacia arriba, tratando de ocultar su rostro, pero el hombre la miraba fijamente, con una mezcla de sentimientos que no supo descifrar.

—Julieta, eres tú. —No fue una pregunta, sino una afirmación.

La joven dio otro paso hacia atrás, intentando alejarse de él.

—Creo que se confunde —se apresuró en contestar cuando le volvió la voz.

—¿Cómo es posible...?

—No sé de qué me está hablando.

—Estabas muerta. Pero... —El hombre se acercó hasta ella con dos enormes zancadas y la agarró por los hombros—, estás igual. Igual de hermosa. —Le acarició el rostro como si se tratara de una muñeca de porcelana a punto de romperse.

Julieta quiso gritar, pero se quedó atrapada en aquellos ojos oscuros que sabía que algún día había amado, pero que ahora tan solo la repelían. Sin

saber muy bien por qué, estaba aterrada.

—No soy quién usted piensa —insistió.

—Por supuesto que eres tú. No podría confundir a mi esposa.

Julieta se deshizo de su agarre con un rápido movimiento.

—Tu mujer murió hace años, César. ¿No ves que es imposible?

—No. Estás aquí, conmigo, después de todo.

Justo en aquel momento, Julieta escuchó un sonido de neumáticos a sus espaldas y las luces led de los faros de un coche iluminaron aquella tétrica escena. La chica se volvió y suspiró aliviada al reconocer a Enzo al volante. Había tardado un poco más de lo habitual, pero por fin estaba allí. Al girarse de nuevo hacia su marido, se percató de que César fulminaba al policía con la mirada. Sin embargo, el hombre no se quedó para decirle a ese inspector lo que quería y dio media vuelta. Desapareció entre los arbustos a la misma velocidad a la que había aparecido. Enzo bajó del vehículo con la pistola desenfundada y apuntando hacia los matorrales.

—No —dijo Julieta con voz queda.

—Tengo que seguirle, podría ser el asesino.

La chica puso la mano sobre el antebrazo de Enzo para obligarle a bajar el arma.

—Era César.

Enzo la miró a los ojos durante algunos segundos, asimilando la noticia.

—¿Tu marido? —La joven asintió lentamente y vio cómo las mandíbulas del inspector se tensaban—. ¿Te ha reconocido?

—Sin ninguna duda.

—Mierda —farfulló, pasándose nerviosamente la mano por el pelo.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

—De momento, nos vamos a mi casa. No puedes quedarte más tiempo en este pueblo.

Julieta quiso rechistar, tenía sus cosas en la posada y era lo más parecido a un hogar para ella, pero, dadas las circunstancias, sabía que allí ya no se sentiría segura. ¿Y si César averiguaba dónde dormía y acudía a verla? No quería pasar de nuevo por aquella incómoda situación, así que terminó asintiendo a la vez que se sentaba en el asiento del copiloto.

—Siento haberme retrasado, había un accidente —se lamentó Enzo. Julieta negó con la cabeza.

—No es culpa tuya. Tarde o temprano iba a descubrir que he vuelto.

* * *

Julieta entró en el apartamento de Enzo y se quedó unos segundos mirando el sofá en el que la había besado por primera vez. Le parecía que había pasado una eternidad desde aquello. Si Enzo se percató de lo que la joven estaba pensando, lo disimuló muy bien. El hombre se adentró por el pasillo hasta su habitación, encendiendo una tenue luz a su paso. La chica lo siguió.

—Puedes ponerte esto para estar más cómoda, si quieres —le dijo, sacando una camiseta de deporte de la cómoda. La chica tomó la prenda que le ofrecía y rozó sus dedos accidentalmente. Trató de olvidar la sensación que el tacto de su piel le provocaba.

—Yo dormiré en el sofá —dijo él. La joven no discutió. Ya habían pasado por eso y sabía que era una batalla perdida—. Si necesitas cualquier cosa, no dudes en pedírmela —A pesar de lo amable de sus palabras, a Julieta le pareció un trato distante. Se veía a la legua que estaba tenso.

—No logro entenderte, Enzo —soltó.

El hombre, que ya casi había salido de la habitación, se detuvo. Se volvió hacia ella y la miró con gesto interrogativo, esperando que prosiguiera.

—A veces tengo la sensación de que te preocupas demasiado por mí y otras que me tratas con absoluta indiferencia.

—Tan solo intento hacer bien mi trabajo.

—¿Por qué me besaste en el cementerio? —preguntó a bocajarro. Le había dado muchas vueltas, pero no conseguía comprender sus actos.

Enzo la miró fijamente y se mordió el labio en un gesto que a Julieta se le antojó aún más atractivo de lo normal.

—Si te soy sincero, no lo sé.

Julieta resopló y negó con la cabeza.

—Es igual, déjalo, no sé ni por qué pregunto.

—No me has dejado terminar —añadió, agarrándola por la muñeca para evitar que se alejara.

—Está bien. Soy toda oídos. —Enzo la soltó.

—No sé lo que me pasa contigo, Julieta. Jamás me había sentido así y la verdad es que me da miedo.

—¿Te da miedo por lo que soy?

—No digas tonterías. No es por eso. Estás implicada en el caso y por motivos profesionales debería mantener las distancias contigo. Además, no he tenido buena suerte con las mujeres —dijo—. No quiero volver a sufrir.

—Dicen que no se puede romper un corazón roto —replicó. Enzo no pudo disimular una sonrisa ante su ocurrencia. —Y... —titubeó unos instantes—. ¿Sigues pensando en ella? —la joven apretó los labios al preguntar por la bella mujer con la que lo había visto discutir un tiempo atrás. Enzo supo al instante de quién estaba hablando.

—No —respondió tajantemente.

—Está bien, supongo que comprendo tus motivos —contestó la joven finalmente—. Ahora será mejor que descansemos un poco.

—Julieta... —Enzo volvió a alargar la mano hasta tocar su brazo y la joven se perdió en sus atractivos ojos verdes, que ni siquiera sus gafas lograban ocultar—. Necesito saber...—se interrumpió, dudando de si debía seguir, pero decidió que aquel era un buen momento—. Necesito saber qué has sentido cuando has visto a César.

La joven arqueó las cejas sorprendida ante su pregunta.

—¿Cómo?

—¿Qué sientes por él?

—Nada, apenas le recuerdo, ya lo sabes.

—Pero era tu marido.

—No importa. Han pasado treinta años... —contestó, sintiéndose como en un interrogatorio.

—No para ti.

—Después de que abandonara a mi hija no puedo sentir más que repulsión por él —sentenció.

—Entiendo —murmuró Enzo—. Ahora sí, te dejo descansar.

Julieta resopló cuando el inspector cerró la puerta y se quitó la ropa con lentitud. Por lo menos, habían conseguido aclarar las cosas entre ellos, se dijo con una pequeña sonrisa. Se colocó la camiseta que le había prestado y se introdujo entre sus sábanas. No pudo evitar sentirse más cerca de él al sentir el aroma de su colonia desprenderse de las telas que la rodeaban. Y cerró los ojos.

CAPÍTULO 21

4 de marzo de 2019

Julieta dormía profundamente, pero su entrecejo estaba fruncido y se movía intranquilamente en la cama, como si estuviera atrapada en sus sueños.

Abrió los ojos, pero ya no se encontraba en la habitación de Enzo, sino a la salida del balneario. Su cabello largo y castaño ondeaba al viento y al instante supo que estaba viendo un episodio de su pasado. Miró hacia abajo y descubrió que llevaba un ligero vestido de verano, azul con flores. El calor era asfixiante, a pesar de la brisa nocturna. Caminó por el lateral de la carretera que colindaba el bosque, sin rumbo fijo y con una sensación de vacío que no lograba comprender, como si toda su vida se hubiera desmoronado de repente.

—¡Julieta! —una voz masculina a sus espaldas hizo que detuviera sus pasos—. ¿Adónde vas?

La chica se volvió y se encontró con un atractivo joven de algo más de metro noventa, que la miraba con unos penetrantes ojos oscuros.

—Eso ya no te incumbe, César —replicó con un tono claramente dolido.

—No puedes marcharte así. ¿Y Valentina?

—Me la llevaré conmigo, no te preocupes por eso.

—No puedes abandonarme —insistió, agarrándola posesivamente por el brazo.

—Y tú no puedes pretender que actúe como si nada. Lo que has hecho es deplorable. Tienes suerte de que no te haya denunciado todavía a la policía.

—Vayamos a dar un paseo por el bosque —sugirió César—. Los dos estamos muy nerviosos y nos tranquilizará.

—Está bien —accedió Julieta a regañadientes.

La joven se adentró en la espesura siguiendo de cerca a su marido. Durante el día le gustaba dar largos paseos por el bosque, pero de noche era otro cantar. El aullido de los lobos y los inquietantes sonidos de otras alimañas nocturnas la ponían nerviosa y no osaba entrar sola. Llegaron a un claro y César se detuvo de repente. Julieta lo observó con atención, esperando a que

hablara. Al ver que no decía nada, decidió ser ella la que rompiera el silencio.

—No me puedo creer lo que has estado haciendo a mis espaldas todo este tiempo —dijo la joven.

—Tan solo quería ganar algo de dinero. Entiéndelo, con la niña...

—No hay nada que entender. Lo que has hecho es un delito y al saberlo me he convertido en tu cómplice. Debería ir a las autoridades.

—¡No! No me obligues a hacerlo.

—¿A hacer qué, César? —inquirió, irritada.

—Lo que me han pedido.

—¿Lo que te ha pedido quién? ¿El señor Fuertes? Si es que se le puede llamar señor...

—No puedes contárselo a nadie.

—Y si lo hago ¿qué?

Por primera vez, Julieta vio un brillo distinto en los ojos de César y dio un paso atrás, asustada.

—¿Qué piensas hacer, César?

Sin embargo, él no contestó. En vez de eso, dio un par de enormes zancadas hacia ella y Julieta tan solo pudo echar a correr, todavía sin lograr comprender qué estaba sucediendo. Atravesó varias hileras de árboles, saltando las raíces que sobresalían del suelo con más agilidad de la que esperaba. No sabía exactamente por qué corría, pero aquel brillo inusual en la mirada de César se le había antojado peligroso. Sus pasos apresurados la llevaron hasta otro claro y sintió que las piernas empezaban a pesarle. A su vez, su visión comenzó a tornarse borrosa y notó que la cabeza le daba vueltas. ¿Qué le estaba pasando? Aminoró la marcha un segundo para volverse a ver si su marido la seguía y casi profirió un grito cuando lo descubrió a escasos centímetros de ella. César se abalanzó sobre su diminuto cuerpo y la inmovilizó sin apenas esfuerzo.

—Tú me has obligado —masculló. Julieta trató de adivinar si lo que veía en sus ojos negros eran lágrimas.

—¿Por qué haces esto, César? ¡Suéltame! —gritó, forcejeando.

—Jamás me perdonaré por lo que voy a hacer.

—¿Qué...? ¿Qué vas a hacer? —preguntó con un hilo de voz, sintiendo por primera vez en su vida lo que era el verdadero miedo.

—No puedo dejar que te marches, ni que le cuentes a la policía todo lo que sabes.

—César, por favor, déjame ir...

Sin embargo, el hombre apretó sus manos contra su cuello con una fuerza letal. Julieta apenas tuvo tiempo de tomar una bocanada de aire al sentir la presión en su garganta. No podía creerlo. No podía estar pasando. El amor de su vida la estaba traicionando de la peor manera posible. Puso sus pequeños dedos alrededor de los de César, en un vano intento de aflojarlos para volver a respirar. A pesar de todos sus esfuerzos, fue en vano. El hombre no se movió ni un ápice. Julieta empezó a sentir la vista borrosa y supo en aquel momento que no le quedaban más que unos segundos de vida. Miró por última vez a los ojos de su asesino, que descubrió plagados de lágrimas. Después, le dedicó un último pensamiento a lo único bueno que dejaba en el mundo. Valentina.

* * *

Julieta abrió los ojos sobresaltada y con la respiración entrecortada, como si realmente alguien la hubiera estado asfixiando. Se quedó unos segundos paralizada en la cama, intentando comprender lo que significaba aquel sueño. Estaba segura de que era un recuerdo. Reparó en que el vestido de verano que llevaba en su pesadilla era el mismo con el que había despertado tres meses atrás en medio del bosque. No podía ser una mera coincidencia. Además, muy en el fondo de su subconsciente, sabía que lo que había visto había sucedido realmente. César Dávalos era el culpable de su muerte y, probablemente, el de las otras chicas que la habían seguido. ¿Qué habría descubierto? ¿Por qué la había matado? Julieta se agarró la cabeza en un vano intento por recordar más, pero su pasado estaba en blanco.

Cuando se hubo repuesto ligeramente de aquel descubrimiento, se levantó de la cama y se dirigió hasta el sofá en el que descansaba Enzo. El policía tampoco parecía estar teniendo un sueño placentero, se movía nerviosamente y su respiración era agitada. Julieta puso las manos sobre sus hombros para despertarle y Enzo abrió los ojos alterado. Su cabello, normalmente impoluto y bien peinado, estaba algo revuelto y su camiseta se había descolocado ligeramente. Tardó unos segundos en reconocerla.

—Julieta, ¿qué pasa?

—Sé quién me mató.

Enzo la miró durante un tiempo, pestañeando como si lo que acababa de decir no fuera posible.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Lo he recordado, en un sueño.

—¿Quién fue? ¿Quién fue capaz de hacer algo así? —preguntó impaciente.
—César.

Enzo volvió a quedarse en silencio, comprendiendo lo que aquello significaba, tanto para Julieta, como para el caso. Alargó la mano hasta la chica y la atrajo hasta él. Julieta se dejó envolver en el abrazo y entonces, sin saber muy bien por qué, rompió a llorar. Lloró por lo que le habían arrebatado. Por la infancia de su hija. Por su propia vida. Por la traición del que había creído su amor verdadero. Enzo no la soltó en todo el tiempo y se limitó a secar sus lágrimas.

—Lo siento tanto, Julieta —murmuró.

La joven no dijo nada y se quedó apoyada en su pecho, sabiendo que aquel era el único lugar en el que encontraría la paz. Enzo le acarició el cabello con cuidado, hasta que Julieta se calmó.

—Sé que necesitas que alguien esté contigo en estos momentos, pero debo marcharme urgentemente a comisaría a por una orden de detención. Ese miserable pagará por lo que ha hecho.

Julieta asintió y se separó de él.

—Aquí estás a salvo. Volveré en cuanto lo haya puesto entre rejas —dijo. Sin poder evitarlo, depositó un fugaz beso en los labios de la chica, repleto de dulzura. Cuando Julieta reaccionó, Enzo ya se había marchado.

* * *

Enzo no tardó en llegar a comisaría. Durante el camino había estado pensando en la manera de detener a César sin exponer la verdad sobre Julieta. No podían ir diciendo que la joven había vuelto a la vida y que recordaba que César la había asesinado o se convertiría en un conejillo de indias de algún laboratorio. Eso, en el hipotético caso de que alguien los creyera. Finalmente, había llegado a la conclusión de que la mejor manera de cerrar el caso era señalar a César como principal sospechoso atendiendo a que encajaba perfectamente con el perfil del asesino. Diestro. Medía más de un metro noventa y residía en el pueblo en el momento de todos los asesinatos. Vivía cerca del balneario y podía acudir al lugar del crimen sin necesidad de vehículo. Además, había flores de almendro entre el bosque y el cementerio. Todos los indicios apuntaban a él. De hecho, ahora que lo sabía, se preguntaba cómo era posible que lo hubieran descartado tan deprisa. Se habían basado en una coartada de treinta años atrás, que bien podría haber sido falsa y lo habían dejado de lado. Chasqueó la lengua, sintiéndose imbécil y llamó a la puerta de

la directora de la comisaría.

—Buenos días, Barese —dijo la mujer, levantando la vista de unos informes.

—Directora, tengo a un sospechoso. Necesito una orden de detención.

—De eso quería hablarte precisamente. Siéntate. —Enzo obedeció, sin poder ocultar su impaciencia—. Tal y como te comenté, un par de oficiales han estado revisando los datos de los habitantes de Lagarza con antecedentes. Tan solo hay tres que midan alrededor de un metro noventa. Y tan solo uno que encaja con la edad que podría tener nuestro asesino.

—César Dávalos —adivinó.

—En efecto. Aquí tiene la orden —dijo la directora, tendiéndole el papel—. Recuerde, Barese —dijo antes de soltar el folio—. Este hombre es inocente hasta que se demuestre lo contrario. Tan solo tenemos indicios, pero ninguna prueba lo señala como el autor material de los crímenes.

Enzo se mordió la lengua y asintió. Él sí que estaba seguro de su culpabilidad. En cuanto lo tuviera en la mesa de interrogatorios se aseguraría de hacerle confesar. Costara lo que costara.

—Será mejor que envíe a un par de agentes a buscarle, no vaya a hacer usted alguna tontería —añadió la mujer, leyendo la sed de venganza en los ojos de Enzo.

* * *

La luz de la sala de interrogatorios era lúgubre y las paredes eran de color gris hormigón. Tan solo había una mesa y tres sillas metálicas que parecían diseñadas para ser lo más incómodas posible. Estaba claro que la sala estaba minuciosamente pensada para hacer confesar a los culpables cuanto antes. Sin embargo, César Dávalos parecía tranquilo en aquella silla que parecía diminuta bajo su enorme cuerpo.

Ya era bien entrada la tarde cuando al fin dejaron entrar a Enzo a la sala. El inspector estaba impaciente. Había pasado toda la mañana dando vueltas en su despacho, hasta que había visto entrar al sospechoso por la puerta de la comisaría. Habían cruzado una mirada cargada de malas intenciones, pero ninguno había dicho nada. Después, aún le habían hecho esperar toda la tarde con la excusa de que el acusado necesitaba un abogado antes de declarar.

Cuando entró en la sala, César clavó sus ojos oscuros en los de Enzo, que le sostuvo la mirada en lo que parecía un pulso de voluntades.

—Buenas tardes —dijo finalmente el inspector, tratando de mantener las

formas cuando lo que le hubiera gustado hubiera sido abalanzarse sobre aquel hombre para vengarse de Julieta, de Mateo y de todas las otras almas inocentes que se había llevado a su cementerio—. Soy el inspector Barese, aunque supongo que eso ya lo sabe.

—¿Puedo saber de qué se acusa a mi cliente? —dijo una voz al lado de César. Entonces, Enzo reparó en que había alguien más en la sala. Se trataba de una mujer robusta de aspecto germánico, con el cabello rubio recogido en un moño tirante y con unos pequeños ojos claros que parecían tener una vasta experiencia en ese tipo de situaciones.

—Es el principal sospechoso de la muerte de cuatro jóvenes y un agente de policía. Si me disculpa, señora... —dejó la frase inacabada, para darle a la mujer la oportunidad de presentarse.

—Martens.

—Muy bien, señora Martens, las preguntas las haré yo a partir de ahora. Le pido que no interfiera en este interrogatorio si no es estrictamente necesario —espetó, para dejarle claro que, a pesar de la juventud que aparentaba no era ningún policía pueril al que pudiera amedrentar con sus incisivas cuestiones. La mujer frunció los labios en una línea, dejando clara su frustración, pero no dijo nada más.

—No he hecho nada de lo que me acusa, inspector —repuso César con una voz gutural que le pareció la de una bestia.

—Entonces, ¿podría decirme qué hacía ayer merodeando alrededor del balneario?

Enzo sonrió con satisfacción para sus adentros cuando vio que el rostro de César se tornaba aún más macilento de lo habitual. Estaba claro que no podía contestar que había ido a ver a su difunta esposa que resultaba haber resucitado. Su abogada y todo aquel que lo escuchara lo tomarían por loco.

—Salí a dar un paseo —mintió.

—Oh, y ya que estaba por ahí, decidió acercarse a Elena Guzmán —prosiguió con ironía—, la joven a la que el asesino estuvo persiguiendo hace apenas unos días, la misma noche en la que mató al agente de policía.

—Yo no le hice nada a ese policía, ni a la chica.

—¿Niega haberse acercado ayer a ella?

César lo fulminó con la mirada, sabiendo que no podía contradecir la palabra de dos personas.

—No. —La abogada se volvió hacia su protegido con gesto severo, como

si se hubiera sentido engañada. Probablemente, César le había ocultado aquella información en su versión de los hechos.

—¿Y para qué se acercó a una joven en un parking en mitad de la noche?

—Tan solo quería preguntarle la hora.

Enzo tuvo que aguantar una carcajada, sabiendo que César mentía descaradamente y que le resultaría obvio a cualquier juez.

—¿Sabe lo que creo yo? Creo que se acercó para terminar lo que había empezado.

—¡No! —gruñó, perdiendo los nervios.

—¿Dónde estaba la noche en la que asesinaron a Mateo?

—Estaba en casa.

—¿Hay alguien que pueda corroborar lo que dice?

—No.

—Entonces no tiene coartada para esa noche. ¿Y que estaba haciendo cuando asesinaron a Lorena y Beatriz?

César negó con la cabeza.

—Mi cliente es un hombre solitario, que no tenga coartada para las noches de los asesinatos no prueba nada —intervino la abogada.

—Sí que tengo coartada para la noche que asesinaron a mi mujer. No puede acusarme de todo esto sin pruebas.

—Lo cierto, César, es que su coartada de hace treinta años no me resulta del todo creíble. Demasiados indicios apuntan hacia usted.

—Usted mismo lo ha dicho, inspector. Está hablando de indicios, no de pruebas. ¿Qué prueba tiene en firme para acusar a mi cliente?

—El juez ya decidirá si todos los indicios se pueden considerar o no una prueba —replicó molesto—. La cuestión, César, es que la persona que mató al agente de policía media más de metro noventa. ¿Y adivine? En todo el pueblo tan solo hay un hombre con antecedente que cumpla con ese requisito y que además tenga la edad suficiente para haber cometido los delitos del 88 y de la actualidad.

—Es posible que el asesino sea un individuo sin antecedentes —insistió la mujer.

—Sí, es posible —admitió Enzo—, pero probablemente no tenga un acceso al bosque y al balneario tan directo como el señor César Dávalos —añadió, con la palabra señor todavía envenenándole la lengua.— Y seguramente, tampoco tenga flores de almendro tan fácilmente al alcance como

el acusado, que tan solo tenía que recogerlas de la salida del cementerio para colocarlas en el lecho en el que después depositaba a sus víctimas.

—No tengo ningún motivo para matar a esas mujeres. Una de ellas era mi esposa, por el amor de Dios —contestó César, ofendido.

—Un enfermo no atiende a razones —soltó Enzo, clavando sus ojos verdes en él.

—Le pido que guarde las formas, inspector —advirtió la abogada. Justo en ese momento, el teléfono móvil de la mujer interrumpió la tensa situación—. Es un asunto urgente. —La señora Martens se levantó y con una disculpa salió de la sala.

Enzo y César se quedaron por fin solos y el inspector respiró aliviado de poder desechar la careta de formalidad que tenía que adoptar frente a la abogada.

—Ambos sabemos que fuiste tú, César. Si confiesas, quizá el juez te conceda algún trato de favor en prisión.

—Nunca podrás probarlo —dijo el hombre, sabiendo de sobra que las cámaras que los grababan no registraban lo que decían. No era la primera vez que estaba en una comisaría.

—Julieta lo recuerda todo.

—Sí, y para contar la verdad tendría que exponerse y decir lo que es.

Enzo apretó los puños para evitar estampar uno de ellos en la cara de su interlocutor.

—Si es necesario, lo hará —mintió, sabiendo que jamás permitiría que Julieta corriera el peligro de exponerse.

El rostro de César perdió aún más color y tragó saliva.

—Créeme, lo mejor que puedes hacer es confesar —insistió.

—Lo único que quieres es que me encierren para poder seguir embaucándola con tus encantos —Enzo lo miró sorprendido—. Os vi en el cementerio —aclaró.

—Lo tuyo es enfermizo. ¿Cómo pudiste matarla y ahora sentirte celoso?

—Nunca dejé de amarla.

—Tienes una curiosa manera de demostrarlo. Consulta lo que te he propuesto con la almohada. Mañana volveré. Si confiesas, le hablaré al juez en tu favor —dijo, aunque en el fondo sabía que jamás diría algo bueno de aquel espécimen.

Cuando Enzo salió de la sala de interrogatorios, se cruzó con la abogada,

que había terminado de hablar por teléfono.

—Hemos acabado por hoy, señora Martens. Mañana por la mañana volveré a hablar con el acusado. Por el momento, pasará la noche en el calabozo de manera preventiva.

* * *

Enzo entró en su apartamento sin estar muy seguro de lo que le contaría a Julieta. Sí, César estaba detenido, pero no estaba tan claro que pudiera probar su culpabilidad, a no ser que finalmente se decidiera a confesar pensando que el juez le concedería alguna ayuda. Cuando entró, la casa estaba a oscuras. Encendió la tenue luz de pie situada en un rincón del salón y descubrió a Julieta durmiendo en el sofá, con el cabello aún mojado, probablemente de una ducha, y recubierta en una fina manta, con aspecto de estar descansando profundamente por primera vez en días. Enzo se acercó y le cubrió el hombro destapado con cuidado. Sin embargo, el simple roce de su mano hizo que la chica despertara. Lo estudió unos instantes con sus grandes ojos avellana, intentando descifrar cómo había ido todo, pero Enzo se esforzó por ocultarlo tras una sonrisa.

—¿Has cenado? —preguntó él.

—No, te estaba esperando. He preparado una tortilla.

—Muchas gracias.

Fueron a la cocina en silencio y Enzo tuvo que evitar que su vista se deslizara por las piernas de la chica, apenas ocultas tras la camiseta que le había prestado el día anterior. El inspector puso la mesa mientras ella calentaba la cena. Cuando se sentaron a la mesa, el silencio a su alrededor se tornó aún más denso.

—¿Vas a contarme cómo ha ido? —preguntó la joven finalmente.

—César está detenido. Estamos a la espera de que confiese. Si no, tendrá que ser el juez quien decida si los incididos se pueden considerar o no pruebas en su contra.

Julieta asintió y continuó comiendo. Poco después, volvió a levantar la mirada para encontrarse con los ojos preocupados de Enzo.

—Sé que no lo dejarán libre, Enzo —le dijo, convencida.

—Espero que tengas razón, si no... No sé lo que sería capaz de hacer si lo veo por el pueblo.

Julieta recorrió la mesa para encontrarse con su mano y la apretó cariñosamente.

—Tú no eres como él. Encontraremos la manera de que pague por lo que ha hecho sin que nadie se ensucie las manos.

Terminaron de cenar y Julieta se dirigió a la habitación. Cuando aún no se había metido en la cama, llamaron a la puerta.

—¿Puedo pasar? Necesito darme una ducha y tengo mis cosas aquí.

—Sí, por supuesto, estás en tu casa —se apresuró en contestar mientras le abría la puerta—. Disculpa, he sido muy desconsiderada. No he pensado en... —balbuceó.

Enzo no pudo evitar sonreír ante su nerviosismo.

—Tranquila, seré rápido.

Enzo se encerró en el baño y Julieta intentó dejar la mente en blanco mientras oía el agua correr al otro lado de la pared. Cuando escuchó el silencio supo que había terminado y se puso en pie de un respingo, tensa. Enzo salió del baño con unos pantalones de chándal, una camiseta blanca y el pelo mojado, que aún se estaba secando con la toalla. Julieta se ruborizó al verle con menos ropa de lo habitual y rezó porque él no fuera capaz de escuchar los acelerados latidos de su corazón.

—¿Estás bien? Supongo que ha sido un día complicado —preguntó él, malinterpretando su nerviosismo.

—Sí, sí —se apresuró en contestar—. Aunque no te lo creas, saber la verdad me deja más tranquila. Ahora sé que estoy fuera de peligro.

—Por supuesto —dijo, acercándose hasta donde ella se encontraba—. No permitiré que nada malo te pase, Julieta —dijo, acariciando su cabello aún húmedo. La joven alzó la mirada hasta encontrarse con sus misteriosos ojos verdes. Julieta no pudo evitar que su mano se deslizara hasta el brazo de Enzo, que le resultó fresco al tacto.

Enzo se agachó ligeramente hasta ella y, cuando estaba a punto de besarla, Julieta lo detuvo poniendo una mano en su pecho.

—Debíamos mantener las distancias, ¿recuerdas? —murmuró a escasos centímetros de sus labios en un susurro que casi hizo enloquecer a Enzo.

—Supongo que podemos dar por concluido el caso, señorita Abellán. Mi trabajo ya no es un impedimento... —ronroneó.

—¿Y qué hay de su coraza contra las mujeres, inspector?

—Asumiré el riesgo —murmuró, un segundo antes de besarla. Julieta supo que esta vez Enzo no se detendría. La besó apasionadamente, sosteniéndola con fuerza entre sus brazos. Primero, acabaron arrinconados contra una de las

paredes de la habitación, para, sin saber muy bien cómo, terminar tumbados en la cama presos de un remolino de besos y caricias. Julieta le quitó la ropa con urgencia, en cambio, Enzo pareció paladear el momento con más calma, como si hubiera estado esperando ese instante demasiado tiempo como para malgastarlo.

—No sabes cuánto he deseado esto —murmuró contra su cuello. Julieta no pudo más que suspirar y apretarlo contra su cuerpo con más fuerza. No podía articular ni un solo pensamiento coherente. Y así, hicieron el amor por primera vez, incapaces de separarse el uno de los brazos del otro. Incapaces de imaginar el peligro que se cernía sobre ellos.

* * *

—¿Por qué crees que lo hizo? —Julieta movió la cabeza que tenía recostada sobre el pecho de Enzo para poder mirarle a los ojos.

—¿El qué? —murmuró él, abrazándola ligeramente entre las sábanas que acababan de ser testigos de su pasión.

—Acabar con mi vida.

—Supongo que un loco no necesita motivos —contestó, depositando un suave beso sobre su frente.

—No sé, Enzo. Creo que hay algo que se nos escapa. La noche en la que me asesinó, recuerdo que no paraba de decirle a César lo deplorable que era lo que había hecho. No tengo ni idea de a qué me refería, pero cuando amenacé con ir a las autoridades fue cuando lo hizo.

—¿Quieres decir que estaba cometiendo algún delito y lo descubriste? ¿Por eso te mató?

—Eso creo. Yo misma mencioné que lo que había hecho era un delito.

—¿Y no recuerdas de qué se trataba?

Julieta se encogió de hombros y negó con la cabeza.

—No importa, lo averiguaremos pronto —le aseguró él, estrechándola de nuevo entre sus brazos y resiguiendo la línea desnuda de su espalda. No podía evitar sentir que debía protegerla aunque le costara la vida y fue en aquel preciso instante cuando comprendió que estaba enamorado por primera vez en su larga existencia. Eso tenía que ser lo que los eruditos de todas las épocas denominaban amor verdadero. Julieta observó maravillada los ojos verdes de Enzo que ahora en vez de distantes le parecían cálidos e íntimos. Incapaz de resistirse a lo que sentía, lo atrajo hacia ella. Enzo cerró los ojos y sintió el sabor dulce de sus labios, aún enrojecidos por la pasión de sus besos. Julieta

escuchó la respiración entrecortada de Enzo bajo sus labios y supo que él se sentía igual de abrumado que ella por aquel torbellino de sentimientos que crecía en su interior. Esta vez hicieron el amor pausadamente, disfrutando de cada momento, de cada caricia, de cada abrazo.

* * *

Julieta se despertó en medio de la noche, todavía con los brazos de Enzo rodeando su cuerpo desnudo. Se escabulló como pudo de su abrazo para ir al baño y al levantarse comprobó que la luz de la luna todavía bañaba la estancia con una aura casi mágica. Lo miró unos instantes, todavía sin poder creer lo que había sucedido entre ellos. Por primera vez, tuvo la sensación de que Enzo descansaba plácidamente y no pudo creer lo perfectas que eran sus facciones relajadas. Entonces, la luna posó su luz caprichosamente sobre la mesita de noche, haciendo que una pequeña llave brillara por encima de todo lo demás. Julieta se acercó sigilosamente y la tomó entre sus dedos, analizándola. Sí, era la llave que le había visto colgada del cuello la otra noche. Probablemente, la misma llave que abría la misteriosa puerta metálica que se encontraba al fondo del pasillo. Una voz en su interior le gritó que no lo hiciera, que dejara la llave donde estaba y no indagara en la intimidad de Enzo. Sin embargo, la curiosidad era demasiado fuerte. ¿Qué clase de secreto querría ocultar alguien bajo llave en su propia casa? Finalmente, escuchó la voz maliciosa que pedía respuestas. Recogió su camiseta prestada del suelo para vestirse y salió de la habitación cerrando la puerta con cuidado. Recorrió a tientas el pasillo, sin atreverse a encender la luz por miedo a ser descubierta. Cuando llegó a la puerta, la tocó con cuidado en busca de la cerradura. El tacto era rugoso, como si nadie se hubiera tomado la molestia de pulir nunca el metal. Colocó la llave en el hueco de la cerradura y cerró los ojos con fuerza al escuchar el ruido metálico que produjo al abrirse. Deseó con todas sus fuerzas que Enzo no hubiera sido capaz de escucharlo desde la habitación. Se coló dentro de la estancia y la envolvió un aire helado. Allí adentro no había calefacción. Buscó una luz a ciegas y encontró un hilo colgando del techo. Tiró de él y se encendió una vieja bombilla que apenas lograba iluminar aquel lóbrego lugar. Se trataba de una especie de despacho claramente anticuado, con un escritorio que debía de tener más de un par de siglos y un viejo sillón que no aparentaba tener menos. Las paredes estaban forradas de estanterías repletas de libros viejos en varios idiomas, pero sobre todo en italiano. Frente al escritorio se encontraba un mural con varios recortes de periódicos y enciclopedias. Julieta sintió una

nausea al ver una fotografía suya colgada con un interrogante debajo. ¿Qué quería decir aquello? ¿Enzo la había estado investigando en secreto? Sin embargo, su atención pronto se dirigió a un par de fotografías en blanco y negro que debían de ser de los años cincuenta. Abrió mucho los ojos al reconocer a Enzo en ambas instantáneas. No tenía el cabello corto como ahora, sino que lo llevaba algo más largo peinado hacia atrás con brillantina y vestía un traje de la época. Un poco más abajo, descubrió otra fotografía, esta todavía más antigua. Quizá dataría de los años veinte. Aunque más desdibujado por la mala calidad de la imagen, también pudo reconocer aquí al inspector, con el mismo aspecto y juventud que lucía ahora. ¿Qué significaba aquello? ¿Acaso Enzo no envejecía? Descubrió un viejo cuaderno sobre el escritorio y lo abrió con manos temblorosas, temiendo qué más cosas extrañas podría descubrir allí adentro. Lo primero que encontró fue una partida de nacimiento a nombre de un tal Enzo Pedemonte, que databa de 1757 y había sido emitido en la ciudad de Génova. No era posible. ¿Se trataba del mismo Enzo con el que había pasado la noche? No. No podía ser. Habían pasado más de doscientos años. Además, el apellido no coincidía. Quizá se tratara de algún familiar. Puede que Enzo tan solo estuviera elaborando un árbol genealógico de su familia. Pero entonces, ¿qué eran aquellas fotografías? Posiblemente también se tratara de algún familiar con el que tenía un parecido asombroso, se dijo, intentando racionalizar la situación. Pero si era todo tan normal y fácil de explicar, ¿por qué tenerlo oculto bajo llave? Pasó una página y descubrió un certificado de defunción a nombre del mismo Enzo Pedemonte, que databa de 1787. Tragó saliva al comprobar el lugar de la muerte y sepultura de aquel hombre. Lagarza. ¿De todos los lugares de mundo, por qué aquel hombre había muerto en un recóndito pueblo de España? Pasó una nueva página, a sabiendas que, por mucho que se lo negara a sí misma, Enzo le había estado ocultando un gran secreto, aunque aún no lograra comprender cuál. Encontró más fotografías de distintas épocas y esta vez no pudo negar lo evidente. Enzo era el mismo hombre que aparecía en todas ellas. ¿Acaso Enzo era inmortal? Después encontró multitud de certificados de nacimiento y defunción, con un espacio de tiempo de treinta años cada uno. Todos a nombre de Enzo, pero con distintos apellidos. ¿Significaba eso que Enzo Barese era el mismo Enzo Pedemonte de 1787? Se dejó caer en la silla, tratando de asimilar todo aquello.

—¿Qué haces aquí? —la voz a sus espaldas hizo eco en aquella vieja sala

y Julieta dio un respingo. La joven miró a Enzo durante unos largos segundos, sin saber qué decirle.

—¿Quién eres? —logró preguntar con un hilo de voz.

—¿Cuánto has visto?

—Lo suficiente.

Enzo cerró los ojos, maldiciéndose a sí mismo por su descuido. Jamás debería haberse quitado la llave del cuello, pero ahora ya era demasiado tarde para lamentos.

—¿Tu verdadero nombre es Enzo Pedemonte?

—Sí —contestó, sabiendo que negar la verdad tan solo empeoraría las cosas. Ya había pasado por ello con anterioridad.

—¿Cuántos... cuántos años tienes?

—Treinta.

—No te pregunto físicamente.

—Entonces, cronológicamente, supongo que 262 años.

—¿Cómo...? ¿Cómo es posible? ¿Eres inmortal?

—Tan solo soy como tú —contestó.

—No te entiendo.

—Me asesinaron en 1787, Julieta. Y resucité en 1898.

—¿Estuviste 111 años muerto? —preguntó con incredulidad—. ¿Cómo es posible?

—Sé poco más que tú al respecto, aunque he investigado un poco y...

—¿Cómo has podido? —lo cortó, asimilando lo que aquello significaba—. ¡He pasado todos estos meses sintiéndome una apestada, pensando que te daba asco por lo que era! ¡Y resulta que somos lo mismo! ¿Cómo has podido ocultarme la verdad? —exclamó, con lágrimas en los ojos.

—Lo siento, Julieta, pensé que no estarías preparada... —repuso él, poniéndole una mano sobre el brazo—. No es fácil comprenderlo y...

—¡No me toques! —gritó.

—Julieta, por favor, escúchame.

—No quiero escucharte, Enzo. Has tenido meses para contármelo y has esperado a que te descubriera en medio de la noche, entrando en esta sala como una vulgar ladrona. Sabía que ocultabas algo, pero, ¿esto?

—Lo siento, no quería hacerte daño.

—Es demasiado tarde para eso. Llévame a casa.

—No. El pueblo es peligroso...

—El asesino está entre rejas, estaré a salvo en la posada. ¿sabes qué? No importa, iré en autobús.

—No, está bien —accedió abatido—. Te llevaré hasta allí si eso es lo que quieres.

CAPÍTULO 22

5 de marzo de 2019

Apenas estaba amaneciendo cuando Enzo y Julieta llegaron a la posada. Una fina lluvia mojaba las calles de Lagarza, ensombreciendo el día y el ánimo. El inspector detuvo el coche lo más cerca que pudo de la puerta para evitar que la joven se mojara. Ella abrió la puerta sin intención siquiera de despedirse.

—Julieta, espera —dijo él, deteniéndola por la mano. La chica la apartó, como si su tacto la hubiera quemado como un hierro candente.

—No me llames, Enzo. No quiero volver a verte —dijo fríamente.

Enzo sintió un nudo en la garganta y el sonido de la puerta del coche cerrándose con un golpe seco hizo que sintiera un vacío inmenso en el pecho. Tanto, que creyó que algo se había roto en su interior. Se agarró al volante y trató de contener las lágrimas, sintiéndose un miserable por haberle ocultado la verdad, por no haber confiado en ella, por haber permitido que el miedo se apoderara de sus actos. Ahora la había perdido para siempre. Tomó aire y, unos minutos después, encendió el motor del coche. Se alejó de la posada sin saber que tardaría meses en volver a verla.

* * *

La sala de interrogatorios era exactamente la misma que el día anterior, pero a Enzo le pareció más oscura y asfixiante. No se sentía con ánimo para interrogar a César. Aquella cita era crucial y después de la discusión con Julieta no estaba centrado. Sin embargo, no tenía elección. Debía comportarse como un profesional y encerrar a ese criminal para siempre, independientemente de cómo se sintiera. Ahora comprendía más que nunca por qué siempre se pedía al cuerpo policial que no se implicara emocionalmente en los casos. Sus sentimientos no podían hacer más que entorpecer sus pensamientos y obstruir el camino hacia sus objetivos. Respiró profundamente y transformó su semblante abatido en el del frío inspector que amedrentaba a los acusados con el brillo analítico de sus ojos verdes y entró en la sala. Se encontró con un César que tenía aspecto de haber pasado una mala noche. Su

cabello estaba enmarañado y unas oscuras ojeras adornaban la parte inferior de sus ojos negros. Al verlo entrar, le dedicó una mirada de desprecio. La abogada, a su lado, no parecía estar mucho más contenta con la presencia de Enzo. “Parece que hoy no soy bienvenido en ningún sitio”, pensó para sus adentros. Se sacudió rápidamente aquel pensamiento negativo de la cabeza y tomó asiento frente al acusado.

—¿Y bien? ¿Ha reflexionado sobre nuestra conversación de ayer, señor Dávalos?

César levantó la vista de la mesa metálica y la depositó sobre el inspector, con aspecto cansado.

—Quiero saber qué diferencia supondría confesar.

La abogada se movió a su lado claramente incómoda ante la confesión velada de su cliente.

—Si no confiesas y el juez decide que eres culpable, probablemente no vuelvas a ver la luz del sol. En cambio, si reconoces tu culpabilidad, quizá te caigan unos veinte años y con suerte podrás vivir el final de tu vida en libertad, lejos de la cárcel.

—Para entonces seré un viejo decrepito —gruñó.

—Puede, pero disfrutarás de una plácida vejez, que ya es más de lo que le concediste a tus víctimas.

César apretó los labios, analizando sus posibilidades. La abogada le había aconsejado que no reconociera los hechos, que no tenían pruebas reales contra él. Sin embargo, él sabía que era culpable, sabía lo que había hecho y estaba seguro de que aquel hombre que tenía en frente no descansaría hasta inculparle y meterlo entre rejas. Lo sentía en sus entrañas.

—Está bien. Confesaré —terminó diciendo con voz queda.

Enzo hizo una señal a través del espejo para que entrara un oficial a registrar la confesión. El joven, que parecía algo inseguro, le recordó a Mateo y sintió una punzada de dolor al recordarle. El chico empezó a grabar.

—Adelante —dijo cuando el dispositivo estuvo listo.

—César Dávalos, ¿confiesa usted la autoría de los crímenes contra Julieta Abellán, Annie Wilson, Lorena Ibáñez, Beatriz Montes y el agente Mateo García, que terminaron con la vida de todos ellos?

—Sí, lo admito —dijo con voz ronca. La señora Martens lo miró con disgusto, pero no interrumpió, consciente de la formalidad de aquel momento.

—¿Por qué asesinó a su primera víctima, su mujer, Julieta Abellán, la

noche del 1 de agosto de 1988?

—Habíamos discutido —murmuró, incapaz de sostenerle la mirada a Enzo.

—¿Por qué motivo discutieron? —inquirió Enzo, deseando descubrir cuál era el secreto tan oscuro que había llevado a Julieta a la muerte.

—Ella descubrió... —César miró con inseguridad hacia su abogada, que le devolvió la mirada desconcertada—. ¿Puedo hablar a solas con mi abogada un momento?

—Está en medio de una confesión, César. Creo que ya ha tenido tiempo suficiente para eso.

César se acercó al oído de su abogada y le susurró unas palabras que a Enzo le fueron ininteligibles. A pesar del acto de desacato, el inspector no dijo nada y se concentró en el rostro de la abogada, que parecía sorprendida.

—Ese delito ha prescrito —le anunció a su cliente con voz clara. César pareció aliviado.

—¿De qué delito estamos hablando ahora? —preguntó Enzo, irritado.

—Del que descubrió Julieta —anunció César.

—¿Y en qué consistía exactamente?

—Verá, en aquel momento necesitaba dinero. Habíamos tenido una niña y los gastos familiares habían incrementado. Con lo que yo ganaba en el cementerio y lo poco que le pagaban a Julieta en el balneario, me vi obligado a aceptar trabajos algo... turbios.

—¿Puede ser más concreto?

—En mis ratos libres acepté trabajar para la familia que regentaba el balneario, en concreto para el señor Carlos Fuertes, el director del negocio. Al principio, eran trabajos de mantenimiento bastante simples. Sin embargo, un día, el señor Fuertes me llamó a su despacho a una avanzada hora de la tarde. Yo acudí, pensando que me pediría alguno de sus trapicheos sin importancia, pero no fue así. Antes de contarme nada, me prometió una elevada suma de dinero por mi silencio y por mi colaboración. Desesperado como estaba, acepté. Fue entonces cuando me contó lo de sus experimentos.

A Enzo le costaba seguir la historia.

—¿De qué experimentos está hablando?

—A pesar de haberse visto atrapado en el negocio familiar, el señor Fuertes tenía una fuerte vocación científica. Revisando los antiguos libros de cuentas y los primeros planos del edificio, que databan de siglos atrás,

descubrió que bajo el balneario se encontraban unas antiguas aguas termales a las que se habían asignado propiedades curativas —Enzo arqueó una ceja, pero no interrumpió el relato—. Incluso decían que si se bañaba a los muertos en esas aguas, volvían a la vida para siempre.

El inspector se puso tenso al escuchar aquella historia. ¿Sería aquel el motivo por el que él y Julieta estaban vivos después de todo?

—No sé si le estoy comprendiendo, señor Dávalos. ¿Qué tiene que ver esto con usted y con los asesinatos?

—Déjeme terminar y lo entenderá. Cuando el señor Fuertes descubrió las aguas, me pidió que le proporcionara cuerpos recientes de mi cementerio.

Enzo abrió la boca estupefacto.

—¿Se dedicaba a robar cadáveres para el director del balneario? —preguntó, incrédulo.

—Eso es. Pagaba muy bien y eso era todo lo que me importaba. Así pasaron meses y por fin pude darle a mi familia algo de comodidad. Sin embargo, yo ya no era el mismo. Aunque no lo crea, no me gustaba hacer aquello. Me sentía sucio y mi relación con Julieta se fue deteriorando. Mi mujer empezó a sospechar que le ocultaba algo y, al ver que muchas noches las pasaba fuera, pensó que tenía una amante. Una de aquellas noches, me siguió. Supongo que hubiera preferido verme en brazos de otra mujer que descubrirme desenterrando cuerpos sin vida de mi propio cementerio. Tuvimos una fuerte discusión y se marchó de casa la noche del 31 de julio. Le conté lo sucedido al señor Fuertes y probablemente aquel fue el mayor error de mi vida. El director me pidió que me encargara de mantener en silencio a mi esposa, costara lo que costara. No le comprendí del todo hasta que, cuando estaba a punto de abandonar su despacho, me dijo: *haz lo que sea necesario, César, incluso si conlleva hacerla callar para siempre*. Recuerdo la mirada de indignación que le lancé y antes de que pudiera rechistar, me amenazó con exponer lo que había estado haciendo durante todo aquel tiempo, asegurándome que iría a la cárcel por robar cuerpos. Me dijo que él se encargaría de calmar a Julieta para que estuviera más receptiva, supongo que se refería a alguna droga. En aquel instante supe que estaba atado de manos y que la única solución era hacer que mi mujer compartiera mi secreto y no se lo contara a nadie. Aquella misma noche fui a buscarla a la salida del trabajo para hablar con ella, pero no atendía a razones. Conociendo que quizá tendría que llevar la situación a un extremo, le sugerí entrar en el bosque. Sabía que la naturaleza la calmaba y

ella accedió. Una vez dentro, intenté convencerla de que no dijera nada, pero no paraba de amenazarme con ir a las autoridades. Conocía a mi esposa y sabía que su código ético no la dejaría guardar un secreto como aquel, pero tenía la esperanza de que pudiera hacerlo por amor. Sin embargo, no fue así y, al ver su reticencia, me vi obligado a...

—Dígallo —le instó Enzo, con la sangre hirviendo en sus venas.

—Me vi obligado a matarla.

Se hizo un silencio en la sala que duró casi un minuto, sin que nadie se atreviera a romper aquel clima denso y oscuro. Finalmente, cuando Enzo se recuperó de la narración, volvió al ataque.

—¿Y por qué todo aquel ritual de las flores y el maquillaje?

—Aunque no lo crea, yo la amaba. —Enzo negó con la cabeza, indignado. Estaba harto de oír a asesinos y maltratadores asegurar ese tipo de cosas, cuando en realidad no tenían ni idea de lo que era el amor—. No quería matarla, pero me vi obligado a ello, así que decidí darle un lugar hermoso, repleto de las flores de almendro que tanto le gustaban y despedirla destacando toda su belleza. —Enzo lo miró con disgusto, intuyendo en aquello un comportamiento que rozaba lo psicópata.

—¿Y las demás chicas? —cuestionó entonces, con el estómago revuelto, incapaz de seguir escuchando cómo hablaba de Julieta.

—Eso fue distinto. Con la muerte de Julieta, el señor Fuertes me tenía aún más atado en corto. Estaba obligado a hacer todo cuanto me pidiera, si no, revelaría al mundo que yo era un asesino.

—¿Fue él quien le pidió que matara a Annie Wilson?

—Sí. Me consta que el señor Fuertes había pagado una buena suma de dinero a la policía y a los medios de entonces para que sus informes y noticias alrededor del asesinato fueran laxos e incompletos. —Enzo entendió entonces por qué los archivos policiales eran tan superficiales—. Sin embargo, esa pequeña metomentodo averiguó más de la cuenta. El director me pidió que la quitara de en medio para evitar que nos expusiera a todos.

—Y decidió seguir el mismo ritual, por llamarlo de algún modo —afirmó Enzo.

—En realidad, fue idea del señor Fuertes. Dijo que si la gente creía que había un asesino en serie, nadie pensaría que había unos motivos ocultos tras las muertes y que nadie sospecharía de nosotros.

—Y me temo que así fue durante años —gruñó Enzo, más para sí mismo

que para el acusado—. ¿Qué pasó después?

—El señor Fuertes pensaba que nos habíamos arriesgado demasiado. Sus experimentos con los cadáveres habían resultado completamente infructuosos y empezó a creer que quizá la leyenda del balneario no fuera cierta. Para no levantar más sospechas, decidió tapiar las supuestas aguas mágicas y abandonar su investigación.

—¿Y por qué una nueva oleada de crímenes ahora? ¿Quizá el señor Fuertes haya decidido reabrir su macabra investigación?

—Me temo que eso no es posible —contestó César—. El señor Fuertes murió hace un año.

Enzo lo miró desconcertado.

—Si el señor Fuertes murió hace un año, ¿por qué mató usted a Lorena y Beatriz?

CAPÍTULO 23

10 de noviembre de 2018. Unos meses antes.

Magda se miró en el espejo y se dedicó una sonrisa de satisfacción. Llevaba su larga melena oscura recogida en un bonito peinado con ondas al agua que le habían hecho para la ocasión. Sus ojos azules brillaban especialmente aquella noche y destacaban junto a su vestido de gala azul marino, que dejaba al descubierto su espalda delicada y que denotaba su cuerpo perfectamente esculpido gracias a su entrenador personal.

Alguien llamó a la puerta y la distrajo de su visión. Se volvió y se topó con los ojos marrones de Javier, su marido. El hombre se acercó hasta ella con una sonrisa y la tomó por la cintura antes de depositar un beso sobre sus labios de color carmín.

—Estás espectacular —le dijo al oído. Aquellas palabras no hicieron más que hinchar un poco más su ego y le dedicó la mejor de sus sonrisas.

—¿Ya están todos los invitados abajo?

—Sí, te están esperando.

Magda asintió y tomó el brazo que le ofrecía su marido para bajar juntos la escalinata. Cuando llegaron al piso inferior, una multitud de invitados vestidos con smoking y trajes de noche los aguardaba expectante. Los recibieron con un aplauso y Magda hizo un gesto de reconocimiento con la cabeza. Empezó a saludar a varios de sus invitados más importantes y observó con complacencia cómo varios camareros empezaban a repartir exquisitos canapés y champán entre los asistentes.

—Es una fiesta magnífica —dijo un hombre de alrededor de setenta años con un enorme bigote, colocándose frente a ella. Era un viejo amigo de su padre. Magda le sonrió.

—Gracias, Amadeo. Quería que fuera un día especial.

—Después de la muerte de tu padre, esta familia necesitaba un poco de alegría. Me alegro de que hayas aceptado el cargo de directora, estoy seguro de lo harás tan bien o incluso mejor que tu padre.

—Soy consciente de que las expectativas son muy elevadas, pero haré

todo lo posible por estar a la altura de mi legado familiar.

—No me cabe duda de que lo harás.

Los invitados se fueron sucediendo a su alrededor durante toda la noche. Al contrario que muchos, Magda no se sentía incómoda siendo el centro de atención, sino al contrario. Disfrutaba con cada mirada de admiración, con cada palabra banal que alguien le dedicaba. Al cabo de un par de horas, entró un pequeño cuarteto de cuerda para amenizar la velada con algo de música, para el deleite de los allí presentes. Poco más tarde, Javier se acercó hasta ella para pedirle un baile y Magda aceptó encantada.

Se deslizaron por la zona que habían acondicionado como pista de baile y empezaron a moverse con lentitud al son de la melodía.

—Está siendo una noche perfecta, ¿no crees? —preguntó la mujer apoyada en su pecho.

—Desde luego, como todo lo que haces, ha sido un éxito. Ojalá mi empresa funcionara tan bien como tu balneario.

—Lo hará, Javier —le aseguró, alejándose ligeramente de él para mirarle a los ojos—. Es solo cuestión de tiempo.

—A veces siento que nunca va a despegar. Y lamento que la mitad de tu fortuna esté ahí atrapada.

—Entrar en la industria farmacéutica nunca es fácil, pero una vez nos establezcamos obtendremos grandes beneficios.

—Necesito dar con algo grande, algo que revolucione el mundo como lo conocemos.

—Estoy segura de que juntos lo lograremos —concluyó, depositando un suave beso en su mejilla. Sabía que su marido era un hombre ambicioso, pero nunca había tenido los suficientes recursos para triunfar. Sin embargo, ahora que se habían casado, Magda había invertido parte de su fortuna familiar en el negocio de su marido, del que estaba dispuesta a tomar las riendas si era necesario, como Javier le había sugerido alguna vez. “Estoy seguro de que tú lo harías mejor”, solía decirle.

* * *

La fiesta terminó más tarde de lo previsto, pero a nadie pareció importarle. Los invitados lo habían pasado en grande y la anfitriona estaba rebotante de alegría. Magda se dedicó a despedir a cada uno de los asistentes, colmándolos de atenciones. Cuando apenas quedaban un par o tres de invitados rezagados, Amadeo se acercó a ella con gesto solemne.

—Tu padre estaría orgulloso de esta fiesta, donde quiera que esté.

—Gracias, Amadeo —respondió ella con una sonrisa dulce.

—Eh... —El hombre titubeó unos instantes y le hizo un gesto a su intendente, que solía acompañarlo a todas partes. El joven se acercó presto y el viejo le susurró algo al oído. El chico se alejó rápidamente y volvió al cabo de escasos minutos, portando una vieja caja de madera entre las manos. Amadeo la tomó con cuidado y después se la tendió a Magda, que observó toda la escena con genuina sorpresa.

—¿Y esto, Amadeo?

—Es un regalo de Carlos. Tu padre me lo entregó antes de morir y me pidió que te lo entregara el día que anunciaras tu incorporación a la empresa como directora.

Magda apretó los labios conteniendo la emoción y asintió, incapaz de decir nada ante semejante sorpresa. Amadeo supo leer sus sentimientos y posó una de sus regordetas manos sobre el brazo de la mujer.

—Harás una labor magnífica al frente del balneario —concluyó el hombre.

Magda dirigió entonces su atención a la caja, sellada con un candado con tres números en los que era necesario introducir una combinación.

—¿Te dijo cómo abrirla? —preguntó dudosa.

—No. Dijo que tú lo sabrías.

Magda asintió de nuevo, sin comprender del todo lo que su padre podría haber ocultado en aquella caja. Siempre había sido un hombre distante y algo frío con su familia, pero para Magda había sido un referente, un hombre de negocios exitoso al que admirar y del que aprenderlo todo.

—Que termines de tener una buena velada, Magda —concluyó Amadeo, antes de dar media vuelta y alejarse seguido de su intendente.

* * *

El cabello de Magda caía ondulado sobre su espalda, ahora cubierta por un fino batín de seda que cubría uno de sus costosos camisones. Se encontraba sentada en su tocador, absorta en la caja cerrada que tenía frente a ella. Javier entró en la estancia, ya listo para dormir, y la miró con curiosidad.

—¿Qué haces? ¿Qué es esa caja?

—Es un regalo de mi padre.

—¿De Carlos?

—Sí. Me la dio Amadeo.

—¿Y por qué no la abres?

—No sé la combinación —murmuró con la voz apagada—. Lo he probado todo. El día de la inauguración del balneario, el número de calle donde se encuentra, la cantidad de piscinas de las que dispone...

—Quizá esos no fueran los datos más importantes para tu padre. — Magda se volvió hacia su marido con las cejas arqueadas—. ¿Has probado con tu fecha de cumpleaños?

—No... —Magda se giró de nuevo hacia la caja e introdujo la combinación 115. *11 de mayo*. Efectivamente, el candado hizo un pequeño sonido y se quedó laxo. La mujer lo retiró rápidamente y abrió la caja. Se encontró con un montón de papeles antiguos, que no logró entender al principio. Entonces, vio una carta a su nombre.

Querida Magda,

Si estás leyendo esta carta es porque yo ya no estoy en este mundo. Lo que te contaré en estas líneas quizá te sorprenda y espero que no me juzgues muy duramente por ello. Todo lo que he hecho ha sido con el fin de descubrir algo importante, algo que hiciera permanecer el nombre de la familia Fuertes para siempre.

No te pido que continúes lo que yo un día empecé. Es arriesgado y ni siquiera sé si realmente te llevaría a algo. Aun así, quiero darte la oportunidad de decidir. Siempre he confiado en tu instinto y en tus dotes empresariales y no te estaría contando todo esto si no te viera capaz de emprender esta causa.

Junto con esta carta, encontrarás una serie de documentos, que se inician alrededor del año 1800. En todos ellos se habla sobre unas aguas termales de propiedades curativas que se encuentran en el terreno de nuestro balneario. Cuando estos documentos cayeron en mis manos, en el año 88, decidí investigar al respecto y me llevé una gran sorpresa cuando descubrí unas piscinas muy antiguas escondidas en los subterráneos del edificio. Te estoy hablando de manantiales de siglos de antigüedad que nadie había visitado en años. Los acondicioné para su uso y empecé a investigar las aguas. Encontré componentes extraños en su composición, pero algunos de ellos no los conocía y, naturalmente, no podía pedir ayuda. No quería que nadie diera al traste con mi descubrimiento.

Continué leyendo documentación sobre esas aguas con tal de descubrir

algo más sobre ellas y di con una fuente que databa del siglo XV, en la que aseguraban que ese manantial era capaz de resucitar a los muertos. Al principio creí que se trataba de una simple leyenda, pero fui encontrando más referencias a sus propiedades mágicas. Concluí que no perdía nada por probarlo, así que contacté con el enterrador del pueblo y le pedí que me proporcionara algún cuerpo sin vida del que nadie notara la ausencia. Con los primeros nunca sucedió nada. Estaba a punto de tirar la toalla cuando uno de esos cadáveres tuvo un par de espasmos. En ese momento, supe que estaba más cerca. Sin embargo, Julieta Abellán, una trabajadora del balneario y Annie Wilson, una periodista, se inmiscuyeron en el asunto y descubrieron más de la cuenta. Tuve que pedirle al enterrador que se encargara de ellas. Y así lo hizo. Sé que mis actos fueron deleznable, pero tenía que proteger a esta familia. No podía permitir que descubrieran nuestro secreto y me enviaran a la cárcel. Logré ocultar todo el asunto, pero decidí no tentar más a la suerte. Ahora te toca a ti decidir si prefieres dejar las cosas como están, quemar esta carta e intentar olvidar los pecados de tu padre o, por el contrario, terminar lo que él un día empezó.

Te quiere,

Papá

Magda depositó la carta sobre el tocador con la mano muerta, como si fuera incapaz de comprender todo aquello de golpe y hubiera entrado en shock. No sabía qué pensar. Había admirado a su padre toda su vida, pero era consciente de que su progenitor había llevado a cabo alguna que otra acción deplorable a lo largo de su vida. No se amasa una fortuna así siendo honrado. De eso estaba segura. Sin embargo, lo que decía en aquella carta iba más allá de lo que jamás hubiera imaginado.

—¿Qué es eso? ¿Una carta? —preguntó su marido mirando por encima de su hombro. Al ver que su esposa no reaccionaba, depositó una mano sobre su hombro—. Magda, cariño. ¿Estás bien?

Después de unos largos minutos de silencio, en los que su mente hirvió con miles de ideas, la mujer pudo hablar de nuevo.

—Javier, creo que tenemos un proyecto para tu empresa. Y si sale bien, esta vez haremos historia.

CAPÍTULO 24

31 de diciembre de 2018

Magda estaba nerviosa. Las obras avanzaban más lentamente de lo debido. Había contratado a una empresa de construcción de confianza que le había asegurado discreción y llevaban algunas semanas intentando llegar hasta el manantial que su padre había tapiado treinta años atrás.

—Todo irá bien, cariño, es un plan perfecto —le susurró Javier al oído al verla tan tensa.

—No entiendo por qué van tan lentos. Cada día que pasan aquí nos arriesgamos a que alguien nos descubra. Y los inversores se están poniendo nerviosos.

Javier la miró unos instantes. Sabía que había más gente poniendo dinero en aquel proyecto, pero su mujer había sido bastante hermética al respecto y no sabía nada sobre ellos.

—Hacemos las obras por las noches y no hay casas cerca, ¿quién iba a ver nada? —dijo finalmente.

—No lo sé. Tengo la sensación de que alguna de las chicas empieza a sospechar que está pasando algo.

—No digas tonterías, venga, vamos a casa a cenar. Hoy es una noche especial, tenemos que tomar las uvas.

—No. Quiero quedarme.

Javier puso los ojos en blanco ante la testarudez de su esposa.

—Señora, creo que hemos encontrado algo —gritó uno de los trabajadores justo en ese momento. Magda se deshizo rápidamente del abrazo de su marido y acudió hasta el operario, un hombre horondo de alrededor de cincuenta años que parecía ser el capataz de la obra. Cuando llegó hasta él, Magda miró hacia donde señalaba su mano callosa y descubrió lo que parecía la esquina de una vieja piscina de piedra.

—Sí. Tiene que ser —confirmó—. Id con mucho cuidado.

El hombre asintió y le hizo gestos a los otros trabajadores para que se pusieran manos a la obra en la zona. Magda los miraba fijamente, estudiando

cada uno de sus movimientos para tratar de tener algo de control sobre la situación.

—¿Seguro que no quieres ir a casa a descansar? —insistió Javier—. Llevas noches sin dormir.

—No, y menos ahora que acabamos de encontrar algo.

De repente, un estruendo similar al de un géiser explotando resonó por aquella sala subterránea. Magda se agarró a Javier por puro instinto y vio horrorizada como de la piscina que acababan de descubrir se producía una fuga a presión que calaba por todo el suelo del recinto y se perdía en la tierra.

—¿Qué habéis hecho? —gruñó histérica, dirigiéndose al capataz.

—Lo siento, señora, había una burbuja de aire en el suelo y al perforar ha explotado haciendo que el agua salga...

—Ya he visto lo que ha hecho, imbécil —espetó—. Arregladlo inmediatamente.

El hombre se marchó rápidamente y juntó a todos los operarios para detener la fuga de agua. Tardaron algo más de media hora en lograr contener el desastre. Cuando decidió que la situación estaba controlada, el capataz se acercó hasta Magda.

—He enviado a alguno de mis chicos fuera, a ver qué ha sucedido en la superficie exterior. Me ha comunicado que tan solo se ha mojado parte del terreno del cementerio, no creo que nadie lo note.

—Será mejor que vaya a verlo con mis propios ojos —farfulló entre dientes—. Javier, quédate aquí vigilando la obra. Enseguida vuelvo.

* * *

El aire era gélido y el humor de Magda no hizo más que empeorar al salir al exterior. Era la noche de fin de año y, en vez de estar en una de las lujosas fiestas a las que era asidua, se encontraba en medio de una obra clandestina a punto de ser descubierta por culpa de la ineptitud de aquella constructora de poca monta. Encima, con la fuga de agua se le habían embarrado los zapatos y sus impolutos pantalones blancos. Se apresuró en caminar hasta el cementerio, en el que el dichoso capataz le había indicado que era ligeramente visible un charco. Cuando llegó, tuvo que ayudarse de la luz de la linterna del teléfono móvil para iluminar sus pasos y encontrar el suelo mojado.

—Que se ha mojado un poco dice... —masculló furiosa, observando un enorme charco que bañaba varias tumbas—. ¿Qué voy a hacer ahora?

Justo en aquel momento, una luz se encendió en la lejanía. Su primer

instinto fue salir corriendo, pero luego vio que tan solo se trataba de la luz de la entrada de la cabaña en la que vivía el enterrador.

—Claro... —murmuró, como si aquella luz hubiera sido una revelación divina. Se acercó a la casa como pudo, con los tacones hundiéndose en la tierra mojada y manchando aún más sus pantalones. Llegó hasta la entrada y llamó a la puerta con la mayor dignidad de la que fue capaz. El enterrador tardó algo en acercarse hasta la puerta y, cuando pisó el suelo de su terreno mojado, exhortó una maldición.

—¿Qué diablos ha pasado aquí?

Cuando abrió la puerta, Magda se retiró un cabello de la frente que se había soltado rebeldemente de su coleta y le sonrió forzosamente al hombre que tenía delante, fijando sus fríos ojos azules en él. Trató de pasar por alto el aspecto lamentable de aquel individuo, que lucía una camisa raída que probablemente nunca había conocido una lavadora y el cabello brillante por la grasa y suciedad acumuladas. Tuvo que recordarse a sí misma el motivo de su visita y le tendió la mano con cortesía.

—Soy Magda Fuertes, encantada.

Como si hubiera pronunciado el nombre del diablo, el enterrador dio un paso atrás. Al ver que no estrechaba su mano, Magda la escondió en su bolsillo, tratando de ocultar lo ofendida que se sentía.

—Sé quién es usted —espetó él—. ¿A qué ha venido?

—¿Podemos pasar adentro? Es un tema delicado.

El hombre dio media vuelta a modo de respuesta y entró en aquella inmunda cabaña que tenía por hogar. La mujer lo siguió. Magda ni siquiera se molestó en horrorizarse por la decoración ni la falta de limpieza. Trató de omitirlo todo y centrarse en su propósito. Aun así, no se sentó en el sofá, por miedo a mancharse todavía más sus pantalones blancos.

—¿Qué quiere?

—Estoy al corriente de los negocios que tenías con mi padre —dijo con voz calmada e impersonal. Observó con satisfacción como el miedo cruzaba por los ojos del hombre—. Vengo a ofrecerte un trato.

—¿Qué clase de trato? —balbuceó nervioso.

—Tendrás mi silencio sobre lo que pasó en el 88, pero para ello necesito que me ayudes ahora. Te prometo que será debidamente recompensado.

El hombre estudió su propuesta unos instantes y miró a los ojos de su interlocutora. Eran igual de azules y despiadados que los de su difunto padre y

César supo que, si no colaboraba por las buenas, Magda se encargaría de obligarle por las malas. No le hizo falta ni una amenaza por su parte. Sabía que si no colaboraba, aquella mujer lo señalaría como único culpable de los crímenes del 88.

—Está bien. ¿Qué es lo que quiere de mí?

—Verás, estoy retomando la investigación de mi padre y estoy restaurando los manantiales. Resulta que hemos sufrido una pequeña fuga de agua que está bañando parte del territorio de tu cementerio. Necesito que lo seques, para que nadie se dé cuenta. Pon tierra nueva.

—Pero los cuerpos que hay debajo...

—Me dan igual los cuerpos, cámbialos de sitio si es necesario. Entiérralos en el bosque mismo. No son más que cinco o seis tumbas. Lo importante es que nadie note que allí ha habido agua. Nadie puede sospechar lo que estamos haciendo allí abajo —César asintió nerviosamente y pensó que aquella mujer probablemente era incluso peor que su padre—. Cuando termines con esto —prosiguió—, hablaremos de cómo me proporcionarás algunos cuerpos para hacer experimentos con el agua.

—Lo que mande, señora —dijo servicialmente, tragándose su orgullo y cualquier sentimiento de culpa que pudiera albergar.

Se escuchó un ruido fuera de la casa y Magda se asomó a la puerta nerviosamente. Logró divisar un cuerpo esbelto en la penumbra saltando la tapia para alejarse de ellos, probablemente se trataba de una mujer. No le pasó por alto que vestía el uniforme del balneario. Se mordió el labio, preguntándose qué habría escuchado aquella intrusa. Probablemente demasiado.

—Tengo que volver al balneario —dijo apresuradamente—. Si necesito algo más, te haré llamar.

* * *

Magda corrió por entre las tumbas, tenía que llegar cuanto antes al balneario para descubrir qué trabajadoras seguían ahí. Teóricamente todas deberían haber terminado su jornada dos horas atrás y dudaba que nadie se quedara a hacer horas extras en una noche como aquella. Entonces, ¿qué demonios hacía aquella chica allí? No le hizo falta pensar demasiado en la respuesta. Hacía días que sospechaba que alguien estaba espiando las obras. Encontraba pequeñas huellas en la entrada y en la salida que no podían ser más que de una mujer, cuando todos los operarios eran hombres. Y estaba

segura de que no eran suyas. Se había sentido observada en varias ocasiones, pensaba que era un temor irracional a ser descubierta, pero ahora estaba segura de que alguien la había estado estudiando en secreto. No podían ser otra cosa aquellos misteriosos ruidos que oía a sus espaldas de vez en cuando. Pero, ¿quién? Logró llegar a su despacho con la respiración entrecortada por la carrera y encendió el ordenador a toda prisa. Accedió al programa de fichaje y revisó quién estaba todavía en el sistema. Tan solo obtuvo un nombre. Lorena Ibáñez. Sonrió con cinismo. Al menos, tenía a la espía. Y no podía dejar ni un cabo suelto.

Caminó por el balneario en busca de la chica y escuchó el sonido de la ducha dentro del vestuario de mujeres. La incauta había vuelto a su lugar de trabajo para disimular, se dijo con satisfacción. Entró con sigilo y descubrió el termo de té que había sobre la mesilla, del que todas las trabajadoras bebían para relajarse antes de volver a casa. Se le ocurrió una idea brillante y buscó en su bolso a toda prisa, hasta que dio con las pastillas para dormir que su marido le había recetado debido a los problemas de insomnio que tenía últimamente debido a sus preocupaciones. Introdujo la pastilla en el termo y salió del vestuario, dispuesta a terminar de ejecutar su plan maestro. Corrió de nuevo hasta la cabaña del enterrador, que la recibió con extrañeza esta vez, al verla resoplando, despeinada y visiblemente alterada.

—¿Qué ha pasado? —preguntó César con voz huraña.

—Necesito que te encargues de algo.

CAPÍTULO 25

4 de marzo de 2019

—Entonces, la directora del balneario, Magda Fuertes, ¿fue quien te encargó que mataras a Lorena? —preguntó Enzo, volviendo a la realidad después del largo relato del enterrador.

—Exactamente. La directora creía que la chica sabía lo que estaban haciendo con el manantial, así que me pidió que me deshiciera de ella. Me la encontré medio atontada en la parada del autobús, supongo que la drogarían. No fue difícil ejecutar la orden, pero créame si le digo que no disfruto matando.

—No estamos aquí para juzgar lo que siente, sino para juzgar sus crímenes —contestó Enzo duramente.

—Ya le he dicho todo lo que sé. Con la otra chica fue lo mismo. Magda vino a visitarme diciendo que la amiga de Lorena también sabía algo y no me quedó más remedio.

—¿Y qué hay del agente Mateo García? —inquirió irritado.

—Eso fue distinto —confesó—. Magda me encargó que me deshiciera de la otra chica —dudó unos instantes antes de decir el nombre—, de Elena Guzmán. La directora me indicó el día y hora y cuando la fui a buscar, me encontré con que un policía la estaba vigilando. No pude hacer otra cosa que quitármelo de en medio.

Enzo tuvo que tragar saliva al escuchar lo que estaba diciendo y pensó en Julieta, sola en la posada. Aunque tuviera allí al asesino, no se quedaba tranquilo. En cuanto terminara el interrogatorio, iría a buscarla, aunque ella no quisiera verlo ni en pintura.

—¿Por qué cree que le pidió que matara a Elena Guzmán? —Enzo sintió cómo César estaba igual de incómodo que él hablando de Julieta bajo su nombre falso, pero ambos sabían que no podían descubrir la verdad sin que los tildaran de locos.

—No me lo contó al detalle, nunca lo hacía, pero me dijo que la había visto husmear un par de veces en su despacho, como si buscara información.

La veía como una amenaza.

—¿Le pidió Magda que matara a alguien más?

—Sí.

Enzo lo miró sorprendido.

—¿A quién?

—A Raquel Lozano.

—¿La periodista del pueblo? —preguntó alarmado.

—Sí, se estaba acercando demasiado a Elena y Magda temía que descubriera la verdad. Pero esta vez no pude hacerlo.

—¿Por qué no? —inquirió el inspector, aunque ya sabía la respuesta.

—Raquel Lozano es mi hija —admitió—. Cuando era un bebé, después de la muerte de Julieta, la di en adopción. Aunque no lo crea, esa niña probablemente es lo que más he querido en el mundo. No quería que se convirtiera en un arma en manos de Carlos Fuertes para amenazarme aún más. Tan solo quería protegerla de una vida miserable a mi lado.

—Supongo que al menos, eso lo hizo bien —dijo Enzo, dando por concluido aquel largo interrogatorio, que se había extendido hasta el mediodía.

* * *

Julieta estaba tumbada en la cama, con la vista clavada en el techo. Se sentía terriblemente traicionada por la mentira de Enzo. Si le hubiera contado la verdad desde el principio, no se hubiera sentido tan sola, tan perdida. Jamás se hubiera sentido repudiada. Ahora, además, se sentía estúpida por haber pensado que le daba asco a Enzo por haber resucitado. Lo peor era que ella se lo había entregado todo, sus mayores secretos, sus miedos, su corazón. En cambio, él no había sido capaz de hacer lo mismo.

Llamaron a la puerta y se levantó de la cama. Debía de ser el posadero, que solía venir a entregarle sábanas y toallas limpias cada día sobre esa hora. Abrió la puerta y dio un paso atrás sorprendida al ver a dos hombres fornidos en el umbral, completamente vestidos de negro.

—Le rogamos que nos acompañe, señorita Abellán.

Julieta sintió que se le revolvía el estómago al reconocer su apellido. ¿Quiénes eran esos hombres? ¿Y cómo conocían su verdadera identidad? Sin embargo, no dieron pie a más conversación. El hombre de la derecha, algo más alto que su compañero, la agarró con fuerza del brazo para sacarla de la habitación. Julieta gritó.

—¡Suélteme!

A pesar de sus forcejeos, los hombres la arrastraron hasta el parking desierto de la posada, en la que tan solo se encontraba una enorme furgoneta negra. Julieta pidió auxilio con todas sus fuerzas, pero nadie acudió en su ayuda a pesar de tratarse de un secuestro a plena luz de día. La joven, desesperada, dirigió una rápida mirada a la recepción de la posada, con la esperanza de que al menos el posadero la viera en apuros y la ayudara. Sin embargo, tan solo se encontró con el cuerpo del hombre tendido en el suelo, inconsciente.

—¡No! ¿Qué le habéis hecho? —gimió con lágrimas en los ojos.

—Tan solo está inconsciente, estúpida —soltó el más bajito, lanzándola con fuerza al interior del vehículo. Julieta sintió un golpe en las costillas al caer y se quedó sin respiración unos instantes, los suficientes como para que sus secuestradores cerraran la puerta de la furgoneta y la dejaran sumida en una total oscuridad.

* * *

Enzo llegó a la posada por la tarde. Había perdido un par de horas más de la cuenta emitiendo la orden de detención para Magda Fuertes y su marido, pero no podía dejarla escapar por muchas ganas que tuviera de contarle a Julieta que por fin todo había terminado, que César había confesado y que, además, habían descubierto la trama que se ocultaba detrás de los asesinatos.

Cuando bajó del coche, supo inmediatamente que algo no iba bien. La puerta de la recepción, que habitualmente estaba abierta para recibir a los posibles clientes, estaba cerrada a cal y canto. Se apresuró en acercarse y miró a través de la rejilla y pudo entrever al posadero con una bolsa de hielo en la cabeza. Aporreó la puerta nervioso.

—Soy el inspector Barese. Abra, por favor —pidió impacientemente.

El hombre se levantó con ciertas dificultades del sofá en el que estaba postrado y acudió a su llamada. Cuando abrió, Enzo vio horrorizado cómo un abultamiento surgía del lado derecho de su cabeza, en la que había descansado el hielo hasta unos segundos atrás.

—¿Qué ha pasado? —inquirió—. ¿Necesita un médico?

—No, no... —murmuró, dejándose caer de nuevo sobre el sofá—. Acabo de llamar a la policía, pero supongo que aún tardarán un buen rato en llegar. Este maldito pueblo alejado de todo... —masculló.

—¿Va a contarme qué ha pasado? —insistió, arrepintiéndose al momento

de haber sido tan seco.

—Sí, claro, lo siento, estoy un poco aturdido.

—Lo comprendo, disculpe mi nerviosismo.

—Estaba preparando las toallas y las sábanas limpias para repartirlas por las habitaciones, como ya sabe que suelo hacer sobre esta hora. Entonces, han entrado dos hombres vestidos de negro con muy mala pinta. Ni siquiera han respondido a mi saludo, se han limitado a preguntar por Elena. Obviamente, no les he dicho dónde se encontraba. Entonces, uno de ellos me ha asestado un duro golpe en la cabeza que me ha dejado aquí tirado no sé cuánto tiempo.

—¡Mierda, Julieta! —gruñó, corriendo hacia el pasillo que daba acceso a la habitación de la chica. Cuando llegó, se encontró la puerta abierta de par en par. Se quedó parado dentro de la habitación vacía durante unos minutos, tratando de acompasar su respiración y pensar con coherencia.

—Se la han llevado —dijo la voz del posadero a sus espaldas, que lo había seguido a paso lastimero.

Enzo lo miró con incredulidad, sin lograr comprender cómo había podido suceder algo así. ¿Quiénes eran esos dos hombres? ¿Y por qué se la habían llevado?

—¿Cómo lo sabe? —logró articular finalmente.

—Cuando estaba ahí tirado, he oído sus gritos de auxilio. He logrado verla por un instante, en el aparcamiento, pero he vuelto a perder la consciencia —explicó avergonzado—. Siento no haberlo podido impedir.

—No ha sido culpa suya —repuso con más entereza de la que sentía—. ¿Logró ver cómo se la llevaban? —preguntó con un nudo en la garganta.

—Sí, la metieron en un vehículo grande, creo que era una furgoneta.

—¿Recuerda el color o algún dato que pueda ser de utilidad?

—Sí, era negra, pero no me dio tiempo a ver el modelo...

Enzo asintió y se dejó caer en la silla del escritorio, con las manos cubriéndole el rostro, sintiéndose superado por la situación por primera vez en muchos años.

* * *

Aquella mansión se les antojó enorme para una pareja sin hijos, pero los dos oficiales de policía no comentaron nada al respecto y se limitaron a hacer su trabajo. Llamaron al timbre, pero no contestó nadie.

—Señora Magda Fuertes, abra la puerta, llama la policía —dijo uno de ellos elevando la voz. Silencio. Miró a su compañero con cara de

circunstancias. Este caminó por el jardín y empezó a examinar las ventanas en busca de cualquier indicio de que la casa estaba habitada, pero se encontró con la mayoría de las persianas bajadas y ni rastro de sus inquilinos. Volvió hasta su compañero, que seguía inmóvil en la puerta y negó con la cabeza.

—Tendremos que entrar a la fuerza si no nos abre, señora —insistió el policía. No obtuvo respuesta—. Tenemos una orden de registro del juez —concluyó lanzando al aire un ultimátum. Al ver que sus palabras seguían siendo ignoradas, el policía se apartó un metro de la puerta y de un contundente golpe, la abrió.

Los dos oficiales entraron en la casa, comunicando por radio a la central que habían accedido a la vivienda y cuáles eran sus posiciones.

—La casa parece deshabitada —comentó uno de ellos, avanzando hacia el salón. Estaba decorado con muebles exquisitos que probablemente costaban una fortuna, pero sus propietarios parecían haberlos dejado atrás sin miramientos. Su compañero subió a registrar el piso de arriba y bajó minutos después con el rostro ensombrecido.

—Nada —confirmó—. La cama estaba llena de ropa amontonada, creo que han hecho las maletas y se han largado.

* * *

Enzo tardó más de una hora en reponerse del impacto. El posadero lo había conducido hasta el saloncito de desayuno y le había preparado un café caliente para despejarle las ideas. Cuando aquel líquido amargo recorrió su garganta, pareció hacerle reaccionar.

—Gracias —le dijo al hombre dedicándole una mueca.

El inspector sacó su teléfono móvil del bolsillo y tecleó el número de la comisaría con las manos temblorosas, sin saber qué otra cosa podía hacer más que reportar el secuestro y empezar a buscar pistas de donde no las había. No lograba entenderlo. Si César estaba en la cárcel y Magda detenida, ¿quién diablos se había llevado a Julieta?

—Comisaría —atendió una voz de mujer joven al otro lado del teléfono, probablemente la sustituta de Mateo.

—Soy Barese. Necesito saber si César Dávalos sigue ahí.

—Eh... por supuesto —respondió extrañada—. Sigue en su celda a espera de pasar a disposición judicial.

—¿Y sabe si se ha ejecutado la orden de detención contra Magda Fuertes y su marido? —inquirió.

—Eh, espere, le paso a la directora. —Enzo escuchó unos pitidos al otro lado que le confirmaron que su llamada estaba siendo transferida hacia la otra línea.

—¿Qué sucede, Barese? —preguntó la directora poco después.

—Elena Guzmán ha sido secuestrada —comunicó. La mujer se quedó callada al otro lado—. Necesito saber si Magda Fuertes y su marido ya han sido detenidos.

La directora carraspeó incómoda.

—No han logrado dar con ellos. Parece que se han fugado.

Enzo apretó las mandíbulas y golpeó la mesa con furia.

—¿Cree que han sido ellos los que están detrás del secuestro de Elena? —preguntó la directora, siguiendo su línea de pensamiento.

—Estoy seguro.

CAPÍTULO 26

25 de marzo de 2019

Julieta abrió los ojos completamente desconcertada. No sabía cuantos días habían transcurrido. Quizá tan solo habían sido horas, aunque bien podrían haber sido meses. Espantada, se descubrió atada a una vieja camilla de hospital con unas cuerdas que resultaban ásperas y duras en sus muñecas adoloridas. De su mano salía una vía conectada a un suero, desde donde probablemente la habrían estado alimentando e hidratando. Miró a su alrededor y atinó a ver que se encontraba en una pequeña habitación con paredes de piedra que perfectamente podían tener cientos de años. El aire olía a humedad y sucio. Se dio cuenta de que respiraba con dificultad. Se preguntó si estaría sufriendo el inicio de un ataque de ansiedad, pero pronto concluyó que era debido a la densidad del aire. En aquella sala no había más que la camilla en la que se encontraba. No había mesas, sillas, ni siquiera ventanas, tan solo una vetusta puerta que parecía igual de antigua que los muros y una bombilla que colgaba del techo.

Cerró los ojos de nuevo, quizá pensando que todo aquello era una pesadilla y que cuando volviera a abrirlos se encontraría a resguardo en la posada o en casa de Enzo. Se castigó por sus propios pensamientos. No debía pensar en él. Aquel hombre había resultado ser un farsante. Ya ni siquiera estaba segura de que lo que había pasado entre ellos fuera cierto. ¿Habría fingido todo el tiempo? ¿Había sentido algo por ella realmente? ¿De verdad era policía? El ruido de la puerta al abrirse la sobresaltó y se vio obligada a volver a mirar aquella cruda realidad a los ojos. Se encontró con una mujer de bata blanca, que hablaba impetuosamente con un hombre, que se encontraba al otro lado, en lo que parecía un oscuro corredor.

—¿No ves que has dejado demasiado tiempo entre dosis? —espetó, mirando hacia fuera de la celda—. Tiene que estar despierta.

Julieta barajó la idea de hacerse la dormida, pero quizá aquella fuera la única oportunidad que tuviera de hablar con alguien, así que decidió no desecharla. Cuando tuvo a la mujer más cerca, se percató de que parte de su

rostro estaba cubierto por una mascarilla blanca, pero aun así pudo ver que rondaba los cincuenta años. Llevaba una jeringuilla en la mano, dispuesta a inyectarle en el brazo lo que quiera que fuera aquella substancia azulada.

—¿Dónde estoy? —preguntó con la voz ronca por el desuso. La mujer dio un brinco y la miró horrorizada.

—¿Lo ves, estúpido? —le dijo al hombre, a la vez que la pinchaba sin ninguna delicadeza en el brazo. Julieta se movió a modo de protesta en la camilla, pero no pudo hacer nada por evitar que aquel líquido viscoso entrara en su cuerpo.

—¿Por qué hacéis esto? —preguntó, sintiendo que su propia voz se apagaba.

La figura de la mujer, nítida hasta hacía unos segundos, se empezó a tornar borrosa y Julieta supo que no le quedaba mucho tiempo de lucidez.

—Por favor —suplicó. Sin embargo, la mujer dio media vuelta ignorando por completo sus lamentos y cerró la puerta. Julieta sintió una lágrima resbalar por su mejilla un segundo antes de sumirse de nuevo en aquel sueño, oscuro y opaco.

* * *

Enzo estaba que trinaba y en la comisaría nadie se atrevía a dirigirle la palabra. Todos murmuraban que estaba así por culpa de la joven desaparecida, Elena Guzmán. No dormía, no comía. Se pasaba día y noche siguiendo pistas que terminaban llevándole a ninguna parte. La directora se había volcado en la búsqueda, ayudando a su pupilo predilecto, pero ni siquiera con su ayuda habían logrado avanzar.

—¿Dónde diablos se han metido? ¡No pueden haber desaparecido de la faz de la Tierra! —gruñó desesperado, dando grandes zancadas por el despacho de la directora.

—Barese, cálmate. Así no vamos a conseguir nada.

—¿Y si se la han llevado al extranjero?

—Ya revisamos las listas de pasajeros de los transportes que salieron de España aquel día y ninguno coincidía con el de nuestros sospechosos. Además, ya hemos dado aviso a todas las autoridades. Si Magda Fuertes o Javier Roma deciden acercarse a cualquier puerto, aeropuerto o frontera, serán detenidos.

—No es posible que se hayan esfumado. Y menos con una rehén —continuó Enzo, ofuscado—. Quizá no estén tan lejos.

—También hemos registrado la casa y el balneario de arriba abajo — contestó la mujer con voz cansada.

—¿Y si salieron con documentación falsa? —se lamentó.

—Es una opción —admitió la directora—, aunque no tan sencilla como parece. Hemos enviado también sus fotografías.

—No sé qué más podemos hacer —se rindió Enzo, derrotado.

—Me temo que solo nos queda seguir persiguiendo las pequeñas pistas que vayan apareciendo en nuestro camino —le instó la mujer.

—Así no la encontraremos jamás —murmuró—. En veinte días tan solo hemos conseguido dar con la marca y modelo de la furgoneta gracias a algunas cámaras de seguridad de la zona, pero nada más. Ni siquiera sabemos quiénes eran los dos hombres que había dentro.

—Quizá deberías volver a hablar con César. Puede que él sepa con quién acostumbra a trabajar Magda.

Enzo asintió, recuperando un poco la esperanza.

—Así lo haré, gracias directora.

Enzo ya estaba saliendo por la puerta cuando la mujer lo detuvo por la mano.

—Come algo, y descansa. No nos servirás de nada si enfermas —le dijo, observando cómo el cuerpo ya de por sí atlético de Enzo había perdido la poca grasa que pudiera tener. El hombre asintió y salió de la sala.

* * *

Aunque Enzo había enviado allí a montones de delincuentes, no le gustaban las prisiones. Le recordaban turbulentos episodios de su pasado que prefería dejar en el olvido. Avanzó por los pasillos de hormigón gris hasta la sala de visitas. Allí vio a algunos presos que charlaban con sus familiares, unos más alegres que otros. Supuso que el estado de ánimo dependía del tiempo que les quedara allí. Reconoció a César en la mesa de la esquina, con su característico tono macilento y sus profundos ojos negros aún más apagados de lo habitual. Enzo se tragó una sonrisa de satisfacción. Esperaba que la cárcel no fuera un camino de rosas para ese criminal y que pagara por sus pecados, pero debía disimular aquellos sentimientos. Necesitaba que César le aportara información, así que se limitó a saludar formalmente y sentarse frente a él.

—Volvemos a vernos, inspector —saludó César con una sonrisa amarga.

—Eso parece.

—¿Qué es lo que quiere? Imagino que no ha venido a preocuparse por mi bienestar.

Enzo le dedicó una mirada burlona e ignoró su comentario, pero decidió mantener las formalidades delante de los guardias.

—He venido a preguntarle acerca del balneario. Usted dijo que Magda había accedido a una zona que su padre había ocultado durante años. ¿Podría decirme cómo llegar a esos subterráneos?

César soltó una risotada.

—¿Por qué tendría que ayudarle? ¿Acaso no me ha visto? —soltó, levantando sus manos esposadas como símbolo de su encierro.

—Si no colabora con nosotros, me veré obligado a informar al juez de su obstrucción a la justicia. Creo recordar que quería usted pasar su vejez en un lugar agradable.

César apretó los labios en una mueca de disgusto y terminó asintiendo.

—¿Y para qué quiere esta información? —preguntó el enterrador con suspicacia.

—Eso no es asunto suyo.

—Si quiere que colabore, tendrá usted que darme algo de información al menos. No sé qué está buscando.

—Estoy buscando un escondite. Un lugar en el que Magda y su marido puedan haberse ocultado —terminó diciendo.

César lo miró unos instantes mientras asimilaba lo que aquello significaba.

—¿Se han fugado? —murmuró.

—Sí, y si es usted lo suficientemente inteligente, verá que no le conviene quedar como el único responsable de los crímenes. Al fin y al cabo, esa familia fue la que le ordenó que lo hiciera, ¿no? —dijo Enzo, manipulando sus palabras para llevar a César a su terreno. Vio cómo el enterrador se ponía tenso y tragaba saliva.

—Maldita arpía... —farfulló entre dientes.

—Entonces, ¿va a decirme dónde se esconde?

—No sé si realmente estará allí. Aquel lugar era una verdadera ruina la última vez que lo vi...

—¿Puede concretar dónde se encuentra ese lugar del que habla? —insistió Enzo, armándose de paciencia. Cada minuto que pasaba sin conocer el paradero de Julieta se le hacía eterno.

—En el mismo balneario. En la zona de mantenimiento hay unos viejos

armarios que cumplen la función de taquillas. Si los aparta, verá una pequeña abertura picada en la pared. Tan solo tiene que entrar allí y seguir el camino, le llevará a los antiguos subterráneos. No tiene pérdida.

—Gracias por su colaboración, César —dijo, poniéndose en pie.

—¿Cómo está Julieta? —preguntó, clavando su mirada penetrante en Enzo. El inspector cogió aire antes de contestar.

—Mucho mejor ahora que está usted entre rejas —soltó, incapaz de confesarle la verdad. Que, aunque había logrado encerrarle a él, la mente criminal de Magda había logrado escapar, secuestrando a la joven por el camino.

* * *

La directora de policía entró en la sala de mantenimiento del balneario mirando a Enzo con gesto interrogativo.

—¿Estás seguro de que es aquí?

—Eso me dijo.

Enzo ignoró las reticencias de su jefa y apartó uno de aquellos viejos armarios oxidados con todas sus fuerzas, hasta retirarlo a un lado. Ambos observaron con cierto asombro que, efectivamente, había una cavidad en la pared que daba acceso a un pasillo de piedra. Se miraron y Enzo sacó la linterna que llevaba en el bolsillo, decidiendo abrir el camino. El aire húmedo era desagradable y la directora arrugó la nariz cuando aspiró el olor.

—Esto es asqueroso... —murmuró.

Caminaron en silencio durante varios minutos, hasta que el pasillo se ensanchó. Enzo se hizo a un lado y sacó su arma, apuntando hacia el hueco que había frente a él.

—Sostenga esto —le susurró a la directora, que agarró la linterna con mano firme. Enzo avanzó y la mujer le siguió alumbrando el camino, pero no vieron a nadie. A través de la luz que salía del foco lograron atisbar unas viejas ruinas de lo que podrían haber sido piscinas. Caminaron entre ellas, revisando de un lado a otro, desconcertados ante el vacío que encontraron. No parecía haber ni un alma allí adentro. Tan solo viejas reliquias que se combinaban extrañamente con máquinas de obra abandonadas en medio de la nada.

—Aquí no hay nadie, Enzo...

—Tienen que estar aquí —insistió.

Anduvieron por las instalaciones subterráneas durante más de una hora,

dando círculos y sin encontrar nada interesante que les pudiera conceder una mínima duda de que estaba habitada. Finalmente, se agotó la paciencia de la directora, que agarró a Enzo del brazo para que se detuviera.

—Barese, entiendo que quieras encontrar a esa chica. Yo también. Pero no está aquí, ni ella, ni los fugitivos.

Enzo tuvo que asumir que lo que decía la mujer era cierto. Nadie podía vivir a oscuras ni en aquellas condiciones. Además, aquello era tan solo una enorme sala con un par de piscinas derruidas. Nada más. Suspiró y asintió, sintiendo que el vacío en su pecho se hacía un poco más grande al sentirse aún más lejos de Julieta.

—No te preocupes, pondremos cámaras infrarrojas aquí dentro y en el cuarto de mantenimiento. Si alguien se mueve dentro o intentan acceder a la sala, los veremos —dijo, tratando de consolarle, aunque ambos sabían que aquellas cámaras nunca encontrarían nada.

CAPÍTULO 27

5 de mayo de 2019

Julieta escuchó unos ruidos fuera de la celda y no pudo evitar empezar a temblar en aquel rincón mugriento en el que se encontraba. Hacía unos días, quizá semanas, le habían quitado aquellas ásperas cuerdas de las muñecas y habían dejado de suministrarle somníferos. Se había despertado tirada en el suelo en la misma celda que había logrado atisbar unos días atrás, junto a una simple manta para protegerla de aquella humedad, una botella de agua y un plato. La única interacción que tenía con sus secuestradores se reducía a una mano que asomaba por la puerta un par de veces al día para dejarle algo de una comida con la que no hubiera alimentado ni a su peor enemigo. Pasaba las horas expectante, en medio de la oscuridad que reinaba en aquella habitación, temiendo que algo ocurriera. Sabía que no estaba allí por casualidad, querían algo de ella, y le aterrorizaba que llegara el momento de rendir cuentas ante la persona que la retenía allí. Trató de calmar su respiración. Quizá los ruidos que escuchaba fueran del verdugo que solía traerle la comida. Sin embargo, los sentía distintos, más ruidosos y en cantidad, como si se tratara de más de una persona. Escuchó un grito furioso que parecía increpar a alguien, pero no consiguió entender lo que decía. Se encogió aún más en aquella esquina, como si aquello pudiera protegerla de algo. Finalmente, la puerta se abrió de par en par y Julieta sintió que se le detenía el corazón. Ante ella se encontraban tres personas. Dos hombres con una bata blanca que podrían haber sido catalogados como científicos de laboratorio en otras circunstancias, y en el centro, una joven menuda que llevaban apresada entre los dos. Julieta observó en silencio cómo la muchacha se revolvía con fiereza en los brazos de sus captores, tratando de escapar. No tardó en comprender que los gritos sofocados que había escuchado eran suyos.

—¡Soltadme, sabandijas! —gruñó con una voz fina y dulce, que no correspondía para nada con la vehemencia de sus palabras. Julieta se percató de que la joven tenía un acento extraño y entonces reparó en sus rasgos asiáticos. Los dos científicos, hartos de sus quejas, la lanzaron dentro de la

celda como si se tratara de un saco de patatas y cerraron la puerta. La joven aterrizó cerca de Julieta con un quejido y se incorporó rápidamente, para acercarse hasta la puerta y empezar a aporrearla con energía.

—¡Os arrepentiréis de esto! —gritó furiosa.

Pasaron unos minutos hasta que la chica comprendió que nadie iría a abrirle y se dio media vuelta, frustrada. Dio un brinco cuando sus ojos rasgados repararon en Julieta. No se había percatado de su presencia hasta entonces.

—Hola —murmuró Julieta tímidamente. La otra chica la estudió unos instantes y pareció entender que estaban en el mismo bando cuando vio las ropas sucias y rasgadas de Julieta, su cabello enmarañado y el aspecto desconcertado de su rostro.

—¿A ti también te han pillado? —A Julieta le resultó gracioso el tono informal de la desconocida. Parecía muy joven, quizá no llegara a los veinte años.

—Eso parece. ¿Dónde estamos? —preguntó, con la esperanza de que aquella chica pudiera darle algunas respuestas sobre su situación.

—No tengo ni idea, pero por lo que he podido ver, parece un laboratorio.

Julieta sintió que se le revolvía el estómago. ¿Quería eso decir que alguien había descubierto su secreto? ¿Querían hacer experimentos con ella?

—¿Y por qué nos han traído a un laboratorio? —indagó, con fingida inocencia. La chica la miró con una ceja arqueada y resopló con una sonrisa condescendiente.

—Vamos, no te hagas la tonta —replicó—. Las dos sabemos lo que somos.

Julieta la miró con la boca abierta, asimilando lo que se escondía detrás de esas palabras.

—¿Tú también? —susurró.

—Eso me temo. Me llamo Lang y nací en Indochina hace 120 años.

—¿Indochina?

—Oh, sí, ahora lo llamáis Vietnam —contestó, haciendo un gracioso gesto con la mano.

Las preguntas se agolpaban en la cabeza de Julieta. ¿Por qué una muchacha de Vietnam había terminado en un pueblo como Lagarza? Eso si es que todavía estaban en Lagarza... ¿Cuántas más personas habían resucitado? ¿Y cómo? ¿Qué querían de ellas? ¿Por qué tenerlas retenidas ahí durante tanto tiempo?

—Mi nombre es Julieta y soy de Lagarza.

—Oh, ese pueblo maldito... —musitó.

—¿Maldito? ¿Por qué dices eso?

—Es una larga historia —respondió con una sonrisa críptica que le dio a entender que no pensaba contársela ahora.

—¿Para qué nos retienen aquí?

—¿Acaso no está claro? Somos bichos raros. Quieren saber de qué estamos hechas exactamente. Investigan la composición de nuestra sangre, nuestra capacidad de resistencia. Incluso miden cuánto dolor aguantamos o si podemos volver a morir.

Julieta sintió que el temblor se apoderaba de nuevo de su cuerpo. Todo aquello era horrible. No podía estar pasando. ¿Había logrado escapar de César para caer en manos de una organización criminal que investigaba con ellas como conejillos de indias?

—¿Te han hecho daño? —logró preguntarle a Lang con un hilo de voz.

La joven desvió la mirada, incómoda, y Julieta supo que sí, pero no se atrevió a insistir. Pasaron unos minutos hasta que Lang volvió a hablar.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —le preguntó.

—No estoy segura —contestó Julieta—. Me tuvieron dormida durante días. Después me dejaron aquí encerrada.

—Nos lo hacen a todos.

—¿Por qué?

—Lo hacen para comprobar nuestra capacidad de adaptación y supervivencia. Son las fases iniciales... —Julieta tragó saliva al escuchar sus palabras.

—Has dicho que nos lo hacen a todos. ¿Quieres decir que no somos las únicas?

—No. Hay más.

—¿Y dónde los tienen?

—No lo sé, pero los he visto en las salas.

—¿Qué salas?

—Las de experimentos —contestó con voz queda. Julieta sintió un escalofrío recorriéndole la espalda.

—¿Me llevarán a una de esas salas?

—Supongo que sí. Pronto.

Después de unos segundos asimilando lo que eso significaba, Julieta pudo volver a hablar.

—¿Por qué ahora nos ponen juntas, de repente?

—Para que te prepare —contestó con una mueca.

—¿Cómo? No te estoy entendiendo.

—Te encierran aquí sin ninguna información, pero quieren que estés preparada mentalmente para cuando empiecen a experimentar contigo. Para eso envían al *paciente senior*, como ellos lo llaman —explicó con disgusto.

—¿Y qué se supone que hace ese *paciente senior*? —preguntó inquieta, sin estar segura de querer escuchar la respuesta.

—Te explica dónde estás y para qué estás aquí, para que te mentalices —explicó—. Si es que se puede conseguir tal cosa... —añadió entre dientes.

Julieta sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas y no pudo evitar que sus pensamientos vagaran hasta Enzo. Si él estuviera allí, no permitiría nada de eso. Deseaba volver a sentir sus brazos protectores alrededor de ella, la calma de su respiración en el pecho. Pero no. Probablemente nunca volvería a verlo, se dijo lastimeramente. Y quizá tampoco pudiera perdonarle nunca.

—Escucha, tengo un plan —dijo Lang con voz dulce, cuando vio que estaba entrando en aquel estado de pánico.

—¿Un plan para qué? —cuestionó con voz trémula.

—Pues para salir de aquí —repuso, como si fuera obvio.

—¿De una habitación sin ventanas custodiada por guardias las 24 horas del día?

—No pienso quedarme aquí toda mi existencia —protestó enfurruñada.

—Yo no soy tan valiente, Lang —repuso—. Tengo miedo.

—¿Y crees que yo no? Pero será peor que nos quedemos aquí, créeme.

Julieta se quedó en silencio, intentando reunir las pocas fuerzas que le quedaban. Se sentía débil. En aquella celda le costaba estirar las piernas o caminar. La comida era escasa y apenas le llegaba para sobrevivir. Llevaba demasiado tiempo sin ver la luz del sol. Las lágrimas empezaron a caer por sus mejillas, dejando un reguero a través de la mugre que las recubría.

—Todo irá bien —la consoló Lang, poniendo una de sus delicadas manos en su brazo—. Intenta actuar con calma.

—¿Cómo vamos a escapar? —terminó preguntándole, algo más convencida de que aquella sería probablemente su única oportunidad de salir de allí.

—Mi plan todavía tiene muchas lagunas y necesitaremos algo de tiempo para elaborarlo mejor, pero, por desgracia, aquí dentro no tenemos otra cosa

que hacer que pensar en ello —dijo—. Aun así, creo que nuestra mejor opción sería aprovechar un momento de distracción cuando nos lleven a la sala de experimentos.

Julieta le dedicó una mueca al pensar en tener que entrar en una de aquellas salas, que su imaginación se aventuraba a dibujar como lugares de tortura horribles.

—Pero no nos llevarán a la vez, ¿no? —murmuró dudosa.

—Sí. Normalmente hacen los experimentos con varios individuos a la vez. Por eso sé que no estamos solas.

—De acuerdo, pero ¿cómo los vamos a despistar?

—Amiga, eso es lo que vamos a tener que pensar.

* * *

El molesto ruido del timbre despertó a Enzo, que entreabrió un ojo para cerrarlo de nuevo con fuerza un momento después. La luz que entraba por la ventana le resultó cegadora. Se incorporó con dificultad y observó unos instantes el desastre en el que se había convertido su ático, lleno de cartones con restos de pizza, botellas de alcohol vacías y suciedad acumulada por los rincones. Suspiró. Un segundo después volvió a sonar el timbre con una estridencia dolorosa que golpeó su cabeza como un martillo.

—¡Ya va! —gruñó, poniéndose en pie. Cuando vio quién estaba al otro lado de la puerta, quiso esconderse detrás de una cortina, avergonzado. Pero se resignó a abrir—. Directora. ¿Qué hace aquí? —musitó, tratando de recuperarse de la inesperada visita.

La mujer lo estudió con una ceja arqueada. Miró su cabello revuelto, su barba descuidada, sus ojos verdes obnubilados por el alcohol.

—Podría decirse que he venido a buscar lo que queda de mi mejor hombre —contestó con desaprobación. Enzo le dedicó una mueca.

—Me pedí estos días libres —se quejó. La mujer arrugó los labios.

—¿Y para qué? ¿Para auto compadecerte? No puedes seguir así, Enzo. Desde que desapareció esa chica no duermes, no vives. Te limitas a... —hizo un gesto señalando el caos de su casa para completar la frase.

—No necesito que nadie me diga lo que tengo que hacer —farfulló enfadado.

—Tienes razón. No soy nadie para sermonearte, pero me preocupa tu salud.

Enzo rio, sabiendo que su salud jamás se resentiría por muy mal que lo

hiciera. Al fin y al cabo, era parte de su maldición. No morir. Pero tampoco vivir.

—Tan solo necesito estar solo y...

—Entiendo cómo te sientes. No soy tonta. Sé que sientes algo por esa mujer y te parte el alma no saber dónde ni cómo está. Pero encerrándote aquí y bebiendo como si no hubiera un mañana no solucionarás nada.

—¿Y qué otra cosa puedo hacer? —preguntó desesperado—. He seguido cada rastro, cada pista, y todo me ha llevado a un callejón sin salida. ¡Lo más cerca que estuve de encontrarla fue entrando en aquel subterráneo, y resultó que no había nadie! —añadió exasperado.

—Quizá tengamos una nueva pista —dijo entonces la mujer. Enzo la miró fijamente y contuvo la respiración.

—Si es una treta para sacarme de aquí, será peor —advirtió Enzo, sin poder creer que fuera cierto.

—No seas estúpido, ¿por qué iba a mentirte? Venga, si quieres que te diga de qué se trata, haz el favor de adecentarte y acompañarme a la comisaría.

Enzo estudió su propuesta unos instantes y, finalmente, asintió, perdiéndose en el pasillo hasta llegar a su habitación. Dudó antes de entrar. La sola imagen de su cama le traía recuerdos dolorosos cada vez que entraba en su cuarto. Allí había dormido Julieta, en sus brazos, y él había respirado el aroma de sus cabellos sin saber que el destino le negaría aquel dulce olor tan solo unas horas más tarde. Y que no volvería a verla en mucho tiempo. Dos meses, se repetía una y otra vez. Habían pasado dos meses y no había sido capaz de encontrarla. Se sentía un completo fracaso, un fraude que no había sido capaz de proteger siquiera a la mujer que amaba. Intentó retirar aquellos pensamientos amargos con el agua fría de una ducha. Ya llevaba demasiadas horas sin beber. Tan solo el alcohol era capaz de silenciar aquel tormento que se fraguaba en su mente cada vez que pensaba en ella y en dónde estaría. Mientras el agua eliminaba los restos de culpabilidad de su piel, se dijo que tenía que ser fuerte. Tenía que volver a intentarlo. Si la directora había encontrado una pista, la seguiría hasta el fin del mundo si hacía falta. Todo con tal de salvar a Julieta.

Cuando se puso algo de ropa limpia, volvió hasta el salón en el que lo esperaba la directora.

—Mucho mejor —concluyó satisfecha—. ¿Vamos?

* * *

Julieta no escuchó los ruidos esta vez. Después de mucho pensar sin dar con ninguna solución para escapar, tanto ella como Lang habían caído rendidas en los brazos de Morfeo. Y estaba completamente dormida cuando aquellos hombres de blanco entraron en la celda. Abrió los ojos espantada cuando sintió que la apresaban por los brazos. Su primer impulso fue gritar y entonces Lang despertó también. Otro par de hombres atrapó a la joven asiática, que empezó a revolverse. Julieta empezó a balbucear, incapaz de controlar su miedo.

—¿Adónde nos lleváis?

Sin embargo, tan solo obtuvo silencio por respuesta. Las condujeron a través del largo pasillo de piedra que había vislumbrado desde su celda y pronto abandonaron lo que parecían las viejas mazmorras de un castillo para adentrarse por una puerta que los llevó a un edificio completamente nuevo, blanco e impoluto. El cambio de ambiente, en vez de tranquilizarla, la inquietó. Aquello parecía un hospital con las últimas tecnologías y no tenía ni idea de para qué las iban a usar. Pronto las metieron en una sala diáfana, en la que había tres personas más con el mismo gesto aterrado que ellas. Julieta analizó a sus nuevos compañeros de pesadilla con detenimiento y observó que no respondían a ningún patrón. Uno era un chico joven, mucho más alto que el resto. También había un hombre de mediana edad con aspecto robusto y una mujer con bastantes curvas que debía rondar los cuarenta. Cuando los hombres que los habían llevado hasta allí cerraron la puerta tras ellos, se miraron unos a otros con el miedo en los ojos. Los habían dejado solos. De repente, las ventanas y la puerta hicieron un sonido hermético.

—¿Qué nos van a hacer? —musitó Julieta, acercándose hasta Lang. Sin darse cuenta, los cinco se apiñaron muy juntos en el centro de la habitación, en un vano intento de sentirse más seguros.

—No lo sé —susurró Lang, agarrándola con fuerza de la mano.

—No me sueltes —suplicó. Lang asintió y apretó los labios, tensa. También tenía miedo, pero llevaba meses aguantando situaciones parecidas y se sentía más preparada.

Julieta empezó a notar que le costaba respirar. ¿Estaba teniendo un ataque de pánico? Miró a sus compañeros aterrada, intentando comunicar con la mirada su problema. Sin embargo, se encontró con gestos similares al suyo. El hombre mayor empezó a boquear, como si intentara apresar con los labios un aire que estaba abandonando sus pulmones poco a poco.

—No... puedo... respirar —logró decir Julieta. Lang negó con la cabeza, dándole a entender que ella tampoco. Su rostro oliváceo empezó a enrojecerse y Julieta temió que su nueva amiga fuera a estallar.

El chico alto fue el primero en perder la consciencia. Lo siguieron el hombre mayor y la mujer curvilínea. Lang y Julieta se miraban abrazadas, mientras luchaban por respirar un oxígeno que había abandonado por completo aquella sala. Un segundo antes de desmayarse, Julieta vio como Lang se desplomaba a su lado.

* * *

Enzo se sentó frente a la mesa de la directora y esperó impaciente a que esta empezara a hablarle de aquella misteriosa pista. La mujer sacó una fotografía de una carpeta y la deslizó por la mesa hasta él. Se trataba de una instantánea de bastante mala calidad en blanco y negro, probablemente fruto de la captura de algún cajero o cámara de seguridad pública. En ella se veía a una mujer morena con el pelo anudado en un moño y unas enormes gafas de sol que trataban de ocultar su identidad. Sin embargo, él la reconoció.

—Magda —escupió su nombre entre dientes. Odiaba a aquella mujer con cada célula de su cuerpo.

—Las cámaras tomaron esta imagen anoche, en Ginebra —informó la directora.

—¿Qué diablos hace en Suiza?

—Huir de la justicia.

—¿Cómo es posible que haya salido del país sin que nos diéramos cuenta?
—preguntó irritado.

—Esa mujer es rica, Enzo. Probablemente tenga un avión privado con el que hayan logrado escapar, ella y su marido.

—¿Crees que Julieta está con ellos?

—Es una posibilidad.

Enzo se puso en pie de un brinco.

—¿Adónde vas? —preguntó la mujer arqueando las cejas.

—A comprar un billete de avión.

CAPÍTULO 28

6 de mayo de 2019

El avión despegó a primera hora de la mañana. Enzo apenas había dormido, pero no le importó. De todas formas, llevaba varias noches en vela. Se limitó a cerrar los ojos durante el vuelo y esquivar las atrevidas miradas que le lanzaba una de las azafatas. En otro momento de su vida quizá le hubiera sonreído amablemente, pero no pudo hacer otra cosa que evitarla. Tan solo podía pensar en ella. En Julieta. Sabía que con sus mentiras la había alejado de él para siempre y que sería muy difícil, sino imposible, restaurar su confianza. Todo eso no le importaba. Si no le quería perdonar, lo entendía y asumía la culpa. Lo único que quería era encontrarla sana y salva y darle la oportunidad de tener una vida normal, una vida feliz de la que la habían privado primero César y ahora, Magda.

El fuerte traqueteo de la aeronave al aterrizar le obligó a abrir los ojos y suspiró algo más deprimido si cabía al comprobar que el tiempo en el exterior era más que despacible. Aunque no llovía, unos grises nubarrones cubrían el cielo y podía ver cómo los trabajadores que estaban a pie de pista luchaban por caminar en contra de un viento feroz.

—Lo que faltaba... —dijo en un susurro imperceptible.

Recogió la maleta en la zona de equipajes y se dirigió a la salida. Había llevado consigo una cantidad considerable de ropa y enseres, puesto que no sabía cuánto tiempo tardaría en dar con Julieta. Si es que lo conseguía, se dijo en un segundo de flaqueza. No. Lo conseguiría, se repitió a sí mismo mientras tomaba el primer taxi disponible.

—¿A dónde, señor?

—Al hotel Mandarin Oriental, por favor —le pidió al hombre que se encontraba sentado frente al volante. El taxista asintió. Conocía perfectamente donde se encontraba uno de los hoteles más lujosos de la ciudad. Sintió una punzada de envidia, pero después vio las ojeras que surcaban los ojos de su pasajero y se dijo que el dinero no daba la felicidad. Desde luego, por su rostro serio, aquel hombre parecía tener problemas más serios que el suyo.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó, sin poder evitarlo. Enzo lo miró arqueando una ceja, sorprendido por la pregunta y terminó asintiendo.

No hablaron más hasta que finalizó el trayecto y se detuvo frente a un enorme edificio de cristal de aspecto majestuoso. Enzo bajó y recogió la maleta que le tendía el conductor. Le pagó y se despidió, adentrándose en el hotel. Un par de botones le recogieron la maleta y se dirigió a recepción para pedir la habitación que había reservado bajo un nombre falso unas cuantas horas antes.

El cuarto estaba en el último piso y tenía unos enormes ventanales con vistas al río Ródano. El inspector ni siquiera se molestó en mirar. Se limitó a abrir su maletín y sacar un mapa de la ciudad y las indicaciones que la directora le había proporcionado. El cajero que había captado la imagen de Magda estaba cerca de esa zona, no podía andar muy lejos. Miró fijamente el mapa durante unos minutos, memorizándolo, hasta que tuvo claro qué ruta seguir.

A pesar de estar ya en pleno mes de mayo, tuvo que abrocharse el abrigo y subirse el cuello para protegerse de aquella ventisca. Sus zapatos resonaban con seguridad sobre el asfalto mojado. Su mano oculta en el bolsillo iba acariciando su pistola reglamentaria, que no dudaría en usar si se daba el caso. Tuvo que respirar profundamente cuando se percató de que, por primera vez en su vida, quería usarla. No para defenderse, sino para vengarse. Sabía que si se encontraba con Magda, necesitaría reunir todo su autocontrol para no dejar libres aquellos oscuros deseos.

Cuando llevaba algo más de diez minutos andando, sus pasos se detuvieron ante un cajero reluciente de un banco Suizo. Por su aspecto nuevo, probablemente llevara instalado allí tan solo unos pocos meses. Aquel era el lugar donde las cámaras habían captado la imagen de Magda, así que quizá la mujer se encontrara en alguno de los edificios cercanos. O puede que tan solo estuviera de paso, le dijo una vocecilla odiosa en su cabeza. Sin embargo, tenía una corazonada. De algún modo, sentía que estaba en el lugar correcto. Miró a su alrededor y estudió con atención los edificios circundantes. ¿Dónde podrían estar reteniendo a Julieta? ¿Quizá en algún edificio abandonado? Era probable. Dio un paseo por la manzana, buscando construcciones o fábricas deshabitadas. Sin embargo, descubrió con desaliento que en aquella zona de la ciudad estaba todo impecable y no había ni un miserable edificio que respondiera a aquellas características. Resopló. No le quedaría más remedio

que inspeccionar uno por uno cada uno de los immaculados edificios de la zona. Pasó toda la mañana analizando la primera calle más cercana al cajero. La mayoría eran edificios de oficinas, de los que no paraba de entrar y salir personal trajeado que nada parecía tener que ver con el caso. No tardó en asumir que estaba en la calle equivocada y se movió hasta una con aspecto más recogido. Aquella parecía una zona residencial, repleta de casitas unifamiliares con jardines perfectamente cuidados. Tampoco encontró nada sospechoso allí. Pasó el resto del día inspeccionando varias calles más, sin sacar nada en claro. Cuando llegó el anochecer, se rindió ante la evidencia. No sería tan fácil. Quizá tardara días, semanas o incluso meses en dar con ella. Volvió al hotel cabizbajo y apenas pudo dormir aquella noche, asediado por terribles pesadillas en las que perdía a Julieta para siempre.

* * *

Julieta abrió los ojos y sintió una terrible punzada de dolor en la cabeza. Le costó unos segundos recordar lo que había pasado. Aquella sala sin aire, sus compañeros cayendo uno tras otro. Se incorporó y miró a su alrededor, para descubrir a Lang todavía inconsciente a su lado. Volvían a estar encerradas en la celda. Julieta se acercó hasta su amiga y la zarandó suavemente, hasta que sus graciosos ojos rasgados la miraron. Por el gesto de disgusto que cruzó su rostro, Julieta dedujo que Lang también sufría el mismo dolor de cabeza.

—¿Estás bien? —preguntó Julieta.

—Creo que sí. Ya estoy acostumbrada.

—¿A qué? ¿A que te metan en una sala sin oxígeno? —inquirió horrorizada.

—No. A morir y volver de nuevo.

—¿Morir? —susurró con la voz entrecortada.

—Sí. ¿Qué crees que le pasa a cualquier humano si lo dejas sin aire?

—Eso está claro, pero ¿cómo hemos vuelto?

—Es lo que somos, Julieta —le explicó mirándola con lástima—. No morimos nunca. Por muchos métodos que empleen, siempre volvemos.

—¿Quieres decir que somos inmortales?

—Algo así.

Julieta se quedó en silencio unos minutos, sospesando lo que su amiga le acababa de revelar. Sabía que había vuelto a la vida hacía unos meses, lo que no sabía era que aquel estado sería permanente.

—Si eso está tan claro, ¿por qué nos someten a ese tipo de pruebas? — preguntó cuando se calmó un poco.

—Quieren saber más. Dónde están nuestros límites, cómo volvemos, cuánto tardamos en volver.

—Esto es inhumano.

—Supongo que no creen que seamos humanos. Para ellos solo somos conejillos de indias.

Julieta resopló y volvió a sentir otra punzada en la cabeza.

—¿Y siempre es así cuando despiertas?

—¿Te refieres al dolor de cabeza? —Julieta asintió—. Me temo que sí.

Se quedaron otro buen rato en silencio, estudiando aquellas paredes que las aprisionaban y que ya se sabían de memoria.

—¿Por qué nosotros? Es decir, ¿por qué hemos vuelto?

—No lo sé con certeza, pero hay muchas leyendas a lo largo de la historia. Algunos dicen que el hijo mortal de una diosa murió a manos de sus enemigos y que ella, incapaz de soportar el dolor, lo devolvió a la vida bañándolo en unas aguas mágicas que llamaron *La Fontaine*.

—¿Y qué tenemos que ver nosotras con esa diosa? —preguntó incrédula.

—Ni idea, es solo una leyenda. No creo que tenga nada de cierto. Lo único que sé es que existen esas aguas y que todos los que somos así hemos estado en contacto con ellas, por eso hemos regresado a este mundo.

Escucharon ruidos en el pasillo y las dos se pusieron en tensión.

—¿Ya vuelven?

—Eso me temo.

La puerta se abrió y de nuevo un par de hombres vestidos de blanco las sacaron a rastras de la celda, a pesar de la resistencia y de los gritos. Esta vez las llevaron a una sala diáfana, en la que se encontraban un par de piscinas llenas de agua.

—¿Qué hacemos aquí? —inquirió Julieta, tratando de zafarse de su captor. El hombre le dio una sonora bofetada a modo de respuesta.

—¡Cállate de una vez!

Julieta sintió el regusto a sangre en sus labios y deseó aporrearle con todas sus fuerzas. Lamentablemente, poco pudo hacer. Resignada, echó un vistazo a aquel lugar y descubrió que esa vez no había nadie más en la sala a parte de ellos. Una enorme puerta de cristal tintado coronaba la estancia. Esta se abrió de repente y por ella apareció una mujer elegante con unos fríos ojos azules

que le provocaron un escalofrío.

—Magda... —murmuró, reconociéndola al instante. La directora del balneario la miró con suficiencia y se acercó hasta ella haciendo resonar sus tacones por el impoluto suelo de mármol.

—Parece que volvemos a vernos —dijo con una sonrisa cínica asomando a sus labios.

—¿Tú estás detrás de todo esto? —preguntó sin poder creérselo. Había estado segura desde el principio de que aquella mujer ocultaba un secreto, pero jamás hubiera imaginado que fuera uno de aquel calibre.

—Pequeña Julieta, jamás debiste creerte más lista que yo —espetó, agarrándola con fuerza por las mejillas. Julieta la miró con odio, pero no pudo hacer nada por defenderse mientras aquel hombre fornido la sostenía por los brazos—. Por tu culpa casi me descubren, así que me aseguraré de que pagues cara tu osadía.

—No puedes matarme... —gruñó.

—No, pero hay cosas peores que la muerte. Ya lo verás.

Julieta sintió una oleada de miedo atravesando su cuerpo, pero trató de disimularlo.

—¡Vamos a empezar con Lang! —dijo, mirando a sus secuaces. Después volvió a mirar a Julieta—. Lo mejor me lo dejaré para el final.

Julieta notó que sus labios temblaban ligeramente por culpa de la mezcla de rabia y miedo que sentía. Observó horrorizada cómo uno de aquellos hombres arrastraba a su amiga hasta el lado de una piscina.

—¿Qué le vais a hacer? —le preguntó a la directora, luchando de nuevo contra su opresor. Magda se volvió para mirarla un segundo y le dedicó una sonrisa por encima de su hombro.

—Oh, tan solo es un simple baño.

Julieta sintió que se le encogía el estómago, tenía un mal presentimiento. Fuera lo que fuese lo que había en esas piscinas, algo le decía que no era agua.

Uno de los secuaces de Magda obligó a Lang a subir unas pequeñas escaleritas que la elevaron hasta la altura del agua.

—Salta —le ordenó aquel hombre con un gruñido. Lang le lanzó una mirada de terror a Julieta.

—¡No! —dijo Julieta, en un vano intento de evitar lo inevitable. Aquel hombre, al ver a la joven asiática paralizada al borde de la piscina, perdió la paciencia y le dio un empujón que la sumergió por completo en aquel líquido.

Julieta se quedó muda cuando escuchó el primer grito devastador de Lang. Su amiga luchaba por salir de aquel infierno líquido que parecía quemarle la piel.

Magda observó aquel espectáculo con sorpresa en el rostro, pero la sonrisa no abandonó sus labios. El hombre que sostenía a Julieta, en cambio, parecía ligeramente perturbado por el horror que parecía estar sufriendo aquella joven, así que Julieta aprovechó el momento y le dio un sonoro codazo en la mandíbula, librándose de él. Corrió hasta la piscina en la que su amiga parecía luchar por su vida y no se lo pensó. Sumergió la mano para ayudarla a salir al exterior. Gritó cuando sintió que la piel de la mano que había introducido en el líquido le quemaba como un hierro candente. Aun así, no la soltó. Tiró de ella con todas sus fuerzas hasta que consiguió sacarla al exterior por completo. Lang respiró con dificultad a su lado. Estaba temblando. Su piel olivácea había adquirido una extraña tonalidad azul y estaba recubierta por pequeñas cristalizaciones que se asemejaban al hielo. Julieta le apartó el cabello mojado de la cara y se sobresaltó al sentirla fría al tacto.

—¿Qué clase de animales sois? —gruñó horrorizada. Como toda respuesta, los dos hombres que las custodiaban se acercaron a ellas para volver a sumergir a Lang en el líquido. Sin embargo, Magda los detuvo con un simple gesto de su mano.

—No. Suficiente por hoy. Ha sido muy... revelador —dijo misteriosamente.

Antes de poder hacer nada, Julieta sintió un fuerte golpe en la cabeza y todo desapareció a su alrededor.

CAPITULO 29

15 de mayo de 2019

Julieta secó el sudor frío que manaba de la frente de Lang y la miró con creciente preocupación. Habían pasado días desde que la habían sumergido en aquella piscina y su amiga, en vez de mejorar, parecía estar cada vez peor. Su cuerpo estaba más frío cada segundo que pasaba y su piel se tornaba más azul. Desvió la vista hasta su propia mano derecha, que había adquirido la misma tonalidad azulada. Le costaba ligeramente moverla y la sentía entumecida. ¿Qué les estaba pasando? ¿Qué clase de líquido era aquel?

—Lang... ¿puedes oírme? —llevaba días sin poder siquiera hablar con ella, sumida en la inconciencia como estaba. Sin embargo, esta vez Lang pareció oírla y abrió los ojos con dificultad. Sus pupilas, antes prácticamente negras, se habían tornado de un color azul celeste que casi le hizo dar un brinco.

—Julieta —murmuró con una débil sonrisa—. Tienes que salir de aquí. Si te quedas, es cuestión de tiempo que termines como yo.

—Tú no vas a terminar de ninguna manera, saldremos de aquí juntas —le aseguró tomándole la mano. Lang le dedicó una sonrisa triste.

—No nos engañemos, las dos sabemos que no voy a salir de esta...

—Pero me dijiste que no podíamos morir —replicó.

—Me temo que esta vez será definitivo.

—¡No! No lo entiendo.

—Julieta, ese líquido en el que me bañaron no era agua normal y corriente.

—Eso ya lo sé, pero...

—Eran las aguas mágicas.

Julieta la miró confundida.

—¿No se supone que esas aguas son precisamente las que nos han hecho así?

—Exacto. Y también son las únicas que pueden deshacer lo que somos y devolvernos a la muerte definitiva.

—No es posible. ¿Cómo sabes eso?

—Llevo en este mundo demasiado tiempo. Sé cosas que nadie más sabe y... —tosió, con unas violentas sacudidas que parecían querer desmontar su

pequeño cuerpo—. Me temo que no tendré tiempo de contártelo todo.

—No digas eso...

—Shhhh. Escucha, cuando salgas de aquí, tienes que buscar a Lucca Bianchi. Él podrá darte las respuestas que necesitas.

—¿Quién es Lucca?

Sin embargo, Lang cerró los ojos y exhaló un largo suspiro, que la volvió a sumir en las profundidades de la inconsciencia.

* * *

Enzo estaba desesperado. Llevaba días buscando por los alrededores de aquel maldito cajero, sin haber dado con una miserable pista. Ningún edificio sospechoso, nadie con aspecto de estar ocultando nada. Resopló, agotado de revisar una y otra vez las mismas calles. Quizá no estuviera en lo cierto y aquella corazonada no era válida. Puede que Julieta estuviera a miles de kilómetros de distancia. Sin embargo, tenía que ocupar su tiempo en algo. No podía volver a su vida normal. Acabaría ahogado en la pena y en el alcohol. Tenía que encontrarla, costara lo que costara. Al fin y al cabo, tenía toda la eternidad para ello. Estaba distraído, así que no vio a una mujer que corría en su dirección mirando el teléfono móvil, manteniendo el equilibrio sobre unos finos tacones. Sin verlo tampoco, la mujer le dio un golpe en el hombro que lo sacó de sus cavilaciones. Enzo la sostuvo por el brazo para que no cayera al suelo y vio cómo la carpeta que la mujer sostenía entre las manos volaba por los aires. Un montón de papeles salieron despedidos en todas las direcciones y los vio aterrizar en el suelo a cámara lenta.

—Oh, lo siento —dijo la mujer con un resoplido sin levantar la vista del suelo—. Lo que faltaba con la prisa que tengo... —Enzo la ayudó a recoger los papeles y no tardó en darse cuenta de un logotipo que figuraba en la mayoría de ellos. Era una serpiente enroscada alrededor de un círculo que se asemejaba a la Tierra. Pudo leer el nombre. *Laboratorios Monroe*.

—¿Trabaja usted en unos laboratorios? —preguntó con la mejor de sus sonrisas, tendiéndole los papeles que le faltaban. Quizá aquello fuera una especie de intervención divina. No sabía exactamente qué estaba buscando, pero ya cualquier opción le parecía factible. ¿Y si Magda había capturado a Julieta para experimentar con ella? Era una remota posibilidad, pero no podía descartarla. La mujer lo miró primero con recelo, pero al percatarse de lo atractivo que era aquel extraño con el que se había topado, no pudo evitar sonreírle.

—Sí, ¿conoce los Laboratorios Monroe?

—No he tenido el placer.

—Es una empresa relativamente nueva —comentó.

—¿Y hace mucho que trabaja allí?

—No, un par de meses, la verdad, cuando abrieron la sucursal de Ginebra.

—Entiendo —dijo Enzo. Un par de meses. Justo el tiempo que llevaba Julieta desaparecida.

—¿Hay buen ambiente allí? Quizá podría enviar mi currículum —dijo, queriendo indagar un poco más.

—Bueno, la directora es un poco esquivada y todo el mundo le tiene miedo... pero los compañeros son geniales, debería intentarlo.

—Oh, lo haré. Muchas gracias.

La mujer le dedicó una sonrisa y asintió, marchándose a toda prisa para seguir su camino.

Enzo se quedó parado en la acera, analizando toda aquella información. Decidió que no perdía nada por investigar dónde se encontraban aquellos laboratorios e indagar un poco más.

* * *

Julieta miraba a Lang con preocupación. No había vuelto a abrir los ojos y su respiración era muy lenta, demasiado, como si se aferrara a la vida con cada partícula de oxígeno que entraba en sus pulmones. Julieta empezaba a temer que lo que le había dicho fuera cierto. No quería creerlo, pero su amiga estaba realmente enferma y quizá ni siquiera ellas pudieran librarse de la muerte al fin y al cabo. Sintió que las lágrimas anegaban sus ojos. Lang era el único apoyo que había tenido en aquellos interminables meses ahí encerrada. Sabía que si no hubiera sido por ella, probablemente hubiera enloquecido hacía tiempo. Nadie podía soportar aquella reclusión sin hacerlo. Y ahora, la única amiga que había tenido en su miserable existencia, estaba a punto de irse de este mundo sin que ella pudiera hacer nada por evitarlo. Sintió la pena zarandear su cuerpo y sollozó durante horas. Cuando ya no le quedaban más lágrimas, volvió a mirar a Lang con tristeza y le apartó su lacio cabello oscuro del rostro. Entonces la joven abrió los ojos de nuevo, con aquellas pupilas azules que le dieron un escalofrío.

—Julieta, se me acaba el tiempo —susurró casi imperceptiblemente—. Tienes que marcharte.

Julieta la miró como si estuviera delirando. Probablemente su cerebro ya

no respondía bien.

—Sabes que no puedo salir de aquí.

—Tengo un plan... —murmuró. Julieta la miró con pena y se mordió el labio. Sabía que su amiga no iría a ninguna parte. No podía tenerse en pie desde hacía días y apenas lograba hablar sin dificultad. Y aun así no parecía perder la esperanza de escapar de aquel lugar. Aquello la conmovió tanto que estuvo a punto de romper a llorar de nuevo. Le agarró la mano.

—Me temo que tendremos que quedarnos un poco más —respondió Julieta.

—No. Soy consciente de que yo ya nunca saldré de aquí, pero tú tienes que ser libre.

—No pienso abandonarte.

Lang sonrió débilmente.

—Me temo que la que te abandonará seré yo... No me quedan más que unos minutos, así que escúchame con atención.

—No... Lang.

—Shhh —le ordenó, con la fuerza que nunca la había abandonado a pesar de su enfermedad—. Cuando muera, me tendrán que sacar de aquí.

—No digas eso.

—Calla y escúchame —espetó—. Estos desgraciados saben que estoy muriendo de verdad y que no hay nada que puedan hacer por evitarlo. Probablemente, cuando llegue la hora lleven mi cuerpo a algún sitio o se deshagan de él. Tendrás que aprovechar el momento e intercambiarte por mí. En un descuido, aprovecha para huir. Ese será el único modo de que salgas de este sitio.

—No puedo...

—Claro que puedes. Toma —le dijo, sacando con dificultad un pequeño frasco de su bolsillo.

—¿Qué es esto? —susurró, mirando aquel líquido amarillo de aspecto peligroso.

—Veneno.

—¿Qué? —exclamó quedamente—. ¿Y para qué voy a querer veneno?

—Cuando vengán a buscarte, tendrás que estar muerta de verdad. ¿O crees que no comprobarán tu pulso?

—Pero... ¿cómo has conseguido este frasco?

—Una tiene sus recursos. Igualmente, eso no importa ya. Da la voz de

alarma cuando llegue el momento y después, bébetelo.

—No... no sé si seré capaz.

—No te preocupes, en unas horas volverás a la vida. Además, no vas a negarme mi última voluntad, ¿verdad? —insistió con una sonrisa triste. Julieta no aguantó más y el llanto sacudió su cuerpo. Abrazó a su amiga y sintió su piel helada contra su cuerpo—. Tienes que prometérmelo. Prométeme que saldrás de aquí —insistió Lang.

—Te lo prometo —susurró entre lágrimas. Julieta sintió que Lang exhalaba un suspiro de alivio y el pánico se apoderó de ella cuando sintió el cuerpo laxo de su amiga en los brazos. Su delicado pecho había dejado de subir y bajar trabajosamente y estaba completamente inerte—. ¿Lang? —preguntó apenas sin voz. Y supo que su amiga jamás volvería a responder. Se había marchado para siempre.

Julieta fue incapaz de soltar a su amiga durante horas. Se quedó abrazada a su cuerpo frío, como si tuviera la esperanza de que su propio calor la hiciera volver a la vida. Cuando salió del estado de shock en el que se encontraba, decidió que tenía que hacer lo que le había prometido. Escaparía de aquel lugar inmundo.

Sin poder parar de llorar, intercambió lentamente su ropa por la de su amiga y la sentó con cuidado sobre el muro de piedra, de espaldas a la puerta para que los guardias no vieran su rostro pálido y azulado. Cuando terminó, Julieta se tumbó en el centro de la sala. No le hizo falta ningún tipo de truco para que su rostro pareciera demacrado. Después de todo aquel tiempo en reclusión sin ver la luz del sol, su piel había adquirido un tono tan blanco que parecía transparente. Cerró los ojos y esperó con paciencia a que algún guardia abriera la puertecilla inferior para dejarles la comida. No supo cuánto tiempo pasó en aquella posición, pero le pareció una eternidad. Cuando finalmente escuchó el ruido de pasos al otro lado de la puerta, ejecutó la primera parte de su plan, la única que tenía clara.

—¡Ayuda! ¡Está muerta! —gritó. Acto seguido, volvió a cerrar los ojos y desenroscó el tapón del frasco. Ingirió aquel líquido viscoso a toda velocidad y escondió la botella dentro de sus pantalones. Volvió a su posición inicial y esperó a que el líquido hiciera su parte del trabajo. No tardó en sentir sus efectos. Un dolor punzante atravesó sus pulmones y sintió que le faltaba el aire. Apretó los ojos cerrados con fuerza e intentó no hacer ningún movimiento y acallar los gritos de dolor que pugnaban por salir de sus labios. Un

pensamiento de pánico se apoderó de ella. ¿Y si se despertaba antes de hora? Sin embargo, la falta de aire no le dejó pensar mucho más. No tardó más que unos segundos en perder la consciencia y, poco después, la vida.

* * *

Enzo observó aquel edificio de cristal de arriba abajo. *Laboratorios Monroe*, leyó en una placa dorada que coronaba la entrada. Había estado indagando sobre la empresa y tan solo se había encontrado con montones de incógnitas. Nada se sabía sobre los dueños y accionistas. Sus nombres estaban ocultos tras un completo anonimato. Aquello no era infrecuente, pero aun así le hizo pensar que debía investigar un poco más a fondo. La sorpresa había llegado cuando poco más había podido averiguar. Apenas tenían unos pocos fármacos en el mercado, que tampoco eran excesivamente conocidos. Entonces, ¿de dónde salía el dinero para financiar semejantes oficinas y aquella cantidad de trabajadores que parecía tener la empresa?

Entró por la puerta giratoria y se encontró con una recepcionista de aspecto huraño en la puerta. No parecía demasiado amable. Se acercó hasta ella con la mejor de sus sonrisas y la mujer lo miró con una ceja arqueada.

—¿Qué desea?

—Me gustaría hablar con la directora —pidió. Aquella mujer con la que se había topado en la calle había hablado de su jefa y pensó que sería un buen lugar por el que comenzar.

—¿Tiene cita? —inquirió, revisando la agenda de la susodicha en la pantalla.

—No, pero...

—Sin cita no puede pasar, lo siento —repuso secamente.

Enzo barajó la idea de mostrarle la placa de policía, pero la descartó rápidamente. No quería levantar la liebre, cuanto más discreta fuera su investigación, más probabilidades tendría de encontrarla. Si se corría la voz de que la policía estaba buscando a aquella chica, Magda no tardaría en poner los pies en polvorosa. De sobra había demostrado lo escurridiza que podía llegar a ser.

—Está bien. ¿Y qué tengo que hacer para conseguir una cita?

—Es la directora la que pide las citas y no al revés. Lo siento —insistió, dirigiendo una mirada hacia la puerta, en una silenciosa invitación a que se marchara de aquellas oficinas. Enzo contuvo la rabia y dio media vuelta. Salió al exterior, pero no se marchó a ninguna parte. Se quedó sentado en un banco

frente al edificio. Si no podía estudiar la empresa desde dentro, lo haría desde fuera. Quizá viera algo sospechoso en el comportamiento de los trabajadores que entraban y salían del edificio.

* * *

Lo primero que sintió fue aquel martilleante dolor de cabeza. Eso solo podía significar una cosa. Había vuelto a la vida. No se atrevió a abrir los ojos. Debía seguir manteniendo su farsa. Contuvo la respiración lo máximo que pudo para que nadie apreciara que su pecho volvía a moverse rítmicamente y prestó atención al resto de sus sentidos para intentar averiguar cuál era su situación. Notó una especie de manta que rozaba sus brazos y movió su mano con cuidado para averiguar que el resto de su cuerpo también estaba cubierto por aquella tela rugosa. El aire olía a líquidos desinfectantes y asépticos como los de los hospitales. Y hacía frío. Decidió correr el riesgo de entreabrir un ojo y se vio sumida en una completa oscuridad. Sobre su cabeza estaba aquella misma tela que la cubría por completo. Movié las manos con cuidado alrededor de su cuerpo y descubrió disgustada que estaba completamente desnuda. Genial. Levantó la vista y vio que sobre su frente había una cremallera. ¿Acaso estaba en una bolsa para cadáveres? Se arriesgó a deslizar ligeramente la cremallera con la mano y consiguió ver que, efectivamente, se encontraba sobre la mesa metálica de un depósito de cadáveres. Estaba sola. Suspiró aliviada y salió del saco. Miró a su alrededor, en busca de algo que ponerse y tan solo logró dar con una bata blanca. Por lo menos taparía lo esencial, se dijo. Tenía el cabello completamente mojado y la piel limpia. Probablemente alguien se había tomado la molestia de adecentar su cuerpo antes de enviarla a un cementerio. Cuando se disponía a salir por la puerta blanca de aquella sala, escuchó voces en el exterior. El pánico se apoderó de ella y buscó a su alrededor con ojos asustados. Estaba tan delgada después de aquellos meses de cautiverio que consiguió colarse en el interior de una de las taquillas que había en un lateral de la sala. Cerró la puerta con cuidado de no hacer ruido y observó a través de la rendija. Apenas lograba respirar. Estaba demasiado asustada. Dos mujeres entraron entonces en la sala, parecían agitadas, como si hubieran acudido corriendo a aquel lugar.

—¿Estás segura de que no es Lang? —preguntó una de ellas con una voz que le resultó horrorosamente familiar. Magda. Julieta sintió que se le creaba un nudo en la boca del estómago.

—Sí, esta chica no es asiática, directora —dijo la joven del laboratorio,

que se acercó a la bolsa en la que había estado su cuerpo hasta hacía apenas unos minutos. Cuando fue a abrirla, la chica vio horrorizada que la cremallera estaba abierta y que en su interior no había más que aire—. No es posible. El cuerpo no está.

—¿Qué? ¿Cómo que no está?

—Ha... desaparecido.

—¿Cómo va a desaparecer un cadáver? —espetó furiosa. Y de repente se quedó pensativa, con la mirada clavada en el suelo—. A no ser que... tiene que ser ella, Julieta.

Julieta cerró los ojos con fuerza en la taquilla, deseando evaporarse. Magda cogió el teléfono a toda velocidad y tecleó un número nerviosamente.

—Da aviso a todos nuestros hombres. Julieta ha escapado. No puede estar lejos, quizá continúe en el edificio —ordenó aceleradamente—. ¡Encontradla! —añadió con un grito histérico.

La chica del laboratorio se había hecho a un lado, atemorizada por el genio de aquella mujer. No comprendía nada. Ella tan solo se encargaba de preparar los cuerpos del depósito. Magda le dirigió una mirada asqueada a la chica.

—Y tú... ¡Estás despedida! —gruñó, justo un instante antes de desaparecer de la sala dando un portazo. Julieta suspiró aliviada y observó a aquella chica unos instantes. La joven empezó a llorar lastimeramente y se quitó la tarjeta acreditativa y el traje del laboratorio lentamente. Los dejó sobre la camilla metálica y después se dirigió a la taquilla contigua a la suya para empezar a vestirse con su ropa de calle. La joven abandonó la sala unos segundos después, cerrando la puerta suavemente. Julieta no pudo evitar sonreír. Sin saberlo, aquella chica le había servido en bandeja su billete de salida de aquel lugar. Cuando se aseguró de que nadie volvería en unos minutos, salió de su escondite y se apresuró en vestirse con la ropa de laboratorio que la trabajadora acababa de abandonar. Se volvió a colocar la bata por encima y se colgó la acreditación en el pecho. Miró la fotografía y sonrió al comprobar que la chica tenía cierto parecido a ella. Con un poco de suerte, nadie sospecharía, pero sabía que si quería salir de allí tendría que pasar desapercibida.

Tomó aire y abrió la puerta, que daba a un largo corredor blanco. Caminó rápidamente hasta el final y se encontró con otra puerta y un par de ascensores. Pudo ver en un cartelito que se encontraba en el cuarto piso. En vez de subirse

a uno de los ascensores, optó por entreabrir la puerta y descubrió unas escaleras. Sería más seguro que los elevadores, pensó. Bajó a toda prisa, hasta que contó cuatro rellanos. Ya casi lo había conseguido, estaba en la planta baja. Se encontró con una puerta metálica con un lector digital de tarjetas. Pasó la que había tomado prestada de aquella chica y sonrió cuando la puerta hizo un pequeño clic, abriéndose ligeramente. Pudo espiar al otro lado por la pequeña abertura y divisó una inmensa entrada plagada de gente. Detectó algunos guardias de seguridad en la puerta principal, que se dedicaban a escudriñar atentamente a todo el personal que salía por la puerta. Julieta suspiró. No le quedaba más remedio que confiar en su disfraz. Además, no iban a apresarla delante de toda aquella gente ¿no? Decidió correr el riesgo y salió a la recepción. Observó rápidamente a su alrededor y vio un enorme cartel anunciando que se encontraba en los *Laboratorios Monroe*. Un logotipo horrible de una serpiente rodeando la Tierra se encontraba justo al lado. No se distrajo más y caminó con paso firme hasta la salida. Sin embargo, cuando estaba cerca de la puerta giratoria, escuchó un grito a sus espaldas.

—¡Es ella! ¡Detenedla! —vociferó Magda, señalándola. Julieta arrancó a correr, pero uno de aquellos enormes guardias la detuvo por el brazo.

—¡Suéltame! —gritó ella, presa de la rabia y la desesperación. Le lanzó un puñetazo a aquel hombre, que apenas cabeceó hacia atrás por el golpe, pero no la soltó.

Julieta vio horrorizada cómo Magda no dudaba en sacar un arma y apuntar hacia ella.

—¡Estate quieta! —ordenó.

Todo el mundo en aquella recepción se quedó en silencio, observando la escena con espanto y sin atreverse a respirar. ¿Por qué la directora de los laboratorios estaba apuntando a la que parecía una trabajadora con un arma? De repente, un tiro rompió la tensa quietud que se había creado. Julieta esperó el impacto de la bala, pero nunca llegó. Entonces, se percató de que el tiro había nacido a sus espaldas e iba dirigido a Magda, no a ella. Se volvió y sintió que le temblaban las piernas al descubrir a Enzo sosteniendo una pistola. Tenía el aspecto atormentado de un hombre que llevaba semanas sin dormir. Su rostro normalmente impoluto estaba recubierto por una barba de tres días y su cabello, siempre bien peinado, caía ligeramente sobre sus ojos, haciendo que pareciera algo salvaje. Magda y él se quedaron durante unos instantes eternos apuntándose el uno al otro. Julieta contuvo la respiración. Y

entonces, vio como Enzo se volvía hacia ella rápidamente y disparaba. Cerró los ojos por culpa del ruido y sintió su corazón saltar en el pecho. Los abrió al cabo de un segundo y sintió cómo el hombre que la había estado apresando la soltaba de repente con un grito de dolor. La chica se volvió y comprobó asombrada que la bala había alcanzado el brazo de su captor, liberándola.

—¡Corre! —le ordenó Enzo. Julieta no dudó y salió por la puerta giratoria hasta la calle. Sin embargo, se detuvo en seco cuando escuchó otro disparo. Se volvió y descubrió horrorizada que la que había disparado esta vez había sido Magda. Vio cómo Enzo se tambaleaba y ahogó un grito. El inspector dio media vuelta y salió también por la puerta, dejando un rastro de sangre en el cristal. Julieta corrió hasta él y lo ayudó a sostenerse en pie.

—¡Estás herido! —susurró, viendo cómo la sangre manchaba su camisa azul cielo en la zona del abdomen.

—No importa, ¿qué haces aquí todavía? ¡Te he dicho que corras! —gruñó.

—No pienso dejarte aquí —le dijo. Julieta sintió que le faltaba el aire cuando sintió sobre ella aquellos ojos verdes. Pensaba que después de todo aquel tiempo, después de todo aquel infierno, se sentiría distinta. Pero no. Nada había cambiado. Su sola imagen frente a ella hacía que el corazón le latiera con fuerza.

—¡Vamos! —acabó diciendo él chasqueando la lengua. Aquella chica era incorregible. Enzo corrió apoyado sobre el hombro de Julieta y taponándose la herida con la mano. Escucharon más tiros a sus espaldas, que los animaron a acelerar aún más el paso.

—Tengo el coche en la siguiente calle —dijo Enzo, sacando las llaves de su bolsillo. Lograron recorrer los metros que les faltaban hasta el vehículo y entraron a toda prisa. Enzo arrancó el motor y salió de aquel lugar rechinando las ruedas. Una bala les alcanzó y perforó el cristal trasero del vehículo, obligándoles a agachar la cabeza. Julieta gritó mientras aquella oleada de disparos les alcanzaba. Enzo no apartó las manos del volante y aceleró, adentrándose en las calles de la ciudad como un torbellino. Cuando dejó de escuchar el sonido metálico de las balas golpeando la chapa, Julieta se incorporó y miró hacia atrás. Alcanzó a ver tras ellos a Magda y un par de guardias a pie, tratando de apuntarles sin demasiado éxito. Cada vez estaban más lejos y Julieta observó por el espejo retrovisor la cara de frustración de la directora del balneario, un segundo antes de perderla de vista.

* * *

Enzo se abrochó el abrigo para disimular su herida y caminó estoicamente hasta los ascensores del hotel Mandarin Oriental. Julieta lo sostenía por el brazo para disimular su pesado caminar. Cuando estuvieron dentro del elevador, Enzo dejó de ocultar el dolor y se apoyó en la pared, llevando las manos hasta su herida, que no paraba de sangrar.

—Tengo la tarjeta de la habitación en el bolsillo derecho —le indicó a Julieta, incapaz de alargar el brazo hasta la llave. La joven dudó un instante, pero después metió la mano en el bolsillo del inspector hasta encontrar el pequeño trozo de plástico. La cercanía la puso nerviosa, pero intentó no darle importancia. Ahora tenían problemas más graves en los que pensar. Llegaron al último piso y Julieta abrió la puerta de un ático con unas vistas espectaculares. Enzo se dejó caer en la cama con un gruñido y Julieta volvió a centrar su atención en él.

—¿Estás seguro de que no nos han seguido? —preguntó temerosa, acercándose hasta Enzo.

—Sí. He dejado el coche a una buena distancia y me registré con un nombre falso. Nadie sospechará.

Julieta suspiró algo más tranquila y miró hacia su abdomen ensangrentado.

—Déjame ver.

Julieta le desabrochó la camisa con cuidado, dejando al descubierto la herida. Enzo puso la mano sobre la de ella.

—Lo siento tanto... por todo —le dijo con voz ronca.

—Ya hablaremos de esto cuando te pongas bien —repuso ella, evitando la conversación. Todavía le dolían las mentiras, la indiferencia, el rechazo que había sentido.

Julieta fue en busca de agua y le lavó la herida para estudiarla con atención. No tenía ni idea de medicina, pero no parecía letal.

—Creo que la bala no está dentro.

—Tan solo es un rasguño —dijo él.

—Un buen rasguño —comentó ella con sarcasmo, observando la cantidad de sangre que seguía saliendo—. ¿No deberíamos ir a un hospital?

—No podemos arriesgarnos. Saben que estoy herido, es el primer lugar en el que buscarán.

—Pero no podemos dejarte así, estás perdiendo mucha sangre.

—Busca el kit de costura del hotel.

—¿Qué? ¿No pretenderás que te cosa la herida como si fuera un pantalón?

—espetó.

—No nos queda otro remedio. Vamos —insistió.

Julieta se dirigió al baño a regañadientes y encontró un pequeño kit de cortesía con algunas agujas, hilo y unas tijeritas.

Enzo las desinfectó con un mechero y luego le tendió una de las agujas enhebradas.

—Enzo, esto no es buena idea. Debería hacerlo un profesional.

—Confío en ti —le dijo, acariciándole la mejilla. Julieta se estremeció ante el contacto y observó preocupada su rostro pálido, que le indicó que la hemorragia empezaba a hacer mella en él. Aunque sospechaba que en caso de morir Enzo volvería a la vida, no quería arriesgarse y la sola idea de perderlo, aunque fuera durante unas horas, la horrorizó. Decidió centrarse y dejar de perder tiempo lamentándose. Le cosería la herida para que se recuperara cuanto antes y poder escapar de aquella ciudad y de las garras de Magda.

—¿No deberías tomar algo para el dolor?

—Abre el minibar —contestó. Julieta le pasó un par de botellitas de alcohol que él se bebió de un trago—. Espero que sea suficiente.

Julieta empezó a coser y miró a Enzo preocupada. El inspector trataba de disimular estoicamente el dolor, aunque su mandíbula tensa indicaba que aquella cura estaba siendo un auténtico tormento. Julieta terminó lo más deprisa que pudo y cuando dio la última puntada vio que Enzo se sumía en la inconsciencia. La chica se tumbó a su lado en la cama y lo miró durante un largo rato. No había podido olvidar ni tan solo uno de sus rasgos perfectos. Acarició su rostro con cuidado y él se movió ligeramente, aunque no se despertó. Julieta se acurrucó contra su brazo, sin importarle lo que pensara por tenerla tan cerca. Necesitaba su calor. La joven lloró silenciosamente durante un largo tiempo. De rabia, de alivio, de miedo. De amor. No supo exactamente cuándo se quedó dormida.

Epílogo

16 de mayo de 2019

Enzo abrió los ojos y la luz que entraba por la ventana lo deslumbró. Habían olvidado correr las cortinas. Sintió un peso sobre su pecho y bajó la mirada para descubrir a Julieta completamente dormida en él. Sonrió, incapaz de creer que por fin la tuviera a su lado. Le retiró el cabello que caía desordenadamente sobre su rostro. En aquel tiempo, el tinte se había ido desvaneciendo y su auténtico color castaño empezaba a despuntar. El flequillo, antes corto, lo tenía ahora demasiado largo y se veía obligada a retirárselo a un lado para poder ver. Sus mejillas por lo general redondeadas estaban demasiado delgadas y su rostro había adquirido una palidez enfermiza. Aun así, le pareció que era la mujer más hermosa que había visto nunca. Le besó la frente y ella se despertó. Pareció tardar unos segundos en recordar dónde estaba y con quién. Cuando lo hizo, se apartó de él rápidamente y lo estudió unos instantes.

—¿Cómo te encuentras?

—Como nuevo —contestó él, apartándose la camisa para dejarle ver una herida que ya no estaba allí. Ahora tan solo quedaba una fina línea blanquecina en forma de cicatriz.

—Creo que tenemos mucho de lo que hablar —replicó Julieta.

—Antes, ¿quieres un café? —preguntó él, levantándose de la cama y dirigiéndose a la pequeña cafetera cortesía del hotel que había sobre el escritorio.

—Sí, mejor.

Al cabo de unos minutos Enzo le tendió una taza de café caliente junto con unas galletas del minibar.

—Supongo que tendrás hambre —dijo. No le había pasado por alto la delgadez que presentaba la chica bajo aquel uniforme blanco de laboratorio.

La joven asintió y engulló el paquete en un santiamén, sintiéndose ligeramente avergonzada. Enzo sonrió.

—Siento que hayas pasado por todo esto —le dijo cuando terminó, sentándose a su lado en la cama—. Es culpa mía. Te prometí que te protegería y mira lo que ha pasado.

—Nada de esto es culpa tuya, Enzo —contestó, dando un sorbo de su café—. La única culpable es Magda.

—Supongo que todavía es muy reciente y será duro recordar la experiencia, pero me ayudaría mucho saber qué ha pasado durante estos meses —dijo Enzo.

La joven tomó una larga bocanada de aire y se dispuso a contarle lo que había sucedido.

—Nos tenían encerradas en unas mazmorras para hacer experimentos con nosotras —reveló. Enzo se quedó unos instantes observándola con horror, intentando que aquella noticia no despertara inmediatamente su sed de venganza. Su prioridad era poner a Julieta a salvo, pero sentía el irremediable deseo de cazar a Magda por toda la ciudad hasta hacerla pagar por sus atrocidades. Cuando logró reponerse, pudo volver a hablar.

—¿Vosotras? ¿No estabas sola?

—No, había más gente como nosotros en los laboratorios.

—¿Cómo nosotros? ¿Te refieres a personas que habían vuelto de la muerte?

—Sí, aunque no sé dónde los tenían. En mi celda tan solo había otra chica, Lang —explicó, notando que sus ojos se llenaban de lágrimas al recordar a su amiga.

—¿Lang? —preguntó intentando situar el nombre sin ningún éxito.

—Sí, ella nació en Vietnam hace 120 años, pero apenas aparentaba llegar a la veintena.

Enzo la siguió observando atentamente y se percató de que había utilizado el pasado al hablar de su compañera.

—¿Qué pasó con Lang?

—La mataron —masculló con odio—. Técnicamente, unas cuantas veces.

—¿Disculpa? —cuestionó sin comprender.

—No lo sabes, ¿verdad?

—¿Qué es lo que tengo que saber?

—No podemos morir, Enzo. Si lo hacemos, volvemos a la vida al cabo de unas horas.

El inspector se inclinó hacia atrás y la miró genuinamente sorprendido.

—No tenía ni idea...

—Fue horrible. Una y otra vez lo mismo, era como vivir en el infierno.

—Lo siento tanto, Julieta... —Enzo la abrazó, incapaz de mantenerse alejado de ella. Respiró su aroma y le resultó extraño no sentir el olor a lavanda que solía desprender y que había quedado completamente sustituido por olor a desinfectante de hospital. La apretó con más fuerza contra su pecho, como si aquello pudiera eliminar el tiempo separados, el dolor, las mentiras. Sintió que Julieta se relajaba entre sus brazos, pero no le pasó por alto que no respondió al abrazo. Y aquello le dolió como una bofetada. Se separó de ella con lentitud y se aclaró la garganta para volver a hablar—. Hay algo que no entiendo. Si no podemos morir, significa que Lang sigue viva en esas mazmorras, ¿no?

Julieta se mordió el labio y negó silenciosamente, tratando de contener las lágrimas.

—Descubrí del peor modo posible que tan solo hay un modo de destruirnos para siempre. —Sintió los ojos verdes de Enzo clavados en ella, ávido de respuestas.

—¿Cómo?

—Volviendo a sumergirnos en las aguas.

—¿Qué sabes tú de las aguas? —preguntó frunciendo el ceño. Llevaba más de un siglo persiguiendo respuestas que Julieta parecía tener.

—Tan solo sé que pueden darnos la vida y... quitárnosla. Lo que no entiendo es cómo terminó mi cuerpo sumergido en ellas.

—Quizá yo tenga la respuesta a eso.

Enzo le contó lo que había descubierto en el interrogatorio de César.

—Entonces, ¿mi cuerpo entró en contacto con el agua cuando hubo una fuga ilegal? —inquirió sorprendida cuando el inspector acabó de contarle su historia.

—Sí.

—Pero si mi tumba estaba en el cementerio, ¿por qué aparecí enterrada en el bosque?

—Magda le ordenó a César que moviera los cuerpos a otro lugar para reponer la tierra mojada por tierra seca. No quería que nadie sospechara lo que estaba sucediendo en el balneario.

—Pero Lorena la descubrió, por eso...

—Sí. Por eso la mataron.

Julieta asintió, viendo por fin el sentido a toda aquella historia, a aquellos asesinatos, a tanto dolor. Se quedaron en silencio unos minutos, mientras la joven asimilaba la información. Enzo puso su mano sobre la de ella. Julieta quiso apartarla, pero llevaba tanto tiempo sintiendo miedo que dejó que su calor llegara hasta ella. Sin embargo, Enzo la apartó al instante.

—¿Qué diablos...? Tienes la mano helada —dijo, estudiando su mano derecha, cuya piel había adquirido un tono azulado, recubierta por pequeñas perlas cristalinas que le daban un aspecto mágico—. ¿Qué te ha pasado?

—Intenté salvar a Lang y me temo que metí la mano en las aguas.

—¿Qué? —exclamó horrorizado, volviendo a tomar su mano para intentar brindarle calor—. ¿Desde cuando lleva así?

—No lo sé, quizá unos días.

Enzo la miró preocupado, pero no dijo nada más. Su teléfono móvil sonó en la mesilla de noche y alargó la mano hasta él.

—¿Diga?

—Barese. —Era la directora de la comisaría al otro lado—. ¿Cómo va la búsqueda?

—He encontrado una empresa sospechosa. Por favor, pida una orden de registro y que unos cuantos oficiales echen un vistazo. Magda podría estar allí.

—¿Cómo se llama la empresa?

—Laboratorios Monroe.

—Está bien. Enseguida pongo en marcha el dispositivo. ¿Y la chica?

—Ni rastro de Elena Guzmán —mintió. Julieta lo miró enarcando las cejas.

—Lo siento, estoy segura de que pronto la encontraremos —concluyó la mujer.

—Gracias, directora —repuso él, sintiéndose culpable por mentirle así a su mentora. Sin embargo, no podía hacer otra cosa. Debía proteger a Julieta a toda costa.

Cuando colgó, Enzo se encontró con la mirada escrutadora de la chica.

—¿Por qué has mentido?

—Cuanta menos gente sepa donde estás, menos peligro correrás.

—Veo que lo de mentir es una práctica habitual en ti —murmuró a modo de reproche. Enzo cerró los ojos ante la acusación y suspiró.

—Julieta, déjame explicarte por qué te oculté la verdad, por favor.

La chica le dedicó una mueca. Sabía que no podría perdonarle, pero en el

fondo quería conocer cuáles eran sus motivos, así que terminó asintiendo.

—No sé ni por dónde empezar —masculló él.

—¿Qué te parece por el principio?

—Está bien. Nací en Génova en 1757, en el seno de una familia de comerciantes. Las cosas me iban bien en los negocios y pronto quise expandir nuestra empresa por otros territorios, así que empecé a viajar a lo largo y ancho del Mediterráneo. Así fue como conocí Lagarza. Ahora es un pueblo pequeño, pero en aquel momento, gracias a su localización, era un importante puerto mercante. Me hospedé allí un tiempo, cerrando negocios con los comerciantes más poderosos del lugar. Y allí, terminó todo.

—¿Qué quieres decir con que terminó todo?

—Me asesinaron.

—¿Quién?

—Nunca lo supe. Lo siguiente que recuerdo es despertarme en medio del cementerio. Era una noche de tormenta y estaba todo el pueblo inundado. Supongo que así fue cómo entré en contacto con las aguas. En aquel momento no lo sabía, pero había pasado más de un siglo desde mi muerte. Regresé a mi tierra lleno de esperanzas, pero tan solo me encontré con un negocio abandonado y más solo de lo que jamás pensé que se podía llegar a estar. Toda mi familia había muerto hacía tiempo. Fue entonces cuando me di cuenta de lo que había sucedido. Había vuelto a la vida cuando ya nadie apenas podía recordar mi nombre. Me enterré en las peores tabernas de Génova durante meses, hasta que logré asimilarlo todo. —Julieta lo miró apenada al escuchar su historia. Descubrió que detrás de aquella fachada fría y analítica se encontraba un hombre que había sufrido más de lo que parecía—. Después de ese lapso de tiempo que preferiría olvidar —continuó—, me creé una nueva identidad e intenté rehacer los pedazos de mi existencia. Logré levantar un nuevo negocio y lo cierto es que me fue bien. Podría decirse que conseguí tener una vida normal, hasta que me di cuenta de que todos a mi alrededor envejecían menos yo. Cuando mis socios y el círculo de amistades que tanto me había conseguido volver a hacer empezaron a abandonar este mundo, me aislé. Cuanto menos sintiera hacia otras personas, menos me dolería verlos partir. Si te soy sincero, mi existencia ha sido bastante solitaria. No quería vínculos, pero tampoco podía crearlos. La gente empezaba a sospechar con el paso de los años y debía desaparecer de sus vidas. Después de décadas cambiando de identidad y siguiendo ese dogma, la conocí.

—¿A quién? ¿A tu ex novia? —preguntó algo incómoda.

—Sí. Hace cinco años Claudia estaba haciendo prácticas en la comisaría en la que yo acababa de entrar y se fijó en mí. Intenté alejarla por todos los medios, pero esa mujer era insistente. Harto de sentirme solo, decidí dejar a un lado mis miedos y apostar por ella. Empezamos una relación y nos mudamos a vivir juntos al cabo de poco tiempo. Te mentiría si te dijese que no fue uno de los tiempos más felices de mi vida. Por fin sentía que pertenecía a algún lugar. Por primera vez en años, le importaba a alguien. —Julieta apartó la mirada al recordar a aquella hermosa mujer que había visto besarle en su ático y trató de disimular cómo le afectaban sus palabras—. Sin embargo, era todo una burbuja. Ella no sabía la verdad sobre mí, nunca había tenido el valor de contárselo por miedo a que creyera que estaba loco, así que guardé mi secreto celosamente durante tres años.

—¿En ese despacho? —preguntó secamente al recordar cómo ella había descubierto su verdadera identidad.

—No. En aquel momento esa sala no existía. Tenía todos aquellos documentos guardados en la caja fuerte de un banco. Sin embargo, fue el azar el encargado de revelarle la verdad. Archivando unos expedientes policiales, descubrió varias fotografías de los años cincuenta en las que aparecía yo. Traté de negarlo al principio, pero me pareció que tenía derecho a saber la verdad.

—Qué considerado por tu parte —masculló molesta. Al menos a Claudia había tratado de explicárselo.

—Pero cuando le conté quién era, no pudo asimilarlo. Me tenía miedo, Julieta. Jamás olvidaré sus ojos aterrados. Me rechazó cómo si fuera unapestado y huyó del país. No la volví a ver hasta hace unos meses. ¿Sabes cómo es que la única persona en quién confías te rechace por ser quien eres? Tardé años en superarlo y volví a encerrarme en mí mismo. No quería saber nada de nadie, pero entonces apareciste tú. No podía contarte la verdad después de lo que pasó con Claudia.

—¿Por qué no? Soy como tú, jamás te hubiera rechazado por ello.

—No podía arriesgarme, Julieta. Tú... —le acarició la mejilla con cuidado—. Eres lo más importante para mí.

Julieta se perdió en sus ojos verdes durante unos segundos y no pudo evitar sentirse atraída hacia aquellos labios magnéticamente atractivos. Enzo la besó con dulzura y envolvió su rostro con las manos. Julieta dejó que sus

sentimientos se apoderaran de ella unos instantes, pero luego se apartó.

—Lo siento, necesito tiempo —susurró cuando sus frentes aún estaban apoyadas la una contra la otra.

Enzo se levantó de la cama y asintió lentamente.

—Lo entiendo.

El inspector se alejó de ella y fue hasta su maleta. La abrió y sacó algo de ropa. Se la tendió a Julieta, que lo miró sorprendida al comprobar que eran prendas femeninas.

—¿Siempre llevas ropa de mujer en la maleta? —preguntó arqueando una ceja.

—Solo en ocasiones especiales —repuso él con una sonrisa—. Tengo que salir un momento.

—¿Adónde vas?

—Pronto lo sabrás —contestó enigmáticamente—. Prométeme que no te moverás de aquí.

—Está bien, aquí estaré —contestó Julieta.

* * *

Enzo tardó casi una hora en llegar a la otra punta de la ciudad. Su contacto lo había citado en un polígono a las afueras. No sabía de qué se extrañaba. Era el único lugar en el que se podían hacer aquel tipo de trapicheos alejados de la policía. Su cita todavía no había llegado, así que decidió esperar dentro del coche. El teléfono móvil rompió el silencio y Enzo se sobresaltó. Era la directora de nuevo.

—¿Ha pasado algo? —preguntó él con tono algo preocupado.

—Me he puesto en contacto con las autoridades Suizas y han efectuado una redada en los laboratorios. Ya no quedaba nadie.

—¿Cómo? —preguntó con rabia.

—Se habían llevado los ordenadores y cualquier documentación importante.

—¡Mierda! —gruñó, golpeando el volante del coche con fuerza. Aquello lo obligaría a acelerar sus planes.

—Encontraremos a Magda y a la chica, Barese —le aseguró la directora, tratando de calmarlo.

Enzo colgó y resopló, sabiendo que aquello los había convertido en fugitivos. No podrían dejar de huir hasta que la policía diera con Magda de una vez. Tenía que mantener a aquella odiosa mujer alejada de Julieta.

Un coche oscuro e igual de lujoso que el suyo se detuvo a su lado. Bajó la ventanilla y un hombre oculto tras unas elegantes gafas de sol le tendió un sobre. Enzo, a su vez, le entregó un fajo de billetes. No cruzaron ni una palabra y aquel coche se largó de allí tan deprisa como había aparecido.

* * *

Enzo entró en la habitación del hotel tratando de disimular las malas noticias que se reflejaban en su rostro, pero Julieta se percató enseguida de que algo no iba bien.

—¿Qué pasa?

—Magda ha escapado.

—¿Y ahora qué vamos a hacer? —preguntó la chica, temerosa de que aquella mujer diera con ella de nuevo y la volviera a encerrar en una mazmorra para hacer experimentos.

—Tranquila. Tengo un plan —contestó él, poniéndole una mano en el brazo para calmarla. Después, le tendió el sobre que acababa de recoger.

—¿Qué es esto? —preguntó con el ceño fruncido, mientras examinaba su contenido.

—Tu nuevo pasaporte.

Julieta observó sorprendida aquel pequeño librito con su fotografía.

—¿Alicia Vidal? —inquirió levantando una ceja.

—Imaginé que poner tu verdadero nombre podía ser un problema.

Julieta sonrió a pesar de todo y asintió.

—¿Esto significa que vas a llevarme de viaje? —preguntó la chica.

—Iremos a mi verdadero hogar, Italia. Allí encontraremos las respuestas que necesitamos.

CONTINUARÁ...

BIOGRAFÍA

Tras el pseudónimo de Amanda Clark se encuentra una ferviente apasionada de contar historias, que redactó su primera novela corta con quince años. Más tarde, se licenció en Publicidad por la Universidad Autónoma de Barcelona, buscando ampliar sus horizontes creativos. Completó sus estudios con cursos en guión cinematográfico, escritura creativa e ilustración.

En 2016 publicó la primera parte de su trilogía Tiempo y Destino (*Las aguas del destino*), de manera independiente, a la que siguieron las respectivas segunda y tercera parte (*La piedra del tiempo* y *Prisionera del futuro*). En 2017 se presentó al Premio Literario de Amazon con *Más Allá del Árbol* y su obra quedó seleccionada entre las cien destacadas de las más de mil participantes. Recientemente ha publicado dos nuevas novelas, *Palabras Pintadas* y *El secreto del boticario*.

A inicios de 2018 abrió un blog (<https://unmundodelibros.com/>) en el que habla sobre publicación independiente para ayudar a otros autores noveles a abrirse camino en el mundo de la literatura.

OTRAS OBRAS DE LA AUTORA

[*El secreto del boticario*](#). Amanda Clark (pseudónimo) 2019, Romantic Ediciones.

[*Palabras pintadas*](#). Amanda Clark (pseudónimo) 2018, Amazon.

[*Prisionera del futuro*](#) (Trilogía Tiempo y Destino nº3). E.Pasport (pseudónimo) 2018, Amazon.

[*Más allá del árbol*](#). E.Pasport (pseudónimo) 2017, Amazon.

[*La piedra del tiempo*](#) (Trilogía Tiempo y Destino nº2). E.Pasport (pseudónimo) 2017, Amazon.

[*Las aguas del destino*](#) (Trilogía Tiempo y Destino nº1). E.Pasport (pseudónimo) 2016, Amazon.